



Procesos de subjetivación política del habitar en la transformación de la territorialidad al este de la bahía de Montevideo.

Daniel Adrián Fagundez D'Anello

Tesis de Doctorado presentada al Programa de Doctorado en Psicología, Facultad de Psicología de la Universidad de la República, como parte de los requisitos necesarios para la obtención del título de Doctor en Psicología.

Directores de Tesis

Prof. Dr. Eduardo Álvarez Pedrosian

Prof. Dr. Gonzalo Correa Moreira

Programa de Doctorado en Psicología

Facultad de Psicología –

Universidad de la República Montevideo – Uruguay

Montevideo, mayo de 2024

Apoyos recibidos para la realización del doctorado de la Universidad de la República Oriental del Uruguay.

- Comisión Académica de Posgrados
- Comisión Sectorial de Investigación Científica
- Comisión Sectorial de Extensión y Actividades en el Medio
- Facultad de Psicología – Instituto de Psicología Social – Programa de Psicología de las Organizaciones y del Trabajo.

Agradecimientos y reconocimientos

A mi compañera Micaela Cavani por haberme acompañado y apoyado en este proceso.

A mi madre María Susana D'Anello Lupacchino, a mi hermano Diego Fagundez y mi sobrino Agustín Fagundez por todo.

A todos los colectivos que me abrieron las puertas para realizar mi investigación: Fundación La Muralla, Vieja Farmacia Solís, habitantes del Barrio Cívicos, El Picadero, Olla Capurro, Sindicato de Trabajadores de la Industria Química y todos/as los/las habitantes del Barrio Capurro, en especial a la comunidad de vecinos en Dragones y Flangini. Sin su apoyo este proyecto no hubiera tenido sentido.

A Fabiana, Pablo, Myriam F., Daniela, Laura, Gerardo, Mariana, Patricia, Margarita, Marcelo, Sofía, Teresita, Luisa, Alma, Andrés, Lilian, y todo/as quienes me dedicaron tiempo de su vida para compartir sus historias del Barrio Capurro.

A todes les compañeres de la Olla Capurro, que en tiempos de emergencia sanitaria pusieron sus cuerpos para una actividad solidaria con quienes no tenían un plato de comida en sus hogares.

A mis compañeros/as del Programa de Psicología de las Organizaciones y del Trabajo por la flexibilidad con la que me permiten trabajar.

A las sucesivas direcciones del Instituto de Psicología Social por facilitarme este camino.

A Lisette Grebert por estos años de colaboración, aguante, aprendizaje y acompañamiento.

A Magela Gómez, Matías Motz, Rocío Rodríguez, Lorena Iglesias y todes quienes han participado del TEBAC Capurro en sus 8 años.

A Nicolás Berasain, quien me ayudó en la revisión de estilo de la tesis (ni.berasain@gmail.com)

A todes mis compañeros/as del Laboratorio Transdisciplinario de Etnografía Experimental, en especial a Rodrigo Vidal y Alejandro Cabrera con los que he trabajado estos años en Capurro.

A Gonzalo Correa por haberme ayudado en varias oportunidades, sobre todo al principio cuando aceptó ser uno de mis directores de tesis, cuando colaboró con el pasaje para la Escuela Doctoral ESOCITE y por su grandes aportes y lectura minuciosa de la tesis en su versión final.

Y el último agradecimiento y reconocimiento es para Eduardo Álvarez Pedrosian con quien comencé mi formación de posgrado desde la maestría allá por el 2012 y que retomamos en

2017 en el doctorado hasta este momento. Los aprendizajes que he logrado con él han sido invaluableles. Eternas gracias.

Resumen

Esta tesis doctoral comprende los procesos psicosociales y las formas de subjetivación política del habitar que se producen en la transformación de espacios urbanos abandonados al este y noreste de la bahía de Montevideo. A partir de una etnografía de la subjetividad, experimental y colaborativa, articulada con derivas, observaciones, entrevistas, registros fotográficos y audiovisuales, producciones narrativas y espacios de formación integral, se analizan experiencias vinculadas a una excentral eléctrica transformada en centro de escalada deportiva, la Vieja Farmacia Solís, Barrio Cívicos, la territorialidad barrial de Capurro, la Olla Capurro, Capurro Textil y los galpones de Campomar. La investigación muestra que las acciones colectivas, las memorias afectivas, los saberes habitantes, los cuidados y la integralidad universitaria participan en la producción de territorialidades y reorientan materialidades heredadas hacia usos deportivos, artísticos, educativos, culturales y alimentarios. Desde perspectivas ecosóficas, heterotópicas y de ensamblajes urbanos, la tesis sostiene que la ciudad se produce en relaciones entre cuerpos, edificios, objetos, memorias, ambientes, instituciones y prácticas. El aporte se ubica en una psicología social del habitar capaz de leer la subjetividad como producción territorial, afectiva y política.

Palabras clave. Subjetivación política; habitar; territorialidades urbanas; ecosofía; cuidados.

Abstract

This doctoral thesis examines the psychosocial processes and forms of political subjectivation of dwelling produced through the transformation of abandoned urban spaces in the eastern and northeastern areas of Montevideo Bay. Drawing on an experimental and collaborative ethnography of subjectivity, combined with urban walks, observations, interviews, photographic and audiovisual records, narrative productions and integral training spaces, the research analyzes experiences connected to a former power plant transformed into a climbing center, the Vieja Farmacia Solís, Barrio Cívicos, the neighborhood territoriality of Capurro, Olla Capurro, Capurro Textil and the Campomar warehouses. The study shows that collective actions, affective memories, inhabitant knowledges, care practices and university integrality participate in the production of territorialities and reorient inherited materialities toward sports, artistic, educational, cultural and food-related uses. From ecosophical, heterotopic and urban assemblage perspectives, the thesis argues that the city is produced through relations among bodies, buildings, objects, memories, environments, institutions and practices. Its contribution

lies in a social psychology of dwelling able to read subjectivity as a territorial, affective and political production.

Keywords. Political subjectivation; dwelling; urban territorialities; ecosophy; care.

Contenido

1. Introducción	8
2. Fundamentación.....	12
2.1. Transformaciones urbanas en ciudades con territorialidades fabriles	12
2.1.1. La ciudad de Montevideo: aproximación sociohistórica para pensar la industrialización al este de la bahía	19
2.1.2. Ensanches de la ciudad y ordenamiento territorial	27
2.1.3. La bahía como territorialidad obrero-sindical en la ciudad	31
2.2. Fundamentación epistemológica y ontológica.	36
2.2.1. La relación sociedad-naturaleza en un trazo conectivo de las ciencias humanas y sociales.....	37
2.2.2. Del territorio a las territorialidades urbanas	46
2.2.3. Las Territorialidades barriales desde una perspectiva holística	52
2.2.4. Memorias afectivas del habitar	56
2.2.5 Heterotopías.....	60
2.2.6. Perspectivas ecosóficas para pensar la ciudad y el urbanismo capitalista.....	63
2.2.7. Habitar los ensamblajes urbanos	69
3. Diseño Metodológico	75
3.1. Fundamentos epistemológicos y ontológicos de la metodología.....	75
3.2. Métodos	78
3.2.1. Etnografía de la subjetividad, colaborativa y experimental	78
3.2.2. Cartografía de las territorialidades desde una perspectiva eco-afectiva.....	81
3.2.3. Producciones Narrativas del habitar la ciudad.	84
3.3. Técnicas	88
3.4. Territorio y habitantes relacionados e implicados en la investigación.....	92
3.5. Alcances, limitaciones y desafíos de la metodología.....	94
3.6. Consideraciones éticas	95
4. Resultados.....	97
4.1. Bordeando la bahía entre laberintos de paredes grises y ruinosas.....	98
4.2. Transformación de una vieja usina eléctrica en un centro de escalada deportiva	106
4.3. La vieja Farmacia Solís: arte-técnica de lugar	117
4.4. Barrio Cívicos: memorias de oportunidades y presente de necesidades.....	128
4.5. Etnografía en la territorialidad barrial de Capurro.....	141
4.5.1: Historizando la barrialidad.	141
4.5.2: Llegada al campo y primeras acciones en 2018	147

4.6. Segundo año en el barrio Capurro: participación en espacio de convivencia ciudadana y planteamiento de memorias narrativas barriales.....	154
4.6.1. La nueva vida del Parque Capurro	154
4.6.2. Etnografía en el Parque Capurro: Actividades culturales.....	158
4.6.2. Mesa de convivencia en el barrio Capurro organizada por el Municipio C de la IM	167
4.6.3. La promesa de la transformación y de nuevos habitantes en el barrio	171
5.6.4. “Recordá tu barrio”: una iniciativa desde la integralidad para el barrio Capurro	174
4.7. Tercer y cuarto año en el barrio Capurro. La emergencia Sanitaria por el COVID-19: integralidad en la Olla Capurro.....	182
4.7.1. Tramas del trabajo integral y participativo en la Olla Capurro	189
4.7.2. El cierre de la Olla: desgaste, movilización y gestión de las emociones, el arte y las aperturas.....	194
4.8. Producciones narrativas del habitar la territorialidad barrial Capurro.....	200
4.8.1. Narrativas de la dictadura, del terrorismo de Estado y del retorno a la democracia	201
4.8.2. El Parque Capurro como espacio significativo del barrio	208
4.8.3. Pasiones de barrio	211
4.9. Proyecto “Capurro Textil” y análisis de la transformación de los galpones de Campomar en espacios educativos y artísticos.....	214
4.10. De las huellas del dolor del recuerdo obrero-fabril al “Capurro cultural”	220
5. Análisis y Discusión.....	233
5.1. Controversias y estrategias creativas del habitar los ensamblajes ecosóficos y heterotópicos al este de la bahía de Montevideo.....	234
5.2. Memorias afectivas como proceso de subjetivación política en la ciudad	242
5.3. Olla Capurro, integralidad universitaria y producción territorial de cuidados .	254
5.4. Acciones colectivas de cuidado como subjetivación política del habitar	272
6. Conclusiones y aperturas.....	285
7. Bibliografía	291
Índice de Figuras.....	320

1. Introducción

La bahía de Montevideo y las territorialidades que se despliegan en su borde este y noreste forman parte de la delimitación desde la cual esta tesis problematiza los procesos de subjetivación política del habitar en la transformación de espacios urbanos abandonados. Territorialidades barriales consolidadas como Arroyo Seco, Bella Vista, Capurro y Cívicos aparecen en este recorrido atravesadas por memorias fabriles, infraestructuras logísticas, edificios en desuso, prácticas artísticas, deportivas, educativas, alimentarias, sindicales y universitarias. El propósito transversal es contribuir a la investigación científica en psicología social y al campo de los estudios culturales urbanos y territoriales, atendiendo a la forma en que habitantes, colectivos, instituciones, objetos, edificios, ambientes y memorias participan en la producción de ciudad (Álvarez Pedrosian et al., 2023; Martín, 2013).

La territorialidad estudiada aloja procesos sociohistóricos vinculados al desarrollo industrial montevideano, a los cierres y abandonos fabriles, a la revalorización inmobiliaria de antiguas infraestructuras, a la construcción del Ferrocarril Central, a las controversias ambientales de la bahía y a la persistencia de acciones colectivas que producen otros usos posibles para edificios, galpones, parques, sindicatos y espacios barriales. Esta composición territorial permite analizar cómo las transformaciones urbanas afectan y son afectadas por prácticas de memoria, cuidado, reapertura, formación, alimentación y creación colectiva.

La investigación se sostuvo en una preocupación por comprender cómo determinados espacios abandonados, deteriorados o en disputa se transforman en lugares de uso deportivo, artístico, educativo, cultural y alimentario. Esa pregunta inicial fue ampliándose durante el proceso etnográfico, especialmente a partir del trabajo con las memorias afectivas del habitar, la Olla Capurro, Capurro Textil y las producciones narrativas realizadas con habitantes. El campo fue mostrando que las transformaciones urbanas estudiadas se enlazan con saberes habitantes, prácticas de cuidado, integralidad universitaria y formas de subjetivación política que exceden la readaptación material de un edificio.

Esta tesis toma los saberes habitantes (Álvarez Pedrosian, 2018b) como una vía para comprender la relación entre experiencia, memoria, afecto, materialidad y territorio. Habitar implica producir sentidos sobre los espacios vividos, sostener prácticas, reconocer marcas históricas, disputar nominaciones, generar vínculos y componer relaciones con ambientes cambiantes. Desde esta perspectiva, la territorialidad se entiende como una trama dinámica de

relaciones humanas y no humanas, donde los cuerpos, las infraestructuras, los objetos técnicos, los relatos, las instituciones y las acciones colectivas participan en la configuración de lo urbano.

La investigación se posiciona desde una epistemología crítica a los esencialismos, al antropocentrismo y a la idea de una verdad científica cerrada. La apuesta por perspectivas híbridas, transdisciplinarias y relacionales permitió abordar la multiplicidad de procesos que conforman la territorialidad estudiada. Lo que se presenta es una forma situada de pensar procesos culturales urbanos y territoriales en una temporalidad específica de Montevideo, asumiendo la finitud de toda investigación y la parcialidad del conocimiento que se produce en el encuentro etnográfico.

Las perspectivas ecosóficas, heterotópicas y de ensamblajes urbanos componen la caja conceptual de la tesis. Guattari (1996b, 2015) permite articular ecologías mentales, sociales y ambientales para pensar las relaciones entre deseo, ambiente, prácticas y producción de subjetividad. Foucault (1978) permite problematizar los espacios otros donde se reordenan usos, tiempos, cuerpos y sentidos. Deleuze y Guattari (2002), DeLanda (2021), Latour (2008) y Farías (2011, 2017) permiten seguir asociaciones entre actantes humanos y no humanos, materialidades urbanas, instituciones, técnicas, afectos y controversias. Estas perspectivas ingresan en la tesis porque el campo mostró una ciudad compuesta por relaciones heterogéneas, conflictivas y abiertas.

Las producciones narrativas fueron centrales para acceder a microcapas de significación vinculadas al habitar. Narrar una fábrica, un parque, una olla, un sindicato, una escuela, una calle o un edificio abandonado permite comprender cómo los espacios se cargan de memoria, afecto, conflicto y deseo. Las narrativas aparecen como dispositivos de conocimiento en los que habitantes, estudiantes y equipo universitario elaboran sentidos sobre la territorialidad (García Fernández & Montenegro Martínez, 2014; Troncoso Pérez et al., 2017).

La metodología se apoyó en etnografías de la subjetividad, experimentales y colaborativas, integradas a derivas, observaciones, entrevistas, registros fotográficos y audiovisuales, cartografías sociales, producciones narrativas, talleres, devoluciones y espacios de formación integral (Álvarez Pedrosian, 2011, 2018c; Estalella & Sánchez Criado, 2018; Sánchez Criado & Estalella, 2016). Esta articulación metodológica permitió sostener una investigación que fue afectada por los movimientos del campo, especialmente por la emergencia sanitaria por

COVID-19 y por la participación en la Olla Capurro, donde la tesis doctoral devino también práctica de integralidad universitaria.

Las preguntas que organizaron la investigación fueron reformulándose durante el proceso, en diálogo con los desplazamientos del campo y con las experiencias que fueron adquiriendo mayor densidad analítica.

1. ¿Cómo se producen formas de subjetivación política del habitar en la transformación de espacios urbanos abandonados al este y noreste de la bahía de Montevideo?
2. ¿Qué acciones colectivas participan en la transformación de espacios abandonados hacia usos deportivos, artísticos, educativos, culturales y alimentarios?
3. ¿Cómo se articulan memorias afectivas, saberes habitantes y prácticas de cuidado en la producción de territorialidades barriales en transformación?
4. ¿De qué manera la emergencia sanitaria por COVID-19 reorientó el proceso de investigación hacia prácticas de integralidad universitaria y coproducción de conocimientos?
5. ¿Cómo las producciones narrativas permiten comprender procesos identificatorios, afectaciones y pertenencias territoriales en la barrialidad de Capurro?

En el proyecto de tesis, luego de sucesivas revisiones y adaptaciones al proceso etnográfico, definí estos objetivos.

Objetivo general

Comprender los procesos psicosociales y las formas de subjetivación política del habitar que se producen en la transformación de espacios urbanos abandonados al este y noreste de la bahía de Montevideo, atendiendo a las relaciones entre acciones colectivas, memorias afectivas, saberes habitantes, cuidados, materialidades urbanas e integralidad universitaria.

Objetivos específicos

Identificar y analizar espacios abandonados al este y noreste de la bahía de Montevideo que fueron transformados mediante prácticas artísticas, deportivas, educativas, culturales y de cuidado.

Analizar las narrativas, memorias afectivas y saberes habitantes que participan en la producción de territorialidades barriales en transformación.

Comprender cómo las acciones colectivas estudiadas producen formas de subjetivación política del habitar en relación con infraestructuras heredadas, prácticas de cuidado, disputas urbanas y ecologías territoriales.

Analizar cómo la emergencia sanitaria por COVID-19 reorientó el proceso de investigación hacia prácticas de integralidad universitaria, coproducción de conocimientos y cuidado territorial.

Examinar los procesos identificatorios y afectivos de habitantes y colectivos en la territorialidad barrial de Capurro a partir de producciones narrativas, registros etnográficos y dispositivos de devolución.

Esta tesis aporta al campo de conocimiento sobre las dinámicas de transformación urbana y subjetivación política del habitar, y ofrece una lectura psicosocial de las relaciones entre territorio, memoria, cuidado, materialidad e integralidad universitaria. El recorrido permite pensar la transformación de espacios abandonados desde prácticas que reorientan materialidades heredadas, sostienen vida común y producen modos situados de aparecer en la ciudad.

2. Fundamentación

La fundamentación va a tener tres grandes partes. En la primera, abordaré los aspectos generales sobre las reconfiguraciones urbanas en ciudades y las diversas controversias entre los intereses del sector productivo e inmobiliario, los de colectivos sociales y las propuestas de usos culturales de espacios abandonados, así como los intereses de los habitantes. Luego, presentaré el caso del este de la bahía de Montevideo, incluyendo aspectos históricos relevantes de la ciudad. En la segunda, trataré el tema de las territorialidades barriales y sus capacidades de acción, con un énfasis especial en las respuestas de las ollas populares ante la crisis del COVID-19 y en las memorias afectivas barriales. El desarrollo de ambos subcapítulos tiene como objetivo introducir el tema de mi investigación doctoral, planteando un campo de problemas. La tercera parte está dedicada a presentar preliminarmente la caja de herramientas que seleccioné para lograr una mirada holística, híbrida, heterogénea y política de la subjetividad, utilizadas para realizar la etnografía.

2.1. Transformaciones urbanas en ciudades con territorialidades fabriles

Las transformaciones urbanas en el siglo XXI traen un debate que presenta varios estudios de caso que problematizan las capacidades de reconversión en base a ciertas controversias entre distintos agentes de interés. Varias son las ciudades que presentan arquitecturas abandonadas o fuera de tiempo en relación con sus usos, que están en procesos de transformación urbana. Esto ha sido tomado por equipos de investigación relacionados con los estudios urbanos de disciplinas de las ciencias humanas y sociales, para analizar los efectos en las ciudades y sus habitantes.

El artículo de Paola Pittaluga (2020) discute las prácticas urbanas pioneras en espacios de transición, que se caracterizan por su ambigüedad y resistencia a las categorizaciones dicotómicas tradicionales como centro/periferia o público/privado. Estos espacios ofrecen oportunidades únicas para experimentar con nuevas formas de uso y organización urbana que desafían las normas y prácticas establecidas. La autora propone una serie de requisitos de diseño que deben orientar las prácticas urbanas al trabajar en estos espacios: la flexibilidad, la apropiación/reapropiación espontánea, la subversión y el empoderamiento. La flexibilidad se refiere a la capacidad de adaptar el espacio a usos cambiantes, mientras que la apropiación espontánea permite a las comunidades locales adaptar los espacios según sus necesidades, sin seguir procesos formales de planificación urbana. La subversión y el empoderamiento están interrelacionados, permitiendo a los residentes desafiar y redefinir el poder y el uso del espacio

para reflejar sus necesidades y deseos específicos. El artículo enfatiza que estas prácticas abren nuevas vías para el diseño urbano, y también permiten abordar cuestiones críticas en los debates disciplinarios actuales sobre la habitabilidad, la regeneración del espacio público y la participación efectiva de las comunidades locales en los procesos de transformación espacial.

En otro artículo, Giovanni Biddau, Antonello Marotta y Gianfranco Sanna (2020) se enfocan en el diseño de proyectos en paisajes abandonados, explorando cómo la reconversión y transformación de edificaciones históricas y sitios industriales puede revitalizar áreas urbanas y revalorizar el uso de espacios públicos. Los autores discuten la importancia de reinterpretar lugares del pasado, pero que continúan revelando historias contemporáneas a través de su estructura y memoria espacial. Este enfoque crítico es fundamental para proyectos que buscan inyectar nueva vida en el tejido del espacio urbano, creando áreas públicas y parques de la ciudad que respeten y destaquen la memoria y el deseo, tanto humano como social, de reclamar el tiempo y el espacio para la regeneración urbana y el crecimiento. Un ejemplo destacado en el estudio es el proyecto de recuperación de la Nave 16, en el Matadero de Madrid, transformado en un espacio de conexión pública, social y para el arte. Este proyecto, ejecutado con un presupuesto limitado, basa su diseño en principios de reutilización y fomenta nuevos usos para el espacio existente, demostrando cómo la arquitectura puede respetar la calidad de un espacio, transformando un lugar abandonado en un vehículo para el arte y la interacción social. Este enfoque abre nuevas vías para el diseño urbano, y también permite abordar cuestiones críticas en los debates sobre los que se ha hecho mención.

Al norte de la ciudad de Turín, el complejo de Lingotto representa otro caso que generó impacto económico y social en la reutilización adaptativa. Federico Dell'Anna (2022) destaca cómo este antiguo complejo industrial ha visto un renacimiento como espacio comercial y cultural, y también cómo ha impulsado un aumento en los valores de las propiedades circundantes. La revitalización de Lingotto ha catalizado un desarrollo económico significativo, demostrando que estos proyectos pueden ser motores de crecimiento económico y regeneración urbana. La transformación ha generado nuevos empleos y ha mejorado la infraestructura local, fortaleciendo la economía de toda la región y mejorando la calidad de vida de sus habitantes. La mirada positiva sobre el aumento del valor económico del suelo se contrasta con la exclusión de habitantes que no pueden sostener el costo de vida luego de las transformaciones. El debate que propone bien podría estar en el campo de estudio de los procesos de gentrificación urbana (Morales, 2016), ya que se abordan los procesos de inclusión-exclusión en los procesos de transformación urbana.

El siguiente artículo analizado exploró las prácticas de reutilización adaptativa en el contexto del desarrollo urbano sostenible, específicamente en ciudades balneario-históricas de Europa. Viola Fabi, María Vettori y Emilio Faroldi (2021) discuten cómo estos lugares, originalmente desarrollados en torno a recursos naturales y con un fuerte legado cultural y arquitectónico, enfrentan desafíos significativos debido a cambios socioeconómicos y tendencias turísticas. Argumentan que, mediante prácticas de reutilización adaptativa, estos sitios pueden revitalizarse y contribuir significativamente al capital territorial y a la cohesión local. El enfoque del artículo se centra en cómo la reutilización de patrimonios culturales construidos, frecuentemente abandonados o subutilizados, puede activar una transición hacia la sostenibilidad, aprovechando estos recursos como catalizadores de innovación y sinergias locales. El debate se centra en la conservación física junto con la reactivación de la relevancia social y económica de estos espacios, integrándose en visiones estratégicas más amplias que abarcan tanto la conservación como el desarrollo urbanístico y económico. La investigación subraya la importancia de enmarcar los procesos de transformación urbana y la reutilización adaptativa como desafíos integrados dentro de las lógicas de gestión del cambio. Este enfoque estratégico y holístico apunta a reinventar estos espacios como reliquias del pasado, y como activos vivos que pueden fomentar la innovación y el desarrollo regional.

El estudio de María Añibarro, María Andrade y Eduardo Jiménez-Morales (2023) explora la transformación de dos plantas de energía situadas en riberas de ríos en diferentes ciudades, destacando cómo estos proyectos transforman edificios industriales en espacios dinámicos para actividades recreativas y artísticas, beneficiando así a las comunidades locales y mejorando el paisaje urbano. Uno de los casos destacados es la transformación de una antigua planta de energía en Buenos Aires, Argentina, en un centro cultural llamado Usina del Arte. Este proyecto ha revitalizado una estructura emblemática de la ciudad, convirtiéndola en un punto de encuentro para eventos y actividades culturales. El enfoque de la reutilización ha sido meticulosamente planificado para preservar las características arquitectónicas históricas del edificio, mientras se introducen adaptaciones modernas que cumplen con las necesidades funcionales y estéticas actuales. El otro caso se encuentra en Londres, donde la antigua estación de energía de Bankside fue transformada en la ahora mundialmente famosa Tate Modern. Este proyecto preservó un ícono del patrimonio industrial de Londres, y también lo transformó en uno de los museos de arte moderno más importantes del mundo, integrando el espacio industrial con instalaciones artísticas contemporáneas y áreas de exhibición. Estos ejemplos muestran el valor de conservar y adaptar edificios industriales para usos contemporáneos. También

demuestran el impacto que tales proyectos pueden tener en el tejido urbano y social de las ciudades, facilitando un nuevo diálogo entre el pasado industrial y las necesidades contemporáneas de la ciudadanía. A la vez, el debate sobre los procesos de inclusión-exclusión sigue latente, sumando al valor de uso y cambio de estos espacios.

Cada uno de estos estudios problematiza la capacidad transformadora de la reutilización adaptativa, mostrando la necesidad de conservar edificios históricos, promover desarrollos urbanos sostenibles y abrir formas de participación de habitantes y colectivos sociales. Estas intervenciones también traen desafíos vinculados a la gentrificación, el aumento del valor de la propiedad y el posible desplazamiento de residentes de larga data que encuentran dificultades para sostener los nuevos costos de vida (R. Hidalgo & Janoschka, 2014; Kovács et al., 2013). Este fenómeno exige planificación y políticas cuidadosas para que los beneficios de la revitalización permanezcan accesibles a quienes habitan los territorios y a quienes disponen de menores recursos económicos.

En el artículo de Paula Vera (2017) se examina la influencia de la innovación en la recualificación urbana en Rosario, Argentina, combinando teorías de imaginarios sociales con un análisis cultural. Vera discute cómo la idea de innovación se ha integrado en las políticas públicas y ha afectado la transformación urbana, especialmente en proyectos como la Ciudad Joven y el Polo Tecnológico. La territorialidad urbana cercana a la costanera del río Paraná ha sufrido transformaciones significativas, con una gran inversión inmobiliaria que generó una pared hacia el resto de la ciudad. Además, estos edificios lujosos están orientados a habitantes de altos recursos económicos y empresas de gran porte. El estudio destaca el uso de la innovación como justificación para reestructurar zonas urbanas degradadas, reflejando un cambio significativo en la configuración urbana y en las prácticas sociales de Rosario. Además, se plantea una crítica al modo en que estos cambios favorecen ciertos intereses económicos y estilos de vida, en detrimento de una inclusión más amplia. Los resultados del artículo sugieren que mientras la retórica de la innovación promueve una imagen de progreso y desarrollo, también oculta las complicaciones y desigualdades que acompañan a estos procesos de recualificación. La autora problematiza la noción de innovación en el contexto urbano, argumentando que, aunque se presenta como una estrategia neutra y beneficiosa, frecuentemente sirve para reforzar prácticas que benefician a sectores específicos de la sociedad, manteniendo y a veces exacerbando las disparidades existentes. Este análisis contribuye a un entendimiento más crítico y profundo de cómo los discursos y prácticas de innovación interactúan con los procesos de desarrollo urbano, ofreciendo perspectivas

importantes para otros contextos urbanos que enfrentan desafíos similares en el marco de la globalización y el cambio tecnológico.

Para finalizar, en un artículo del proceso de esta tesis, que escribí junto a Álvarez-Pedrosian (2019), analizamos las transformaciones urbanas de la territorialidad industrial al este de la bahía de Montevideo, desde el concepto de heterotopía. El objetivo fue cartografiar las complejas capas de los espacios que componen esta territorialidad, que en ese momento estaban en franco proceso de subutilización o abandono. Utilizando una metodología etnográfica experimental (Álvarez Pedrosian, 2018c), nos enfocamos en la bahía de Montevideo, donde la interacción entre la arquitectura industrial y el contexto urbano se convierte en un campo fértil para explorar los impactos de los flujos transnacionales en la ciudad. En el artículo resaltamos que si bien las políticas de innovación y recualificación urbana promueven la revitalización de zonas degradadas, también precipitan procesos de gentrificación que pueden desplazar a comunidades establecidas y alterar significativamente el tejido social. Estas políticas, a menudo dominadas por intereses económicos, plantean desafíos críticos sobre la equidad y la inclusión en el desarrollo urbano. A través de nuestro trabajo, argumentamos que la bahía, con su rica herencia y posición estratégica, ofrece una oportunidad única para reimaginar cómo las ciudades pueden gestionar su crecimiento y transformación de manera más inclusiva y sostenible. Proponemos que estos espacios, que históricamente han sido marginalizados o ignorados, podrían reconfigurarse para convertirse en espacialidades de uso social, integrando consideraciones tanto locales como globales en la planificación urbana. Este análisis también sugiere la necesidad de una visión más holística en el urbanismo, donde las intervenciones busquen la eficiencia económica, y también fomenten el bienestar social y cultural. Al abogar por un enfoque más inclusivo y reflexivo en el desarrollo urbano, nuestro estudio desafía las prácticas convencionales y destaca la importancia de abordar las dinámicas socioculturales y económicas en conjunto. Subrayamos el potencial de los espacios industriales como espacialidades heterotópicas que pueden abrirse a la proliferación de espacios culturales, cogestionados por colectivos sociales y habitantes de la ciudad, que pueden ser clave para construir futuros urbanos más equitativos y creativos.

La reutilización adaptativa se presenta en la literatura reciente como un método integral de conservación del patrimonio que, en consonancia con los principios de sostenibilidad y eficiencia de recursos, adapta estructuras existentes para nuevos usos mientras conserva sus características históricas. Según Alberto Cedeño Valdiviezo (2023), esta práctica ha evolucionado desde intervenciones espontáneas hasta convertirse en una política estratégica

dentro de la planificación urbana, influenciada fuertemente por las discusiones sobre sostenibilidad y responsabilidad ecológica.

Históricamente, como describen Cedeño Valdiviezo y Pablo Torres Lima (2023), la reutilización de estructuras comenzó como una necesidad pragmática antes de evolucionar hacia un enfoque formalizado en el contexto del crecimiento urbano y el reconocimiento del patrimonio cultural. A partir de los años setenta y ochenta, especialmente en Italia, la reutilización se convirtió en parte de las políticas urbanas para revitalizar centros históricos, promoviendo un equilibrio entre conservación y modernización. Hoy en día, la reutilización adaptativa se destaca por su potencial para integrar edificaciones antiguas en el tejido urbano contemporáneo sin recurrir a la demolición, lo que se refleja en su adopción en Estados Unidos y otros países occidentales. En términos de conceptualización actual, se define como un proceso que prolonga la vida útil de los edificios, conservando su estructura, fachada y, a menudo, elementos interiores significativos. Este enfoque se beneficia de la preservación de la “energía incorporada” de los edificios y reduce la demanda de nuevos recursos de construcción, lo que es vital en un contexto de cambio climático y reducción de la huella ecológica.

Ambos artículos subrayan la importancia de la reutilización adaptativa no, solo desde una perspectiva ambiental, y también social y económica. Resaltan que esta práctica puede revitalizar áreas urbanas en declive, proporcionando espacios para nuevas actividades comerciales y culturales que benefician a las comunidades locales y fomentan una mayor cohesión social.

La reflexión crítica sobre la reutilización adaptativa, basada en estos textos, nos invita a considerarla como una técnica de conservación, y como una estrategia proactiva de desarrollo urbano que respeta tanto la historia como la sostenibilidad. La aplicación efectiva de este enfoque requiere políticas que faciliten su implementación y superen los desafíos económicos y regulatorios, promoviendo un desarrollo urbano que sea inclusivo y respetuoso con nuestro patrimonio compartido. Es importante que estas políticas no se lleven adelante para fines de capitalización e inclusión de residentes de altos recursos, y tengan en cuenta otras inclusiones abiertas al intercambio ciudadano, fenómeno que ocurre en casos aislados y puntuales.

Un claro ejemplo de esto es la obra del Ferrocarril Central en la ciudad de Montevideo. Mariana Fry y Felipe Arocena (2021) analizan el complejo entramado de tensiones y controversias que emergen de la implementación del proyecto, vinculado con la tercera planta de celulosa de la empresa UPM. Aunque prometedor en términos de avances económicos y de infraestructura,

este proyecto ha sido objeto de intensas críticas por sus potenciales efectos adversos, tanto en el ámbito ambiental como social, especialmente sobre las comunidades locales que podrían verse afectadas por la expansión industrial y logística. Resaltan cómo podría desafiar los principios de sostenibilidad y “buen vivir” al centrarse en un modelo de desarrollo que, si bien genera empleo y crecimiento económico a corto plazo, podría llevar a consecuencias negativas a largo plazo, tales como la degradación ambiental y la desintegración social. El análisis del artículo sugiere que la implementación del Ferrocarril Central, destinado principalmente a facilitar la producción y exportación a gran escala, plantea riesgos referidos a la contaminación y desplazamiento de habitantes de los entornos de cercanía, y también pone en evidencia un desbalance en la distribución de beneficios económicos, favoreciendo desproporcionadamente a entidades corporativas en detrimento de la colectividad. Subrayan la necesidad de integrar principios de desarrollo sostenible en la planificación y realización de grandes proyectos, instando a una reflexión más profunda acerca de cómo las políticas de desarrollo económico interfieren y afectan las bases ecológicas y sociales de la comunidad. Los autores abogan por una revisión de las estrategias de desarrollo que puedan conciliar las necesidades económicas con la conservación ambiental y la justicia social, proponiendo un modelo de desarrollo más inclusivo y equitativo que verdaderamente refleje las aspiraciones del “buen vivir” en el contexto de Uruguay.

Al momento de la elaboración del presente trabajo, las obras del Ferrocarril Central han terminado y se están realizando recorridos de prueba. El gobierno está difundiendo mensajes a la ciudadanía en los medios de comunicación para asumir conductas de cuidado ante la promesa de un ferrocarril de todos, que trae beneficios para el país. Existen otros colectivos que denuncian que el tren es a gasoil y no eléctrico como en Europa, que tiene un costo para el Estado de medio millón de dólares diarios y que gran parte del uso será para transportar pasta de celulosa, no para transporte de pasajeros. Sin dudas es un tema controversial, del que la ciudadanía solo ha participado en charlas informativas en territorios afectados. Cabe destacar que existe un colectivo llamado “Al costado de la vía”, que desarrolló actividades de debate público, intervenciones urbanas y difusión de información en redes sociales, incluso participando en mesas informativas del Ministerio de Transporte y Obras Públicas (MTOP).

El último trabajo que cierra este recorrido del estado del arte es sobre un estudio de caso realizado en Montevideo. En el contexto del Dique Mauá, la resistencia ciudadana ha jugado un papel crucial en la defensa y conservación del patrimonio cultural y urbano. Este activismo, originado por la comunidad local y ampliado a través de diversas organizaciones sociales,

surgió como respuesta a propuestas de desarrollo que amenazaban la integridad de este emblemático espacio. La ciudadanía organizada logró evitar la venta de terrenos estatales para proyectos privados que no respetaban el valor histórico y cultural del área. También promovió un diálogo más amplio sobre la gestión y el uso futuro de este espacio. Este movimiento demostró cómo la participación activa y estructurada de los ciudadanos puede influir decisivamente en las políticas de desarrollo urbano y conservación patrimonial. Al movilizarse, estos grupos protegieron un sitio de significado histórico y reafirmaron la Rambla Sur como un lugar de valor de uso social, público y democrático, insistiendo en que cualquier intervención futura en el área debe realizarse con consideración cuidadosa del patrimonio público y bajo la guía de un manejo inclusivo y transparente (Berenguer, 2023). Los dos últimos casos en la misma ciudad —contemporáneos entre sí— muestran resultados dispares de la acción colectiva ciudadana.

Resulta interesante analizar el juego de fuerzas con los gobiernos, que en el primer caso correspondía al nacional y en el segundo al departamental, y el ejercicio de poder de las empresas enroladas con la toma de ambos espacios. La variable que los diferencia es que, en el caso del Ferrocarril, el acuerdo fue que el Estado debía reformar la vía de tren para instalar la planta de fabricación de pasta de celulosa en la ciudad de Durazno, mientras que en el dique era una concesión a una empresa de ferry. En el caso del Ferrocarril existe una denuncia de falta de transparencia, mientras que en el otro se habilitó el uso del espacio para propuestas participativas.

2.1.1. La ciudad de Montevideo: aproximación sociohistórica para pensar la industrialización al este de la bahía

A continuación, realizaré un análisis histórico que pone en perspectiva hebras de sentido genealógicas de Montevideo desde sus orígenes, utilizando el concepto de eventualización para cuestionar su desarrollo urbano (Restrepo, 2008). La planificación del diseño urbano de Montevideo ha estado históricamente vinculada con la estructuración de un espacio urbano orientado a favorecer la producción industrial. Desde los primeros decretos que regulan la implantación de edificios industriales por razones de higiene en 1836, hasta las intervenciones de 1884 que buscaban mejorar y preservar la bahía, Montevideo se ha configurado en un sitio clave para la expansión y explotación capitalista, dominado principalmente por intereses británicos (Fernández Saldaña, 2010). En esta época, tanto la Ciudad Vieja como la Ciudad Nueva, que incluye el centro de la ciudad y el Barrio Sur, ubicado a orillas del Río de la Plata, experimentaron una creciente presión demográfica debido a la inmigración de españoles e

italianos, así como al asentamiento de comunidades afrodescendientes. Estas últimas llevaban consigo una historia de despojo y esclavitud que se remonta a finales del siglo XVIII (Baracchini & Fuentes, 2010; Bracco Boksar et al., 2012). Después de las luchas por la independencia de Uruguay, las relaciones con las poblaciones nativas se deterioraron hasta llegar asesinatos de tres referentes. Esto generó un impacto fuerte en las subjetivaciones de los colectivos indígenas, que hasta el día de hoy reivindican la violencia sufrida, su existencia y sus derechos.

En 1878 se proyecta y comienza a delinear la Avenida Bulevar General Artigas en un formato de L, que geográficamente delimita la ciudad desde la bahía de Montevideo hasta el Río de la Plata. Por su arco principal comenzaron a instalarse las primeras fábricas. Su configuración económica y territorial, comprendiendo el área desde el Arroyo Seco hasta el Cerro, ha sido relevante en el contexto del desarrollo urbano y la expansión industrial de la ciudad. La secuencia de terrenos que bordean esta bahía ha experimentado una continua revalorización, catalizada inicialmente por la asignación de tierras en el siglo XIX y perpetuada por su posterior parcelamiento y comercialización. Estos procesos han favorecido la implantación de infraestructuras cruciales como la compañía tranviaria alemana y el dique Cibils, articulando el crecimiento de la ciudad con las dinámicas de un puerto natural activo (Fernández Saldaña, 2010). El papel de la bahía como eje para el comercio marítimo y como enclave estratégico para la inversión tanto local como extranjera ha sido significativo. La rambla, especialmente en su segmento renombrado como Baltasar Brum, ha evidenciado una progresiva integración de actividades económicas centradas en la logística portuaria y en la especulación inmobiliaria. Esto ha conducido a una intensificación de las operaciones de importación y exportación, y a la consecuente consolidación de Montevideo como un centro neurálgico de intercambio comercial. La bahía ha funcionado como un punto de anclaje para los negocios marítimos, y también como un escenario de inversión en infraestructura, influenciando de manera significativa la morfología urbana y la economía local.

La composición sociotécnica de la ciudad de finales del siglo XIX creó de forma pensada un cordón fabril en la región sureste hacia el oeste de la bahía, desde el Arroyo Seco, pasando por Pueblo Victoria, encontrando intensificación en la Villa Cosmópolis, interceptada por los afluentes de los arroyos Miguelete y Pantanoso. En el caso del oeste de la bahía, los frigoríficos, otrora saladeros, presentaron las primeras actividades productivas, junto con la plantación y molienda del trigo.

Nuestra ciudad fue parte de varios planes de colonización de las tierras del sur, disputadas por la corona española, inglesa y portuguesa. Si bien los primeros colonos registrados llegaron en 1724, no faltaron los conflictos armados para conquistar las ricas y fértiles tierras habitadas por nativos con poca organización para la defensa. Es más, estos fueron reclutados por ejércitos orientales para las batallas lideradas por José Gervasio Artigas en los primeros veinte años del siglo XIX.

Partiendo de este plano histórico, propongo problematizar la relación de la bahía con la actividad económica, tecnológica, medioambiental, residencial y política en el presente. Muchos de los eventos históricos vinculados a la relación entre la humanidad y el ecosistema del que participa activamente hacen visibles las relaciones de poder y explotación a escala ecológica que hoy naturalizamos (Restrepo, 2008). No hay ciudad de Montevideo sin bahía, dicen los historiadores referenciados.



Figura 1: Fotografía hacia el sur de la bahía de Montevideo. Se ve la Central eléctrica José Batlle y Ordóñez, la Torre de Antel, y la infraestructura del Puerto de Montevideo. Foto de autor, junio de 2018

En primer plano de esta imagen se distingue la central eléctrica José Batlle y Ordóñez de UTE, una infraestructura energética clave inaugurada en la década de 1930, que opera mediante la combustión de hidrocarburos para proveer electricidad a Montevideo. Detrás se eleva la

imponente torre de Antel, el edificio más alto de la ciudad, erigido en 2002 durante un período de severa crisis económica, sucesiva a la dictadura militar de 1973-1984. Profundizando en la figura, se percibe una sección de la urbe y el área portuaria estratégicamente situada al margen de la Ciudad Vieja de Montevideo. Tres prominentes estructuras metálicas destacan en la escena, sirviendo como depósitos para granos de soja, mientras que en el extremo de la imagen se visualizan extensos silos, cuya función es abastecer a los barcos de carga. En una observación más próxima se aprecia la demarcación entre la edificación urbana y las aguas del Río de la Plata que nutren la bahía. Este hábitat se configura como un conglomerado de redes sociotécnicas, en términos de Bruno Latour (2008), que incluye sistemas de producción industrial y mecanismos de distribución de bienes. Esta interconexión media entre la acción humana, el conocimiento tecnológico, la materialidad orgánica del entorno, la fauna, el clima y una variedad de entes que contribuyen a la formación de subjetividades en el habitar urbano. El ensamblaje visualizado constituye una matriz urbana de índole socio-tecno-natural, actualmente en un proceso dinámico de transformación que implica consecuencias significativas para la estructura de la ciudad.

Aurora Capillas de Castellanos (1971) relata en su obra la historia del Montevideo antiguo, destacando la bahía como un centro estratégico para la colonización y fundación de la ciudad. En una ilustración incluida en el libro se observa la bahía en el núcleo de la actividad colonial, con las primeras viviendas ya presentes desde 1720 en la punta sureste, donde se inició la formación de la colonia, el cabildo y el desembarco de los primeros pobladores. Según Capillas, el fuerte del cerro fue originalmente erigido por los portugueses en 1773, pero ya en 1724, desde Buenos Aires, los españoles conquistaron la bahía y el fuerte, fundando la ciudad bajo la dirección de Bruno Mauricio de Zabala.



Llegada de las familias pobladoras conducidas al puerto de Montevideo el 19 de noviembre de 1726 por el navío "Nuestra Señora de la Encina", cuadro de Eduardo Amézaga.

Figura 2: Ilustración que pretende mostrar el desembarco de pobladores extranjeros de la ciudad de Montevideo (Aurora Capillas de Castellanos, 1971, p. 12)

La autora señala que las tensiones durante este período de conquista eran intensas, dada la importancia estratégica de la bahía en términos militares y comerciales. Montevideo y Buenos Aires emergieron como los principales puntos de defensa de las tierras y del mar, actuando también como puertas de entrada para las primeras colonias. Los portugueses, controlando las costas del océano Atlántico desde Brasil, con grandes puertos en Bahía y Río de Janeiro desde el siglo XV, y los españoles, expandiéndose desde el norte de América del Sur por el Pacífico, con Argentina como su base en el sur. Así, la bahía de Montevideo se posiciona como un punto crítico entre la entrada al océano Atlántico y las costas argentinas, desde Buenos Aires hacia el sur.



Figura 3: “Planta de la Ensenada de Montevideo trazada por Domingo Petrarca en 1724” (Aurora Capillas de Castellanos, 1971, p. 46)

Los relatos de la autora plantean que ya desde el siglo XVII, Hernandarias bajó desde Paraguay hacia el río Uruguay hasta el cerro que se ve en lo profundo y se sorprendió al ver hasta el horizonte la belleza de la tierra plana y verde, con cauces de arroyos desembocando en la bahía que alimentaban de fertilidad a la tierra. Los primeros 130 colonos vinieron desde Buenos Aires y otros 300 de Canarias, superando ya hacia 1800 las 10.000 personas. A la vez, la población se clasificaba de diferente manera:

El padrón de los habitantes, periódicamente renovado desde 1760 en adelante, clasificaba el número de “vivos” por calidades, estado, sexo, con inclusión de “sirvientes, tanto libres como esclavos”; en otros empadronamientos se especifican propiedades y dueños; en algunos, “vecinos, forasteros, cabezas de familia, sexo, pardos, indios, esclavos y negros libres”. (Capillas de Castellanos, 1971, p. 10)

Esta cita revela la diversidad de habitantes que conformaban la primera colonia en los primeros años tras la fundación oficial de Montevideo, datando de 1749. Es crucial destacar que los nativos indígenas tuvieron que adaptarse a las formas de organización impuestas por los colonizadores, ocupando posiciones de inferioridad y diferenciación comparables a las de los esclavos. La situación de los indígenas nativos de las tierras ya colonizadas comenzó a deteriorarse, entrando en una fase ascendente de segregación. De acuerdo con los registros analizados por Leonel Cabrera Pérez e Isabel Barreto Messano (2014), desde 1749 se discutía en el cabildo la inconveniencia de la presencia indígena en la ciudad, argumentando que no

generaban ingresos económicos, y representaban un gasto, lo que justificaba la necesidad de expulsarlos fuera de los límites trazados de la ciudad colonial. Esta dinámica se intensificó aún más cuando las tierras fueron loteadas y convertidas en propiedad privada, y el ganado fue apropiado por los colonizadores, dejando a los indígenas prácticamente sin posibilidades de reclamar un espacio propio:

Ante el clamor creciente de los hacendados y en el marco del plan puesto en marcha por la Corona destinado al “arreglo de los campos”, el cual entre otros propósitos buscaba el control del territorio y su pacificación, el Virrey Marqués de Avilés encomendará al Capitán Jorge Pacheco una campaña de exterminio, suscitándose en 1801, tres sangrientos encuentros dentro de este marco. Dichos encuentros suponen significativas bajas para la población indígena, tanto en lo que respecta a muertos, como de cautivos, que, como en oportunidades anteriores, dentro de este proceso, serán trasladados a Buenos Aires y repartidos entre las familias allegadas al régimen Colonial (M. H. N., Montevideo. Tercer cuaderno del Diario de Operaciones de Jorge Pacheco. Col. de Manuscritos. T. 1010). El estado de guerra que se crea entre España y Portugal y el peligro de la llegada de tropas invasoras por mar, llevan a la suspensión de la campaña, abandonando el ejército la persecución indígena. (Cabrera Pérez y Barreto Messano, 2014, p. 3)

Es destacable que, hacia 1810, los nativos indígenas se aliaron al ejército de la Banda Oriental para combatir a los colonizadores españoles, logrando una victoria significativa en la Batalla de las Piedras, en 1811. Tras la migración del líder de la Banda Oriental, el general José Gervasio Artigas, hacia tierras paraguayas, los indígenas colaboraron con los ejércitos de los generales Juan Antonio Lavalleja y Fructuoso Rivera para repeler las invasiones portuguesas, contribuyendo decisivamente a la independencia. A la vez, este apoyo no impidió el asesinato violento de los nativos indígenas a manos de los ejércitos del general Fructuoso Rivera en los primeros años de 1830 (Cabrera Pérez & Barreto Messano, 2014).

Antes de avanzar en la historización crítica del proceso de industrialización del este de la bahía, es importante problematizar otra situación dolorosa de los tiempos de la colonización: la de los esclavos. Esta se encuentra estrechamente vinculada con la bahía, especialmente desde la década de 1780, cuando ocurrió un evento significativo para la situación urbana de la ciudad, relacionado con la Compañía Real de Filipinas, que traficaba esclavos. Aunque se estima que el tráfico de esclavos provenientes de Guinea y Angola comenzó entre 1743 y 1756 a través de acuerdos con portugueses, fue en 1787 cuando la Compañía obtuvo la autorización oficial para “importar” (traficar) esclavos. Los historiadores indican que el desembarco de los esclavos se

realizaba sobre el Río de la Plata, al borde de la ciudad amurallada, pero debido a reclamos de “higiene” por parte de los “vecinos” que temían las pestes, se obligó a la Compañía a construir el llamado “Caserío de los Negros” dentro de la bahía, en la desembocadura del arroyo Miguelete, lejos de la ciudad (Bracco Boksar & López Mazz, 2014).

El tráfico de esclavos despojados de las tierras africanas se extendió por todo el océano Atlántico, siendo el principal interés su explotación para construir viviendas y trabajar las tierras de los patrones colonizadores. El caserío puede ser visto como una de esas heterotopías de desviación que Foucault (1978) describió. Es un espacio aparte, clausurado para los esclavos que, al ser comercializados, entraban en una cuarentena para evitar la propagación de pestes en la ciudad. En aquel tiempo, la desembocadura del arroyo Miguelete y la bahía no estaban urbanizadas, y se consideraban un territorio a las afueras y considerablemente distantes para los medios de transporte de la época. No se sabe mucho sobre las prácticas que se desarrollaban en el caserío, pero sí se sabe que algunos esclavos vivían y eran trasladados para su explotación, mientras que otros morían. Hacia finales de la primera década del siglo XXI, un grupo de antropólogos de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Udelar, liderado por Roberto Bracco Boksar y José María López Mazz (2014), logró identificar la ubicación exacta donde estuvo el caserío. Lo interesante de la investigación es que en su artículo presentan una historización crítica del proceso. Hacia principios de 1800, en un comienzo del descenso del tráfico de esclavos en el Río de la Plata, se estima que entraron unos 60.000 provenientes de África y Brasil (6.000 por año). El caserío fue utilizado brevemente hacia la primera década de 1800 por tropas militares, pero luego fue demolido por representar una parte controversial de la historia. La historia posterior está nublada por la falta de crítica de los historiadores uruguayos de las épocas, siendo Isidoro de María, en los años cincuenta, quien le dedicó unas palabras a esa parte de la historia —según cuentan los antropólogos—, citadas en el artículo. Pero lo que quiero destacar en este momento es que ya a mediados de 1800 la infraestructura arquitectónica del caserío fue enterrada y por encima de esta se forjó otra historia de la territorialidad, en la cual está implicado el marino mercante genovés Juan Bautista Capurro, quien compró los predios y construyó su casa y la de sus hijos. Retomaré esta historia más adelante en la investigación, ya que está íntimamente relacionada con la trama urbana a la que accedí en medio del proceso etnográfico.

Tanto la población nativa-indígena que sufrió la persecución y asesinatos ordenados por el primer presidente del Uruguay, como la historia del Caserío de los Negros, propiedad de la Compañía Real de Filipinas, fueron dos aspectos críticos, controversiales y hasta sufrientes de

la territorialidad, de los que poco se habla y se recuerda, pero que en las últimas décadas ha sido tema de investigación de varios/as académicos/as y organizaciones sociales. Desde mi lugar como investigador entiendo que son parte de las configuraciones subjetivas de la territorialidad, sumadas a todo el valor cultural que representan las inmigraciones iniciales y posteriores de españoles e italianos, que fueron los que se apropiaron de tierras para la producción o vinieron en busca de una oportunidad de asentamiento debido a los conflictos que sufrían sus países en diferentes momentos históricos. De esta última historia es de la que se habla, tomándola como oficial, pero la otra fue silenciada y hasta tergiversada por los historiadores y representantes políticos de turno.

2.1.2. Ensanches de la ciudad y ordenamiento territorial

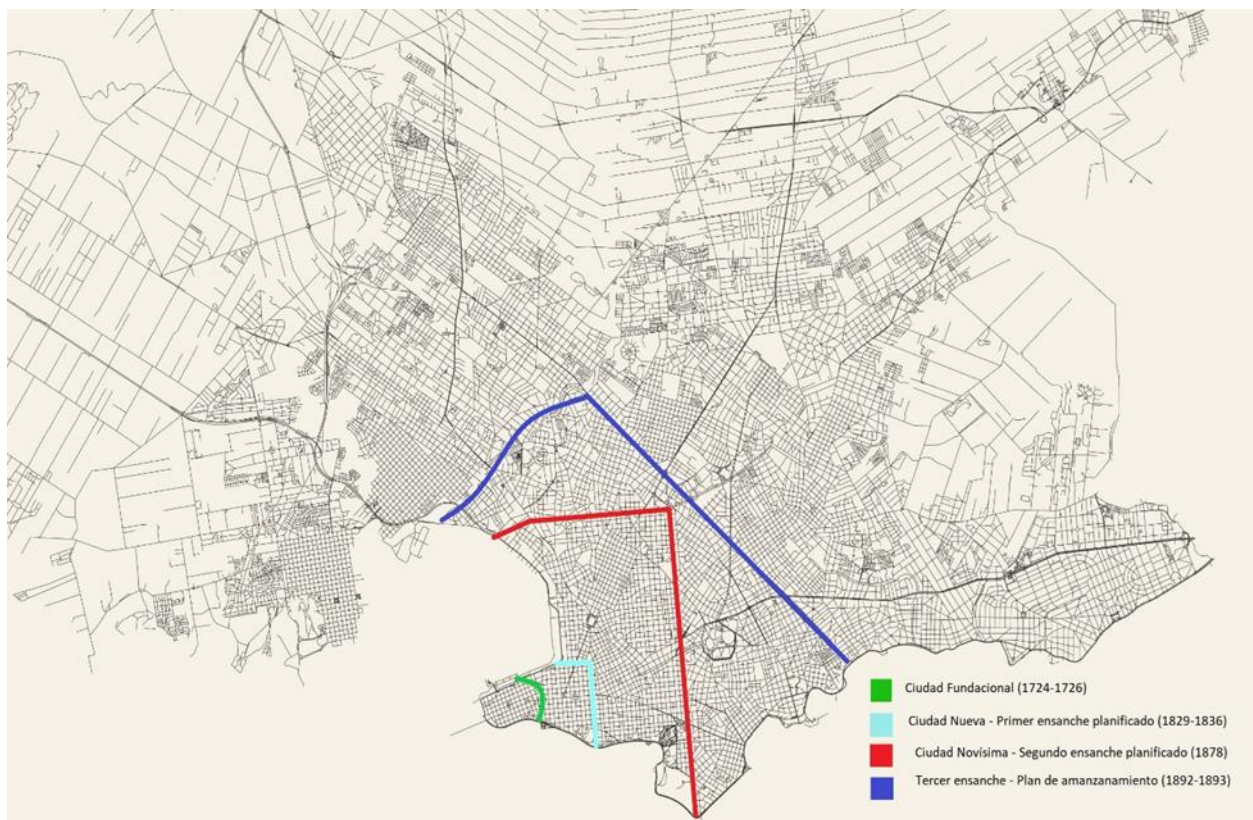


Figura 4: Mapa generado virtualmente de la ciudad de Montevideo y editado en base a los ensanches de la ciudad. En verde están los límites de la ciudad fundacional. En celeste los límites de la ciudad nueva. En rojo la ciudad novísima. En azul, el tercer ensanche planificado. Edición de autor.

El mapa ilustra cuatro momentos clave en la urbanización de la ciudad de Montevideo: primero, delimitada por la línea verde, se muestra la ciudad fundacional, situada al borde sureste de la bahía, frente a la fortaleza militar del cerro. Esta área estaba originalmente amurallada y de esa época perduran diversos artefactos y restos arquitectónicos como la puerta de la ciudadela, que

actuaba como puerta de entrada de las primeras colonias de habitantes, y también era el núcleo de la organización política y administrativa de Montevideo. Aunque esta no era la única zona poblada de la ciudad, sí fue reconocida como el primer centro urbano político-administrativo.

En la línea celeste se representa el primer ensanche planificado, que hoy constituye el Centro y el Barrio Sur de la ciudad. Aunque en el mapa esta línea se muestra con ángulo recto, Liliana Carmona y María Julia Gómez (2002) argumentan que el diseño original era octogonal, con una gran plaza en el centro (actual plaza Cagancha, también conocida como plaza Libertad), propuesta por Francisco Zalazar. A la vez, el diseño que finalmente se materializó fue realizado por el sargento mayor José María Reyes, ingeniero geógrafo especialista en topología, con posteriores ajustes y modificaciones realizados por el arquitecto de nacionalidad italiana Carlos Zucchi. La delimitación de este ensanche coincidió con la fundación de Uruguay como Estado nación, por lo que la responsabilidad de su ejecución recayó en militares como los generales Juan Antonio Lavalleja y Fructuoso Rivera (primer presidente electo).

Este mapa fue citado por Nicolás Duffau (2020) en el contexto de un análisis sobre el funcionamiento policial de la ciudad en esas épocas, lo que representaba una gran preocupación para el nuevo gobierno post-colonización española. La propuesta buscaba asegurar la seguridad de las riquezas y la población, instaurar un sistema higienista para el control de la salud y

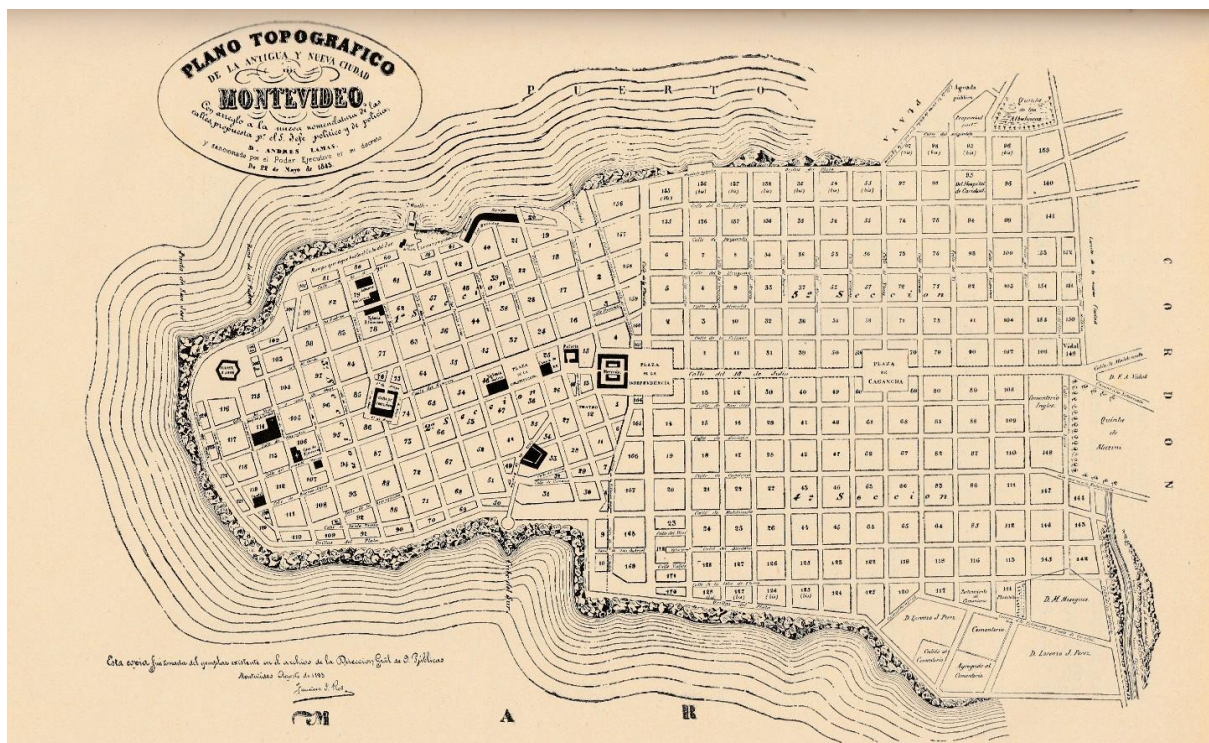


Figura 5: Mapa de loteo de lo que era la ciudad fundacional y la ciudad nueva. (Duffau, 2020, s/p)

establecer un sistema de alerta y cuidado ante posibles riesgos externos, cuestiones típicas de los sistemas de gobierno de la modernidad (Foucault, 2006).

Este mapa oficial de 1849 muestra el loteo de manzanas de la ciudad vieja y la nueva. También muestra a la ciudad nueva con un diseño casi cuadrado, donde las líneas sur y norte no son rectas debido a los contornos del Río de la Plata y a la bahía respectivamente. Adicionalmente, en el norte, sobre la bahía, se delimita el puerto, que se convirtió en el principal punto de entrada y salida de pasajeros y mercancías.

Este diseño representa el inicio de lo que es la capital de un Estado nación emergente que, con los saberes de la economía liberal, va conformando un diseño urbano moderno. Las premisas de este diseño incluyen la organización de una diplomacia y una defensa militar externa, así como la creación de una policía y un sistema médico higienista que brinde seguridad a los habitantes, que conforman una población que asegura la explotación de la riqueza del territorio. Estas son las premisas que Foucault (2006) describe como la racionalidad liberal, estrategia de seguridad y tácticas de intervención sobre la población para el desarrollo de un Estado que ofrece libertad a los habitantes privilegiados. Esta racionalidad no toma en cuenta a aquellos que no son propietarios, a los que no tienen derechos derivados de la mano de obra de campos u hogares, y que están sometidos a las reglas de sus patrones o propietarios. Esta racionalidad limita y reparte el territorio a aquellos que tienen la posibilidad de adquirir una propiedad privada, ya sea para su residencia y organización familiar, o los terrenos para la agricultura, ganadería y manufactura, principales fuentes de producción de la nueva nación, siendo Montevideo el epicentro de todas las decisiones de gobierno.

Este momento de ensanche de la ciudad se dio en medio de un gran conflicto: la Guerra Grande (1839-1851). Después de las primeras presidencias de Rivera (colorado) y Oribe (blanco-nacional), repartidas entre 1830-1834 y 1835-1839, surgieron disputas por los manejos y perspectivas sobre cómo gobernar el país, que llevaron a conflictos armados entre ambos caudillos que instalaron de forma tajante el bipartidismo en Uruguay. Esta guerra afectó significativamente a la economía del naciente país e instauró una suerte de fragmentación entre la capital y el resto de los departamentos, sobre todo por la división política entre lo urbano y lo rural. Si bien esto es una aproximación, se podría decir que la capital urbana e industrial quedó asociada a la línea de Rivera y sus sucesores del Partido Colorado, mientras que el sector rural a Oribe y su Partido Blanco o Nacional. La división no es arbitraria, y está asociada a dos modelos económicos de país, aunque ambos tienen una base de economía liberal, siendo el

Colorado más paternalista de Estado que el Blanco-Nacional, que tuvo (tiene) un enfoque más laxo sobre la incidencia del Estado en el control de la sociedad. Esta división fue significativa en la historia de Uruguay hasta por lo menos 1995, momento en que se produjo una coalición que fue de menos a más en un bloque de derecha conservadora y de centro contra la impronta de las izquierdas, reunidas principalmente a nivel partidario en el Frente Amplio, que se cohesionó entre la centroizquierda y la izquierda. Esta contraposición es la del modelo liberal contra el modelo socialista-progresista.

En este marco de grandes tensiones armadas, Uruguay sufrió una de sus primeras grandes crisis económicas entre los años sesenta y noventa del siglo XIX, donde incursionan en el gobierno los militares, en la figura de Lorenzo Latorre, entre los años 1876 y 1889, y de 1889 a 1890 de forma constitucional, justo un año después de la consolidación del segundo ensanche de Montevideo. Si bien no fue una dictadura propiamente dicha, se produjo una toma del gobierno provisorio del país a través de la oligarquía uruguaya que impuso un cambio que asentara una gran reforma. Esta fue educativa, productiva, de política exterior y militar, y produjo una base de Estado, donde la ciudad de Montevideo se fortaleció con respecto al país. Tres objetos son los que aparecen en escena: el ferrocarril, para la movilidad de las tropas militares; el telégrafo, para aumentar la velocidad de las comunicaciones; y la obtención de armamentos militares, para el fortalecimiento de la policía y la milicia, lo que generó un control estricto de las medidas de gobierno. Esto permitió que se fortaleciera el control estatal sobre la población y las fronteras departamentales y nacionales, en un intento de frenar el caos bipartidista de intereses internacionales por alterar el orden estatal (Baracchini & Fuentes, 2010)

La contingencia y la necesidad de fortalecer a la capital como epicentro del país llevaron a que el segundo ensanche planificado de Montevideo se convirtiera en un ejercicio de poder urbano-capitalista. Este proceso se fundamentó en la importancia de la conexión fluvial portuaria con el puerto de Buenos Aires y los puertos de Brasil, crucial para la actividad comercial. Además, se consolidó en la bahía de Montevideo el desarrollo del ferrocarril como un eje vital hacia el norte, noreste y noroeste de Uruguay, facilitando el tránsito de pasajeros, movimientos militares y el transporte de insumos para el consumo interno, así como para la exportación e importación. Simultáneamente, se fomentó la instalación de un sistema productivo a lo largo del arco de la bahía, que continuó expandiéndose hasta por lo menos un siglo después.

2.1.3. La bahía como territorialidad obrero-sindical en la ciudad

Para comenzar, quiero traer el trabajo realizado por Pierre Gautreau (2006) donde analiza las transformaciones del paisaje de la bahía de Montevideo desde el final de la Guerra Grande hasta los años treinta. Durante este período hubo dos momentos destacados. En el primero, entre 1851 y 1875, se experimentó un crecimiento urbano lento, pero luego se aceleró y se estableció el "Montevideo de la expansión". Se construyeron muelles privados, un puerto moderno y la ciudad comenzó a rodear completamente la bahía. El segundo momento, entre 1876 y 1930, fue testigo de cambios significativos: el puerto se desarrolló, las industrias se establecieron en la bahía y se produjo una transición hacia un paisaje industrial. Durante el período militarista (1876-1890) se realizaron rellenos para ampliar la bahía, mientras que en el período batllista (1900-1915) se construyó un puerto moderno y se impulsaron las industrias debido a la Primera Guerra Mundial. Entre 1917 y 1930 se experimentó un apogeo industrial, dando lugar a un paisaje industrial dominante. A partir de los años veinte, la expansión de la ciudad se orientó hacia el este y la bahía experimentó una densificación de los barrios existentes. Después de la década del treinta cesaron las transformaciones significativas del paisaje costero, a excepción de algunos ajustes posteriores. El texto también menciona la importancia de comprender los factores de sedimentación en la bahía y señala testimonios históricos contradictorios sobre este fenómeno y posibles causas naturales y humanas.

Un factor determinante que actúa en dos vías de dependencia es la relación entre la inmigración y la industrialización. La inmigración europea en América del Sur, incluido Uruguay, entre 1870 y 1900, fue un factor clave en el desarrollo de la industria y las organizaciones corporativas en la región. Los inmigrantes europeos aportaron su experiencia en las relaciones capitalistas de producción y contribuyeron al crecimiento económico y social de los países receptores (Beretta Curi, 2014).

La expansión de esta territorialidad se aceleró hasta 1960 aproximadamente, momento en que surgieron crisis económicas y políticas, y la ciudad comenzó a experimentar un crecimiento no planificado en sus márgenes debido a la migración de habitantes de otros departamentos en busca de oportunidades laborales. Este fenómeno fue una respuesta al crecimiento urbano de Montevideo y actualmente se observan como territorios segregados (Álvarez Pedrosian, 2013).

Paralelamente, a fines del siglo XIX se inició en Uruguay el movimiento sindical. En 1870 surgió lo que se conoce como el origen del movimiento obrero en Uruguay, con la Sociedad Tipográfica Montevideana. Esto llevó a la proliferación de organizaciones basadas en ayuda

mutua, que se convirtieron en experiencias de lucha de clases, generando conflictos con el sector productivo y llevando a huelgas y paros en busca de mejores condiciones laborales. A partir de 1890, estas acciones comenzaron a formalizarse, estableciendo contactos con sociedades de trabajadores internacionales y adoptando ideologías anarquistas que se integraron en redes asociativas para reivindicar los derechos de los trabajadores (Zapirain et al., 2016)

En 1925 se inauguró el Palacio Legislativo, ubicado en los entornos de cercanía de la Ciudad Vieja, la Ciudad Nueva, la Ciudad Novísima y la bahía de Montevideo, así como de la territorialidad fabril mencionada anteriormente. Esta cercanía generó una configuración político-representativa de la territorialidad. A partir de 1940, varios locales sindicales comenzaron a establecerse cerca de las fábricas, el puerto, el tren y otros servicios, en respuesta a oportunidades inmobiliarias de bajo costo. La primera de estas refiere a la proximidad al lugar de trabajo, debido a la falta de fluidez y accesibilidad de los medios de transporte para realizar desplazamientos largos. La segunda está relacionada con el bajo costo catastral de los terrenos cercanos a las fábricas, que tenían un menor valor en la primera mitad del siglo XX. Esto hizo que la arquitectura de los locales sindicales se adaptara a las necesidades de sus afiliados en ese momento. Entre estas adaptaciones se incluían salas de reuniones para asambleas y reuniones más pequeñas, salones de fiesta y áreas de parrilleros, dependiendo de la densidad de afiliados, según las observaciones que he realizado oportunamente. Por lo tanto, a mayor densidad, se podía observar una gama más amplia de servicios, mientras que a menor densidad ocurría lo contrario. También se evidencia una vocación de los sindicatos de convertirse en referentes territoriales en términos de acciones colectivas en contacto con colectivos sociales y habitantes de los entornos de cercanía.

Existen otras experiencias singulares en la región. Juan Celís Ospina (2004) problematiza las relaciones entre los sindicatos y el territorio, trascendiendo las barreras tradicionalmente impuestas por su enfoque en el trabajo y la lucha ideológica por mejores condiciones laborales. El autor analiza dos casos en Colombia: el Sindicato Nacional de Trabajadores de la Industria Agropecuaria (Sintrainagro) en Antioquia y el Sindicato de Trabajadores de las Empresas Municipales de Cali (Sintraemcali). Ospina destaca cómo estos sindicatos interactúan con sus territorios: en el primer caso, Sintrainagro participa activamente en los debates medioambientales del entorno rural, convirtiéndose en un agente significativo en el debate ciudadano. En el segundo, Sintraemcali establece vínculos en un barrio urbano de Cali, promoviendo debates sociales relacionados con la resistencia al capitalismo y al

neoliberalismo. Ambos han creado espacios de colaboración con otros movimientos sociales, incluyendo ambientalistas y defensores de derechos humanos, utilizando recursos materiales y argumentos ideológicos desde una perspectiva sindical.

Además, los sindicatos en América Latina han mantenido vínculos estrechos con los movimientos sociales. La relación de los sindicatos con los problemas sociales y los Estados varía, dependiendo de si los gobiernos son progresistas de izquierda o liberales de derecha. Según un análisis de Breno Bringel y Alfredo Falero (2016), los ciclos políticos han influido en las dinámicas de alianza o confrontación entre sindicatos y gobiernos. Es interesante cómo aunque durante los gobiernos de derecha los sindicatos lucharon por mejores condiciones de vida y la promoción de una agenda de derechos, si bien con los gobiernos progresistas de izquierda se lograron avances en temas comunes, también surgieron distancias debido a contradicciones fundamentales, ya que los movimientos sociales buscaron autonomía para consolidarse como agentes políticos independientes del Estado. En el caso de los sindicatos, aunque se mantuvieron cercanos al Estado, también mantuvieron una postura crítica frente a problemas que los gobiernos progresistas no abordaron en profundidad.

En Uruguay, la cultura obrero-sindical es significativa. En un artículo que publiqué durante mi doctorado realicé una caracterización territorial donde pude identificar una fuerte presencia de locales sindicales cerca de la territorialidad de la bahía (Fagundez D'Anello, 2021). A partir de este trabajo, elaboré un mapeo cartográfico que problematiza las múltiples dimensiones que muestran las interacciones entre los sindicatos y la territorialidad de la ciudad, especialmente en la proximidad a la bahía y al sector fabril. La cartografía revela la presencia de veinticinco locales sindicales, que constituyen aproximadamente el 40 % del total de sindicatos en Uruguay. Se destaca particularmente la sede central de la Confederación de Organizaciones de Funcionarios del Estado (COFE) y el PIT-CNT, organizaciones sindicales de segundo y tercer orden, respectivamente, que agrupan a la mayoría de los sindicatos y federaciones.

Para la elaboración de los mapas se utilizó como punto de referencia el Palacio Legislativo, trazando dos áreas principales: al norte, en los alrededores de la calle Agraciada y al sur, tomando como eje la calle Fernández Crespo. Estas zonas son clave, ya que albergan diversas organizaciones sindicales que juegan un papel fundamental en la vida laboral y social de Montevideo.

En el área al norte del Palacio Legislativo se encuentran sindicatos como la Organización Nacional de Obreros Rurales y Agroindustriales (ONORDA), el Sindicato de Trabajadores de

la Industria Química (STIQ), el Sindicato Único del Instituto del Niño y Adolescente del Uruguay (SUINAU), la Federación de Trabajadores de la Industria Láctea (FTIL), la Asociación de Obreros y Empleados del Correo (AOEC), la Federación de Obreros y Empleados de la Bebida (FOEB), la Federación ANCAP (FANCAP), la Asociación de Empleados y Obreros de UTE (AUTE), la Unión Ferroviaria (UF), el Sindicato Único del Transporte de Carga y Ramas Afines (SUCTRA), la Federación de Obreros y Empleados de la Madera y Afines (FOEMYA), el Sindicato de Artes Gráficas (SAG), el Sindicato Único de Automóviles con Taxímetro y Telefonistas (SUATT), el Sindicato de Obreros de la Industria del Medicamento y Afines (SOIMA) y el Sindicato Único de Deportes y Espectáculos Públicos del Uruguay (SUDEPPU).

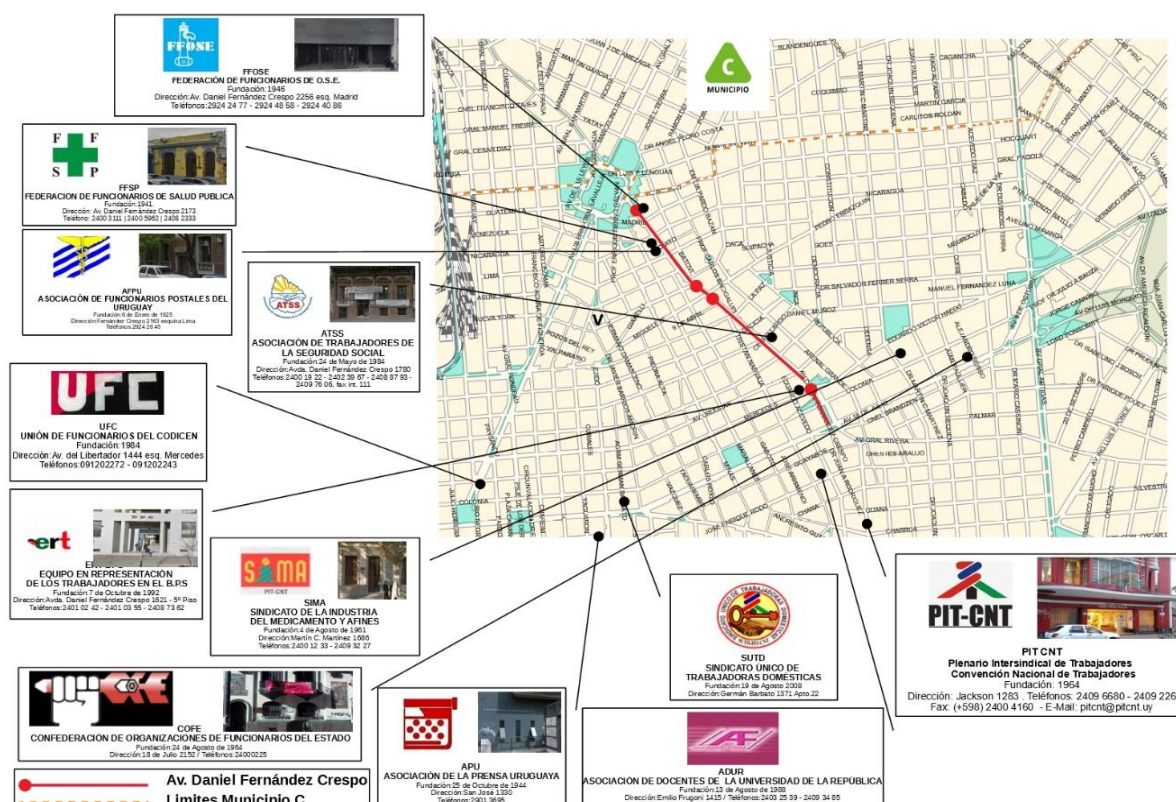
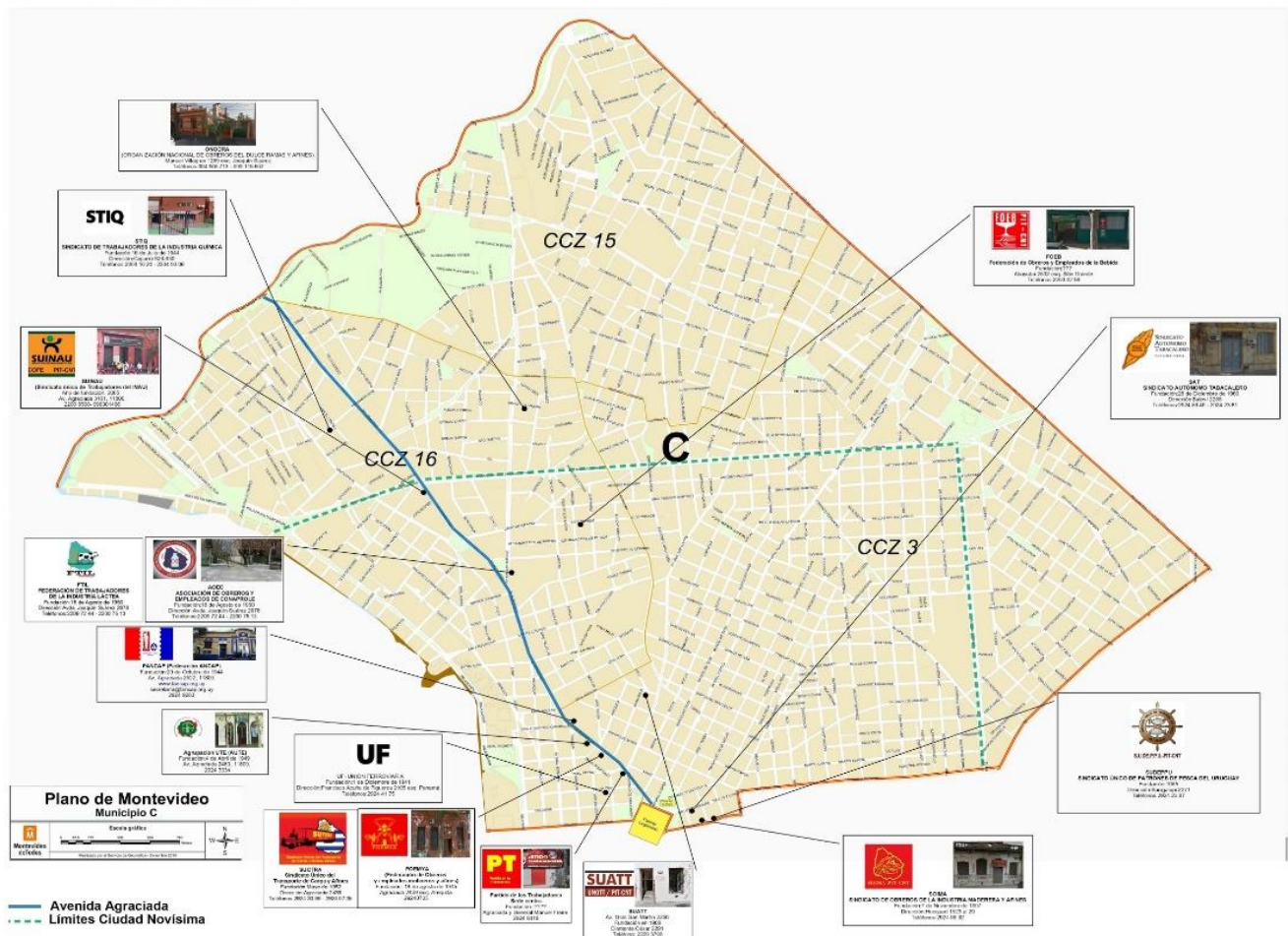


Figura 6; Mapa al norte del palacio legislativo ubicando geográficamente los locales sindicales. Mapa de elaboración propia. Noviembre de 2018

Por otro lado, al sur del Palacio Legislativo, en la zona de Fernández Crespo, se localizan sindicatos como la Federación de Funcionarios de Obras Sanitarias del Estado (FFOSE), la Federación de Funcionarios de Salud Pública (FFSP), la Asociación de Funcionarios Postales del Uruguay (AFPU), la Asociación de Trabajadores de la Seguridad Social (ATSS), la Unión de Funcionarios del Codicen (UFC), los Empleados de Tránsito y Reclamaciones del Banco de Previsión Social (ETR-BPS), el Sindicato de la Industria del Medicamento (SIMA), la

Asociación de la Prensa Uruguaya (APU), la Asociación de Docentes de la Universidad de la República (ADUR), el Sindicato Único de Telecomunicaciones (SUTD), la Confederación de Organizaciones de Funcionarios del Estado (COFE) y el Plenario Intersindical de Trabajadores - Convención Nacional de Trabajadores (PIT-CNT).



El texto subraya la relevancia de la ubicación estratégica de los locales sindicales en relación con los espacios de trabajo fabriles y administrativos cercanos a la bahía de Montevideo. Estos sindicatos han elegido deliberadamente su ubicación geográfica para facilitar el desarrollo de sus actividades y establecer vínculos estrechos entre sí. La plaza Primero de Mayo, situada cerca del Palacio Legislativo, funciona como punto de encuentro anual para actos conmemorativos y movilizaciones sindicales. Desde los barrios del Cerro y La Teja, los trabajadores marchan con sus banderas y cánticos a lo largo de la avenida Agraciada hasta la

Figura 7: Mapa al sur del palacio legislativo ubicando geográficamente los locales sindicales. Mapa de elaboración propia. Noviembre de 2018

plaza. De manera similar, los sindicatos del sur avanzan por las calles Fernández Crespo, Agraciada y Avenida del Libertador hacia el Palacio Legislativo (Fagundez D’Anello, 2021)

La posición estratégica de los locales sindicales ha fortalecido los vínculos entre las organizaciones y ha facilitado la interacción con otras entidades en el mismo territorio. Estas interacciones son clave para construir redes sólidas que permitan a los sindicatos intervenir en el espacio público y promover sus objetivos. Además, los locales son puntos de encuentro para los trabajadores y sus familias, y también espacios abiertos a la comunidad, donde se realizan actividades educativas, proyectos sociales, eventos deportivos y festividades. Estas iniciativas fomentan la participación y el sentido de pertenencia en un ambiente diverso.

El estudio de casos presentado en el texto se enfoca en tres sindicatos que se destacan por su proximidad a espacios de trabajo y administrativos, por su participación en proyectos sociales y por ser ejemplos de cómo generar relaciones socio-territoriales creativas. Estos casos ilustran las prácticas heterogéneas que emergen de la interacción entre los locales sindicales y su entorno, resaltando la importancia de estas relaciones para fortalecer el movimiento sindical y promover valores como los derechos humanos y la justicia social.

2.2. Fundamentación epistemológica y ontológica.

Tras haber navegado a través del anclaje sociohistórico inicial, que abarca desde los albores de la fundación de Montevideo hasta la trascendencia de la bahía en su contexto, es imperativo compartir las herramientas conceptuales que han nutrido la conformación del problema de investigación. Como mencioné en la introducción, la selección de conceptos no se limita a las restricciones de una única disciplina académica, y está intrínsecamente vinculada a perspectivas que me permitan abordar los campos de problemas desde miradas holísticas y políticas. Las perspectiva y conceptos que desarrollare, por sus procedencias y contingencias de su surgimiento sociohistórico, se manifiestan en una dimensión transdisciplinaria y funcionan como un conjunto de instrumentos flexibles para el análisis.

Este conjunto de conceptos se presentará y desarrollará a lo largo del capítulo, con especial atención a las preguntas de investigación que han emergido durante el proceso etnográfico. Las preguntas, formuladas en plural, adoptan esta estructura porque los conceptos seleccionados permiten establecer conexiones de manera flexible y parcial, evitando la búsqueda de una única verdad definitiva. La propuesta conceptual es mi caja de herramientas de la subjetividad política (Fernández, 1997, 2007), para abordar el campo de problemas desde la heterogeneidad

y la multiplicidad, en contraste con el enfoque deductivo e inductivo típico de las ciencias positivistas.

2.2.1. La relación sociedad-naturaleza en un trazo conectivo de las ciencias humanas y sociales

La psicología, en sus comienzos, se enfocó principalmente en estudiar los procesos básicos que constituyen la interioridad del individuo, mientras que la psicología social emergió como una subdisciplina dedicada a explorar cómo los fenómenos sociales afectan los procesos psicológicos (Ibáñez Gracia, 2011). Existen notables diferencias entre los desarrollos en Europa, EE. UU. y América Latina, ya que cada uno surgió en respuesta a problemáticas específicas, influenciados por diversos procesos históricos contingentes. Durante los últimos años del siglo XIX y la primera mitad del siglo XX, la tendencia predominante fue homogeneizar un objeto de estudio y desarrollar metodologías propias para consolidarse como ciencia.

Para pensarlo, voy a tomar los aportes de filosofías de diversas procedencias y tradiciones que me permitan abrir y conectar con el campo de problemas de la ciudad desde una mirada psicosocial. La primera referencia que voy a traer es la de Baruch Spinoza (2020), el cual planteó una ontología en donde existe una única sustancia infinita, identificada como Dios/Naturaleza, que contiene todas las posibles conexiones y relaciones. Según su visión, todas las modificaciones de esta sustancia y sus atributos —tales como el pensamiento y su extensión, que vinculan mente y materia— están intrínsecamente interconectadas desde su origen. Esta interconexión constante promueve un flujo continuo de transformación y evolución, ampliando la potencia de la sustancia infinita. Un filósofo que ha tomado estos aportes es Deleuze (2006), el cual profundiza en la dinámica de estas interacciones a través de su análisis de los afectos que son esenciales para entender cómo los colectivos afectan y son afectados, cuestión que podemos transpolar a las dinámicas de transformación urbana. Destaca la "expresividad de los modos" en su interpretación spinozista, una idea que puede asociarse al contexto urbano para explicar cómo las estructuras y espacios de la ciudad poseen características únicas que influyen significativamente en las experiencias sociales. Este enfoque permite concebir la ciudad como un organismo vivo, un compendio de innumerables interacciones y mutuas afectaciones. En este tejido complejo y dinámico, la ciudad es moldeada por las acciones y relaciones de sus habitantes, en sentidos no antropocéntricos, y también da

forma a estas interacciones, produciendo la interdependencia y la constante reconfiguración del espacio urbano.

Durante el siglo XVII, la comprensión de la relación entre los seres humanos y el mundo natural experimentó un profundo cambio, como señala Philippe Descola (2012). En este período emergió una distinción más marcada entre el hombre y la naturaleza, con corrientes como el mecanicismo, que interpretaba el universo como una estructura mecánica, y el organicismo, que lo concebía como un ser vivo. A la vez, Spinoza se desmarcó de este paradigma. En contraposición a la tendencia predominante, él consideraba que tanto los seres humanos como la naturaleza eran manifestaciones de una única sustancia divina, sometidos a leyes deterministas universales. A pesar de esta visión, la mayoría de los pensadores de la época adoptaron un enfoque antropocéntrico, creyendo que la naturaleza tenía un propósito intrínsecamente ligado al ser humano, actuando bajo una "intención divina". Además, en esa época, la naturaleza comenzó a ser considerada como algo distinto al ser humano, y como una entidad ontológica autónoma, abriendo las puertas a su estudio y mejora a través de la ciencia y la tecnología.

Entre la Edad Media y la modernidad estaba instalado en ciertas esferas el debate entre lo infinito y lo finito: transición de la figura de Dios creador y la finitud como transición, a ser esta última objeto de estudio de la ciencia en Europa. Este proceso generó la necesidad de una fragmentación de los objetos de estudio y la proliferación de las ciencias naturales y sociales. El nacimiento de la sociología en el siglo XIX produjo el dualismo individuo-sociedad que ha influido en las ciencias humanas y sociales hasta hoy. Este fue reforzado por Émile Durkheim, uno de los referentes más importantes en la fundación de las ciencias sociológicas. Su enfoque sobre la subjetividad, que se refiere al estado interno o esencia del ser humano, es central en su sociología. Ubica a la subjetividad en el lugar de la vida interna del individuo, lo que lo constituye como ser. En contraste, lo que está fuera de su ser es la naturaleza y la sociedad, que son objetivables. A la vez, la interacción del hombre con esta realidad objetiva es única. El ser humano posee una dualidad inherente: es un ser natural y, al mismo tiempo, un ser social. Esta intersección entre la naturaleza individual del hombre y su existencia social es fundamental para entender cómo Durkheim conceptualiza la relación entre el individuo y la sociedad. A la vez, su método científico se enfocó en estudiar la sociedad, subordinando la subjetividad y lo individual al dominio de la psicología (Lorente Fernández, 2006)

Entiendo que esto tiene una influencia determinante en los desarrollos posteriores de la psicología en general. A la vez, contemporáneo a Durkheim y siendo uno de sus referentes, se encuentra Gabriel Tarde (2011), quien tenía una visión diferente. Para él, la sociedad no era una estructura externa que influenciaba al individuo. Consideraba que la sociedad estaba compuesta por interacciones individuales y que las innovaciones y repeticiones de comportamientos individuales eran las que daban forma a la estructura social. Según él, los procesos sociales se basaban en la imitación de comportamientos e ideas de unos individuos por otros. Esta imitación podía ser consciente o inconsciente y se daba en un contexto de competencia entre diferentes comportamientos o ideas. Por lo tanto, las innovaciones surgían de individuos particulares y se propagaban a través de la imitación. La interacción y la imitación entre individuos es lo que da forma a la sociedad, en lugar de una estructura social preexistente que determina el comportamiento individual. Las microinteracciones y la imitación son los procesos mediante los cuales se construye el tejido social.

El lazo social se va estrechando a medida que se agregan a éste otros rasgos comunes, todos de origen imitativo. De allí la definición de grupo social: una colección de seres, en cuanto están dispuestos a imitarse entre sí o en tanto que, sin imitarse efectivamente, se asemejan y sus rasgos comunes son copias antiguas de un mismo modelo. (Tarde, 2011, p. 207)

Desde la perspectiva del autor, un grupo social se compone de individuos dispuestos a imitarse mutuamente. Aun si no están imitándose activamente en un momento dado, pueden considerarse parte del mismo grupo si comparten características que en el pasado se originaron a partir de la imitación de un modelo común. En este punto, quiero aclarar que para Tarde (2014), el término *individuo* no refiere exclusivamente a seres humanos: define a los individuos como entidades singulares con la capacidad de actuar, sentir y pensar de manera independiente. El concepto de individuo se extiende más allá de los seres humanos, abarcando todo aquello que posee características distintivas y que puede participar en el proceso de imitación, incluyendo animales, vegetales, objetos híbridos, o lo que son hoy en día los aparatos tecnológicos que absorben las capacidades humanas para actuar. Esta visión fue inspiradora para el campo de estudios de la teoría del actor-red, formulando que lo social es la relacionalidad híbrida de actantes heterogéneos (Latour, 2008; Law, 1987). Tarde se pregunta: “¿Qué es la sociedad? Respondemos: es la imitación. Nos resta preguntarnos: ¿Qué es la imitación?” (2011, p. 211). Aquí, el sociólogo debe ceder la palabra al psicólogo.

La sociedad, según Tardé (2011), es el resultado de procesos de imitación. Se forma y evoluciona mediante la repetición y adaptación de comportamientos, ideas y creencias entre sus miembros. La imitación es la fuerza motriz detrás de la cohesión social y la evolución cultural. A la vez, cuando se intenta abordar la naturaleza misma de la imitación, reconoce que este fenómeno trasciende el ámbito de la sociología y entra en el terreno de la psicología, ya que la imitación es, en esencia, un proceso mental. Es la mente del individuo la que elige adoptar o rechazar ciertos comportamientos o ideas basándose en una variedad de factores psicológicos.

Pero si la idea o la imagen rememorada ha sido dispuesta originariamente en el espíritu por una conversación o una lectura, si el acto habitual ha tenido por origen la vista o el conocimiento de una acción análoga a otra, esta memoria y este hábito son tanto hechos sociales como psicológicos; y he ahí la especie de imitación de la que tanto he hablado anteriormente. Estos no son una memoria y un hábito individuales, y colectivos. De igual forma que un hombre no mira, no escucha, no camina, no se tiene de pie, no escribe ni toca la flauta, y más aún, no inventa y no imagina, más que en virtud de recuerdos musculares múltiples y coordinados, de la misma forma, la sociedad no podría vivir, ni adelantar un paso, ni modificarse, sin un tesoro insondable, incesantemente aumentado por las generaciones sucesivas. (Tardé, 2011, p. 212)

Tardé (2011) destaca aquí que nuestras ideas y memorias suelen ser influenciadas por interacciones sociales como conversaciones o lecturas, entrelazando nuestras experiencias individuales con el contexto social. Si un comportamiento individual ha surgido de observar a otro, tiene raíces tanto sociales como psicológicas. Utiliza el concepto de imitación para describir cómo adoptamos comportamientos y hábitos bajo influencia social, enfatizando que estos hábitos son colectivos y compartidos. A través de ejemplos cotidianos, muestra cómo nuestras acciones se basan en prácticas repetidas. Al igual que un individuo se basa en sus memorias para funcionar, la sociedad se apoya en un acervo de conocimientos y experiencias transmitidos generacionalmente.

En esta línea argumental, es que trae el concepto de mónadas, que son entidades abiertas en constante interacción. Cada mónada, ya sea humana, animal u objeto inanimado, es individual y posee su propia singularidad y perspectiva, influenciada por y capaz de influir en otras monadas. Tarde consideraba que la imitación era el mecanismo principal a través del cual las ideas, creencias y prácticas se difunden en la sociedad. Esta visión amplía considerablemente lo que Tarde entiende por sociedad: “toda cosa es una sociedad [...] todo es un fenómeno social” (2014, p. 51).

En Tardé (2011), la relación entre individuo, sociedad y mónada se teje en una compleja red de interacciones y dinámicas de imitación que no se limitan exclusivamente a los seres vivos. Las mónadas, entendidas aquí como entidades interactivas, revelan que tanto los seres vivos como los objetos de diversa naturaleza no pueden ser separados de sus relaciones. Cada entidad, como una mónada, lleva consigo una singularidad y perspectiva únicas, pero estas están en perpetua influencia y modificación debido a las relaciones sociales. La imitación, para el autor, es el mecanismo principal que facilita esta influencia recíproca, permitiendo que las ideas, creencias y comportamientos se difundan y se adapten en una red más amplia que incluye tanto a seres vivos como a objetos. Es en esta difusión donde lo social y lo individual se entrelazan inseparablemente; las acciones de cada entidad están impregnadas de experiencias colectivas y viceversa. La sociedad, entonces, es un organismo vivo que se transforma a través del acervo acumulado de memorias y hábitos compartidos por generaciones sucesivas. Esta visión de la mónada social destaca que cada ser y objeto es, simultáneamente, un producto de sus interacciones y una influencia activa en el tejido social, demostrando que lo social reside en la continua negociación y adaptación de las mónadas que lo componen, sean estas humanas, animales o de otras naturalezas

Siguiendo con el autor, argumenta que toda ciencia tiende a convertirse en sociología porque lo que estudian, en última instancia, son fenómenos sociales. A la vez, critica que, en lugar de generar una apertura para pensar la relacionalidad, tienden a cerrarse en sí mismas. A pesar de esto, su enfoque subraya que la sociedad, y por ende la ciencia, está en constante transformación a través de la interacción y la imitación, revelando que "toda cosa es una sociedad" y "todo es un fenómeno social".

Este debate de ideas entre Durkheim y Tarde, es retomado por Deleuze y Guattari (2002) de la siguiente manera:

Durkheim consideraba como un objeto privilegiado las grandes representaciones colectivas, generalmente binarias, resonantes, sobrecodificadas. Tarde objeta que las representaciones colectivas suponen lo que hay que explicar, a saber, "la similitud de millones de hombres". De ahí que Tarde se interesase más por el mundo del detalle, o de lo infinitesimal: las pequeñas imitaciones, oposiciones e invenciones, que constituyen toda una materia subrepresentativa. Y sus mejores páginas son aquellas en las que analiza una minúscula innovación burocrática, o lingüística, etc. Los durkheimianos respondieron que eso era psicología o interpsicología, no sociología. Pero eso sólo es cierto en apariencia, en una primera aproximación: una microimitación parece ir de un individuo a otro. Ahora

bien, al mismo tiempo, y a un nivel más profundo, está relacionada con un flujo o una onda, y no con el individuo. La imitación es la propagación de un flujo; la oposición es la binarización, el establecimiento de una binaridad de los flujos; la invención es una conjugación o una conexión de diversos flujos. (p. 223)

También es retomado, más cerca en el tiempo, por Latour (2008):

Tarde siempre se quejó de que Durkheim había abandonado la tarea de explicar la sociedad, confundiendo causa y efecto, reemplazando la comprensión de vínculo social con un proyecto político que apuntaba a la ingeniería social. Contra este retador más joven, sostuvo vigorosamente que lo social no era un dominio especial de la realidad, y un principio de conexiones; que no había un motivo para separar lo social de otras asociaciones como los organismos biológicos o incluso los átomos; que no había necesidad de ninguna ruptura con la filosofía y especialmente con la metafísica para convertirse en científico social; que la sociología en efecto era una especie de inter-psicología; que el estudio de la innovación y especialmente de la ciencia y la tecnología, era el área de conocimiento de la teoría social y que la economía debía rehacerse de arriba abajo en vez de usarse como vaga metáfora para describir el cálculo de intereses. (pp. 29-30)

Estas frases son significativas para fundamentar que el camino para la comprensión de lo social es estudiar las conexiones heterogéneas de flujos, sin necesidad de centralizar o fragmentar en disciplinas los fenómenos sociales. Flujos, conexiones, asociaciones y agenciamientos son fuerzas que producen relaciones complejas entre diversos modos de expresión de la vida, desde los átomos hasta el universo. Estas perspectivas están lejos de ser simplistas, por el contrario, nos invitan a pensar microsociológicamente —como en el caso de esta investigación— sobre los diversos ensamblajes compositivos que hacen ciudad y/o urbanismo como una escala entre otras posibles, incluyendo el barrio, los entornos de cercanía, los habitantes, las memorias, los deseos y el ecosistema, en relación de exterioridad.

Por otro lado, en EE. UU., la sociología urbana y el interaccionismo simbólico de la Escuela Sociológica de Chicago en los primeros treinta años del siglo XX plantearon una serie de conceptos, perspectivas e investigaciones relevantes. La sociología urbana surgió en un contexto en el que la ciudad de Chicago se convirtió en un paradigma del desarrollo urbano moderno. Durante este desarrollo, diversos problemas comenzaron a captar la atención de los estudios sociológicos, comunicacionales y de un modo de hacer “psicología social”, tales como la aparición de guetos, formaciones criminales, situaciones emergentes de pobreza y desafíos de adaptación a normas de convivencia. Además, se destacó la necesidad de espacios para la

diversión y el ocio en una ciudad donde la proporción de género era de al menos dos (y hasta tres) hombres por cada mujer. En este entorno, surgieron célebres estudios doctorales, donde los investigadores se sumergían en la ciudad para producir conocimientos, influenciados por el método etnográfico de Bronisław Malinowski y otros pioneros de la sociología urbana (Miranda Aranda, 2005). La explosión demográfica y multicultural de la ciudad impulsó la formación de investigadores en ciencias sociales especializados en la comprensión de lo social. En este contexto, George Mead fue a estudiar a la escuela de Wilhelm Wundt, quien desarrolló una teoría social de la psicología centrada en cómo los individuos responden a los estímulos sociales, aunque sin profundizar en los aspectos externos. A la vez, en el caso de Mead, se puede afirmar que la mente es un producto en constante transformación derivado de la vida colectiva y en un ambiente repleto de objetos que, en interacción, van configurando el self. Incluso se podría interpretar que Mead desarrolló una psicología de los objetos:

El análisis que hace Mead de los objetos o de la posición de la “cosa” física con relación al individuo no es anecdótico. Todo lo contrario, es clave y necesario para entender la lógica social y las dinámicas de constitución del self que se proponen en sus trabajos. La identificación o la continuidad que se establece entre el individuo y el objeto es la condición necesaria para la auto-reflexividad. La identificación es un mecanismo que explica cómo desplazarnos de un conocimiento de las "interioridades" de las cosas a un conocimiento sobre el “interior” de self corporeizado. Nos movemos del objeto al sujeto, del otro al self, de fuera a dentro, de la relación a la cosa, del acontecimiento a la esencia. La experiencia humana está posibilitada por los objetos, estos están en el mismo nivel lógico que el self y confieren puntos de referencia para la auto-definición. La “cosa” física tiene un papel activo en la constitución del self. Discurso, significados, gestos, pero también los objetos generan comunicación con los demás, transmitir un sentido, definir a los demás y presentarnos a nosotros mismos. ((Doménech et al., 2003, p. 23)

Más que una psicología de los objetos, esta corriente deriva de cómo la psicología social integra una fundamentación en la que los objetos tienen una capacidad de acción mayor a la que los conductistas atribuían, lo que complejiza la comprensión de los procesos sociales. Hacia los años cuarenta en EE. UU. surgió un pensamiento sociológico positivista que vino a sustituir el legado de los estudios de la Escuela Sociológica de Chicago. Estos estudios volvieron a oponer de manera más marcada el binomio individuo-sociedad, ubicando a la psicología en el estudio de los aspectos conductuales, mientras que se promovió un desarrollo cuantitativo de los estudios sociológicos. A la vez, esto no impidió que la psicología volviera a interesarse por cómo los fenómenos exteriores producen efectos significativos en la construcción subjetiva. Se

identifica el surgimiento de la psicología ambiental como un campo de estudios que se interesó por la relación del sujeto con el ambiente, pero aún con la centralidad en el humano y posicionando al ambiente como un contexto que no es dominio de la psicología, y de la arquitectura, la geografía o la sociología.

La psicología ambiental emergió hacia los años setenta del siglo pasado para estudiar las relaciones de las personas con sus ambientes. Ha experimentado diferentes enfoques, centrados en estudios cuantitativos de las reacciones humanas ante diversos proyectos arquitectónicos y espacios turísticos, para el diseño de políticas urbanas y para estudios meramente comerciales. A la vez, también han surgido estudios cualitativos que problematizan diferentes dimensiones relacionales de las personas con el ambiente. Existieron intentos de creación de una psicología arquitectónica de la mano de David Canter (Canter, 1977, 1981), fundamentada en cómo el individuo responde cognitiva y conductualmente en distintos espacios arquitectónicos: fábrica, hogar, cárcel, hospital, entre otros. Esta orientación no ha tenido una continuidad, ya que es la psicología ambiental la que ha acaparado el campo de estudios de la relación entre personas y ambientes. Vittoria Giulinani y Massimiliano Scopelliti (2009) publicaron un artículo en el que analizan el pasado, el presente y el futuro de la psicología ambiental desde la perspectiva de las ciencias cognitivas. En este análisis de artículos publicados en una destacada revista temática sobre la psicología ambiental durante veinticinco años, destacan que los estudios se han centrado en su gran mayoría en temas como los entornos residenciales, la cognición ambiental, el problema del valor ecológico del ambiente, y la sostenibilidad de los ambientes y los entornos construidos. Ambas autoras coinciden en que no ha habido grandes avances en las perspectivas epistemológicas y metodológicas en esta disciplina, ya que ha tenido más valor de uso profesional. A la vez, proponen el concepto de sostenibilidad para pensar las transacciones y los afectos entre las personas y el medio ambiente como un nuevo comienzo para producir conocimientos. El punto central es considerar qué tipo de perspectiva psicológica es la que produce conocimiento en los estudios sobre el ambiente, lo que sugiere una presencia clara de los estudios cognitivos.

Los desarrollos de la psicología ambiental en Iberoamérica han marcado un giro en la manera de concebir las relaciones de las personas con los ambientes, poniendo un mayor énfasis en las relaciones exteriores, la política y la ética como factores diferenciadores que abren nuevas perspectivas de estudio, en su mayoría cualitativas (Günther, 2005; Moser, 2005; Pol et al., 2017; Valera, 2002; Valera & Vidal, 2017). Este enfoque ha llevado a reconsiderar el concepto de persona para enfocarse en los sujetos políticos, especialmente en América Latina. Se destaca

una línea denominada “psicología ambiental comunitaria”, con figuras prominentes como Esther Wiesenfeld e Hilda Zara (2012), quienes han enfatizado la importancia de entender las relaciones entre humanos y ambiente como holísticas y generadoras de transacciones que crean las condiciones subjetivas de existencia. Estos enfoques colocan a los actores humanos en el centro de los procesos de transformación ambiental desde una perspectiva construccionista y utilizando la metodología de la investigación-acción participativa, abordando de manera interdisciplinar. La relación holística mencionada concibe a los ambientes como generadores de situaciones sociales complejas, pero subraya la importancia de que la investigación y la intervención en psicología ambiental comunitaria aborden las desigualdades sociales y la pobreza como cuestiones centrales. Esto promueve una tríada entre la participación como método, la pobreza como foco central y las políticas públicas como el escenario que desafía la praxis de esta disciplina, que sitúa las dimensiones políticas y éticas como fundamentales en su reflexión e implicación.

Actualmente, la psicología ambiental se desarrolla desde una perspectiva amplia y con límites difusos a nivel disciplinario. En una publicación reciente de un manual de psicología ambiental, Enric Pol, Ghazlane Fleury-Bahi y Oscar Navarro (2017) editaron una serie de contribuciones de diversas disciplinas que proponen un debate crítico sobre los aportes de la psicología ambiental en diálogo con la psicología social y de la salud, la geografía crítica, la arquitectura, la sociología, la antropología, el urbanismo y la ingeniería. La editorial plantea un debate desde una visión ecológica sobre la relación entre la calidad de vida y el medio ambiente, analizando la capacidad de este último de influir en la primera. Esto posiciona a la disciplina en cuestión en un rol cada vez más reconocido por su capacidad de influir en la calidad de vida de los habitantes y merece ser considerada en conjunto con las prácticas humanas. Aunque pueda parecer obvio, este enfoque no es tan común en los estudios de psicología, como se argumenta en este trabajo. En un artículo de esta publicación, Pablo Páramo (2017) analiza la ciudad como un entorno para el desarrollo de prácticas urbanas, desplazando la visión de entenderla únicamente como un fenómeno espacial. Desde esta perspectiva, la ciudad es culturalmente significativa para sus habitantes y promueve prácticas diversas relacionadas con relaciones, género, protestas y expresiones democráticas que generan significados en tensión con los sentidos hegemónicos y capitalistas. En otro artículo, Eric Pol, Angela Castrechini y Giuseppe Carrus (2017) critican el concepto de calidad de vida, relacionándolo con distintos momentos de crisis económicas, en los que el desarrollo urbano ha creado inequidades significativas en la apropiación del espacio urbano por parte de los habitantes. Aunque son críticos con las

determinantes económicas para la calidad de vida y la sustentabilidad, proponen que la sociedad civil organizada, los científicos sociales y el medio ambiente actúen como mediadores en los procesos activos de los habitantes en la transformación del entorno urbano. Identifican la capacidad de acción de las nuevas tecnologías inteligentes en los procesos urbanos como medios para la invención de formas de sostenibilidad social, colocando a los habitantes y al potencial de los espacios como agentes principales en estos procesos. La conjunción de todos estos trabajos demuestra una pluralidad en el desarrollo de una psicología ambiental heterogénea y permeable a la integración de conceptos y métodos de diversas disciplinas para pensar la ciudad, los entornos urbanos y los vínculos con los habitantes.

Estas perspectivas, presentadas brevemente, me llevan a plantear la necesidad de integrar conceptos compositivos para avanzar en la comprensión de la complejidad y heterogeneidad de las problemáticas urbanas. A la luz de desarrollos tanto contemporáneos como históricos que involucran a la psicología social, me propongo dialogar con perspectivas ecológicas que potencien nuestra forma de pensar los problemas emergentes en los estudios de la ciudad.

2.2.2. Del territorio a las territorialidades urbanas

La noción y el concepto de territorio tienen amplios desarrollos a través de la historia de la humanidad. Territorio proviene de tierra, lo que excede cualquier asociación con un descubrimiento humano: el ser humano desarrollo inteligencia para nominarlo, racionalizarlo y ejercer un poder de dominación sobre él. Sin caer en una genealogía del concepto, la polis griega fue un ejemplo de cómo se generó un dominio político sobre la tierra que ordenaba, legislaba y creaba sistemas de diferencias entre quienes lo habitaban. En este contexto, se desplegaban los cultos religiosos, los espacios públicos y privados, los límites de la ciudad, los espacios circundantes destinados a la agricultura y el territorio controlado por los ejércitos, incluyendo también la perspectiva de conquistar a otros. Esto último tuvo un mayor despliegue en la antigua Roma, con el avance de un imperialismo que establecía límites imaginarios en un mundo donde la tierra era concebida de manera diferente a la actual, pero aún asociada con los límites del mundo conocido.

A la vez, durante millones de años, la tierra y los territorios fueron las materialidades vivas de una infinidad de formas y composiciones, muchas de las cuales siguen siendo desconocidas por la ciencia. Nos referimos a estas materialidades no como seres, y como formas vivas en relación de movimiento con el cosmos. La humanidad contemporánea se ha encargado de diferenciarse de otros seres y formas que habitan la tierra y más allá. Pareciera que el solo

hecho de desarrollar lo que llamamos inteligencia nos ha dotado de una autoridad sobre todas las demás formas de vida. Un ejemplo registrado de esta diferenciación es el realizado por Aristóteles al clasificar las especies animales, en un intento por comprender el funcionamiento de la naturaleza (Descola, 2012). La distinción se intensificó hasta el punto de separar un mundo terrenal de uno divino, en un deseo de extender la vida al infinito, visible en las ideas de Platón, las deidades griegas, romanas, judías, cristianas, entre otras. Lo que quiero destacar es que todas estas formas de creencias también estaban vinculadas a territorios y generaban diferencias entre sí.

La forma en que la humanidad ha habitado los territorios se ha fundamentado en la delimitación de espacios, la creación de métodos para controlar sus comunidades y la marcación de áreas de conquista y ejercicio de poder por parte de tribus, imperios y naciones. Incluso todas las formas de vida, como las de los reinos animal y vegetal, han manifestado sus propias extensiones territoriales. A lo largo de la historia, esta dinámica ha sido objeto de conceptualización a través de lentes filosóficos, teológicos y científicos. Las reflexiones filosóficas sobre la relación entre el ser humano y su entorno se remontan a la antigua Grecia, donde comenzaron a formularse ideas sobre este vínculo (Descola, 2012).

La práctica de delimitar territorios ha sido una constante a lo largo de los siglos, marcada por la necesidad de establecer zonas de pertenencia, control y seguridad. Las civilizaciones antiguas trazaban límites geográficos para definir el alcance de sus asentamientos, a menudo influenciados por características naturales como ríos y montañas, que a su vez se convertían en símbolos de identidad y dominio.

Desde la Antigüedad, las estructuras de poder y autoridad han estado intrínsecamente relacionadas con la ocupación y control de territorios. Tribus, reinos e imperios buscaban expandir sus dominios, frecuentemente a través de la conquista de nuevas áreas. Esta lucha por el poder territorial llevó a la formación de estructuras políticas y administrativas más complejas, moldeando la historia de la humanidad (Foucault, 2006).

El concepto de territorio ha sido un tema central en la geografía a lo largo del tiempo, estudiado desde diversas perspectivas dentro de la disciplina. La geografía, a la vez, no ha adoptado una visión monolítica. Por el contrario, ha sido marcada por una multiplicidad de enfoques y comprensiones, especialmente en tiempos modernos donde los eventos cambian rápidamente. Dentro de esta disciplina, el territorio se interpreta como una herramienta que destaca cómo las

personas interactúan con su entorno, una relación que evoluciona con el tiempo debido a cambios culturales, políticos y tecnológicos.

Inicialmente, en la Época Moderna, el territorio estaba fuertemente influenciado por la cartografía y se centraba en características geográficas físicas. A la vez, este enfoque resultó insuficiente en el siglo XIX, debido a las necesidades cambiantes del comercio y la industria. Fue entonces cuando el concepto de región tomó protagonismo, enfatizando la interacción entre humanos y su entorno. El siglo XX trajo consigo nuevos cambios y desafíos. La idea de desarrollo, impulsada por el capitalismo y la doctrina económica keynesiana, hizo que las regiones se convirtieran en el foco de las políticas estatales, sugiriendo que en sociedades altamente industrializadas las diferencias regionales eventualmente se desvanecerían (Llanos-Hernández, 2010; Vargas Ulate, 2012)).

David Harvey (2007) aborda el territorio desde una perspectiva urbanística, sugiriendo que las dinámicas humanas y las relaciones de poder influyen, y moldean activamente el territorio. En lugar de considerarlo un espacio puramente natural, Harvey propone que el territorio es una construcción social, definida y reconfigurada constantemente por interacciones humanas. Estas interacciones están a menudo dominadas por grupos influyentes que buscan explotar estos espacios para su propio beneficio, resultando en la acumulación de recursos a expensas de los menos privilegiados. Este proceso crea zonas marcadas por conflictos, desigualdad y exclusión, especialmente en un contexto de globalización creciente, donde los más poderosos capitalizan los territorios para oportunidades de inversión, marginando a los menos poderosos. Además, destaca que el concepto de desarrollo territorial no es neutral y a menudo beneficia a quienes explotan la tierra, con consecuencias adversas para el entorno ecológico.

El territorio es un concepto complejo que ha evolucionado a lo largo del tiempo según los planteos de Edward Soja (2008). En la modernidad, el territorio era entendido como una entidad geográficamente definida con límites físicos y políticos claros. A la vez, ha evolucionado hacia un espacio modelado por interacciones sociales, políticas y económicas. Esta nueva visión se basa en la idea de la espacialidad, que refiere a cómo los espacios son experimentados y significados por los humanos. Los procesos que ocurren dentro de estos espacios influyen en cómo son percibidos, concebidos y vividos, haciendo que el territorio sea visto como un contenedor de eventos sociales, y como una estructura en constante movimiento y remodelación por procesos sociales y políticos.

Precisamente fue Henri Lefebvre (1978, 1983) quien, argumentando que los espacios no son inmutables, es decir, son definidos y redefinidos a través de conflictos de poder, narrativas dominantes y prácticas cotidianas, introduce el concepto de la “triple selección”. Así, el modelo dialéctico que propone parte de la idea de que la vida social se estructura en torno a tres dimensiones espaciales: el espacio percibido (las rutinas diarias y prácticas espaciales), el espacio conceptualizado (los esquemas y delineaciones del espacio) y el espacio vivido (la esfera de los residentes, junto con su simbolismo y representaciones). Las áreas urbanas y regiones están experimentando transformaciones en el período postindustrial que están reconfigurando las estructuras territoriales y espaciales, rompiendo con las convenciones urbanas tradicionales y requiriendo nuevos enfoques analíticos e interpretativos.

Los autores citados ofrecen perspectivas que convergen en la comprensión del territorio como una dimensión del espacio en la que se producen relaciones de carácter heterogéneo. Es importante destacar que las ciencias modernas han tendido a enfocar las relaciones humanas por encima de otras que participan de manera secundaria. Influenciados por el marxismo, el poder emerge como una categoría relevante para cualquier análisis del territorio. Basándome en estos aportes, presentaré el desarrollo conceptual que resuena con mi enfoque para esta investigación.

La filosofía de Deleuze y Guattari (2002) propone un modo particular y singular de pensar el territorio, enfatizando la multiplicidad y la heterogeneidad. Estos autores coinciden con la geografía crítica en que el territorio no es estático ni fijo, por lo tanto, no es abstracto. Además, no se define por fronteras claras ni es una estructura cerrada. La naturaleza del territorio es fluida, basada en una dinámica de composición híbrida, parcial y en constante transformación. Proponen que el territorio está en una dinámica constante de territorialización, desterritorialización y reterritorialización que no es lineal, y más bien cíclica. Un ejemplo de esto es cómo las arañas tejen territorios en espacialidades propicias para la captura de insectos. Estos telares no son idénticos, y se componen en relación con otros elementos que los sostienen, como paredes, ramas y estantes. Tienen la característica de ser casi invisibles y están siempre en estado de producción, donde no se definen límites, y relaciones.

Sumando a lo anterior, es significativo el concepto de "territorio existencial," desarrollado por Guattari (1996a), el cual se refiere a los espacios subjetivos que configuran la experiencia de la existencia colectiva. Este enfoque abarca dimensiones geográficas, afectivas, sociales y psíquicas que producen subjetividad. Plantea que estos territorios son dinámicos y están en

constante transformación, influenciados por las interacciones híbridas en contextos sociales. Así, el territorio existencial se convierte en un marco fundamental para comprender cómo los entornos materiales e inmateriales impactan en la construcción del ser y en las relaciones con el entorno.



Figura 8: Telarañas. Nidos de nebulosas y clústeres de galaxias, ecos de un micro y macrocosmos de cooperación¹

A esta altura, es conveniente comenzar a hablar de territorialidad, porque este modo de nominación le da movimiento. La imagen de las telarañas muestra sus devenires artesanales, conectividad e hibridez. No hay un centro y un margen, y una multiplicidad de puntos de intensidad, acumulación, ruptura, claroscuros, y elementos no visibles que sostienen las redes.

El concepto de desterritorialización implica un movimiento vitalista en su máxima expresión. Es este movimiento el que potencia las territorialidades, permitiendo que las interacciones no generen estratificaciones ni exclusividades. Aporta un carácter de parcialidad a las composiciones territoriales. Las principales avenidas de las ciudades, por ejemplo, pueden ser

¹ Extraída de <https://www.perfil.com/noticias/cultura/aracnofilia-devenir-animal.phtml>

vías de contacto transversales con la ciudad, pero también puntos de acumulación y enlentecimiento durante los horarios de alta movilidad. Se pueden observar desde una perspectiva categorial —autos, horas y carriles—, pero lo esencial es el movimiento, que puede verse afectado por eventos como un concierto, un partido de fútbol, un fin de semana largo, un accidente de tránsito, clima adverso, controles de velocidad o reparaciones en las calles. Todas estas contingencias hacen que las territorialidades estén en constante proceso de desterritorialización.

Incluso si consideramos el cuerpo como una territorialidad: un resfriado, un aumento de endorfinas, un traumatismo, cansancio o excitación, son procesos que hacen que nunca haya un estado único de la territorialidad corporal orgánica. Una canción, por ejemplo, nunca suena siempre igual porque siempre está en una nueva relación con quienes escuchan, dependiendo de la plataforma en la que se escuche, si es grabada en estudio o interpretada en vivo, si la canta el autor original o alguien en la ducha. Cada vez que la canción es entonada o escuchada está asociada a contingencias diferentes, por lo que no es una entidad fija y entra en un proceso de desterritorialización (Deleuze y Guattari, 2002).

En toda territorialidad se producen simultáneamente procesos de reterritorialización. Para ilustrar esto introduciré el concepto de “ritornelo”. El ritornelo actúa como una estrategia frente a la desterritorialización, ofreciendo un sentido de lugar, un territorio temporal en medio del caos, cuando el ensamblaje se encuentra en un estado de desplazamiento o desorientación. A la vez, el ritornelo no se limita simplemente a una vuelta a un territorio anterior: también puede conducir a nuevas territorializaciones o transformaciones. El ritornelo y la desterritorialización están intrínsecamente relacionados en un juego constante de movimiento y desaceleración, de familiaridad y extrañeza. Mientras la desterritorialización desafía y rompe las estructuras establecidas, el ritornelo ofrece puntos de referencia para navegar, comprender y eventualmente reinventar o reterritorializar la territorialidad (Deleuze y Guattari, 2002).

La dinámica de territorialización, desterritorialización y reterritorialización no es lineal: es un movimiento constante que se produce en diversas escalas conectadas. Esto ocurre desde las partículas hasta los grandes movimientos tectónicos de la tierra, similar a cómo funcionan las bolsas de valores o las criptomonedas, e incluso los modos en que se conforma una comunidad. Este enfoque ofrece una manera de comprender las territorialidades que refleja la complejidad y la interconexión inherentes en estos procesos.

Al respecto, paso a compartir la siguiente cita que aporta nuevos elementos para pensar la relación propuesta entre territorio y territorialidades:

Consideramos que existen configuraciones resultantes del vínculo entre los territorios y las territorialidades, y las asociamos a lo que desde el urbanismo se ha denominado tradicionalmente tramas o tejidos. Creemos que no son otra cosa que estos rizomas de elementos compuestos entre los hábitats y las formas de habitar envueltas en ellos. Son mediaciones y por tanto flujos de comunicación, en el sentido de responder a dinámicas transversales donde se articulan contenidos y expresiones, en un entrelazamiento de mutua implicación que sirve de operación básica para la composición de las redes o tramas. Recordemos que no podemos sustancializar estas entidades, pensarlas como algo fijo y establecido en cierto sitio, como algo dado. Son estructuras vitales, en permanente movimiento, pero con ciertos niveles de estabilidad y transformación, según los elementos, los niveles y las dimensiones de las que se trate, y según la circunstancia singular en la que se encuentren. Para hacer operativo el conocimiento de estas tramas espacio-temporales constitutivas de entornos urbanos, se utiliza el término socio-territorial, pero tengamos mucho cuidado en no volver a la dicotomía entre lo social y lo físico, tan vigente en los ámbitos donde esto se estudia, se gestiona y se produce (Álvarez Pedrosian, 2021, p. 140).

Esto resuena con varios de los planteamientos realizados en este capítulo, pero también invita a considerar otros aspectos importantes para pensar las territorialidades. Como bien señala el autor, es crucial problematizar las relaciones entre el espacio físico y lo social. La relación entre el territorio y las relaciones sociales que lo componen es indisoluble. No existen planos primarios o secundarios, ni tampoco fuerzas científicas que puedan priorizar uno sobre el otro. Al hablar de la producción del espacio, este término abarca las territorialidades y las composiciones de diversidad de seres y materialidades que están en constante mutación. Por esta razón no se pueden considerar esenciales. Esta afirmación se sustenta en el concepto de heterotopías.

2.2.3. Las Territorialidades barriales desde una perspectiva holística

El concepto de barrio tiene implicancias en lo que refiere a los modos de habitar las ciudades. En la literatura científica aparecen diversas formas conceptualizarlo. El vínculo entre vivir en la ciudad y habitar sus territorialidades barriales ha experimentado desarrollos importantes que son contemporáneos a la elaboración de esta tesis doctoral.

Álvarez Pedrosian (2018a) aborda las territorialidades barriales en la ciudad contemporánea, destacando su importancia como núcleos donde convergen problemáticas urbanas como la

comunicación, el espacio público y la vida cotidiana en la ciudad. El concepto de "territorialidades barriales" es central en su análisis, pues se refiere a cómo los barrios, más allá de ser meros espacios físicos, actúan como campos de fuerza donde se negocian identidades, se forjan subjetividades y se mediatizan relaciones sociales y culturales dentro del entorno urbano. Propone que estos espacios deben ser entendidos a través de un diseño específico de subjetividad que facilite la creación de identidades y mediaciones culturales. Este enfoque permite ver los barrios como espacios dinámicos de creación y experimentación, donde se producen constantemente nuevas formas de vivir y de relacionarse, importantes para la comprensión de la dinámica urbana. El término "territorialidades" implica que cada barrio, con sus singularidades y residentes particulares, genera su propio contexto y atmósfera, influenciando directamente la vida de sus habitantes y la estructura social más amplia de la ciudad. El autor resalta la diversidad del uso del término "barrio" en Montevideo, que abarca desde urbanizaciones cerradas hasta asentamientos informales, lo que demuestra que los barrios funcionan como espacios de adaptación y respuesta a las necesidades socioculturales y económicas de sus habitantes. Al entender las territorialidades barriales, el autor invita a considerar la ciudad desde una perspectiva de la multiplicidad de espacios vividos que singularizan la complejidad de la vida urbana, donde cada barrio contribuye a la composición de la ciudad, tanto en términos de su estructura física como de su tejido social y cultural.

En su análisis, Ramiro Segura (2019) propone que la dinámica relacional entre los barrios y la configuración urbana más amplia están influenciadas por la ciudad y actúan como territorialidades significativas en la construcción y reconstrucción del espacio urbano. Este enfoque sugiere que los barrios funcionan como esferas de agencia activa, capaces de generar respuestas creativas y adaptativas a los desafíos urbanos contemporáneos. Profundiza en la idea de que los barrios son puntos de encuentro para diversas interacciones sociales y culturales que pueden ofrecer alternativas a las prácticas de desarrollo urbano convencionales. A través de esta interacción dinámica, los barrios tienen el potencial de reformular las narrativas urbanas, promoviendo un desarrollo que es más inclusivo y representativo de sus residentes. Resalta la importancia de entender los barrios como entidades activas que contribuyen a la forma en que se vive y se experimenta la ciudad. Los barrios, según Segura, son laboratorios de innovación social y cultural donde se experimentan y se negocian nuevas formas de vida urbana. Esta perspectiva desafía la visión tradicional de los barrios como meros receptores pasivos de políticas urbanas, presentándose, en cambio, como espacios críticos para la generación de soluciones sostenibles y comunitariamente enfocadas en los desafíos urbanos.

Las dinámicas barriales pueden ser comprendidas como ensamblajes de prácticas sociales y espaciales que constituyen formas de habitar creativas y dinámicas en Montevideo, es decir, nos es posible entender estas territorialidades como constructos sociales y culturales que funcionan como plataformas para la experimentación y la innovación en el habitar urbano. De esta manera, los barrios actúan como ensamblajes, combinando elementos diversos de la vida urbana, desde la arquitectura y el espacio público hasta las interacciones sociales y las identificaciones culturales. Esta perspectiva de ensamblaje permite ver los barrios como espacios de multiplicidad, donde convergen diversas trayectorias de vida, experiencias y expectativas, configurando territorialidades únicas que producen la complejidad de la vida urbana. Esta multiplicidad permite un habitar creativo, donde los residentes tienen la oportunidad de redefinir y negociar constantemente sus espacios y modos de vida. La creatividad es una expresión de la agencia de los habitantes en la formación y reconfiguración de sus entornos. Los barrios, entonces, se presentan como espacios donde se articulan nuevas formas de convivencia y organización del habitar, evidenciando la capacidad de los residentes para influir en la configuración de sus entornos y en la vida urbana más amplia. Esta noción de territorialidad resalta cómo los barrios pueden servir como sitios de resistencia y adaptación a las estructuras de poder dominantes y como lugares donde se pueden ensayar alternativas a las formas de urbanización convencional (Álvarez Pedrosian et al., 2019).

La idea de territorialidad barrial, tal como fue expuesta, forma parte de una crítica profunda a la asunción de la noción de barrio como categoría de referencia. Verónica Tapia Barría (Tapia, 2018) problematiza sobre cómo el concepto de *barrio* se ha utilizado y ha evolucionado en la planificación y la política urbana, particularmente en contextos occidentales. La categoría barrio se ha usado frecuentemente como una mera unidad geográfica para la intervención social y urbana, que anula una complejidad mucho mayor, que implica aspectos socioeconómicos, culturales y políticos interconectados. La autora enfatiza que tratar el barrio solo como un escenario físico para implementar políticas de regeneración urbana o de mejora de infraestructura es insuficiente. Sugiere que el barrio debería ser entendido como un "espacio relacional", donde las dinámicas internas y las interacciones entre sus habitantes juegan un papel crucial en la definición de su carácter y funcionalidad dentro del tejido urbano más amplio. Un aspecto central de su problematización es cómo las políticas urbanas occidentales tienden a estandarizar y simplificar la noción de barrio, ignorando su diversidad inherente y su capacidad de generar formas de organización y resistencia. La autora plantea que esta simplificación puede conducir a intervenciones que son desconectadas de las realidades y

necesidades específicas de las comunidades que viven allí, lo que puede resultar en soluciones ineficaces o incluso contraproducentes. También destaca que las diferencias en la conceptualización del barrio entre diversas regiones y culturas sugieren que no existe una única manera de entender o abordar este espacio urbano. Por ejemplo, la interpretación de qué constituye un barrio varía significativamente entre América Latina y Europa, influenciada por factores históricos, sociales y políticos específicos de cada contexto. Este señalamiento es crucial en las ciencias humanas y sociales, ya que el concepto de barrio, como indican diversos estudios, ha sido utilizado para procesos de segmentación territorial tanto por entidades públicas como por el sector inmobiliario. Es importante destacar el problema significativo asociado con el mercado inmobiliario, donde el valor de los inmuebles varía según el barrio, lo cual lleva a una malversación considerable. Esta situación se relaciona con la especulación y la expansión territorial de los barrios de mayor poder adquisitivo. En definitiva, lo que se comercializa en el mercado inmobiliario es una imagen de un territorio como valor de cambio.

El concepto de barrio ha sido tratado por las ciencias humanas y sociales de distintas formas. Podemos ver en la sociología urbana de Robert Park (1999) en la ciudad de Chicago, Estado Unidos, uno de los hitos más importantes del uso de este concepto. Su visión evolucionista de la ciudad lo llevó a caracterizar diversas escalas en las que los seres humanos se agrupaban en el urbanismo creciente. Es por eso que ubicó al concepto de barrio como unidades sociales que se diferencian entre sí en la ciudad. De allí surge la caracterización de los guetos como modo de agrupación de cercanía que preservaban prácticas, rituales y culturas, en el caso de los barrios de inmigrantes. Según Ariel Gravano (2016), otra corriente de investigación se desarrolló en la Escuela de Manchester entre 1950 y 1970, con Max Gluckman, Victor Turner y J. Clyde Mitchell a la cabeza. Estos investigadores se centraron en cómo los grupos tribales se adaptan a la migración, la industrialización y la urbanización durante la época colonial en África. Creían que la ciudad, entendida en su totalidad, era demasiado amplia para su análisis, por lo que preferían una perspectiva situacional para estudiar a las personas y grupos en entornos urbanos. Según el autor, este enfoque se observa en el trabajo de Young y Willmott, que concibieron la ciudad como una serie de comunidades urbanas basadas en redes de parentesco.

Existen otros estudios en América Latina que concuerdan en comprender al barrio desde una perspectiva construccionista. Siguiendo con Ariel Gravano (2009) en el prólogo de su libro sobre la antropología barrial, aborda el concepto de “barrio” destacando su complejidad y multifaceticidad. Resalta que el barrio es una entidad física, y también un constructo simbólico

y cultural. Lo define como una producción simbólica que produce prácticas cotidianas de los actores sociales, reflejando tanto funciones instrumentales como simbólicas. Además, subraya la paradoja inherente a lo barrial: aunque los discursos identitarios a menudo sugieren su desaparición, el barrio sigue siendo una fuente vital de temas y valores para su propia reproducción. Esta idea se manifiesta en la forma en que el sentido del barrio se preserva a través de la memoria y el afecto, creando un “resto” simbólico que perdura más allá de las transformaciones materiales y sociales.

Resonando con estos planteos, tomaré el concepto de territorialidades barriales desde una perspectiva holística y plural, vinculada al habitar en su interacción con el Estado y el mercado (Álvarez Pedrosian, 2018a). Este aspecto se convirtió en emergente durante el proceso investigativo. El interés por desarrollar este concepto y problematizarlo surgió durante el estudio etnográfico realizado en Capurro. En principio la idea era solamente identificar las edificaciones abandonadas, pero comprendí en el proceso que hay una agencia de lo barrial que participa de estos procesos. Este barrio posee una historia que se manifiesta en la actualidad a través de su infraestructura, sus habitantes y las relaciones afectivas que se generan entre ellos. Por lo tanto, considero pertinente incluir una breve historización de esta territorialidad en particular, dada su relevancia conceptual, en este trabajo.

2.2.4. Memorias afectivas del habitar

De los registros arqueológicos y genealógicos que alimentan la historicidad de la ciudad y sus territorialidades barriales, surgió el interés por indagar el plano de las memorias afectivas del habitar. Este es un campo de problemas que voy a desarrollar a través de un tramo de la tesis doctoral que expondré en el capítulo de resultados. ¿Cómo producir un campo de problemas de las memorias afectivas del habitar las territorialidades barriales? Primero, comprendiendo que es un campo de conocimientos situados (Donna Haraway, 2014) que busca indagar a escala afectiva los modos de encarnar las relaciones entre los habitantes, sus casas, la cuadra, las plazas, los servicios, y las ecologías ambientales y sociales que componen las territorialidades barriales.

La memoria, desde una perspectiva de la psico-social, se concibe como un proceso complejo y dinámico que va más allá de la simple capacidad de retener y recordar información. En el ámbito psicológico, la memoria se entiende como una función cognitiva individual, y también como un constructo profundamente influenciado por factores emocionales y sociales. Vygotsky (2012) destaca que el desarrollo de las funciones mentales superiores, incluida la

memoria, se encuentra mediado por la interacción social y el lenguaje, subrayando la importancia del contexto cultural en estos procesos. Las herramientas culturales y los signos lingüísticos serían fundamentales para la formación de la memoria, ya que facilitan la internalización de conocimientos y experiencias compartidas socialmente. En este sentido, psicosocialmente, resulta indisociable la función cognitiva de la memoria con las relaciones sociales subjetivas que se producen.

En el ámbito sociológico, la memoria se articula como un fenómeno colectivo que hace visibles las relaciones de poder y las dinámicas sociales. Se considera una herramienta crucial para la construcción de la identidad colectiva y la cohesión social, así como un campo de disputa donde se negocian y reconfiguran las narrativas históricas y culturales. La memoria social no es un simple reflejo del pasado, y una reconstrucción activa que responde a las necesidades y conflictos del presente, influenciada por las estructuras de poder y las dinámicas de dominación y resistencia (Ibáñez, 2003). La Teoría Crítica, desarrollada por Habermas (1990), enfatiza la importancia de la memoria como un mecanismo para comprender y transformar las relaciones de dominación ideológica, promoviendo una conciencia crítica y emancipadora.

Esta visión crítica subraya la importancia de la reflexividad y la complejidad en el estudio de la memoria, reconociendo que los sujetos que recuerdan son también agentes activos que influyen y son influidos por el contexto social y cultural en el que se insertan. Así, el análisis de la memoria implica un enfoque interdisciplinario que integra dimensiones psicológicas y sociológicas, considerando tanto los procesos subjetivos, relacionados a las estructuras que lo moldean y condicionan (González Rey, 2002; Habermas, 1990).

Desde perspectivas post-construccionistas, el campo de problemas de las memorias, desde lo afectivo-emocional, está asociado los desarrollos de las epistemológicas feministas desde las producciones narrativas como modo de coproducción de conocimientos, que toma a quienes habitan los problemas como autores de estos (Troncoso Pérez, Galaz, y Álvarez, 2017). La memoria en estos campos implica una herramienta para resignificar situaciones de violencias de género, y en la producción narrativas reconstruirlas para empoderarse y reconstruirse corporalmente:

La historiografía feminista depende de un tipo particular de memoria que es afectiva, íntima y colectiva a la vez. Es una memoria voluntaria e involuntaria y ancestral por su carácter colectivo. Escribir juntas es permitir que el pasado se nos revele y se nos resignifique como acto colectivo a partir de los distintos tipos de memoria: los sueños, la

memoria del cuerpo (como en los casos de abuso y trauma) (Laguna & Palmeiro, 2021, p. s/p).

Este modo crítico, político y afectivo de tratar a la memoria, implica problematizar las relaciones de poder, y las violencias que en el caso de las mujeres han sido sistemática y en todos los formatos a través de la historia. El sentido de la memoria afectiva que detallan las autoras es similar al que pretendo integrar para el tratamiento de los resultados de la tesis.

Este conocimiento es de carácter parcial, en tiempo de presente vivo e implica poner en el centro a las narrativas afectivas y memoriosas para problematizar el habitar la ciudad. Por ende, es una historicidad transitoria emergente de tramas de relaciones singulares de los habitantes con las territorialidades de referencia, que son heterogéneas, plurales y polifónicas (Guattari, 1996a). Es el plano de la producción de subjetividad relacional, conectiva y articulatoria que produce sentidos singulares.

Este tema ha sido trabajado de diferentes formas por varias investigaciones contemporáneas que toman las narrativas de sus habitantes, lo que Álvarez Pedrosian (2018b) propuso llamar “saberes habitantes”. Refiere modos de comprender diversos problemas de la realidad, especialmente las formas de habitar la ciudad y las barrialidades, donde esas narrativas se ubican en el grado en que la biografía de cada subjetividad es producto y productora de las formas de habitar en cuestión. Es una evocación en un presente vivo de la memoria afectiva de la experiencia de lo habitante con la ciudad. El autor, escribe sobre los resultados de una experiencia basada en una etnografía colaborativa en ambientes urbanos contemporáneos de Montevideo. La experiencia se desarrolló a partir de un taller de narrativa e investigación en el marco de las actividades del espacio cultural Bibliobarrio, en el Municipio C de Montevideo. La ubicación geoantropológica se centró específicamente en el segundo ensanche planificado de la ciudad de Montevideo. Se invitó a los participantes relacionados con la territorialidad a explorar la ciudad en conjunto con los investigadores, produciendo una narrativa a partir de esa vivencia para luego analizar los aprendizajes desde los procesos de subjetivación del habitar. Esta experiencia habilitó un camino de producción de conocimiento, de emergencia de saberes que habitan la ciudad, en los que fueron generadores y transformadores de las subjetividades involucradas.

En otros trabajos relacionados, está el de Estella Freire, Carmen Franco y Candela Rajal (2021) realizaron un estudio centrado en la recuperación de la memoria colectiva de los habitantes de los contextos rurales del Camino de Santiago. Se basaron en herramientas artísticas como la

investigación basada en artes (IBA), entendiendo a la memoria colectiva como patrimonio colectivo, comprendiendo las vivencias cotidianas, recuerdos e historias de las personas involucradas. A través de esta metodología, analizan los casos de manera contextualizada, intentando no hacer generalizaciones, y buscando puntos de intersección comunes. Las autoras articularon la participación de las vecinas a través del compartir sus vivencias y saberes sobre el lugar con infancias, realizando talleres en diferentes locaciones, con propuestas artístico-plásticas diversas como collages, fotografías o realización de cuadernos de viajes. Con todas estas producciones generaron cartografías de la memoria popular, que articulan el pasado y el presente del territorio, reflejando este ida y vuelta construido entre las narrativas y las producciones de los talleres. A través de este trabajo, las autoras mencionan que las vecinas del lugar lograron resignificar sus realidades, siendo estas metodologías propiciatorias del intercambio intergeneracional de las formas de ver y de experimentar el contexto.

La investigación realizada por Clément Colin, Alexandra Benitt Navarrete, Macarena Rojas Mora y Natalie Calderón Peñaloza (2021) analiza experiencias barriales de personas mayores comparando sus sentires entre el pasado y el presente. Las autoras presentan resultados de una investigación participativa realizada en 2019 a 51 residentes de 3 barrios de Valparaíso, Chile. Partieron de sus relatos, mojones de su historia y sus vivencias en la actualidad, abordando las emociones como elemento esencial en la construcción de representaciones e imaginarios sociales. Como resultado, se pudo identificar nostalgia y una idea distópica asociada a su idea del barrio en la actualidad. Esta investigación muestra su contribución a una mejor comprensión del habitar de las personas mayores en un territorio donde los cambios son inminentes, y quizá esa nostalgia denota que no se sienten involucrados en dicho tránsito.

Estas experiencias resaltan un tipo de conocimiento específico en lo que tiene que ver con las teorías del habitar la ciudad, relacionado con el valor de las experiencias de sus habitantes y la capacidad narrativa como constructora de realidades múltiples. Nos proponen modos de acceso directo a formas ontológicas de prácticas de la vida en la ciudad. Tal como lo plantea Álvarez Pedrosian (2018b), convocar a habitantes a tener incursiones en territorialidades y a la escritura etnográfica no los convierte en etnógrafos, pero sí expresan un modo de producir conocimiento experimental que tiene el potencial de generar diálogos en los campos de problemas del habitar la ciudad. Esta es la actitud que implementé para alimentar este campo de problemas.

El habitar, comprendido desde esta perspectiva, produce subjetividad en relaciones territoriales concretas, atravesadas por mediaciones, memorias, materialidades, prácticas y formas de

reconocimiento. En ese punto, la pregunta por la subjetividad se desplaza hacia sus modos de aparición pública, hacia las formas en que ciertas prácticas situadas intervienen en los usos del espacio, en las memorias compartidas, en los vínculos con otros y en las disputas por la ciudad. La noción de subjetivación política del habitar permite precisar ese pasaje.

La subjetivación política del habitar se comprende en esta tesis como un proceso relacional mediante el cual habitantes, colectivos, prácticas, memorias y materialidades territoriales producen sentidos sobre lo común y modifican sus modos de aparecer en la ciudad. La subjetividad política ha sido trabajada en América Latina como una categoría en construcción, vinculada a la producción de sentidos subjetivos en torno a lo público y a las tensiones entre reproducción del orden social y transformación colectiva (Duque et al., 2016). Esta perspectiva permite ubicar la política en procesos cotidianos donde se articulan afectos, memorias, prácticas, vínculos, reconocimiento, disputas y formas de participación. La subjetividad adquiere allí un carácter social, histórico y situado, compuesto en experiencias compartidas, relaciones concretas y contextos culturales específicos (González Rey, 2002, citado en Duque et al., 2016; Retamozo, 2009; Torres, 2009).

El habitar introduce una inflexión territorial en esta discusión. Las subjetivaciones políticas del habitar se producen cuando las prácticas situadas transforman las condiciones de relación con un espacio vivido, activan memorias, componen formas de organización, disputan nominaciones, sostienen cuidados y elaboran saberes habitantes. Tassin (2012) permite pensar la subjetivación política como una forma de aparición en lo común, mientras que Bonvillani (2012, 2013) y Vommaro (2012) aportan a comprender cómo los afectos, los vínculos, los nosotros colectivos, las prácticas territoriales y las experiencias organizativas producen modos de subjetividad política. En este sentido, habitar políticamente implica participar en la producción material y simbólica del territorio, haciendo que calles, edificios, ruinas fabriles, memorias barriales, espacios de cuidado, prácticas artísticas, acciones alimentarias y dispositivos universitarios se vuelvan parte de procesos donde los sujetos se componen con otros y disputan las formas posibles de vida urbana.

2.2.5 Heterotopías

En 1966, Foucault (2014), en su libro *Las Palabras y las Cosas*, comienza a hacer mención del concepto de heterotopía:

Las utopías consuelan: pues si no tienen un lugar real, se desarrollan en un espacio maravilloso y liso; despliegan ciudades de amplias avenidas, jardines bien dispuestos,

comarcas fáciles, aun si su acceso es quimérico. Las heterotopías inquietan, sin duda porque minan secretamente el lenguaje, porque impiden nombrar esto y aquello, porque rompen los nombres comunes o los enmarañan, porque arruinan de antemano la "sintaxis" y la que construye las frases —aquella menos evidente que hace “mantenerse juntas” (unas al otro lado o frente de otras) a las palabras y a las cosas. Por ello, las utopías permiten las fábulas y los discursos: se encuentran en el filo recto del lenguaje, en la dimensión fundamental de la fábula; las heterotopías (como las que con tanta frecuencia se encuentran en Borges) secan el propósito, detienen las palabras en sí mismas, desafían, desde su raíz, toda posibilidad de gramática; desatan los mitos y envuelven en esterilidad el lirismo de las frases. (Foucault, 2014, p. 3)

La breve mención del concepto de heterotopías llevó a Foucault (1978) a utilizarlo en el marco de unas conferencias dirigidas a arquitectos entre 1966 y 1967, que fueron publicadas póstumamente. Para Foucault, la utopía es un concepto abierto, no limitado a la imaginación sin coordenadas. Toda utopía está asociada a algo conocido, a un espacio, un lugar, a un tiempo, y su capacidad está determinada por estas dimensiones. Son los espacios que todas las ciudades poseen, desde algunos más generales, como los históricos, hasta los más íntimos. La capacidad de imaginar, estrechamente asociada a las heterotopías, ejerce el poder de transformar los espacios que habitamos, dotándolos de diferentes sentidos y siendo aquellos en que los colectivos sociales los transforman a través de sus prácticas. Estudios sobre las heterotopías evidencian la capacidad de imaginación colectiva asociada a la significación y los procesos de subjetivación de los espacios urbanos (Gallan, 2015; Handlykken, 2011; Maya Sierra, 2014; Runge Peña & Carrillo David, 2013; Surasky, 2012)

El concepto de “contra-espacios” rompe con la lógica monótona de la vida en la ciudad. Los “espacios otros” son los que vitalizan lo urbano, donde la imaginación permite que algunos espacios que para algunos son una cosa, para otros pueden ser otra, y las prácticas de vivenciarla se multipliquen. ¿Cómo definimos los espacios que habitamos? Esto parte de los procesos de subjetivación de los habitantes de esos territorios, incluyendo tanto a los residentes permanentes como a quienes solo pasan por allí, los vecinos y los turistas, los gobernantes y los manifestantes, los que rinden memoria a los muertos y aquellos que trabajan en los cementerios diariamente, así como aquellos que lo consideran un lugar destacado de la ciudad (Álvarez Pedrosian, 2021; Álvarez Pedrosian & Blanco Latierro, 2013).

Las heterotopías urbanas nos invitan a comprender los espacios y las prácticas que ocurren allí como flujos heterogéneos y alternativos. Esta comprensión está situada en un tiempo y espacio

determinado (Alonso, 2014; Gallan, 2015; Leyden Rotawisky, 2013). Su importancia radica en la capacidad de observar espacios incongruentes, diferentes, alternativos y heterogéneos, más que en su potencia para definir espacios como heterotópicos. Por ello, considero los estudios de las heterotopías urbanas como una perspectiva valiosa, donde lo heterogéneo, lo diferente y las transformaciones son el flujo a través del cual se comprende la complejidad de la ciudad.

La perspectiva de las heterotopías ha contribuido significativamente a numerosos estudios en diversas disciplinas. Por ejemplo, en el campo de la arquitectura, ha sido utilizado para estudiar espacios variados como colegios, palacios, establecimientos de comida, templos budistas y fábricas (Casero & Urabayen, 2017). También ha sido útil para el estudio de zonas de exclusión y de pobreza extrema, como espacios “otros” diferentes y para analizar el contexto sociohistórico en el que ocurren. Un ejemplo de esto es una investigación que utilizó el concepto para analizar las favelas de Río de Janeiro después de los Juegos Olímpicos y el Mundial de Fútbol, en el contexto de los procesos de pacificación (Fernández Guerrero, 2017).

En el campo del cambio climático, la heterotopía ha ayudado a entender ciertas relaciones ambivalentes con el medio urbano más amplio, observando espacialidades claves para la gobernanza climática y conceptualizando espacios experimentales utópicos, también llamados espacios de resistencia (Edwards & Bulkeley, 2018). Además, en estudios sobre sexualidad y prácticas corporales, la heterotopía ha contribuido a problematizar las nociones corporales y las prácticas sexuales, explorando otras posibles formulaciones y los impactos generados (Preciado, 2020)

Este compendio de casos muestra cómo el concepto ha sido aplicado para estudiar una variedad de temas. La diversidad de estudios permite explorar experiencias de espacios subjetivados por los habitantes desde diversas lógicas, conceptualizándolos como heterotópicos. En algunos casos, estos espacios incluyen experiencias nocturnas asociadas al consumo de música, que se convierten en lugares de recuerdos, emociones y significados, tanto imaginarios como reales (Gallan, 2015). En otros, como las plazas públicas o peace gardens, están diseñados para generar bienestar a los transeúntes, ofreciendo respuestas positivas a sus experiencias (McClimens et al., 2012). También hay estudios críticos que identifican contra-espacios, como los mega jardines infantiles en Medellín, vistos como espacios de modelación de los cuerpos de los infancias (Runge Peña & Carrillo David, 2013)

Utilizaré esta perspectiva para comprender la heterogeneidad y alteridad de los espacios estudiados, así como las prácticas que allí se realizan. Nos encontramos en una ciudad con una

gran diversidad de “*espacios otros*” en los que constantemente proyectamos utopías y modelos idealizados de ser en la ciudad. El devenir arquitectónico ha transformado grandes estructuras en estos espacios, algunos abandonados, otros capitalizados y transformados, y otros abiertos a la especulación. Los espacios que más me interesan son aquellos convertidos en lugares para usos deportivos, educativos y artísticos, donde se fomentan culturas diversas y creatividad en las prácticas de habitar.

2.2.6. Perspectivas ecosóficas para pensar la ciudad y el urbanismo capitalista

En el campo de la filosofía existe una amplia gama de enfoques dedicados a problematizar la ecología. Los debates más significativos están relacionados con la tensión entre humanidad y naturaleza, los problemas derivados del cambio climático, las acciones capitalistas en la explotación de los recursos naturales, la colonización y la imposición forzosa de ideologías liberales y neoliberales, el extractivismo violento que se observa principalmente en el sur global, y la integración del cuidado ambiental en las políticas estatales y a nivel mundial.

Estas perspectivas abren debates que considero relevantes para la investigación. A la vez, para abordar estos temas de manera efectiva, es fundamental presentar las principales referencias, preguntas y desarrollos con los que voy a dialogar. Esta contextualización enriquecerá la discusión, y también ayudará a situar el estudio dentro del marco teórico más amplio de la ecología filosófica y las ciencias ambientales.

Uno de los principales referentes en las ecosofías entre los años 1980 y principios de 1990 fue Guattari (1996b, 2015), quien propuso esta perspectiva como una manera de abordar tanto las escalas planetarias como las micropolíticas. Después del mayo francés, y tras contribuir a los dos tomos de Capitalismo y Esquizofrenia con Deleuze (2002, 2017), Guattari profundizó en sus desarrollos conceptuales y su activismo, preocupándose especialmente por la relación entre política, capitalismo y ecología. Este enfoque lo llevó a acercarse a los partidos ecologistas en Francia, en un momento en que estas formaciones políticas “verdes” comenzaban a surgir como una opción partidaria significativa. A la vez, rechazó formar parte de estructuras políticas formales debido a su crítica a la burocratización política y a la minimización de la acción efectiva desde esos espacios. Su labor militante, en cambio, se desarrolló participando en instancias académicas, intercambios con movimientos sociales de Europa y América, y trabajando con sindicatos. Es destacable su encuentro a principios de la década de 1990 con Lula Da Silva, por entonces dirigente del Partido de los Trabajadores en Brasil, y los

movimientos sin tierra. También merece atención su histórica vinculación con la clínica La Borde junto a Jean Oury, donde se evidencia el desarrollo de una práctica ecosófica relacionada con la locura y como resistencia a los dispositivos de psiquiatrización que buscan normalizarla tal como lo plantea Lisette Grebert (2016)

Félix Guattari (1996) propone una perspectiva compuesta por tres ecologías: la ambiental, la social y la mental. Esta estructura está interconectada por flujos maquínicos deseantes, capitalistas, heteronormativos, constituyendo un régimen de conexiones multiescalares en los que se producen prácticas humanas, tecnológicas, ecológicas, económicas y animales, involucrando a todos los agentes participantes en la vida. La intención de esta perspectiva no es ofrecer una explicación totalizadora o alcanzar una verdad absoluta, y comprender cartográficamente las conexiones y movimientos al momento de problematizar la vida.

Las tres ecologías ocurren simultáneamente, pero pueden ser consideradas de manera singular en cuanto a su intensidad y relacionalidad, dependiendo de cómo se enfoque la problematización. A la vez, considero esencial desarrollar cada una de ellas para comprender mejor la complejidad intrínseca de las cartografías de las ecologías.

La ecología ambiental se concibe desde una perspectiva holística y plural, abordando las relaciones entre las diversas formas de vida en el planeta y los entornos en los que se desarrollan. La vida planetaria está en constante movimiento, afectada por fenómenos como los vientos, la humedad, los océanos, la rotación alrededor del sol, las placas tectónicas, la lava y los seres vivos, desde microbios hasta humanos, además de las influencias del urbanismo, la industria, los medios de transporte y las tecnologías de información y comunicación. Esta interacción constante impide considerar la naturaleza como algo separado de la cultura, la tecnología y la humanidad; más bien, se trata de continuidades ensambladas, donde cada elemento influye y es influido por el otro (Descola, 2012).

La ecología social, o del *socius*, es el plano en el que se materializan las relaciones de manera heterogénea, híbrida y plural. Esta dimensión, tanto institucional como normativa y organizativa, abarca los seres vivos y las relaciones de poder, configurando un campo de disciplinamiento, control, resistencias, rebeldías y fugas. Aquí, el capitalismo despliega, de manera multiescalar, modos relacionales de producción, distribución y consumo, tanto de objetos-actantes como de subjetivaciones (Guattari & Rolnik, 2006). Se trata de los territorios existenciales de la familia, la educación, el trabajo y la prisión, pero también incluye los modos de habitar las barriadas, las ciudades y los entornos cercanos, donde la cultura y la moral se

manifiestan de manera prominente. Extendiendo esta visión, el *socius* también comprende a animales, vegetales, virus, bacterias y microbios, los cuales están en relaciones de dominio, domesticación y explotación, y a veces en conflicto, como lo demostró la socialización del COVID-19, alterando nuestros modos de relación en un sentido amplio. El *socius* es una territorialidad existencial que produce subjetividad a través de las relaciones con el ambiente, la moral, el deseo y todo lo que pertenece al universo de la ecología mental.

La producción de subjetividad a escala planetaria está axiomatizada por la producción material e inmaterial del capitalismo mundial integrado. De hecho, Guattari (1996) sostiene que la principal producción del capitalismo es la subjetividad, la cual requiere ensamblarse con el deseo, la necesidad y las coyunturas, configurando una intensidad política que trasciende cualquier aparato burocrático estatal. Esta producción está modelada por tecnologías de subjetivación emergentes de los medios de comunicación masivos, incluyendo las tecnologías de la información y comunicación, que desde la primera mitad del siglo XX se han multiplicado hasta convertirse en extensiones cognitivas de sus usuarios (González-García & Maureira-Velásquez, 2022). Al igual que el *socius*, es una territorialidad de rebeldía y resistencia, de creatividad y amor. A pesar de la parafernalia de capturas deseantes, persisten modos de resistencia. Este es uno de los aspectos más relevantes para considerar la relación entre capitalismo y locura, los modos de despliegue afirmativo, normatividad y captura violenta en la psiquiatrización (Grebert, 2016).

Las claves conceptuales desarrolladas me llevan a concebir la ciudad como un objeto vivo y vibrante, y también en constante transformación. A la vez, esta dinámica urbana está marcada por constantes parasitarias que reproducen modelos de control y disciplinamiento. Estas tecnologías de control, dirigidas a normalizar la población, son analizadas por Foucault (2006) en su examen de cómo el poder y el saber se imbrican en prácticas cotidianas urbanas.

El urbanismo, según Lefebvre (1978), actúa como una tecnología estratégica utilizada para organizar el espacio con el objetivo de asegurar el bienestar de la población, mientras protege la propiedad privada, los bienes de producción, y facilita la distribución y el consumo. Esta tríada es esencial para desarrollar modelos de ciudades urbanizadas que funcionen al ritmo del libre mercado.

Concomitantemente, la racionalidad cultural urbana se compone de instituciones, próceres, rituales, ideologías y espiritualidad, todo lo cual contribuye a las tecnologías de la moral que se manifiestan en normativas del buen vivir. A la vez, estas normativas promueven valores

compartidos, y también imponen castigos por vulnerar dichas normas. Harvey (2007) sugiere que esta cultura de posesión ya sea de bienes materiales o inmateriales, genera a la vez culturas de desposesión. Es decir, mientras se promueve la acumulación, no es igual para todos, y, por el contrario, genera exclusiones. Esto evidencia la dualidad del urbanismo como fuerza tanto de inclusión como de exclusión, subrayando la necesidad de un análisis crítico de cómo las ciudades fomentan ciertas dinámicas socioeconómicas.

El urbanismo, especialmente las tecnologías modernas asociadas a él, tiende a crear centros y márgenes, así como márgenes en los centros y centros en los márgenes. En los centros se concentran los puntos de acumulación de recursos y poder, mientras que los márgenes suelen ser zonas de menor inversión y atención, evidenciando la desigualdad social y los privilegios existentes en la ciudad. Un ejemplo destacado de esta dinámica es la intervención de Jane Jacobs (2011), escritora y periodista que provocó un revuelo al publicar una crítica contundente contra un proyecto de autopista en Nueva York que amenazaba con destruir barrios icónicos. Su activismo surgió de la preocupación por la priorización de la circulación automotriz sobre los espacios públicos, lo que culminó en movilizaciones ciudadanas que finalmente llevaron a la cancelación del proyecto.

También existen desarrollos paralelos significativos en el campo de los ecofeminismos, que aportan perspectivas cruciales para promover espacios vitales, de cuidado y sostenibles en las ciudades, desafiando el modelo de urbanismo moderno que prioriza el cemento sobre la biodiversidad. Vandana Shiva (2006), una destacada activista y teórica, ha centrado su trabajo en la lucha por la soberanía de las semillas, enfrentándose a empresas multinacionales que monopolizan los transgénicos. Shiva argumenta que las prácticas transnacionales y neoliberales que buscan uniformizar la agricultura mediante semillas genéticamente modificadas alteran la composición del suelo y las dinámicas productivas, y también son agresivas con la biodiversidad. A esto, añade una crítica a las prácticas de dominación patriarcal sobre la naturaleza, relacionándolas con las opresiones hacia las mujeres. Propone revisar y valorar las prácticas tradicionales que respetan la biodiversidad y los saberes originarios, denunciando la biopiratería de estos conocimientos, a menudo explotados sin reconocimiento ni compensación (Mies & Shiva, 1998, 2016)

En América Latina, los ecofeminismos están siendo explorados en Uruguay por investigadoras como Alicia Migliario González y Lorena Rodríguez Lezica (2020), quienes estudian la ruralidad bajo esta perspectiva. El ecofeminismo se presenta como un prisma crítico para

comprender y confrontar tanto el neoliberalismo, que favorece las soluciones de mercado, como el neodesarrollismo, que promueve la explotación de recursos naturales en nombre del progreso. Además, critican ciertas interpretaciones del marxismo que tienden a minimizar o ignorar las luchas ecologistas y feministas. Este enfoque busca proteger el ecofeminismo de ser cooptado por el capitalismo y diluir su potencial transformador, argumentando que, arraigado en tradiciones ecologistas y feministas rebeldes, ofrece una perspectiva revitalizadora y reorientadora para las luchas contemporáneas hacia una resistencia más holística y antisistémica.

Otros trabajos relevantes incluyen análisis sobre decolonialismo y feminismos (Icaza Garza, 2017), los saberes y luchas de mujeres indígenas por el territorio (Hernández Castillo & Nigh, 1998), y la interacción entre ecofeminismos, urbanismo y políticas neoliberales (Herrero, 2012). Todas estas perspectivas aportan una visión crítica sobre el papel del patriarcado en el diseño de las ciudades, la explotación del campo y la opresión de las mujeres.

Arne Naess (2020), activista e investigador filosófico en Europa durante los años setenta, es un referente en los desarrollos de la ecosofía con su propuesta de ecología profunda. La crítica central de Naess se dirige hacia la interacción destructiva y dominante de los humanos con la naturaleza. Al igual que las perspectivas mencionadas anteriormente, su teoría crítica el antropocentrismo y aboga por crear ambientes que promuevan el bienestar entre las diversas formas de vida, en lugar de centrarse exclusivamente en las necesidades humanas. Subraya la riqueza y relevancia de las distintas formas de vida, esenciales para las relaciones que constituyen la naturaleza. Critica severamente la tendencia humana a reducir y aniquilar la diversidad en pos de satisfacer sus necesidades y fomentar la superproducción, lo que resulta en una intrusión violenta y constante en los procesos vitales de otros seres que también tienen derecho a la vida. Esta intervención humana está provocando un desequilibrio en la naturaleza y, en consecuencia, creando condiciones que podrían llevar a la aniquilación progresiva del planeta. También dirige su crítica hacia las políticas, la economía, la ciencia y las tecnologías contemporáneas, argumentando que están predominantemente al servicio de la explotación de la naturaleza. Esta visión proporciona una base sólida para cuestionar y reevaluar las prácticas humanas globales en relación con el medio ambiente.

Es por eso que en los años ochenta, junto a otros colegas, construyó lo que se dio a llamar como una plataforma para una ecología profunda:

- 1) El florecimiento de la vida humana y no-humana en la Tierra tiene valor intrínseco. El valor de las formas de vida no-humanas es independiente de la utilidad que puedan tener para propósitos humanos estrechos.
- 2) La riqueza y la diversidad de formas de vida son valiosas en sí mismas y contribuyen al florecimiento de la vida humana y no-humana en la Tierra.
- 3) Los humanos no tienen derecho a reducir esta riqueza y diversidad excepto para satisfacer necesidades vitales.
- 4) La interferencia humana actual con el mundo no-humano es excesiva y la situación está empeorando rápidamente.
- 5) El florecimiento de la vida humana y las culturas es compatible con un decrecimiento sustancial de la población humana. El florecimiento de la vida no-humana requiere este decrecimiento.
- 6) El cambio significativo de las condiciones de vida para mejor requiere un cambio de políticas. Estas afectan estructuras económicas, tecnológicas e ideológicas básicas.
- 7) El cambio ideológico es principalmente el de apreciar la calidad de vida (morando en situaciones de valor intrínseco) más que adherir a un alto nivel de vida. Habrá una conciencia profunda de la diferencia entre grande y bueno.
- 8) Aquellos que suscriban a los puntos previos tienen una Obligación de participar directa o indirectamente en el intento por implementar los cambios necesarios. (Naess, 2020, p. 70)

Esta plataforma expone puntos que Naess considera esenciales para cambiar el rumbo de al menos tres siglos de intensa explotación de los recursos terrestres, incluyendo la biodiversidad en su sentido más amplio. Propone un cambio interesante: sustituir el término “biósfera”, comúnmente usado en las ciencias naturales, por “ecósfera”. Argumenta que la vida trasciende lo meramente biológico y que el término “eco” amplía la inclusión de todas las formas de vida. Esta idea encuentra resonancia en las teorías de Guattari (1996), quien también sostiene que los cambios necesarios deben ser planetarios, aunque las acciones locales juegan un papel crucial en las iniciativas ecosóficas colectivas. Además, Naess comparte con los ecofeminismos la crítica al problema del antropocentrismo y su incapacidad para integrar la diversidad.

Los aportes de este capítulo proponen formas holísticas, plurales y complejas de pensar las relaciones que componen la naturaleza. Queda claro que, aunque la naturaleza está compuesta por diversas relaciones sociales, la acción humana ha sido predominantemente invasiva, violenta, extractivista y genocida con las diversas formas de vida y recursos naturales como minerales, aire y agua, situando a la humanidad en una posición de responsabilidad por la

progresiva aniquilación del planeta. Incluso dentro de las comunidades humanas se observan patrones similares de comportamiento destructivo, asociados principalmente a grandes concentraciones urbanas con sistemas de saneamiento, producción y movilidad insostenibles. También en el campo, donde las estrategias de explotación de la tierra y el agua, el uso de monocultivos y agrotóxicos se justifican bajo el estandarte del progreso y la necesidad. Estas perspectivas nos interpelan ética y políticamente, instándonos a problematizar de manera crítica las realidades de nuestro habitar en el mundo.

2.2.7. Habitar los ensamblajes urbanos

Para comenzar esta parte, creo oportuno ubicar como un problema epistemológico y hasta ontológico la tensión individuo-sociedad. Tanto Deleuze y Guattari (2002) como Latour y Vincent Lépinay (2009) han referenciado a Tarde (2014) para destacar que los fenómenos psicológicos son intersubjetivos y no intrapsíquicos. A través de éste, podemos desafiar el dualismo tradicional individuo-sociedad, argumentando que son meros estabilizadores parciales creados por las ciencias modernas para satisfacer sus necesidades explicativas. Su enfoque sugiere que la subjetividad no debería ser vista como algo puramente intrapsíquico, y más bien como una producción relacional y compositiva, situada en el ámbito de la exterioridad.

Este cambio de perspectiva es crucial para entender la relación entre la psicología y las disciplinas que estudian la ciudad y lo urbano. Hemos visto la relevancia de enfoques como el interaccionismo simbólico y la psicología ambiental, que valoran la pluralidad de perspectivas y la permeabilidad de las formas de comprender la interacción entre las personas o habitantes y sus entornos. Al integrar a Tarde (2011, 2014) en este diálogo, enfatizó la importancia de considerar las dinámicas intersubjetivas y las configuraciones externas que influyen en la conformación de la subjetividad en entornos urbanos.

Partimos de ubicar una relación que se inscribe en el cruce entre los estudios del habitar urbano que tiene un anclaje importante en los estudios culturales urbanos y territoriales en Uruguay (Álvarez Pedrosian, 2021; Álvarez Pedrosian et al., 2023; Blanco Latierro, 2022) y la teoría del actor-red que se ha especializado en estudiar la ciudad y lo urbano como campo de problemas (Fariás, 2017; Handlykken, 2011; Marrero-Guillamón, 2013; Müller, 2015)

El concepto de habitar aparece como central para pensar los procesos de subjetivación en lo urbano:

En todo caso, habitar es componer, subjetivar-se, y viceversa: constituirse como entidad viviente o ser, gracias y en el acto de instauración de un espacio-tiempo que es síntesis de elementos conjugados en ese estar en tránsito. (Álvarez Pedrosian, 2016, p. 43)

Martin Heidegger (2007), en su histórica conferencia con arquitectos sobre la reconstrucción de Europa después de la Segunda Guerra Mundial, recupera la idea de que el habitar trasciende el simple hecho de residir en una vivienda. Plantea que el habitar también implica otros planos de exterioridad, donde se construye habitando y se habita construyendo. En esta línea, Guattari (1995) aporta conocimientos para articular el habitar como un proceso de producción de subjetividad, donde el ambiente, el *socius* y la *psique* son componentes esenciales de este proceso. Los procesos humanos son relevantes, y también los objetos, ambientes, y flujos económicos, legales, tecnológicos y asignificantes, partes integrantes de esta visión particular de la subjetividad.

Por otro lado, Tim Ingold (2000, 2012), desde una perspectiva de la antropología social, desarrolla el concepto de habitar la naturaleza explorando las composiciones entre humanos, animales y ecosistemas. Resalta cómo los materiales tienen propiedades que ejercen acciones y van componiendo con el cuerpo, creando así ambientes singulares donde se desarrolla la vida. Uno de sus principales aportes es pensar en términos de líneas y flujos de relaciones que componen los ambientes para la vida, lo que permite alejarse de las identidades fijas de los humanos y las materialidades.

Las perspectivas socio-naturales y ecológicas han enriquecido nuestra comprensión de los entornos urbanos al incorporar conceptos innovadores que exploran la interacción entre distintos actantes. Estas herramientas conceptuales son fundamentales para integrar y explicar la acción de los diversos agentes involucrados, permitiendo una comprensión más profunda de las relaciones que movilizan la producción de los entramados urbanos. Autores/as como Donna Haraway (2014), Bruno Latour (2008) e Isabelle Stengers (2003) han contribuido significativamente con perspectivas teóricas que destacan la interdependencia y la cocreación entre humanos, tecnologías, otros seres vivos y procesos naturales.

Estos enfoques subrayan la importancia de considerar los elementos —tanto visibles como los invisibles— que configuran los espacios urbanos. Al hacerlo, se abordan las estructuras físicas de las ciudades, y también las redes de relaciones socio-ecológicas que las sustentan y transforman. Este enfoque transdisciplinario invita a repensar las políticas urbanísticas y de

planificación desde una perspectiva heterogénea y compleja, que reconoce la agencia de todos los actantes involucrados en la composición de los espacios urbanos.

Tanto el habitante como el territorio son concebidos como productos de complejas relaciones socio-materiales, una idea respaldada por pensadores como Foucault (2006), Ingold (2000) y Law (1987). Este enfoque es crucial para entender la naturaleza dinámica y colectiva de la ciudad, que es vista no como una entidad estática, y como un ensamblaje urbano en constante transformación a diferentes escalas y temporalidades. Esta noción nos ayuda a comprender el carácter parcial y siempre en devenir de los entramados urbanos.

Estos estudios subrayan la importancia de comprender la ciudad como un ensamblaje de actantes diversos que incluye a los humanos, estructuras físicas, y elementos menos tangibles como normativas, prácticas cotidianas y flujos tecnológicos. El marco conceptual abre nuevas vías para abordar cuestiones urbanísticas y sociales desde una perspectiva más integradora y flexible que reconoce la pluralidad de fuerzas que configuran las tramas de la ciudad y sus procesos urbanísticos.

El concepto de ensamblaje o agenciamiento aparece como potencial articulador de las relaciones de la ciudad:

Una teoría de los ensamblajes, y de los procesos que crean y estabilizan su identidad histórica, fue formulada por el filósofo Gilles Deleuze en las últimas décadas del siglo XX. Esta teoría tenía el propósito de aplicarse a una amplia variedad de todos contruidos de partes heterogéneas. Entidades que van desde los átomos y las moléculas hasta los organismos biológicos, las especies y los ecosistemas pueden ser tratados provechosamente como ensamblajes y por lo tanto como entidades que son el producto de procesos históricos. Lo anterior supone, por supuesto, que hacemos uso del término ‘histórico’, para incluir la historia cosmológica y la evolutiva, y también la historia humana. La teoría de los ensamblajes puede asimismo ser aplicada a entidades sociales, y el hecho mismo de que pueda traspasar la división entre cultura y naturaleza es una evidencia de sus credenciales realistas. (De Landa, 2013, p. 3)

Esta teoría propone un enfoque transdisciplinar potente para investigar las relaciones diferenciales entre actantes en múltiples escalas espaciales. Estas relaciones ocurren entre composiciones heterogéneas que forman agrupaciones no homogéneas. Las composiciones involucradas son socio-materiales y están en una relación de articulación simétrica, afectándose mutuamente. El significado de estas relaciones surge de la interacción en lugar de la identidad

fija, desafiando así el concepto tradicional de estructuras y componentes estáticos (Anderson et al., 2012). Al respecto comparto la siguiente frase:

Los ensamblajes no constituyen totalidades, pues las relaciones entre partes y todo se basan en un principio de exterioridad. Cada componente o entidad que forma parte de un ensamblaje se constituye con independencia de su participación en ese ensamblaje. Los ensamblajes se basan entonces en relaciones exteriores entre las partes. Estas relaciones exteriores son posibles por las capacidades de estos componentes o entidades para afectarse mutuamente. A la vez, estas interacciones afectivas no constituyen su identidad actual. Los ensamblajes tienen así una cualidad emergente, en el sentido de que involucran conjuntos de relaciones que no se explican a partir de las partes, aunque dependen de ellas. (Farías, 2011, p. 30)

En la teoría los ensamblajes, las partes son concebidas como independientes del ensamblaje mismo, permitiéndoles pertenecer simultáneamente a varios diferentes. Según Farías (2018), las partes adquieren sentido a través de su exterioridad y pueden significar cosas distintas dependiendo de sus relaciones y articulaciones con otras partes en diferentes ensamblajes. Esta capacidad de significar de manera variable es fundamental, ya que sugiere que los diferentes componentes de las relaciones son emergentes de múltiples asociaciones en temporalidades que son tanto móviles como parciales, lo que desafía la posibilidad de identificarlas como partes fijas o permanentes.

Latour (2008) amplía esta idea al afirmar que las partes son más importantes que el todo. Argumenta que las partes tienen la capacidad de realizar combinaciones diferenciales y adquirir diferentes significados dependiendo de las redes de asociaciones a las que están vinculadas. Este enfoque subraya la flexibilidad y la dinámica de los ensamblajes, donde el significado y la función de las partes pueden cambiar según el contexto y las interacciones en las que se encuentran.

Si llevamos el concepto de ensamblaje para pensar los estudios urbanos, podemos ver lo siguiente:

Los ensamblajes urbanos no constituyen realizaciones finales de la ciudad, y se hallan entrelazados y concatenados en múltiples niveles, haciendo proliferar los planos y capacidades de acción en la ciudad. Así, la ciudad como entidad múltiple que resulta del entrelazamiento de ensamblajes urbanos se caracteriza por la producción de complejidad urbana. (Farías, 2011, p. 31)

Hesam Kamalipour y Nastaran Peimani (2015) utilizan la teoría de los ensamblajes para conceptualizar la ciudad como una multiplicidad y lo urbano como algo en constante acción y movimiento. Esta perspectiva nos aleja de determinismos finalistas y nos acerca a entender la urbanización como un proceso continuo de construcción. Según ellos, este proceso de hacer urbano implica relaciones tanto históricas como potenciales, siendo el resultado de asociaciones entre diversas entidades, que se definen a través de su co-funcionamiento, estando sujetas a procesos tanto de estabilización como de desestabilización.

Un aspecto fundamental de estas relaciones entre entidades es el poder, entendido como la capacidad de actuar de las pluralidades en transformación. Esto implica que las interacciones y asociaciones urbanas son espaciales o estructurales, y también dinámicas de poder que definen cómo y por qué los actores urbanos se congregan y cómo influyen en la configuración de los espacios.

El concepto de ensamblaje urbano es esencial para explorar las relaciones híbridas, heterogéneas y productoras de multiplicidades relacionales que descentralizan al humano y atribuyen agencia a las conexiones, a las entidades individuales, sean estas humanas o no humanas. Este enfoque representa un foco crucial de producción micropolítica que puede reconfigurar la manera de habitar lo urbano. Aunque originalmente se vincula con el concepto de agenciamiento colectivo de Deleuze y Guattari (2002), la teoría del actor-red también ha adoptado y expandido esta perspectiva, introduciendo términos como actante, que desplazan la tradicional dicotomía entre sujeto humano y objeto material, para tratarlos de manera simétrica y dotarlos de capacidad de acción (Ema López, 2004, 2009)

Además, el concepto de mediación técnica, desarrollado por Latour (2016), ilumina los efectos de las asociaciones en los ensamblajes y las producciones de sentido. Los trabajos de Farías (2011, 2014, 2017, 2018) conectan estos conceptos con los estudios urbanos, proporcionando un marco útil para pensar las dinámicas de las ciudades contemporáneas. Farías enfatiza cómo las tecnologías, estructuras y agentes diversos interactúan dentro de los ensamblajes urbanos, ofreciendo una visión más compleja y matizada de la urbanidad.

También lo hace Martin Müller (2015) desde la geografía crítica, profundizando sobre la funcionalidad del concepto de ensamblaje. Describe los ensamblajes como entidades relacionales, productivas y heterogéneas, que involucran procesos de desterritorialización y reterritorialización, y que son inherentemente deseantes. De estas características, se destacan especialmente los aspectos productivos y deseantes como elementos diferenciadores en su

planteo. Propone una perspectiva en la que los humanos se relacionan a través del deseo en una relación de exterioridad, y los espacios mismos se consideran productores de deseo, similar a lo discutido por Deleuze y Guattari (2002). En este enfoque, las relaciones se caracterizan por una mutua afectación. En cuanto al aspecto deseante, el autor argumenta que la producción dentro de los ensamblajes da lugar a corporalidades que participan activamente en los procesos de cambio territorial. Esta noción resalta cómo los ensamblajes configuran, y también son configurados por las dinámicas de deseo y corporalidad dentro de las prácticas geográficas.

El concepto de ensamblaje desafía la hegemonía tradicionalmente atribuida al humano, abriendo posibilidades hacia otros ordenamientos alternativos que generan nuevos significados. La capacidad de modificar asociaciones dentro de estos ensamblajes puede catalizar acciones políticas que difieren de las normas establecidas. Según Farías (2017), los ensamblajes urbanos son el resultado de acciones políticas relacionales entre componentes diversos que interactúan de manera parcial y no absoluta, otorgando a estos ensamblajes una naturaleza flexible y en constante transformación.

Para finalizar el capítulo de fundamentación, decir que el recorrido transdisciplinar realizado, enfoca el campo de problemas de los procesos de subjetivación, hacia una política colectiva de habitar urbano que tenga la potencialidad de transformar las especialidades que habita. Estos desarrollos, son herramientas para adentrarnos en la etnografía de la bahía de Montevideo, y analizar los procesos colectivos desde una perspectiva ética y política.

3. Diseño Metodológico

3.1. Fundamentos epistemológicos y ontológicos de la metodología

Diseñar una metodología de investigación implica adoptar una actitud experimental para comprender los procesos de la realidad. Hablo de “actitud” en un sentido político del término, ya que responde a necesidades y contingencias que conforman un proceso complejo de producción de conocimientos. La búsqueda y articulación de las acciones tienen el objetivo de comprender las relacionalidades ecosóficas de las territorialidades, no simplemente de categorizar a los sujetos (Ema López, 2009). Por lo tanto, en los resultados no encontraremos taxonomías o fragmentaciones de sujetos o colectivos, y procesos conectados y producción de subjetividad (Álvarez Pedrosian, 2011)

La tradición de este enfoque de investigación es relativamente nueva en la historia de las ciencias, ya que, durante siglos, lo que se denominó subjetivismo fue criticado por ser poco científico y carecer de objetividad, incluso siendo considerado político en un sentido peyorativo. Un punto de inflexión para las ciencias humanas y sociales fueron las investigaciones de la Escuela Sociológica de Chicago en las primeras tres décadas del siglo XX, especialmente en ecología urbana (Park, 1999). Aunque sus investigaciones intentaban objetivar el conocimiento y transformarlo en productos certeros de la realidad, eran vistas con desconfianza desde fuera. El gran aporte de la ecología urbana a la investigación cualitativa fue la visión holística de la ciudad, considerándola un organismo viviente en constante evolución, donde sus componentes interactúan y se transforman mutuamente. Esta perspectiva se valoraba junto con la conexión intrínseca entre las relaciones socioespaciales como motor de la visión holística. Esta idea se alineaba con el interaccionismo simbólico, que conceptualiza el self en interacción con su medio, inspirando así el desarrollo de investigaciones intersubjetivas en sociología, comunicación y psicología (Miranda Aranda, 2005).

Paralelamente a las investigaciones de la Escuela Sociológica de Chicago, se desarrollaban otros modos de producir conocimiento cualitativo en Alemania. En la década de 1920, la Escuela de Frankfurt fundó un enfoque novedoso de investigación social basado en la teoría crítica, pero, a diferencia de la anterior, introduce referentes teóricos adicionales como Freud y Marx. Los aportes epistemológicos y políticos de esta escuela son significativos para el

desarrollo de las ciencias humanas y sociales en América Latina, destacando una responsabilidad política en la producción de conocimiento. La premisa fundamental de la Escuela de Frankfurt es transformar la realidad en lugar de simplemente interpretarla (Sotelo, 2021).

Acudo a estas dos referencias para argumentar que la potencia de la investigación en ciencias sociales desde lo cualitativo tiene una historia de más de cien años. La importancia de las referencias radica en cómo han generado eco las prácticas de investigación en las ciencias humanas y sociales. La Escuela Sociológica de Chicago propuso tomar a la ciudad como un laboratorio de investigación y la Escuela de Frankfurt aportó para pensar teorías críticas a los estudios de las ciencias humanas y sociales.

Otro de los desarrollos que influyó en la investigación cualitativa es el de los estudios empiristas (Álvarez Pedrosian, 2011). William James (2020), a principios del siglo XX, argumentaba que todo conocimiento procede de experiencias, rechazando el dualismo entre mente y materia, o cualquier forma de abstracción. Propone un continuo de experiencias interconectadas que no pueden ser divididas ni fragmentadas. Promueve un pluralismo de la realidad, abogando por la coexistencia de diversos modos de comprensión basados en la experiencia. Esta tradición empirista ha influido significativamente en los estudios cualitativos, especialmente en los estudios situados, la pragmática del lenguaje, el socioconstruccionismo y las etnografías contemporáneas.

Los grandes desarrollos teóricos en las ciencias humanas y sociales mencionados han tenido grandes influencias en el devenir de los estudios cualitativos. En particular, me interesa promover un tipo de investigación basada en el trabajo de la ciudad —con las tramas que la componen— y tener una mirada crítica sobre las relaciones que hacen al urbanismo. Estas Escuelas son el plano de consistencia que guió esta investigación.

Deleuze y Guattari (2002) han desarrollado el concepto de rizoma para explorar formas no jerárquicas y no lineales de pensar y entender el mundo, que resultan inspiradoras para comprender la multiplicidad y diversidad en las formas de habitar y producir subjetividad. En contraposición a los principios tradicionales de entenderlo, proponen nuevas vías para su problematización. Destacan la conexión y heterogeneidad, donde se plantea un plano de pura conexión de singularidades, sin determinismos ni puntos fijos. El rizoma permite conexiones flexibles en cualquier dirección, dotando a las partes de una capacidad de diferenciarse, de modo que estas puedan explicar únicamente las inmanencias de sus conexiones y las relaciones

de intensidad que las componen, y no un todo. Además, el principio de multiplicidad sugiere que no existen objetos ni sujetos definidos, y un entramado de conexiones, relaciones, articulaciones y desconexiones, prescindiendo de estructuras determinadas que funcionen como entidades fijas. A esto se añade la ruptura asignificante, que indica que la cadena de significantes puede romperse en cualquiera de sus puntos, lo que podría habilitar nuevos modos de significación. Este principio también reconoce que el lenguaje es pragmático y no una instancia universal, y es solo uno de los muchos modos de comprender el mundo, destacando que animales y vegetales tienen sus propios modos de producir realidades, que no son necesariamente significantes. Finalmente, el principio de mapa y cartografía resalta que, a diferencia de los calcos en formatos de organigramas o estructuras, los mapas cartográficos son abiertos y flexibles a los cambios de conexiones. Estos están diagramados en conexiones multiescalares, sin centros ni márgenes, funcionando como herramientas de experimentación de flujos de diversa naturaleza, permitiendo cartografiar la realidad desde diversas perspectivas, basadas en conexiones heterogéneas.

Más hacia el sur, también destaco los aportes de Enrique Dussel (2012), que destaca cómo las estructuras coloniales han influido en la producción de conocimiento y subjetividad, abogando por una ruptura con el paradigma dominante. Plantea la necesidad de que toda metodología de investigación adopte una postura reflexiva y crítica, reconociendo y desafiando las relaciones de poder existentes y colaborando estrechamente con las comunidades para promover su emancipación. Este enfoque decolonial ha sido fundamental para fomentar desarrollos significativos en la investigación y producción de conocimiento en Latinoamérica, mostrando cómo la ciencia cualitativa puede ser reconfigurada para reflejar una multiplicidad de perspectivas y voces.

Aníbal Quijano (2019) introduce el concepto de “colonialidad del poder”, destacando cómo las estructuras coloniales han dejado huellas perdurables en las relaciones de poder en América Latina. Estas estructuras han influido en la producción de subjetividades y, por ende, en cómo se habita y se experimenta la realidad. La colonialidad se convierte en un lente a través del que podemos examinar y entender la producción de subjetividad en contextos latinoamericanos. En esta línea, María Lugones (2011) aborda las dinámicas de la colonialidad desde una perspectiva de género, discutiendo cómo las construcciones coloniales de masculinidad y feminidad continúan influenciando las construcciones contemporáneas de género en América Latina. Estas construcciones, imbuidas de poder y dominación, se entrelazan con las experiencias

cotidianas, moldeando la manera en que las personas se relacionan con su entorno y con los demás.

A su vez, Néstor García Canclini (2005) aporta una perspectiva interdisciplinaria al debate, discutiendo cómo la modernidad y la tradición se entrelazan en contextos urbanos latinoamericanos para dar lugar a formas híbridas de cultura y subjetividad. Su perspectiva resalta cómo los procesos de globalización y las dinámicas locales configuran subjetividades únicas en América Latina. Profundizando en el debate, Boaventura de Sousa Santos y María Paula Meneses (2014) resaltan la necesidad de reconocer las epistemologías del sur, argumentando que son esenciales para comprender los modos de ser y conocer en América Latina. Critican la monopolización del saber y abogan por un diálogo intercultural que valore las diversas formas de conocimiento.

Estas discusiones ponen de manifiesto la necesidad de adoptar modos flexibles de comprender la realidad, pero apelando a una lectura profunda de las relaciones de poder implicadas. Las formas eurocentristas y estadounidenses modernas de producción de conocimiento han silenciado las diferencias en las condiciones de vida de los habitantes de la Tierra, si lo miramos de forma georreferencial. También se ha tratado a la naturaleza, diferenciada de los humanos y las culturas, como proveedora de elementos para la vida y para el mercado, produciendo una relación de extractivismo salvaje. Sin mencionar la influencia del patriarcado en el silenciamiento de las mujeres y disidencias en la producción de conocimiento. Por ello, este enfoque cualitativo busca comprender la diversidad ante todo, desde una lógica inclusiva y abierta a criticar nuestros modos de categorización científica de la realidad. Para esto he recurrido a ciertos desarrollos epistemológicos y ontológicos que fundamentan el modo de comprender el fenómeno que me propuse analizar y los métodos que utilicé para producir conocimiento.

3.2. Métodos

3.2.1. Etnografía de la subjetividad, colaborativa y experimental

La investigación que realicé fue etnográfica, trabajada desde una perspectiva de comprensión de la producción de subjetividad (Álvarez Pedrosian, 2011), con un enfoque en la experimentación y la colaboración (Estalella y Sánchez Criado, 2018). Esta aproximación no representa un método cerrado, y una postura científica crítica que propone diversas estrategias y técnicas para integrarse en el campo, vivenciar su proceso de transformación en relación de

inmanencia, producir nuevos modos de comprensión en interacción con otros que también son productores de saberes, y generar un análisis que resalte la singularidad del proceso y sus resultados. Distanciándose de las etnografías colonialistas, el enfoque implica analizar la implicación del investigador, involucrar a otros, reconociendo su conocimiento experto de las prácticas, y evitar reducirlos a meros datos para fundamentar ideas preestablecidas o a la creación de abstracciones que se desvinculen de la experiencia misma.

El extrañamiento y la reflexividad son dos conceptos clave en la etnografía, que aportan elementos sustanciales a la psicología social. El extrañamiento implica un descentramiento de la posición *egoica*, para fomentar un proceso reflexivo sobre las verdades autoimpuestas. Se trata de una experiencia de asombro ante la existencia, que nos permite acceder a un universo de significaciones desnaturalizadas y portadoras de nuevos saberes y producciones subjetivas (Álvarez Pedrosian, 2009). Investigar desde el extrañamiento habilita un análisis profundo de la implicación del investigador, tal como en la etnografía se promueve el proceso de reflexividad (C. Hidalgo, 2005). Las tradiciones del análisis de la implicación en la psicología social con enfoque institucional sitúan al investigador en medio de una trama de relaciones, creando un posicionamiento operativo para la intervención (Lourau, 2001; Manero Brito, 2020). En el caso de la etnografía, la reflexividad implica un análisis epistemológico de las afectaciones del trabajo de campo del etnógrafo (Álvarez Pedrosian, 2011). Ambos caminos, paralelos y complementarios, son vitales en la investigación de la ciudad y los fenómenos urbanos que estamos desarrollando.

La propuesta metodológica que presento busca integrar los aportes de las etnografías experimentales, que permiten generar nuevas formas de extrañamiento y reflexividad, especialmente aplicables al abordaje de la psicología social en los contextos urbanos. Considero a la etnografía como un método, y como un proceso continuo y reflexivo que se transforma a sí mismo y es permeable a las emergencias epistemológicas y a las dinámicas de las territorialidades en las que se desarrolla. El enfoque implica que la vivencia del extrañamiento y la reflexividad estén mediados por producciones colaborativas, en las que participen tanto investigadores como integrantes de colectivos sociales.

De acuerdo con esta visión, las problematizaciones proponen descentrar el papel tradicional del académico como único productor de conocimiento y cuestionar la visión del investigado como mero portador de datos (Álvarez Pedrosian, 2018a; Estalella y Sánchez Criado, 2018). Se destaca aquí cómo, en las ciencias sociales, la experimentación puede ser vista como una

novedad. A la vez, estas prácticas, en sus diversas formas, han sido parte integral de los procesos históricos de la etnografía. Es en los últimos treinta años que pueden ser explícitamente reconocidas como tales, iluminadas por perspectivas críticas al antropocentrismo y por paradigmas relacionales que critican tanto a la modernidad como al positivismo de las ciencias.

Álvarez Pedrosian (2018c) propone pensar las etnografías en sentidos experimentales a través de un recorrido compositivo entre la filosofía, la ciencia y el arte. Después de largos debates modernos sobre la especificidad de la antropología en estudiar las relaciones humanas en entornos culturales y de la apropiación casi que indebida de las ciencias naturales por la naturaleza, la propuesta es romper los dualismos y proponer una deriva de pensamiento transdisciplinario:

La articulación entre técnicas, métodos y teorías, que la etnografía experimental es coherente con sus intereses y finalidades, pues lo que se concibe como digno de ser estudiado e intervenido es una entidad abierta y múltiple, experimental. Lo que décadas atrás era identificado como las “diferencias experienciales a través de las fronteras culturales”, donde era “central el enfoque en la persona, el yo y las emociones” (Marcus y Fischer, 2000: 110), se ha proyectado en todo el universo de creación y recreación de formas de ser en tanto prácticas y haceres productores de subjetividad. El interés por trabajar en medio de las relaciones de fuerza, lo que en su momento constituyó el intento por recuperar la crítica política tras los juegos de formas retóricas, ha dado resultados, al mismo tiempo que la etnografía se proyecta en vastas zonas del volumen epistemológico de las ciencias humanas y sociales y más allá de este. (Álvarez Pedrosian, 2018c, p. 257)

En psicología social se ha observado un fenómeno similar, especialmente marcado por el surgimiento de los procesos sociopolíticos en América Latina, que catalizaron las propuestas de la teología de la liberación, las psicologías comunitarias y los estudios decoloniales. Estas corrientes emergen como respuestas a las necesidades críticas frente a la pobreza, la desigualdad y el silenciamiento por parte de las investigaciones hegemónicas. Un aspecto destacable de estos estudios es su enfoque colaborativo en la producción de conocimiento, que involucra a comunidades académicas, y también a habitantes de diversas procedencias y a movimientos sociales críticos al capitalismo, al neoliberalismo, a las dictaduras militares y a las violencias estatales, tanto históricas como contemporáneas.

Los enfoques contemporáneos de la psicología ambiental, en especial aquellos que adoptan el concepto de ensamblaje de lugar (Berroeta et al., 2017), acercan la psicología social a los

procesos de producción de conocimiento sobre los problemas urbanos contemporáneos. Esa orientación permite pensar las relaciones entre ambiente, cuerpos, materialidades, prácticas y políticas desde una perspectiva más atenta a la exterioridad de la subjetividad y a las condiciones territoriales que la producen.

Aunque la metodología enfatiza un enfoque dinámico, desafiando la estandarización de métodos y técnicas que faciliten la obtención de evidencias, los aportes de las etnografías de la subjetividad enfocadas en un extrañamiento abierto a la comprensión en multiplicidad de sentidos, el pensamiento relacional intersubjetivo, los estudios situados y la reflexividad conectada con la filosofía, la ciencia y el arte, son fundamentales para superar estas limitaciones. Este enfoque se refleja en los avances recientes en las etnografías experimentales, donde emergen nuevas formas compositivas de producción de conocimiento, marcando un distanciamiento de las metodologías convencionales y fomentando una mayor inclusión de perspectivas diversas y situadas.

Adolfo Estalella y Tomás Sánchez Criado (2018) compilaron una serie de investigaciones que abordan experimentaciones colaborativas desde la etnografía. En la introducción del libro, plantean la producción de narrativas a partir de una estética de la colaboración que genera comunidades epistémicas con los colectivos participantes. A lo largo de la obra se evidencian producciones de conocimientos que incorporan negociaciones y coproducciones de materiales variados (científicos y adaptados a las comunidades de referencia), destacando la importancia de la traducción de resultados, tanto parciales como finales, que involucran a una diversidad de actores, incluyendo elementos no humanos como números, datos, imágenes, maquetas, manuales y producciones audiovisuales.

3.2.2. Cartografía de las territorialidades desde una perspectiva eco-afectiva

En Alicia en el País de las Maravillas, Alicia se sumerge en un mundo donde las formas y las leyes se presentan distorsionadas, haciendo que la interpretación de la realidad se aleje de las representaciones o categorías previamente aprendidas. Al caer en la madriguera, se encuentra con costumbres y reglas distintas a las habituales, lo que la obliga a adoptar una actitud de experimentación y extrañeza. Este mundo desconocido no ofrece manuales de recorrido. En su lugar, Alicia debe descubrir y aprender nuevas formas de comprensión y significación. Los mapas que conocía ya no aplican, y su concepción del tiempo también debe ajustarse para orientarse en este entorno no familiar. Los lugares en este mundo no tienen un principio o un

final claro: existen múltiples entradas y conexiones, y los caminos no son lineales, y conducen a otros senderos. Más aun, no hay un destino final a alcanzar: cada paso que da es intenso y significativo en sí mismo.

Este viaje de Alicia ilustra el método cartográfico en la investigación, donde los mapas sirven para situar puntos geográficos, y también para trazar referencias de intensidad, rupturas y conexiones heterogéneas e híbridas. Nos invita a considerar la sonoridad y la polifonía de las conexiones sensitivas con los ambientes, y a explorar las relaciones entre diversas formas de vida en la ciudad, el campo, los ríos, los océanos y más allá, hasta abarcar la galaxia en movimiento y expansión. Las escalas múltiples se materializan en acciones colectivas, entendidas como la inmanencia de transformaciones continuas, donde la humanidad se despliega y deja de ser el centro del análisis:

Si el mapa se opone al calco es precisamente porque está totalmente orientado hacia una experimentación que actúa sobre lo real. El mapa no reproduce un inconsciente cerrado sobre sí mismo, lo construye. Contribuye a la conexión de los campos, al desbloqueo de los cuerpos sin órganos, a su máxima apertura en un plan de consistencia. Forma parte del rizoma. El mapa es abierto, conectable en todas sus dimensiones, desmontable, alterable, susceptible de recibir constantemente modificaciones. Puede ser roto, alterado, adaptarse a distintos montajes, iniciado por un individuo, un grupo, una formación social. Puede dibujarse en una pared, concebirse como una obra de arte, construirse como una acción política o como una meditación. Una de las características más importantes del rizoma quizá sea la de tener siempre múltiples entradas; en ese sentido, la madriguera es un rizoma animal que a veces presenta una clara distinción entre la línea de fuga como pasillo de desplazamiento, y los estratos de reserva o de hábitat (cf. el ratón almizclero). Contrariamente al calco, que siempre vuelve “a lo mismo”, un mapa tiene múltiples entradas. (Deleuze y Guattari, 2002, p. 18)

Se sugiere aquí un modo de investigación implicado, en el que es posible diseñar rutas planificadas, aunque conscientes de que el camino real no será como el anticipado, y emergerá en el proceso. Devenir animal en la madriguera o cuando la abeja conecta con la orquídea, o devenir planta al crecer un rizoma en un plano y conectar de forma subterránea con otro brote, son ejercicios inherentes para hacer cartografía. Esto conlleva saber de antemano que, a pesar del intento de entrar y salir, nunca existirá una única entrada o salida. Por el contrario, los modos de hacerlo estarán relacionados con las conexiones previamente establecidas. Desde esta perspectiva, no se alcanzará un conocimiento total ni una descripción de partes de una

entidad, y se compartirán las vicisitudes y la problematización del campo de fuerza en el que participé como investigador, lo que será el foco de mi tesis.

Según Grebert (2016), la cartografía se concibe como un método que permite visualizar y comprender las dinámicas sociales y espaciales de un territorio, superando la mera representación geográfica. La autora enfatiza que este enfoque implica un proceso de investigación activa, donde la interacción y la participación de los actores locales son fundamentales para captar la complejidad de las relaciones y tensiones existentes. La cartografía, en este sentido, se convierte en una herramienta crítica que documenta, cuestiona y revela las estructuras de poder, las prácticas cotidianas y las resistencias que configuran el espacio social. Esta perspectiva implica un compromiso ético y político con las comunidades, promoviendo una lectura del territorio que es dinámica y transformadora, desafiando las narrativas hegemónicas y abriendo espacios para la acción colectiva.

¿Cómo trazar un modo de cartografiar las espacialidades urbanas? La noción de cartografía aquí no se relaciona directamente con el mapeo geográfico tradicional, y adopta un enfoque simbólico y analítico. En su trabajo, Foucault (2008) examina cómo los espacios y lugares están imbuidos de significados socioculturales. Introduce la heterotopía como un concepto clave: son espacios que, aunque existen físicamente, se oponen, invierten o desafían las normativas y estructuras convencionales. En otras palabras, son “otros lugares” que agencian algo diferente o alternativo. La cartografía, en este sentido, mapea la geografía física, y intenta conectar estos espacios socioculturales y las dinámicas que operan en ellos. Es un esfuerzo por comprender cómo los espacios y lugares son efectores de las relaciones sociales y los procesos identitarios (Prado Filho & Montalvão Teti, 2013).

La cartografía, entendida como un método transdisciplinario, aborda la complejidad y desafía las concepciones reduccionistas. Se ve como una técnica, y más bien como una perspectiva investigativa que busca redescubrir el conocimiento dentro de la complejidad. Este enfoque posiciona al investigador en un rol activo y central, interactuando directamente con su campo de estudio. El método cartográfico fomenta la creatividad y la innovación, rompiendo con la tradicional dicotomía sujeto-objeto. Aquí, la subjetividad se concibe como un sistema complejo, influenciado por una multitud de fuerzas y relaciones. Estas fuerzas externas generan rupturas de sentido que impulsan la subjetividad hacia nuevas formas de existencia. Se identifican dos planos en este enfoque: el de organización, que busca codificar la realidad, y el de consistencia, orientado a encontrar nuevas conexiones y expresiones. La cartografía traza

ambas dimensiones, permitiendo al investigador sumergirse y comprometerse de lleno con su objeto de estudio (Carvalho Romagnoli, 2009)

Virginia Kastrup y Eduardo Passos (2013) enfatizan la importancia de pensar en la cartografía de los territorios existenciales en la investigación como una modalidad que produce conocimiento sobre un objeto por un sujeto, y prioriza la participación activa y el protagonismo de todos los sujetos involucrados. Este enfoque no se limita a describir la realidad, y busca dialogar con ella, promoviendo una ciencia más atenta y responsable. La inclusión de múltiples perspectivas en el proceso investigativo, a la vez, no asegura una participación genuina, y desafía a transformar las metodologías de investigación tradicionales.

Los acuerdos del diálogo cartográfico que se establecieron subrayan una postura ética y política en la realización de esta investigación. A continuación, presentaré memorias y análisis de los procesos que acompañé en el *territorio existencial* (Guattari, 1996a) donde se llevó a cabo el estudio. La problematización se abordó a través de las texturas del recorrido, involucrando un proceso de traducción comprometido con la producción de saberes de los/as implicados/as. Este proceso también atendió a los flujos que atravesaron las observaciones en el territorio y la agencia relacional de las territorialidades, espacialidades y relaciones de poder que logré captar, describir y analizar.

3.2.3. Producciones Narrativas del habitar la ciudad.

El construccionismo social ha generado un cambio significativo en la comprensión de la realidad dentro de las ciencias humanas y sociales. Este conjunto de teorías concuerda en que la realidad es construida por aquellos que la narran dentro de su entorno habitual. La perspectiva socioconstruccionista se enfoca en cómo se construye la realidad a través de la interacción simbólica con el mundo, pero de manera situada (Berger & Luckmann, 2003). Además, sostiene que la memoria no es simplemente un residuo del pasado, y se produce y se comparte a través del lenguaje en función de las interacciones con otros sujetos y objetos (Gergen, 2007). Ibáñez (2003) indica que este enfoque propone el antiesencialismo, es decir, aborda la subjetividad y rechaza la posibilidad de alcanzar la objetividad como medio para comprender la realidad. Es relativista al afirmar que el conocimiento depende de quién lo produce y cuestiona las verdades impuestas de forma arbitraria. A la vez, también señala que este movimiento ha descuidado el aspecto político en la producción de conocimiento y que su relativismo ha sido criticado por la comunidad científica debido a su falta de rigurosidad. Esta referencia es relevante porque ha inspirado el desarrollo de diversas perspectivas para la

producción de conocimiento. Los estudios sobre las memorias del habitar han capturado la atención de varios grupos de investigación a nivel mundial.

Ramiro Segura y Mariana Chávez (2020) llevaron a cabo una investigación sobre las diferentes formas de habitar la región metropolitana de Buenos Aires, Argentina. Se centraron en comprender la experiencia cotidiana de las personas para reevaluar los modos de entender la vida urbana y sus cambios. Consideran los relatos de los habitantes como historias de viajes que aportan elementos únicos sobre las formas de habitar la ciudad. Su hipótesis inicial fue que estas narrativas proporcionarían una vía de acceso a la experiencia de las personas en la metrópoli. Proponen que los relatos del espacio son una herramienta importante para conocer las prácticas de movilidad urbana, ya que permitieron entender las dinámicas cotidianas de los habitantes y sus experiencias y sentidos singulares, teniendo en cuenta la heterogeneidad y desigualdad en las que se producen. Por otro lado, siguiendo esta línea, Mariana Rodríguez Gámez (2021) reflexiona sobre la capacidad del ser humano como sujeto transformador y constructor de su propia realidad y la de su entorno a partir de su experiencia singular y colectiva. Utiliza las narrativas populares como herramienta para dar voz a los ciudadanos que habitan esos espacios desde una perspectiva psicoespacial, entendiendo la teoría de las representaciones sociales como un espacio de conocimiento. La autora enfatiza el derecho de las personas a la ciudad, como un aspecto pasivo, y en términos de lo que pueden hacer allí, ofreciendo la posibilidad de participación a quienes la habitan. Plantea la memoria colectiva como un entramado complejo que se configura y reconfigura a lo largo del tiempo, lo que da lugar al acontecer histórico social, y concluye que las reflexiones históricas y sociales son elementos que enriquecen y complejizan la discusión sobre la memoria colectiva de la ciudad, además de alimentar la producción histórica.

Las epistemologías feministas, desde una perspectiva postconstruccionista, han enriquecido la investigación sobre las producciones narrativas, considerando a las participantes como sujetos de estudio y como productoras activas de conocimiento y agentes transformadores de la realidad (Íñiguez, 2005). En años recientes se han desarrollado investigaciones que debaten sobre el uso de las producciones narrativas como una metodología de investigación feminista efectiva, que permite una comprensión más profunda y situada de las experiencias y realidades (García Fernández & Montenegro Martínez, 2014; Martínez Portugal, 2019; Troncoso Pérez et al., 2017).

En el proceso de fundamentar metodológicamente esta investigación, me encontré fortuitamente con el enfoque de las producciones narrativas durante un taller de tesis en 2019, donde Itziar Gandarias (2014) compartió su experiencia clínico-investigativa desde el País Vasco. Posteriormente, profundicé en su obra y adopté los criterios de problematización y las técnicas propuestas por esta metodología de carácter feminista. La autora propone un enfoque feminista e intersectorial que aborda las dificultades metodológicas en investigaciones orientadas hacia la construcción de conocimiento colectivo. Destaca cómo la producción narrativa, al desdibujar los roles tradicionales de investigador e investigado, permite una interacción más equitativa y dialógica en la producción del conocimiento. Este método enfatiza la legitimidad de las narrativas sin requerir interpretación externa y reconoce la parcialidad de todas las perspectivas, buscando establecer conexiones con múltiples puntos de vista para enriquecer la comprensión de fenómenos sociales.

Este enfoque es crucial para nuestra investigación sobre las memorias afectivas de los habitantes, a través de producciones narrativas que revelan historias singulares y colectivas dentro de las territorialidades barriales. Las perspectivas mencionadas guían hacia una práctica científica colaborativa y respetuosa, que considera la traducción de conocimientos en políticas públicas. De esta forma, buscamos compartir las herramientas metodológicas aprendidas con la comunidad científica, y también con el gobierno municipal y los habitantes de la ciudad, para afinar y mejorar los dispositivos de intervención en las territorialidades barriales y la ciudad en su conjunto.

Las investigadoras Troncoso, Valderrama y Álvarez (2017) introducen un enfoque crítico en el campo de la psicología social, cuestionando las dinámicas de poder tradicionales en la investigación. Este desafía la idea predominante de que solo los académicos son productores legítimos de conocimiento, destacando la importancia de la co-construcción de narrativas entre investigadores y participantes. Este proceso colaborativo busca equilibrar las relaciones de poder, y también fomentar “teorías encarnadas” que reconozcan y valoricen las experiencias vividas de los participantes, integrando una dimensión política explícita en la investigación. Adoptando una perspectiva socioconstruccionista y feminista, Troncoso y su equipo promueven la igualdad en el proceso investigativo, y también valoran las diferencias como una fuente potencial de alianzas productivas. Metodológicamente, la producción narrativa va más allá de simplemente recoger testimonios. Se centra en la elaboración de relatos que reflejen de manera auténtica la enunciación y las perspectivas de los participantes, buscando representar sus realidades de manera fidedigna y respetuosa. Este enfoque transforma el proceso

investigativo en una práctica colaborativa que empodera a todos los involucrados y subraya la importancia de las narrativas en la construcción del conocimiento social.

3.2.4: Investigación-Acción Participativa.

La Investigación-Acción Participativa (IAP) la articulé en momentos de emergencia sanitaria hasta el final del trabajo de campo. La razón fue que me permitió un acercamiento articulado con los/las actores/as sociales, comprometer las acciones universitarias en relación colaborativo con la comunidad para el logro de objetivos comunes, y el constante intercambio de saberes, responder a necesidades de personas en situación de desigualdad y evaluación de los procesos.

La IAP se ha consolidado como un pilar fundamental dentro del panorama de la extensión universitaria, orientada hacia la acción transformadora y la integralidad educativa. Esta convergencia se destaca en las investigaciones revisadas, donde se plantea que la IAP no sólo enriquece los procesos educativos al conectar de manera efectiva la teoría con la práctica, y también configura la relación entre la universidad y la comunidad, destacando el papel de la academia como un agente activo en la transformación social.

Carlos Zavaro Pérez (2020) subraya que la IAP provee una metodología crítica que repiensa la función social de la universidad, impulsando un modelo donde la extensión se integra plenamente en la misión educativa. Esta integración permite a los estudiantes adquirir un aprendizaje aplicado y también desarrollar un compromiso ético con su entorno, preparándose para intervenir crítica y creativamente en sus comunidades. La extensión universitaria, así entendida, trasciende la transferencia de conocimientos para convertirse en una co-creación de saberes entre la universidad y la sociedad. Esto se suma al trabajo de Ana Clara Monteverde et.al. (2019), que describen esta dinámica a través del proyecto "Saberes y sabores en diálogo", donde la IAP facilita un diálogo de saberes que es fundamental para la construcción conjunta de soluciones a problemáticas locales. Este proceso de curricularización de la extensión, según los autores, fortalece la capacidad de los estudiantes para trabajar de manera interdisciplinaria y comprometida, reflejando la complejidad de los desafíos actuales y la necesidad de respuestas innovadoras y contextualizadas.

Por su parte, Montenegro, Rodríguez y Pujol (2014) exploran cómo los cambios socioeconómicos contemporáneos plantean nuevos desafíos para la Psicología Social Comunitaria, sugiriendo que la IAP puede ser una herramienta eficaz para fortalecer los lazos comunitarios en un contexto de creciente individualismo y fragmentación social. La propuesta

de utilizar la metáfora del rizoma para pensar en intervenciones que articulan las diferencias promueve una práctica de extensión que es intrínsecamente democrática y equitativa, esencial para la promoción de la justicia social.

La articulación teórica que propuse para pensar la problematización de la tesis conecta perspectivas del sur del pensamiento europeo y estadounidense, aquellas emergentes del Mayo Francés y del estructuralismo, que se ubica al sur de los pensamientos que son hegemónicos en las ciencias exactas y de las ciencias humanas y sociales cognitivistas. Actualmente, esos sures del norte nos miran, y rescatan los desarrollos de las ciencias humanas y sociales asociadas a la militancia y la lucha contra el pensamiento dominante.

El ensamble entre la etnografía de la subjetividad y experimental que practicamos en el Labtee y que me propuse para esta investigación, integra los estudios cartográficos, las producciones narrativas y el IAP. Estos métodos se entremezclan en un cóctel que tiene en común la preocupación de hacer visible las desigualdades sociales, trabajar con colectivos y movimientos sociales haciéndolos partícipes de la producción del conocimiento en formatos colaborativos, y que promueven integración de la enseñanza, la extensión y la investigación en sus procesos. Es por esta razón que afirmo y fundamento que mi tesis doctoral es el resultado de un proceso integral de investigación. Más que un formato monográfico es poligráfico, ya que es un resultado parcial de un proceso que continua con o sin mí, pero si con este artefacto escrito.

3.3. Técnicas

Las técnicas empleadas para la investigación han sido diversas, reflejando la necesidad de adaptarse a las circunstancias de los participantes para facilitar los encuentros. Desde la etnografía, he utilizado observaciones participantes, entrevistas en profundidad y diario de campo, complementado con registros audiovisuales que han funcionado como soporte fundamental en el trabajo territorial. En el ámbito de la cartografía, adopté el diseño de mapas colaborativos junto a los habitantes, así como sesiones grupales para intercambiar perspectivas sobre el habitar. Desde las producciones narrativas, incorporé el estilo de las entrevistas y la elaboración de textos bajo un acuerdo explícito de coautoría con los participantes (Gandarias Goikoetxea, 2014). Para analizar y presentar los resultados, me apoyé en conceptos como la traducción desde la relacionalidad híbrida, el conocimiento situado, la dialógica y la agencia (Correa-Moreira, 2011; Grau et al., 2012).

La observación participante, una técnica esencial en la etnografía, implica por definición la participación en las dinámicas que se estudian. Álvarez Pedrosian (2011) sostiene que esta técnica es central en la etnografía, habiéndose perfeccionado a lo largo de décadas de evolución teórica. Su aplicación implica una inmersión del etnógrafo en el contexto de estudio, lo que permite una comprensión profunda de la realidad sociocultural de los sujetos y ambientes investigados. El enfoque de las etnografías de la subjetividad que trabaja el autor, desafía la concepción tradicional al reconocer el papel activo y dialógico del investigador en el campo. Inspirada en el pragmatismo lingüístico, el empirismo y la fenomenología, esta metodología sostiene que la separación entre observador y observado es, en la práctica, imposible. Esta interacción es fundamental para alcanzar una comprensión matizada y completa. Se exige al etnógrafo una actitud reflexiva y consciente sobre su influencia en el campo, manteniendo un equilibrio entre inmersión y distanciamiento crítico. El enfoque en la genealogía de la práctica etnográfica subraya que no puede ser llevada a cabo de manera arbitraria; la experimentación y el extrañamiento deben ser manejados con cautela para captar la complejidad de las relaciones. Al interactuar con “otros”, el etnógrafo debe estar dispuesto a ser influido y a cambiar a medida que aprende y experimenta, como detallan Isabel Pellicer, Pep Vivas-Elias y Jesús Rojas (2013).

La práctica de la observación participante no consiste meramente en observar, y en participar activamente, interactuar e influir en las situaciones observadas. En este proceso, es crucial que el etnógrafo sea consciente de las múltiples dinámicas que influyen su trabajo, desde aspectos personales hasta teorías y herramientas metodológicas utilizadas. Se espera que el investigador mantenga un equilibrio entre la inmersión profunda en el campo y un distanciamiento crítico y reflexivo que le permita analizar los fenómenos estudiados sin sesgos o, en el caso de que los haya, poder explicitarlos, tal como lo explica Álvarez Pedrosian (2011).

En lo que respecta a las observaciones realizadas en el período de 2018 a 2023, es difícil proporcionar un número exacto de observaciones participantes. Durante los meses de febrero a diciembre de cada año (excepto en 2023), llevé a cabo derivas urbanas por el territorio, participé en actividades públicas, observé espacialidades como plazas y realicé cientos de registros fotográficos, además de filmar eventos con la colaboración de compañeros del Labtee². Si bien es complicado cuantificar, se podría estimar que el número de instancias de observación fue de doscientas.

² En particular con Alejandro Cabrera y Rodrigo Vidal

En relación con la metodología de entrevista, es fundamental destacar ciertos elementos conceptuales significativos. Primero, considerar la dimensión epistemológica propuesta por Álvarez Pedrosian (2011). El etnógrafo, al evitar dirigir explícitamente el diálogo, debe ser capaz de motivar al entrevistado a explorar en profundidad los temas de su narrativa, vinculando dichos contenidos con sus manifestaciones personales, en un proceso de traducción y creación de nuevos significados. La concepción de que la entrevista debe emular un diálogo cotidiano resalta la necesidad de un intercambio auténtico entre pares. Bajtín (2011) influye en esta perspectiva con su teoría de la dialógica, que afirma que el diálogo es inherentemente heterogéneo y polifónico. Reconocer esta heteroglosia en el contexto etnográfico implica que el etnógrafo debe estar preparado para manejar y navegar a través de múltiples voces y perspectivas, evitando imponer una única visión o interpretación. Por lo tanto, el arte de la entrevista etnográfica radica en la habilidad de manejar una participación distante, permitiendo que el entrevistado dirija la conversación y exprese su subjetividad en sus propios términos. A pesar de ello, el etnógrafo desempeña un rol activo al identificar y examinar aquellos aspectos “enigmáticos en su superficie” (Geertz, 1992), es decir, las expresiones y contenidos que demandan una interpretación más profunda. En última instancia, la entrevista etnográfica trasciende ser simplemente una técnica de recolección de datos: se convierte en un proceso de cocreación, donde el lenguaje y el discurso son herramientas esenciales para acceder a los procesos de subjetivación y captar la riqueza de la experiencia humana. Es un arte que implica escuchar, interpretar y comprender la complejidad del otro.

Utilicé diversas modalidades de entrevistas según cada ocasión: conversaciones abiertas con aviso previo sobre el uso de la información, entrevistas semidirigidas y entrevistas en profundidad, tanto individuales como colectivas. Las conversaciones fueron registradas en el diario de campo y las entrevistas se grabaron en formato audio y audiovisual. Realicé un total de treinta y nueve entrevistas. No pude cuantificar la cantidad de conversaciones porque ocurrieron de manera inmanente. Del total de entrevistas, veintiocho se efectuaron en el contexto de diecisiete producciones narrativas individuales y una colectiva.

En relación con los mapas, el uso de los mapas cartográficos colaborativos emergió ante la necesidad de comprender el territorio narrado por los habitantes. Jesús García-Araque (2020) menciona que tradicionalmente la creación de mapas ha sido dominio de la cartografía profesional y académica. Durante siglos, expertos los han desarrollado basándose en principios científicos. A la vez, en tiempos recientes han surgido enfoques alternativos que buscan mostrar realidades y procesos distintos a los convencionales, desafiando las normas establecidas. Estos

enfoques se agrupan a menudo bajo el término “cartografía crítica”, aunque existen varias denominaciones que reflejan sus peculiaridades y enfoques. Estas nuevas tendencias frecuentemente evitan el término “cartografía” y prefieren “mapeo”, diferenciando así la práctica de crear mapas de las representaciones tradicionales. Según el autor, los defensores de la cartografía crítica sostienen que la cartografía tradicional ha favorecido las perspectivas de grupos dominantes y reflejado su poder. Históricamente, hay ejemplos de mapas que han servido a intereses poderosos, como los mapas religiosos medievales y coloniales. Frente a esta perspectiva tradicional, la cartografía crítica defiende su relevancia, argumentando que la cartografía académica está en declive porque ignora perspectivas no convencionales. Argumentan que ofrecen representaciones más significativas y liberadas, donde la subjetividad es una característica esencial, buscando distanciarse de las nociones tradicionales de espacio y representación. Aunque algunos pueden considerar que la imprecisión disminuye el valor de un mapa, es crucial reconocer la información y perspectivas que aportan.

La cartografía grupal se emplea en diversos escenarios para comprender y potenciar procesos dentro de colectivos. sirve para entender estos procesos, y también para fortalecer a los participantes y transformar dinámicas. Este enfoque se ha aplicado tanto en el ámbito artístico, como en las prácticas de una compañía teatral, y en contextos más desafiantes, como el trabajo con adolescentes en medidas socioeducativas. La técnica de cartografía grupal integra teoría y práctica, y no distingue entre sujeto y objeto. Se centra en situaciones heterogéneas, mapeando las fuerzas en juego, lo que resulta en una representación más fiel y comprensiva del grupo. La investigación y la intervención se entrelazan en este método (García-Araque, 2020).

En el barrio Capurro, de Montevideo, se organizaron dos instancias grupales a pedido de algunos de sus habitantes, con el objetivo de reunir a otros para compartir las historias del barrio y mapear las emociones asociadas al habitar. Estas actividades se planificaron de forma colaborativa con los habitantes del barrio, los integrantes del concejo vecinal 16 y el Municipio C de Montevideo. Las instancias, difundidas a través de redes comunicacionales, contaron con veintidós participantes en la primera y treinta y cinco en la segunda. Como resultados parciales de esta etnografía, se publicaron dos audiovisuales colaborativos (Cabrera & Fagundez D’Anello, 2019; Fagundez D’Anello et al., 2021; Vidal Faracchio & Fagundez D’Anello, 2024).

3.4. Territorio y habitantes relacionados e implicados en la investigación

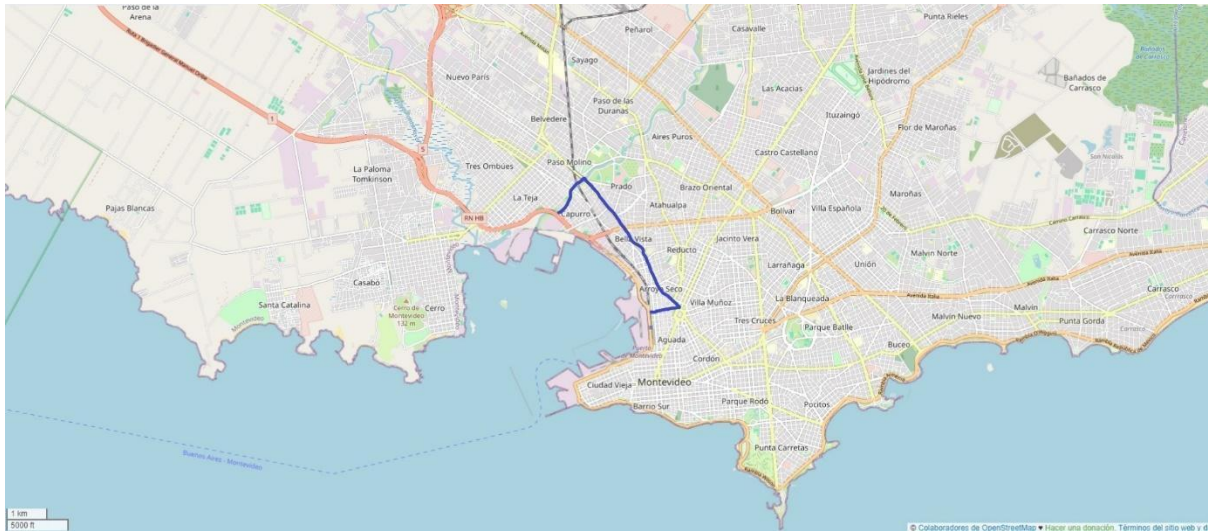


Figura 13: Mapa de Montevideo. En azul se encuentra la delimitación espacial en la territorialidad donde realice la etnografía. Los límites comprenden el arroyo Miguelete, Avenida Agraciada, Colombia y la bahía de Montevideo.

El área de estudio corresponde a la zona este y noreste de la bahía de Montevideo. Considerando los ensanches planificados de la ciudad, esta zona se inscribe en la denominada “ciudad novísima”. También se extiende hasta la territorialidad barrial de Capurro, que originalmente no fue parte del segundo ensanche panificado. Según la distribución de la Intendencia de Montevideo, pertenece al Municipio C, Comisión Zonal 16. Desde una perspectiva barrial, incluye a Bella Vista y Capurro, que en los censos se presentan unidos con un guion.

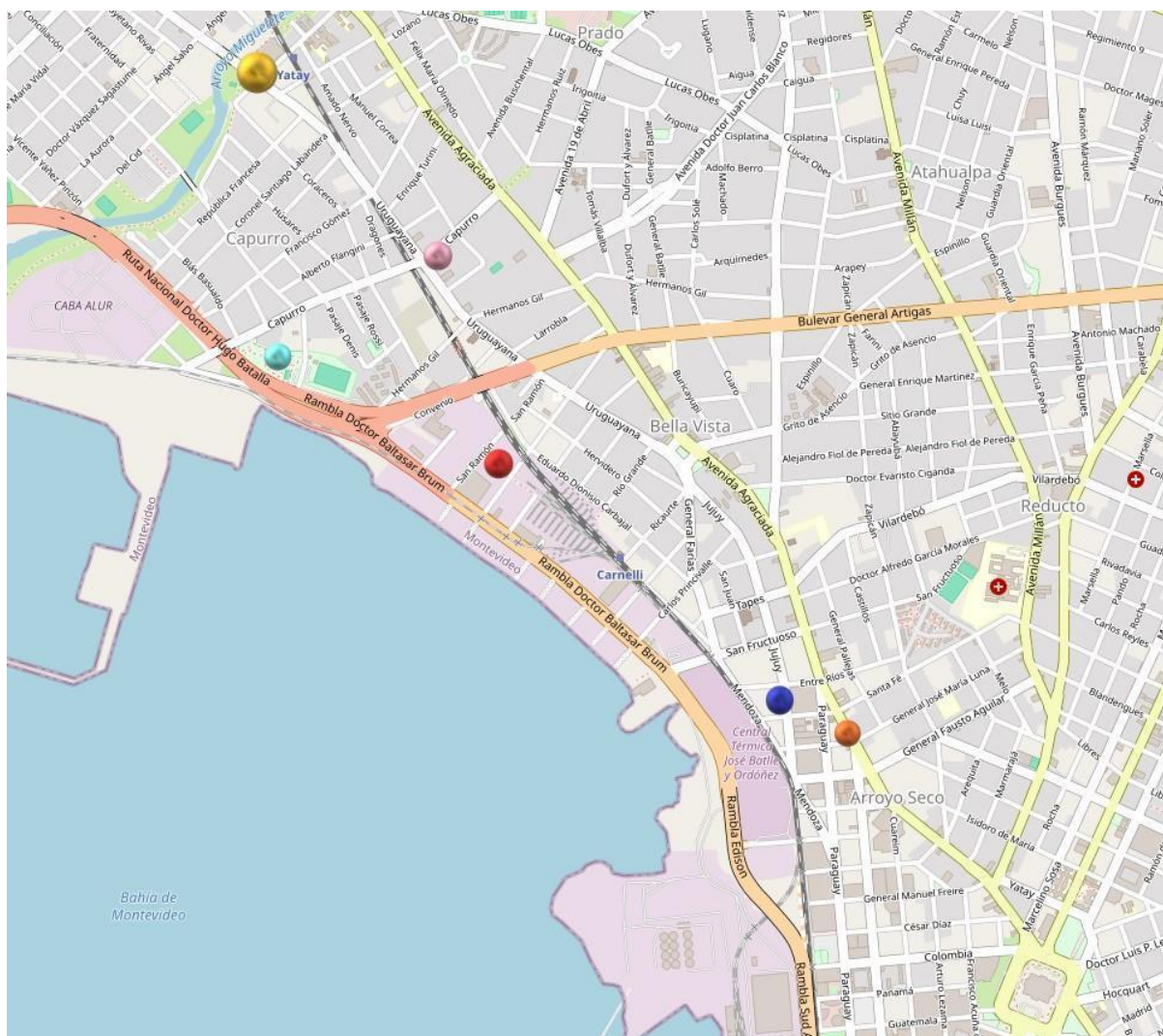


Figura 14: Mapa más cercano que incluye círculos que indican espacialidades de referencia en donde se realizaron actividades: El anaranjado corresponde a la Vieja Farmacia Solís; el azul a La ex central eléctrica Santiago Calcagno. Hoy centro de escalada deportiva; el rojo indica la calle Cívicos, lugar donde está el asentamiento del mismo nombre; en celeste está el Parque Capurro y la Escuela n.º 47. El rosado corresponde al Sindicato de Trabajadores de la Industria Química; y el amarillo corresponde al complejo fabril Campomar (abandonado), ahora recuperado en espacios diversos culturales y canchas de fútbol 5 privadas.

En cuanto a los habitantes que participaron del proyecto, me resulta imposible cuantificar exactamente el número, pero puedo asegurar que, de manera consciente y consensuada, participaron aproximadamente setenta personas de forma directa. Esto incluye entrevistas individuales y grupales, grupos de producción narrativa e integrantes de colectivos educativos, artísticos y/o deportivos. De forma indirecta, el alcance superó las trescientas personas, quienes participaron de manera general y consensuada, aunque no en los formatos mencionados anteriormente. Las edades de los participantes siempre superaron los 18 años y llegaron hasta los 93. Es importante destacar que, tanto de forma directa como indirecta, la participación fue mayoritariamente de mujeres.

3.5. Alcances, limitaciones y desafíos de la metodología

El alcance de la investigación es inmedible, ya que a medida que se desarrolló se publicaron productos intermedios que alcanzaron a un público variado, tanto nacional como internacional, incluyendo habitantes, estudiantes, académicos, políticos y colectivos. Valoro enormemente el proceso de la investigación, ensamblado a una trama territorial donde se produjeron invitaciones y aceptaciones para participar, divulgación abierta de resultados preliminares e instancias colectivas de producción de algunos de los productos preliminares aún no publicados que aparecerán en esta tesis.

Las limitaciones dependen del paradigma científico del evaluador. A la vez, identificó varios elementos que pueden sesgar o limitar la validez de los resultados. En primer lugar, el diseño metodológico estuvo orientado a estudiar la subjetividad en un contexto socio-territorial en constante transformación, influyendo inevitablemente en la vida de los participantes y alterando algunos cursos de acción colectiva. Esto genera una gran tensión que atraviesa el estudio. En segundo lugar, según Rodrigo Arocena (2014), una tesis en el marco de un doctorado de la Universidad de la República Oriental del Uruguay debe contribuir al empoderamiento de la sociedad y a la socialización del conocimiento para potenciar la cultura. El conocimiento generado en este trabajo no busca establecer verdades universales o ser representativo de una trama urbana, elemento que podría ser visto como una debilidad en contextos científicistas.

En tercer lugar, la trama presentada en los resultados es singular y no replicable, aunque la triangulación de métodos utilizada puede servir de referencia. Esta triangulación puede presentar controversias o superposiciones de métodos. A pesar de ello, los métodos emergieron durante el proceso, siendo el etnográfico el único preestablecido. Opté por entrevistas etnográficas en profundidad o entrevistas abiertas según la necesidad, considerando esto como un agenciamiento político estratégico (Ema López, 2004).

Un cuarto aspecto a considerar es la precisión de algunos datos históricos y las respuestas de los habitantes a las preguntas realizadas, lo cual no garantiza la verdad, pero es relevante para la relación entre la vida ciudadana y la investigación. Un quinto punto es la afectación de la temporalidad de la etnografía por la emergencia sanitaria del COVID-19, lo que requirió adaptaciones en la investigación y en mi rol dual como tesista y docente del Instituto de Psicología Social, enfatizando el cuidado y la solidaridad.

Finalmente, algunos registros de espacios están discontinuados por transformaciones territoriales significativas, como la construcción del Ferrocarril Central, un evento que no pude integrar completamente y que considero una debilidad en los resultados. A la vez, esta situación está siendo abordada en otras investigaciones y procuraré integrarlas.

3.6. Consideraciones éticas

La investigación se llevó a cabo siguiendo las consideraciones éticas establecidas en la Ley N.º 18331 de Protección de Datos Personales y el Decreto N.º 158/019 sobre investigación con seres humanos. Durante el desarrollo de esta investigación, que integró técnicas etnográficas, cartográficas y producciones narrativas, se implementaron múltiples consideraciones éticas para asegurar la integridad y el respeto hacia todos los involucrados.

Se obtuvo un consentimiento informado de todos los participantes, a quienes se les explicó detalladamente el propósito, los procedimientos y el alcance de la investigación. Se garantizó el derecho a involucrarse de manera voluntaria y a retirarse del estudio en cualquier momento sin consecuencias adversas. En la parte etnográfica del estudio, se mantuvo un consentimiento continuo para adaptarse a las dinámicas cambiantes del contexto investigado.

Se preservó la confidencialidad y el anonimato de los participantes en todo momento. Se mostró un profundo respeto por las significaciones, puntos de vista y prácticas de los habitantes del barrio, evitando cualquier forma de juicio o interpretación que pudiera sesgar o malinterpretar sus ideologías, valores o prácticas. Además, se adoptó un enfoque de sensibilidad cultural en todas las interacciones y observaciones para garantizar descripciones adecuadas, compartibles y respetuosas.

Se mantuvo una actitud de transparencia y honestidad en todas las fases del proyecto. Los objetivos de la investigación fueron comunicados abiertamente y las narrativas recopiladas se presentaron como producciones de los participantes, evitando manipulaciones o interpretaciones distorsionadas. En esta tesis, los nombres y datos serán ficticios para asegurar la preservación de la identidad de los narradores.

Se procuró garantizar un beneficio mutuo en la relación investigador-participante, reflexionando sobre cómo los resultados de la investigación podrían beneficiar a los participantes o sus comunidades y evitando una dinámica puramente extractiva. Se anticiparon y mitigaron posibles daños emocionales, físicos o sociales que pudieran surgir por el

involucramiento en el estudio. No se registraron malestares y, en situaciones dudosas, se evitó exponer a cualquier participante de manera que pudiera resultar dañino.

Finalmente, se proporcionó retroalimentación sobre los resultados del proceso a los participantes y colectivos involucrados antes de redactar la tesis, permitiendo que tuvieran acceso y comprensión de los resultados y reconociendo sus contribuciones a la investigación. Aunque no se realizó una presentación pública, se compartieron de manera particular cada contribución y la lógica en que se presentarían. La presentación se llevará a cabo después de la defensa de la tesis.

4. Resultados

A través de la metodología que decidí aplicar para estudiar esta territorialidad, los resultados expondrán las experiencias y dinámicas locales sin que estas queden oscurecidas por la imposición de teorías preconcebidas o terminología densa. Al evitar un exceso de conceptos teóricos y referencias académicas, la narrativa se centra más en las voces, historias y contextos específicos de los participantes, mis narrativas de los apuntes de campo, permitiendo que la riqueza de sus experiencias se presente con claridad y fuerza. Este método respeta la autenticidad de las narrativas locales, y también promueve una comprensión más profunda y empática por parte del lector.

Además, este enfoque subraya la singularidad y la riqueza de las interacciones dentro del contexto estudiado. Al documentar las realidades de los participantes con una mirada que prioriza lo vivencial por sobre lo teórico, se garantiza que el análisis permanezca íntimamente conectado con el terreno y las personas involucradas. Esta proximidad con el sujeto de estudio enriquece la narrativa, y también fortalece la relevancia y aplicabilidad de los hallazgos.

La elección de privilegiar la descripción densa y detallada sobre la aplicación de marcos teóricos extensos también permite que el estudio hable por sí mismo, ofreciendo a los lectores una ventana directa a las complejidades y matices del barrio Capurro. Al centrar el relato en la experiencia concreta y los detalles cotidianos, se fomenta una mayor conexión emocional y cognitiva, lo que hace que las conclusiones del estudio sean informativas, y también comprometidas ética y políticamente con el campo de problemas propuesto.

Este compromiso con la narrativa etnográfica basada en la experiencia directa es crucial para avanzar hacia una comprensión más integral de las dinámicas sociales. Proporciona un espacio para que emerjan perspectivas alternativas y menos convencionales, enriqueciendo así el diálogo académico y ofreciendo nuevas vías para abordar y entender los desafíos contemporáneos de la relación entre la sociedad y la investigación científica.

4.1. Bordeando la bahía entre laberintos de paredes grises y ruinosas.



Figura 9: Vista de la bahía desde el puerto de Montevideo a la fortaleza del Cerro. Foto de autor, marzo de 2023.

La bahía de Montevideo, ambiente de contradicciones y multiplicidad de relatos humanos y ambientales, se revela ante quien la observa con una belleza teñida de melancolía. Este cuerpo de agua, que en otro tiempo se conectaba con los cielos límpidos y los haceres de otros habitantes de diversa naturaleza, cuenta ahora la historia de un ecosistema que negocia su supervivencia con las huellas de la urbanización y la industrialización contemporánea. El azul intenso se ve alterado por tonalidades de marrón y gris, mientras que los reflejos solares se difuminan en la textura oleosa de contaminantes que cubren la superficie acuática. En estas aguas ahora turbias, la vida marina continúa, adaptándose a la intrusión de elementos ajenos: fragmentos de plástico, redes olvidadas y residuos urbanos e industriales.



Figura 10: Fotos del agua de la bahía. Se pueden ver restos de objetos no marítimos. Foto de autor, marzo de 2023

Cada partícula plástica cuenta una historia de consumo y descarte, una crónica de la vida moderna que se desentiende de la eternidad de su impacto. Las bolsas de supermercado se entrelazan con algas y ramas, creando formas grotescas que flotan como fantasmas en las aguas. Botellas de bebidas una vez saboreadas ahora viajan sin rumbo. Hogar temporal para pequeños organismos que se adaptan a este nuevo entorno artificial. Los microplásticos, invisibles al ojo, pero omnipresentes, se han integrado en la cadena alimentaria, presentes en el estómago de peces y aves. La bahía, en su silenciosa elocuencia, se ha convertido en un testimonio mudo, pero evidente, de la intersección entre la naturaleza y las improntas humanas que perduran más allá de su utilidad momentánea.

A medida que la vista se despega de las complejidades del agua y se dirige hacia la tierra, la Rambla Baltasar Brum emerge como una sinfonía de hormigón y asfalto, un escenario donde la modernidad ha impreso su ritmo acelerado. Día y noche, este pavimento es testigo de un desfile constante de vehículos, una procesión incesante de comienzos y finales, de despedidas y regresos. Diseñada con la intención de facilitar el flujo de la vida urbana, la rambla también ha erigido un muro no declarado entre los habitantes de Montevideo y el horizonte acuático

que antes era parte integrante de su vida cotidiana. El viento marino, cargado de aroma a mar y los secretos del Río de la Plata, choca con estructuras de metal, en un esfuerzo por recordar a la ciudad sobre su eterna compañera: la bahía.

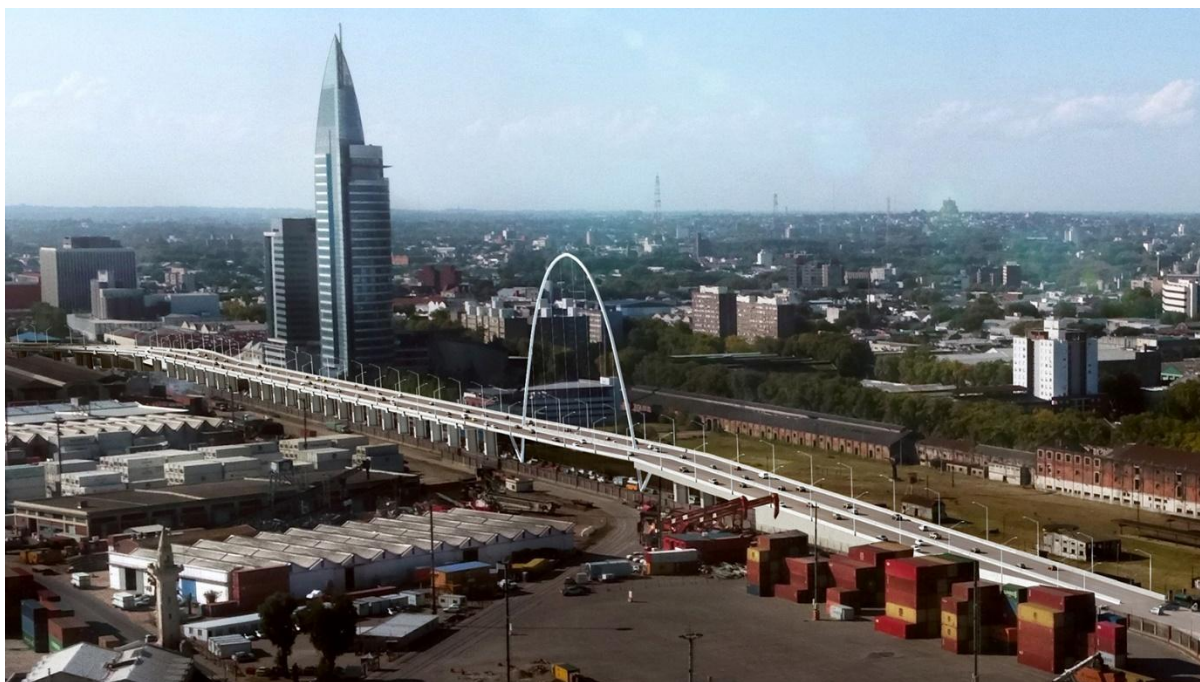


Figura 11: Puerto de Montevideo, nuevas obras del puente de la Rambla Baltasar Brum, torre de ANTEL y la ciudad de fondo (foto extraída de página web del Impo: <https://www.impo.com.uy/revista/viaducto-rambla-portuaria>).

El sonido ensordecedor del tráfico contrasta con el susurro casi olvidado del cauce de agua, y el aroma del mar se ve suprimido por las emisiones de los automóviles. A pesar de esta barrera artificial, la rambla sigue siendo un lugar de congregación, donde los habitantes buscan momentos de inspiración mirando hacia las distancias lejanas del Cerro y el puerto, en la terraza de Bella Vista y el Parque Capurro. Los atardeceres pintan el cielo con tonalidades de fuego y sangre, ofreciendo un espectáculo que, por un momento fugaz, une a todos los espectadores en un sentimiento compartido de asombro y reflexión.

Continuando esta narrativa producida luego de decenas de derivas urbanas, la bahía de Montevideo despliega su historia, tejida con los hilos de la interacción humana, tecnologías industriales y la perseverancia de seres que desean seguir viviendo, invitando a aquellos que se detienen a mirar a reflexionar sobre el pasado y el futuro en presente vivo de esta confluencia de mundos.

En el borde donde la urbanización y el mar se encuentran, se levantan estructuras desgastadas por el tiempo y la erosión. Edificaciones que una vez vibraron con actividad y propósito ahora yacen en un limbo de olvido y expectación. Estos edificios, que otrora albergaron sueños y

aspiraciones de una era de esplendor, hoy se muestran desolados. Las paredes, alguna vez pulidas y llenas de vida, ahora están cubiertas de grafitis, como lienzos para los pensamientos y manifestaciones de las emociones urbanas contemporáneas. Vidrios rotos y puertas descolgadas hacen eco del silencio de los espacios una vez llenos de voces y movimientos. En cada rincón, la historia se mezcla con la especulación, y las estructuras que resisten el paso del tiempo aguardan una decisión final entre la restauración y la ruina. Algunos ven en estos esqueletos una oportunidad para el renacimiento urbano. Otros los consideran reliquias de un pasado que debería ceder lugar al futuro.

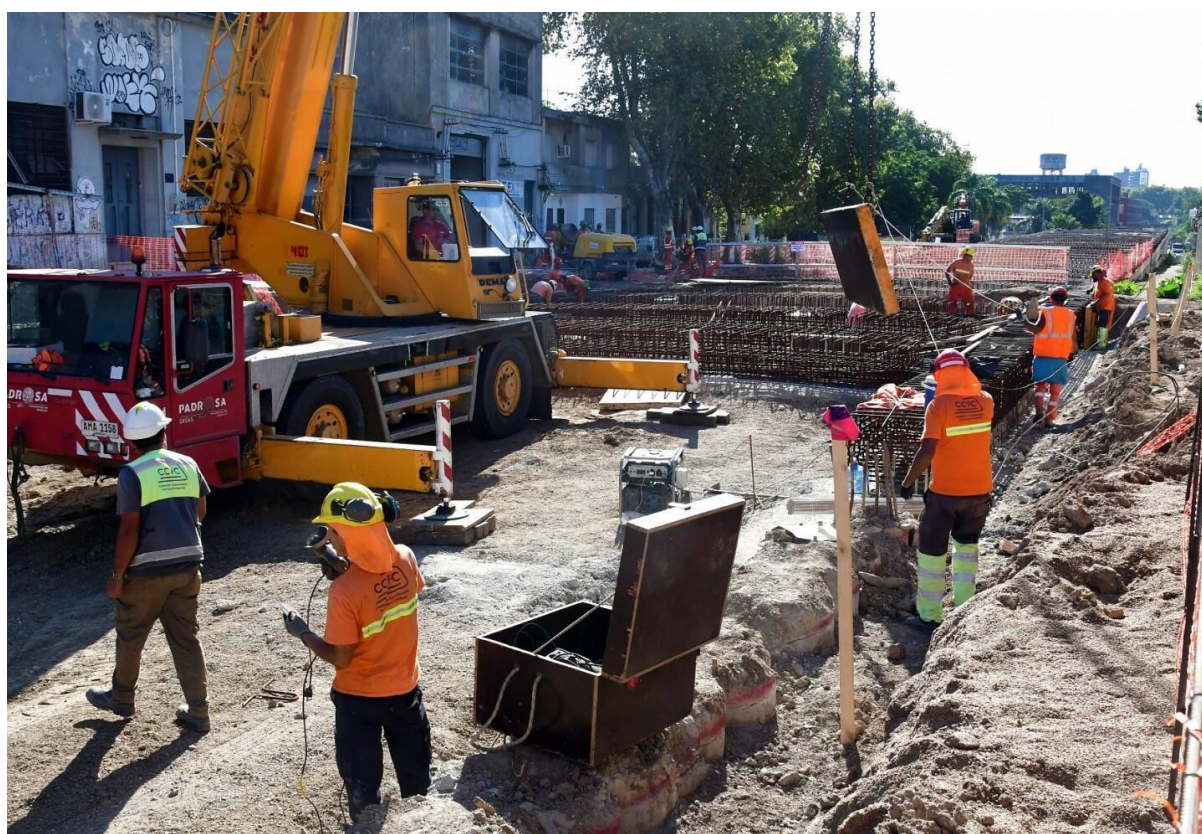


Figura 12: Obras del Ferrocarril Central en el barrio Capurro. Cedida por habitante de Capurro. Abril de 2022.

Al observar el destino de estas edificaciones, no se puede ignorar el crecimiento metálico y el estrépito de la construcción del nuevo corredor ferroviario. El avance incesante del progreso, simbolizado por las nuevas vías del tren destinadas al transporte de celulosa, resuena como una campana que anuncia cambios radicales en el paisaje y en la vida de las comunidades locales. Esta infraestructura, que promete eficiencia y desarrollo económico, también introduce una disonancia en la melodía de la vida cotidiana de los residentes. Las vibraciones y ruidos perturban el ritmo ancestral de los barrios, alterando la rutina de sus habitantes y sacudiendo la estructura misma de sus existencias. Las vías del tren, como un bisturí, cortan la continuidad

de la vida comunitaria, marcando un antes y un después en la historia socio-ambiental de la bahía.

En contraste con la quietud de los edificios olvidados, las viejas fábricas de refinación de hidrocarburos y producción de energía eléctrica se imponen en el paisaje con una presencia ineludible. Como fortalezas industriales de la década de 1930, estas estructuras fueron testigos y motores de una época que glorificaba el avance tecnológico y la conquista humana sobre los elementos naturales. A la vez, hoy su imponente arquitectura parece fuera de lugar, casi anacrónica, en un mundo que se mueve hacia fuentes de energía más limpias y renovables. Los altos chimeneales, que una vez expulsaban el humo signo del progreso, ahora se yerguen como obeliscos de una era de industria pesada que la sociedad contemporánea busca dejar atrás.



Figura 13: Edificio en forma de barco en las cercanías de la bahía de Montevideo. Foto de autor, junio de 2018

La arquitectura *art déco* presente en la territorialidad se erige como recordatorio de una Montevideo elegante y optimista. Estas edificaciones, con sus fachadas geométricas y ornamentación estilizada, hablan de un tiempo en que la ciudad miraba hacia el futuro con una mezcla de inocencia y ambición. Sus líneas limpias y diseños funcionales todavía cautivan la imaginación, transportando a los transeúntes a una época donde se buscaba celebrar el progreso y la belleza en igual medida. Estos monumentos de concreto y piedra, aunque desafían el tiempo, también necesitan ser preservados como emblemas de una identidad cultural que aún tiene relevancia en el diálogo contemporáneo sobre la estética y el espacio urbano.

Las narrativas entrelazadas de estos párrafos muestran un modo de producir subjetividad política sobre la bahía de Montevideo, un espacio que palpita con las historias del ayer y las tensiones del presente, invitando a la reflexión sobre cómo la memoria y la aspiración coexisten y compiten en el corazón urbano.

El barrio que se extiende más allá de la sombra industrial ofrece un retrato vívido de la demografía urbana, enmarcado por el lento paso del tiempo. Las calles llevan las marcas del envejecimiento, en el desgaste de su infraestructura, y también en los rostros de sus habitantes. Hay una generación que todavía recuerda los días de esplendor, cuyos pasos resonaban con firmeza sobre las aceras y cuyas voces llenaban el aire con la vibrante energía de la juventud. En bancos de parques y esquinas, se congregan los nuestros/as viejos/as, guardianes de la memoria colectiva, observando un mundo que ha cambiado con ellos/as. La ausencia de la juventud se siente en el aire. Una quietud que pesa sobre la comunidad como una manta espesa, mientras la energía de generaciones más jóvenes parece haber migrado en busca de nuevos horizontes, dejando un vacío palpable en su estela.

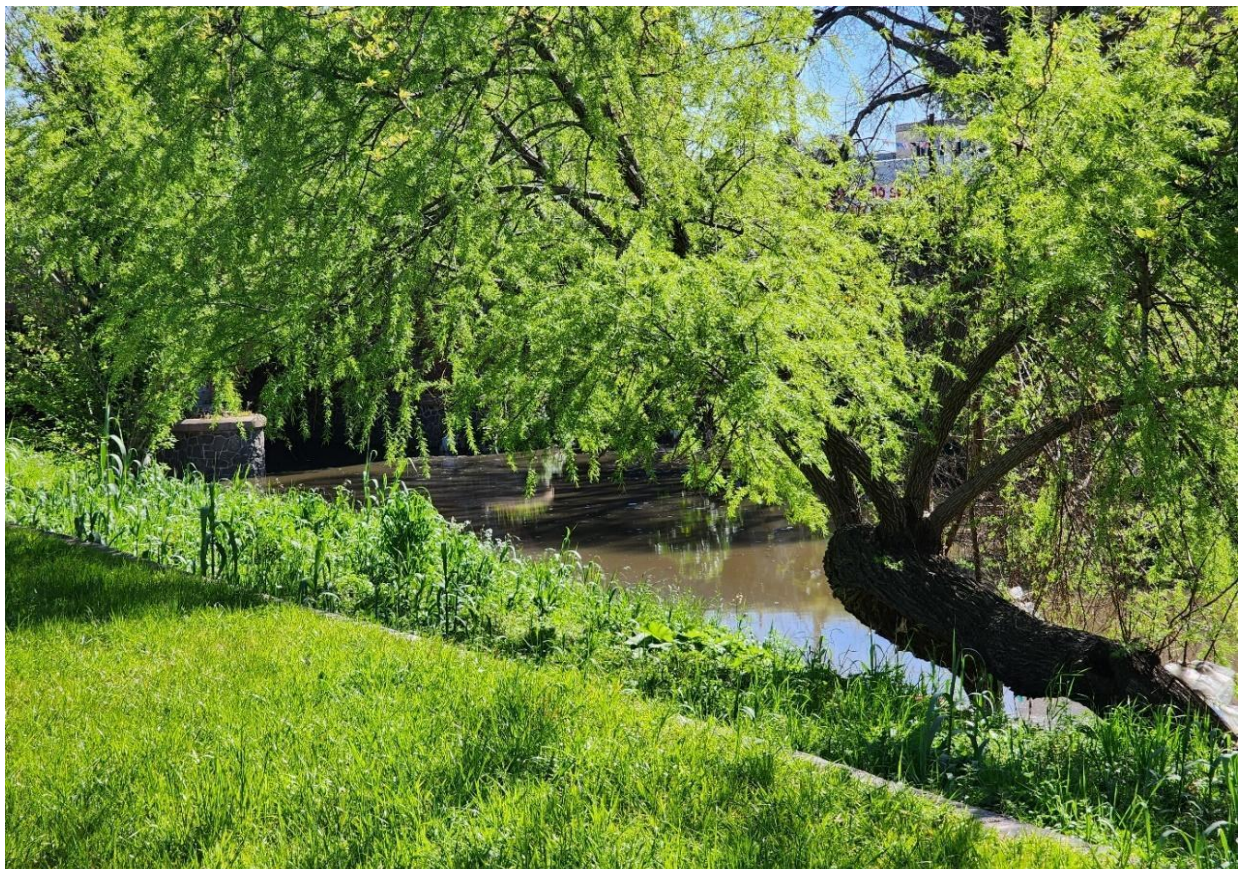


Figura 14: Arroyo Miguelete de Montevideo mostrando su agua marrón y malos olores en medio de un verde vivo. Foto de autor, octubre de 2023.

El curso de la vida urbana aquí está también marcado por la presencia opresiva de la hipercontaminación del arroyo Miguelete. Sus aguas, que una vez fluían claras y frescas hacia la bahía, ahora transportan la carga de la negligencia ambiental. Desechos químicos, basura doméstica y las secuelas de un desarrollo urbano que ha ignorado su fragilidad. La degradación del arroyo se siente más profundamente en lo que queda de la playa Capurro, una reliquia de arena, que supo tener dunas y recuerdos, que una vez fue refugio de risas y juegos infantiles. Hoy, la playa es un testigo mudo de la destrucción ambiental, donde las aguas tóxicas besan una orilla manchada y el retumbar de las olas trae consigo el lamento de un ecosistema en agonía.



Figura 15: Foto realizada desde el Parque Capurro, observando de fondo el avance de la construcción del edificio de lujo que estará frente a la bahía de Montevideo. Foto de autor, agosto de 2023.

En medio de esta escena de descuido ambiental y desafío sociocultural se alza, rápida y paradójicamente, la construcción de un edificio de lujo. Esta torre, que surge con pretensiones de grandeza y exclusividad, se erige como un faro de contradicción. En su diseño y promesa de vistas panorámicas sin igual, ofrece a sus futuros residentes un santuario por encima de la realidad que yace debajo. Los balcones de cristal y acero se proyectan hacia el mar, capturando la majestuosidad de la bahía que se extiende más allá del caos y la contaminación. Es un

monumento a la desigualdad, una fortaleza de opulencia que se levanta sobre los cimientos de un contexto socio-ambiental que clama por atención y curación. Su presencia es un testimonio de la capacidad humana para la maravilla arquitectónica, y también de la miopía colectiva que puede valorar el esplendor estético sobre la sostenibilidad y la cohesión comunitaria.

La construcción de este edificio de alta gama no es simplemente un acto de creación, y una declaración de las prioridades y valores que se imponen en el paisaje urbano. A su sombra, la complejidad de la vida en la bahía —con su belleza, su contaminación, su historia y su potencial— invita a una reflexión crítica sobre el curso que está tomando el desarrollo urbano. La lucha entre preservar y progresar, entre recordar y renovar, se hace tangible en cada ladrillo que se coloca y en cada ola que rompe contra la orilla erosionada.

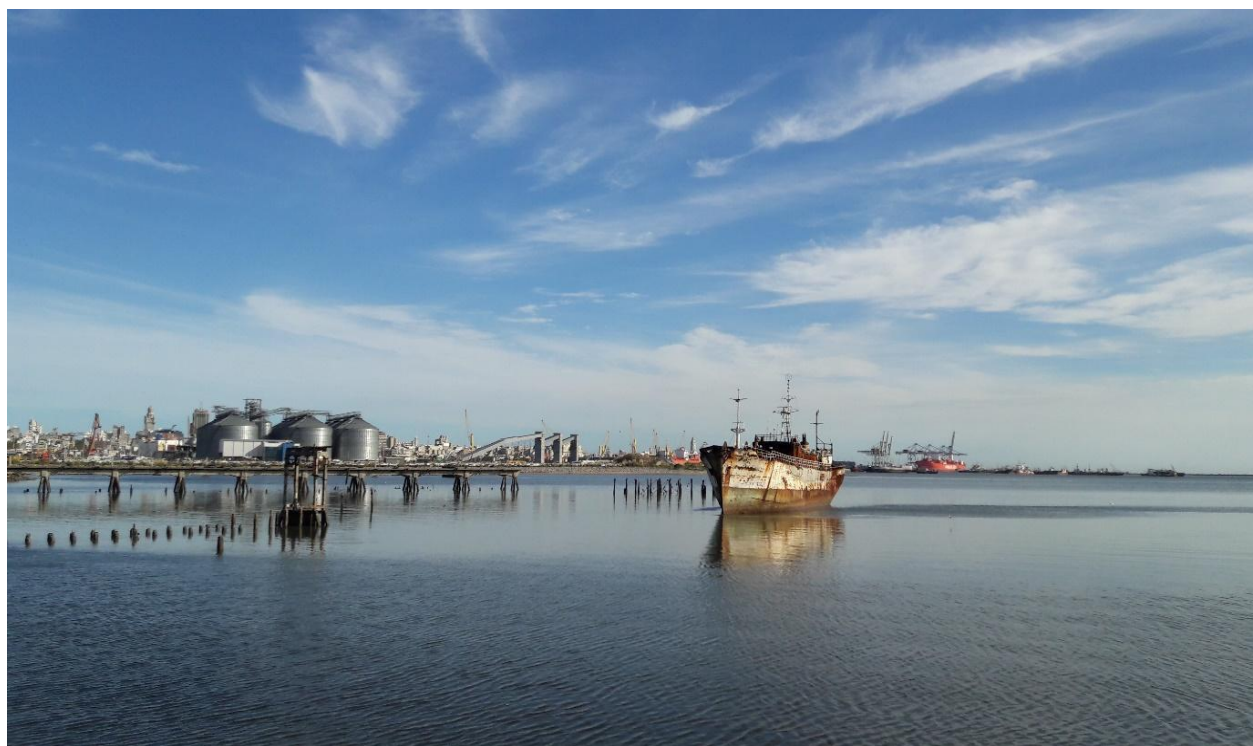


Figura 16: Foto realizada desde los bordes de la bahía, a la altura de Bella Vista. Mirada hacia el puerto de Montevideo y de frente una zona de cementerio de barcos. Foto de autor, noviembre de 2019.

Cada una de estas narrativas —la gentrificación en sus manifestaciones más crudas, la nostalgia de una población envejecida, la decadencia ambiental frente a la magnificencia de la naturaleza y la construcción de emblemas de desigualdad— entreteje la textura de la bahía de Montevideo. En esta tapicería deseante, social y ecológica, cada hilo cuenta una historia y cada color se conecta con multiplicidad facetas de la vida que continúa desplegándose en esta esquina de la tierra.

El relieve de la ciudad, que alguna vez se fundió sin esfuerzo con la línea costera, ha sido cortado abruptamente por la intrusión de la infraestructura moderna. La construcción de la vía del tren, que se encuentra en una fase aparentemente perpetua de desarrollo, es un surco de promesas y potencial. Las vigas de acero y montones de grava son preludios de una sinfonía de comercio y transporte que promete un futuro de prosperidad. A la vez, estos mismos signos de progreso también forman una cicatriz en la comunidad, separando física y psicológicamente a la población de la tranquila inmensidad del mar. El rugir de las maquinarias y el clamor de las obras perturban el paisaje sonoro que una vez fue dominado por el suave murmullo de las olas y el llamado de las gaviotas. Las perspectivas de cambio son doblemente amargas, pues mientras algunos ven la promesa de revitalización económica, otros sienten la pérdida de una conexión ancestral con la naturaleza y un miedo palpable ante la incertidumbre de lo que está por venir.

La bahía de Montevideo se encuentra así en una encrucijada de caminos, una danza delicada entre la conservación y la innovación. La etnografía de este lugar no es solo un estudio de lo que es, y un lienzo de lo que podría ser, una historia que se desarrolla con cada amanecer sobre sus aguas y cada puesta de sol detrás de sus edificios en construcción. La bahía y su gente, la flora y la fauna, las viejas estructuras y las nuevas, todos coexisten en una sinfonía de contrastes que es a la vez desafiante y hermosa, recordándonos que el futuro no está escrito en piedra ni acero, y en las decisiones y acciones de aquellos que la llaman hogar.

4.2. Transformación de una vieja usina eléctrica en un centro de escalada deportiva

A tres manzanas al este del cauce de agua de la bahía y una al oeste de donde se encuentra la Avenida Agraciada de Montevideo, donde se cruzan las calles Entre Ríos y Jujuy, en el grisáceo barrio de Arroyo Seco (aunque oficialmente sea parte de Bella Vista) emerge un testimonio silente pero majestuoso del pasado industrial de la ciudad: la central térmica Ingeniero Calcagno. Esta estructura, que se yergue desafiando el paso del tiempo, es una cápsula del pasado que resguarda historias de progreso, desafíos y tristeza de aquellos/as trabajadores/as que día a día trabajaron allí por más de siete décadas.



Figura 17: Imagen de la ex central Ingeniero Santiago Calcagno, de 2013. Cedida por el colectivo de escalada.

La imagen que se conserva de la central muestra una extensa sala dominada por el silencio y el abandono. En ella, las maquinarias, cuyas estructuras están marcadas por el óxido, narran la era en que el carbón y el vapor dominaban la escena industrial. Estos artefactos, ahora en calma, en su momento vibraban con intensidad, transformando el carbón y otros recursos fósiles en la electricidad que dinamizaba la vida urbana.

La cubierta de la central, una joya arquitectónica, cuenta con un diseño arqueado adornado con paneles translúcidos que dejan pasar los rayos del sol, generando un espectáculo de luces y sombras que se proyectan sobre el suelo de piedra y metal, subrayando la magnificencia de este lugar en desuso. A pesar del aire de desolación, se observan signos de resistencia: la vegetación, con su intenso verde, empieza a surgir en lugares insospechados, en un esfuerzo de la naturaleza por reclamar lo que fue suyo.

El origen de la central se remonta a 1889, inicialmente erigida como la usina de Arroyo Seco, para responder a la creciente demanda energética de los barrios Aguada y Cordón. Construida en piedra y mampostería, destacaba por su envergadura, y también por sus imponentes chimeneas de hierro fundido que, alzándose hacia el cielo, liberaban el humo de la combustión del carbón, mientras que en su interior, poderosas máquinas convertían este recurso en electricidad.

A la vez, como muchos gigantes industriales de su época, la central enfrentó numerosos desafíos. A pesar de las constantes renovaciones y actualizaciones tecnológicas que se llevaron

a cabo a lo largo de los años, la aparición de nuevos competidores comenzó a mermar su relevancia. La central José Batlle y Ordoñez, inaugurada en la década de 1930 y con una capacidad diez veces mayor, junto con las represas hidroeléctricas en los ríos Uruguay y Negro, contribuyeron al declive de la central térmica Ingeniero Calcagno. El silencio y el olvido parecían ser su destino inevitable.

A la vez, la historia a menudo se reserva giros inesperados. Un grupo de escaladores deportivos, con una perspectiva novedosa y audaz, descubrió en esos altos muros y vigas oxidadas una oportunidad única. Vieron el potencial de transformar este vestigio industrial en un santuario para la escalada urbana. Visualizaron cómo los espacios, con su combinación de hierro, piedra y vegetación emergente, podrían constituir un escenario espectacular para sus actividades. Una de las integrantes que entrevisté, comparte:

Cuando comenzamos, allá por el 2000, nuestra idea era practicar escalada en espacios aptos tanto en Montevideo como en el interior del país, y hacerlo en un escenario artificial en un club deportivo. En ese club, que tenía sus propias reglas, estuvimos durante varios años. Pero llegó un punto en que queríamos trabajar con nuestras propias reglas, implementar cosas que nos resultaban imposibles en esas condiciones, así que salimos a buscar un espacio nuevo... Buscábamos algo grande, a muy bajo costo o, mejor aún, gratis, donde pudiéramos hacer modificaciones para llevar a cabo nuestros proyectos... Vimos uno en Pocitos, en Kibón, pero era muy caro y no podíamos costearlo... Luego nos ofrecieron otro en la periferia de Montevideo, pero estaba demasiado alejado para la población a la que queríamos llegar... Por un contacto de un integrante de nuestra organización, nos ofrecieron este lugar... Al principio, la zona no nos convencía porque estaba llena de fábricas, pero está cerca del centro de la ciudad y tiene fácil acceso. Cuando entramos, dijimos: “¡Guau, esto realmente nos sirve!”, y pudimos empezar a usarlo sin costo asociado. (Entrevistada del colectivo de escalada, noviembre de 2018)

La historia de la comunidad de escaladores en Uruguay está tejida con hilos de pasión, determinación y adaptabilidad. Los pioneros que comenzaron su aventura en el año 2000 buscaban un lugar para practicar su deporte favorito, y también un espacio que les permitiera desarrollar y consolidar una cultura en torno a la escalada. Sus primeros pasos los llevaron a un club deportivo en Montevideo, un lugar artificial y estructurado, pero que ofrecía la oportunidad de practicar sus habilidades y compartir su pasión.

Dentro del club, como en cualquier institución con una estructura preestablecida, existían reglas y normativas a seguir. Aunque este entorno proporcionó un hogar inicial y les permitió

fortalecer sus habilidades, con el tiempo, la comunidad escaladora comenzó a sentir las restricciones del lugar. Surgieron visiones de un espacio propio, donde pudieran implementar sus propias reglas y materializar ideas innovadoras.

La odisea de encontrar el lugar perfecto no fue fácil: necesitaban un espacio amplio para instalar estructuras y equipos adecuados para la escalada, que fuera económico, preferiblemente gratuito, para asegurar la sostenibilidad del proyecto, y que estuviera ubicado estratégicamente, accesible para la comunidad escaladora y los interesados en sumarse a la disciplina.

El recorrido los llevó por varios rincones de Montevideo. Consideraron Pocitos, atractivo por su ubicación cerca de la rambla, con una opción en Kibón, pero el alto costo del alquiler les hizo descartarlo. Otra posibilidad surgió en la periferia de la ciudad, pero la lejanía del centro poblado era un obstáculo para el público objetivo.

A la vez, el azar les tenía reservada una sorpresa. A través de un contacto en su organización, se presentó la oportunidad de explorar un espacio en una zona industrial cerca del centro de Montevideo. A pesar de las reservas iniciales por el entorno fabril, la ubicación estratégica y el amplio espacio disponible capturaron su interés. Al entrar, se sintieron inspirados y esperanzados el lugar, antes lleno de actividad industrial, ahora se mostraba como el escenario ideal para su proyecto. Sin costos asociados y con un potencial enorme, se dieron cuenta de que habían encontrado su nuevo hogar.

Estos escaladores encontraron un lugar para desarrollar su pasión, y también una forma de unir el pasado y el presente. Se dedicaron a adaptar la central, respetando su esencia y su valor histórico. Con el tiempo, este lugar se transformó en un punto de encuentro para la comunidad de escaladores, un espacio donde las historias de progreso industrial coexisten con las aspiraciones y desafíos del deporte moderno.

Estaba todo, pero todo, completamente podrido. Todo sucio, inundado, un desastre total. Pero lo que vimos... vimos el futuro. Tenemos una gran capacidad para proyectarnos a futuro, para ver nuestro proyecto ya realizado. Nosotros siempre decimos que tenemos que hacernos amigos del tiempo. Todo llegará, y nos costará más o menos. Y mirá, no tenemos ni un peso, somos unos locos, ¡pero locos de atar! Sabíamos que esto iba a ser duro, pero como pudiste ver en nuestro plan, la idea es transformar esto en un centro deportivo, con una piscina en el subsuelo, un piso flotante para canchas polideportivas, pero también

queremos mantener parte de la estética original del lugar. (Entrevistada del colectivo de escalada, abril de 2018)

El desafío inicial se presentaba abrumador, como un lienzo desgarrado y manchado por el tiempo. Cada rincón de este lugar contaba una historia de abandono y deterioro. A la vez, para este grupo no representaba un escenario desalentador, y más bien un estímulo, una convocatoria para reescribir la historia y revitalizar un espacio que antaño bullía de actividad. El marcado contraste entre el pasado del lugar y la visión de su futuro fue precisamente lo que capturó su atención y galvanizó sus esfuerzos.

Este colectivo, armado con una pasión inquebrantable y un sueño compartido, no se dejó intimidar por la enorme acumulación de escombros ni por las estructuras desmoronadas. En lugar de ver el espacio como un término, lo vislumbraron como un nuevo comienzo. La idea de transformar este espacio en un centro deportivo de vanguardia no era simplemente un sueño impulsado por la ambición: era una expresión de su capacidad para ver más allá de lo evidente, para identificar el potencial en los lugares más insospechados.

Cuando llegamos al lugar estaba en ruinas, había agujeros en el suelo enormes, no había techo prácticamente, y momentos en los que almorzábamos y nos llovía encima. No íbamos y teníamos 10 vasos para todos y los tapábamos con un guante para que no se nos ensucien, cosas que si miras ahora el lugar es un lujo que tenemos, con la cocina nueva, con muchas cosas que por suerte ahora pueden disfrutar los gurises, pero para llegar a eso tuvieron que pasar otras cosas. Nosotros queremos darle el toque de lo que era el lugar y no perder la esencia del mismo, porque tenemos un sentido de pertenencia muy fuerte. No nos parece justo desechar cosas que componen la historia del lugar. (Entrevistado del colectivo de escalada, agosto de 2018)

Los escaladores no fueron ajenos a los desafíos. De hecho, los desafíos fueron su día a día. Pero este proyecto, esta visión, fue más allá del deporte: sobre comunidad, transformación y una marca duradera. No se trató solo de escalar paredes, y de construir puentes entre el pasado y el presente, entre el abandono y la revitalización.

El espacio, aunque en ruinas, poseía un carácter y una energía que no podía ser ignorada. Esa energía fue la que los atrajo y los mantuvo allí, trabajando día tras día, con la esperanza de convertir su visión en realidad. La idea de una piscina en el subsuelo y un piso flotante para canchas polideportivas no era solo un proyecto, era una promesa. Una promesa de un espacio donde la comunidad podría reunirse, aprender, crecer y prosperar. Y aunque el camino hacia ese sueño estuvo plagado de obstáculos, su determinación y pasión nunca flaquearon.

Nuestra misión está asociada a la inclusión social. Tenemos convenios con el INAU (Instituto del niño y del adolescente del Uruguay) para que muchos niños de todo el país accedan a este deporte... queremos un espacio donde puedan convivir los gurises de bajos recursos, pero también a los otros, a los que tienen y no tienen... acá en el grupo algunos vienen de contextos económicos favorables y otros como yo estuvimos en la calle, pasando hambre, y todo hoy creamos esto que ven... esto es de todos y para todos. (Entrevistada del colectivo de escalada, abril de 2018)

Desde el comienzo, este proyecto fue mucho más que un simple espacio para la escalada o las actividades deportivas. Era un faro de esperanza y un testimonio del poder del deporte y la comunidad para transformar vidas. Aquí, las líneas divisorias que suelen separar a las personas en la sociedad desaparecían gradualmente.

El enfoque en la inclusión social no fue casual. Al asociarse con instituciones como el INAU, el grupo estaba proporcionando una oportunidad para que los niños practiquen un deporte, y también estaba ofreciendo ser parte de un proyecto que los incluye. Un lugar donde los niños de todo el país, independientemente de su origen o situación económica, podían sentirse valorados, respetados y empoderados.

Tenemos un programa de formación para adolescentes y la idea principal es que ellos vengan, se diviertan, pero el trasfondo de todo esto es insertarlos en el campo laboral con nosotros. Nuestra intención es que los gurises que vienen del Instituto del Niño y del adolescente del Uruguay tengan esa oportunidad, que no sean dejados de lado, y con ellos formar un equipo de trabajo. Más allá que hay algunos llamados a profes de educación física, la idea es que los gurises sean parte y se empoderen con el proyecto. Para los que son menores de edad no hay ningún trabajo que sea de obra, pero si tienen trabajos de cocina, hay un chico que es encargado de ordenar todo el material que vamos a usar, hay instructores de escalada que pasaron por la formación previa. Por ejemplo, en las jornadas que hicimos en julio, ellos fueron quienes estuvieron en las estaciones ayudando y enseñando a otros chicos a escalar y usar los otros juegos. En este programa tenemos veintidós adolescentes que le ponen seriedad y compromiso. En un grupo que tenemos hace un año. La idea es formarlos para que sean instructores de escalada, pero también formarlos como personas. Son adolescentes, son chicos, han tenido realidades durísimas y la idea es ayudarlo a ellos y a nosotros. (Entrevistado del colectivo, de escalada, agosto de 2018)

El verdadero corazón y alma del proyecto radica en su capacidad para unificar. Para crear un espacio donde “los gurises de bajos recursos” se mezclen y colaboren como parte del equipo

del proyecto. Este enfoque promueve el aprendizaje y el crecimiento a través del deporte, y también el desarrollo de empatía, comprensión y solidaridad entre sus participantes.

El hecho de que algunos miembros del grupo hayan enfrentado desafíos tan significativos como vivir en la calle y enfrentar el hambre, sólo refuerza la importancia y la urgencia de su misión. Cada escalada, cada salto, cada movimiento es un recordatorio de lo lejos que han llegado y de lo que son capaces de lograr juntos. La transformación física del espacio es impresionante, pero lo que realmente resalta es la transformación humana que ocurre dentro de sus muros. Es un recordatorio constante de que, con determinación, pasión y comunidad, se puede cambiar el rumbo de muchas vidas. Aquí, el deporte no es solo una actividad: es una herramienta de cambio, una fuerza emancipadora y un testimonio del poder de este tipo de iniciativa en espacios que estaban abandonados en la ciudad.



Figura 18: Actividad abierta desarrollada por el colectivo de escaladores deportivos. Se muestra el desarrollo del lugar en el año 2018. Foto de Daniel Fagundez D'Anello, octubre de 2018.

La imagen captura un momento de pura sinergia entre lo viejo y lo nuevo, un espacio en el que diferentes realidades coexisten. La arquitectura antigua del edificio, con sus muros erosionados y ventanas desgastadas, contrasta fuertemente con la vibrante red de escalada y los colores brillantes de los globos y la ropa de la gente.

En el primer plano, niños y adultos navegan por esta red, una estructura que, en sí misma, promueve la superación de obstáculos y el alcance de alturas inesperadas. Más abajo, una multitud se reúne, cada individuo aportando su propia historia y perspectiva a este lugar. Las caras felices y las risas evidentes son testimonio del poder unificador de este espacio.

El hombre en la escalera, interactuando con el niño muestra conexión entre generaciones, la transferencia de conocimientos y la idea de que, en este espacio, cada persona tiene un valor, independientemente de su origen o historia previa.

Tenemos un quemadero que lo usamos como estufa, para nuestro deporte las vigas las usamos para escalarlas, la estructura del lugar para hacer todos los juegos. La puerta de la colonia es un elemento de 1890, que se lo iban a llevar en un camión, y agarramos con los ganchos y lo dejamos acá. Eso lo usamos como una puerta sostenida por un anillo que serviría para separar un espacio en donde nos gustaría hacer un hotel para cuarenta y cuatro gurises y que desde zonas lejanas de Uruguay puedan venir a vivir la experiencia y poder quedarse en el lugar. Allá hay un elemento de metal que si vos tocás con un palito, como son de distintos tamaños, tienen distintos sonidos, y lo pensamos para experimentar con música. Tenemos pensado hacer una parte de arte y usarlo como un xilofón gigante y que los gurises toquen. Pensamos colocarlo en un lugar estratégico para que puedan pasar y jugar. Queremos darle uso a todo lo que está acá, no desperdiciar nada porque todo puede servir. (Entrevistado del colectivo de escalada, agosto de 2018)

Los objetos que pueblan este espacio industrial no son meros espectadores inanimados de la historia, y actores con su propia agencia. Cada viga, cada pieza de metal, cada quemadero, parece latir con una energía propia, una “materia vibrante” (Bennett, 2022) que resuena en cada rincón. Estos objetos cuentan historias del pasado, y también influyen activamente en las interacciones y experiencias del presente.

El quemadero, más allá de su función original, se convierte en un nexo entre lo viejo y lo nuevo, un catalizador de resistencia y adaptabilidad. No sólo proporciona calor, y también genera conexiones entre las personas que se reúnen a su alrededor, creando una red de solidaridad y comunidad.

Las vigas, antes estructuras pasivas, ahora se erigen como desafíos activos para los jóvenes escaladores, transformándose en catalizadores de crecimiento y aprendizaje. No son simples soportes, y entidades que propician el cambio, el desafío y la superación.

La antigua puerta de la colonia, arrancada de su contexto original y a punto de ser desechada, encuentra una nueva vida. Su presencia en este lugar no es una mera coincidencia; se convierte en una declaración de intenciones, una manifestación de cómo las partes pueden integrarse para nuevos usos y no todo es desechable. Es un modo de reconfigurar y dar valor a lo que otros consideran obsoleto.



Figura 19: Foto de artefacto de metal de la vieja usina, utilizado para hacer música. Foto de autor, 2018

El fragmento de metal, con su capacidad para producir música, nos recuerda que incluso los objetos más extraños pueden tener una voz, un sonido, una vibración que los conecta con el mundo que los rodea. No es solo un instrumento, y un testimonio de cómo la creatividad puede surgir de los lugares más insospechados.

Este espacio, con su entrelazado de pasado y presente, de historia e innovación, es un recordatorio de que incluso en los rincones más inesperados pueden surgir comunidades fuertes y empoderadas que desafían las expectativas y redefinen lo que es posible. Es una celebración del agenciamiento colectivo (Deleuze y Guattari, 2002) y de la capacidad de ver más allá de las limitaciones obvias para crear un proyecto innovador que nadie había imaginado.



Figura 20: Foto de las reformas al 2022 del centro de escalada deportiva. Foto de autor, 2022

Esta fotografía de 2022 muestra un espacio renovado y en constante crecimiento, que logró incorporar tecnologías nuevas para el desarrollo de las actividades deportivas. Se ve un claro avance comparando la fotografía de 2018.

La intervención arquitectónica en el espacio ha buscado mantener la estructura original del edificio, pero incorporando elementos modernos y funcionales. El techo, que antes mostraba vigas expuestas y una estructura incompleta, ahora presenta una cubierta amarilla que lo protege, probablemente una estructura de acero o similar, garantizando un ambiente más seguro y controlado para las actividades que se desarrollan debajo.

La gran pared azul en el fondo sirve claramente como un muro de escalada, que parece llegar hasta el techo. Esto sugiere que el espacio ha sido adaptado no sólo para la recreación, y también para el entrenamiento especializado.

El suelo pulido y el área de madera indican zonas diferenciadas para distintas actividades. Mientras que el suelo brillante puede ser utilizado para deportes como básquetbol o actividades similares, la zona de madera podría funcionar como un escenario o plataforma para presentaciones o eventos.

Las columnas originales se han conservado y, aunque muestran signos de desgaste y envejecimiento, le confieren al espacio un carácter distintivo y un nexo con su pasado. Las

ventanas altas y arqueadas permiten la entrada de luz natural, una decisión arquitectónica que seguramente busca aprovechar la iluminación y crear un ambiente más acogedor.

En términos de ocupación, el espacio ahora parece estar más organizado, con áreas designadas para diferentes actividades. La gente se mueve con un propósito claro, ya sea practicando escalada, caminando o interactuando con los equipos disponibles.

El espacio del colectivo de escalada deportiva puede ser entendido como una heterotopía en el sentido que propone Foucault (1978), donde estos lugares funcionan como "espacios otros" que existen fuera de los lugares ordinarios, pero son localizables. En este contexto, el colectivo de escalada deportiva se convierte en un espacio alternativo de socialización y acción colectiva que reconfigura las relaciones sociales y territoriales. Siguiendo la lógica de las heterotopías fabriles, este espacio surge de la transformación adaptativa de una vieja usina eléctrica, ejemplificando cómo las estructuras industriales pueden adquirir nuevos significados y usos sociales inclusivos (Álvarez-Pedrosian & Fagundez-D'Anello, 2019).

En este sentido, el colectivo de escalada revaloriza y resignifica la espacialidad como un lugar de encuentro y cooperación, donde se promueven valores de solidaridad y autonomía. De acuerdo con Lefebvre (1978), el espacio se produce socialmente, y en este caso, la práctica de la escalada transforma la antigua usina en un lugar de resistencia contra las dinámicas excluyentes del urbanismo capitalista. La teoría de los ensamblajes de De Landa (2021), también aplicable aquí, nos permite ver este espacio como una configuración dinámica de relaciones entre humanos y no humanos, donde las prácticas deportivas, sociales y culturales se entrelazan para crear nuevas formas de habitar y experimentar la ciudad y la espacialidad.

Además, desde una perspectiva ecosófica, este espacio promueve una interacción equilibrada entre los aspectos ambientales, sociales y subjetivos, fomentando una ecología del cuidado que se contrapone a las lógicas extractivistas y de consumo (Guattari, 1996). Este enfoque integrador resalta la importancia de crear y sostener espacios que ofrezcan actividades recreativas, y nutran las redes sociales y promuevan prácticas sostenibles y de cuidado mutuo, alineándose con las propuestas de Guattari y Rolnik (2006) sobre la producción deseante política. Por tanto, el colectivo de escalada se erige como un modelo de espacio heterotópico que desafía las normativas urbanas tradicionales, ofreciendo una alternativa inclusiva y cuidada en esta zona gris de abandonos de edificios de épocas fabriles.

Finalizando esta narrativa etnográfica, cabe mencionar que este fue el primer caso que estudié en profundidad. Un dato a considerar es que la adjudicación de este edificio al colectivo de escaladores fue por 17 años, desde el 2013. No se sabe a ciencia cierta cuál será el devenir del proyecto, pero lo que sí sabemos es que ha marcado un camino de iniciativa e innovación creativa muy relevante y que esta historia merece hacerse visible en la comunidad académica.

4.3. La vieja Farmacia Solís: arte-técnica de lugar

A medida que avanzábamos por Avenida Agraciada, la monotonía de la arquitectura y el ambiente urbano parecía envolvernos. Edificios desgastados, algunos con las huellas del paso del tiempo marcadas en su estructura y otros simplemente olvidados por sus habitantes y por la ciudad misma. En este paisaje, la ex central Calcagno destacaba como un recordatorio de tiempos pasados, ahora reconvertida en un espacio para los amantes de la escalada deportiva como expuse antes.

Una de las tardes de observación, acompañado por un grupo de estudiantes de psicología, caminábamos entre debates y risas cuando un sitio en particular rompió con la estética del entorno. A diferencia de sus vecinos, este edificio parecía tener una vida diferente. A pesar de que sus persianas estaban abiertas, no se veía a nadie en su interior, pero sus vitrinas eran un espectáculo en sí mismas: tubos de ensayo se mezclaban con máscaras, creando una estética que parecía sacada de una película de ciencia ficción y arte contemporáneo.

Había pasado por allí en otras ocasiones, siempre a bordo de un ómnibus, observando de reojo, sin detenerme a pensar en su historia. Incluso allá por el 2008 fui a ver un espectáculo teatral en donde un amigo tocaba el bandoneón, aunque no reparé en lo que significaba la espacialidad. Pero esa tarde, con el tiempo y la curiosidad de mi lado, sentí la necesidad de descubrir más. Fue en ese momento cuando, casi como una señal del destino, un hombre emergió de un subsuelo cercano. El aparente vecino resultó ser el célebre escenógrafo uruguayo Osvaldo Reyno, cuyo trabajo fue muy reconocido, local e internacionalmente, en diversas producciones teatrales.

Con cierta timidez, pero impulsado por la curiosidad, me acerqué y le pregunté si sería posible conocer el interior del enigmático edificio. Su respuesta fue tan sorprendente como el lugar mismo: sin dudar, nos invitó a entrar.

El interior del edificio era una continuidad de su fachada: un caleidoscopio de arte, ciencia y misterio. A medida que recorriamos sus salas, Osvaldo nos compartió historias de su carrera, anécdotas de las producciones en las que había trabajado y la inspiración detrás de cada objeto que allí se encontraba.

Aquel encuentro fortuito me permitió descubrir un espacio lleno de significación y creatividad, y también reafirmó mi creencia en la importancia del extrañamiento que habilita a conocer de otra manera lo naturalizado (Álvarez Pedrosian, 2011). En una ciudad en la que el pasado y el presente se entrelazan en cada esquina, es esencial tomarse el tiempo para explorar y conectar con las historias que se esconden detrás de cada puerta.



Figura 21: Fotografía en baja definición del subsuelo de la Vieja Farmacia Solís. En la imagen se ve al propietario y estudiantes de psicología. Foto de estudiante de psicología, septiembre de 2018.

El subsuelo de la Vieja Farmacia Solís es un refugio de historias encapsuladas en decenas de maquetas en miniatura que se dispersan por el espacio. A simple vista, el lugar podría parecer un depósito abarrotado, pero, en realidad, es un archivo vivo de la historia teatral del Río de la Plata y Francia.

La iluminación tenue, apenas interrumpida por el suave resplandor de las lámparas, realza las siluetas de las maquetas, haciendo que cada detalle, cada pieza minuciosamente elaborada, destaque con claridad. Cada maqueta es un mundo en sí misma, representando distintas épocas, estilos y géneros teatrales. Se pueden apreciar desde las más intrincadas representaciones de teatros clásicos hasta visiones abstractas y modernas de piezas contemporáneas.

El escenógrafo, con su pasión y entusiasmo palpables, se desplaza entre ellas, deteniéndose en cada una para compartir una anécdota o para explicar la inspiración detrás de su diseño. Su voz, cargada de nostalgia y orgullo, resuena en el espacio, entrelazándose con el silencio respetuoso del lugar.

A medida que se avanza, es imposible no sentirse abrumado por la magnitud de la obra de este artista. Cada maqueta, con su meticuloso detalle, es el resultado de horas de trabajo, de reflexión y de una profunda conexión con la pieza teatral que representa. Son testimonios tangibles de la evolución del teatro, de los cambios en la escenografía y de las distintas interpretaciones que ha tenido cada obra a lo largo del tiempo.



Figura 22: Fachada de la Vieja Farmacia Solís en un viernes invernal. Foto de autor, julio de 2019.

En la penumbra del crepúsculo, la entrada de la Vieja Farmacia Solís revela detalles que la luz del día a menudo desvanece. Los destellos del último rayo de sol iluminan parcialmente un caballete con una imagen emblemática, presentando un collage de momentos capturados en el tiempo. La Farmacia no es solo un establecimiento: es un guardián de historias.

Las sillas y mesas, colocadas en una disposición que invita a la reflexión, permanecen vacías, como si esperaran la llegada de almas pasadas que alguna vez frecuentaron el lugar. Estas sillas han sido testigo de innumerables conversaciones, esperas, risas y silencios contemplativos.

Los marcos en las vitrinas dan pequeños destellos de lo que hay dentro, como si fueran ventanas a otro tiempo. Cada una de esas imágenes guarda en sí misma una narrativa, un instante congelado de una obra que alguna vez brilló en los escenarios.

El exterior de la farmacia, con su arquitectura clásica y su estructura de madera y cristal, susurra historias del pasado. Las verjas, las sillas y el adoquín bajo los pies de los transeúntes, hablan del legado y de la tradición que la Vieja Farmacia ha cuidado y protegido durante años.

A medida que nos acercamos a las vitrinas, nos preparamos para sumergirnos aún más en este viaje a través de la historia y el arte teatral.

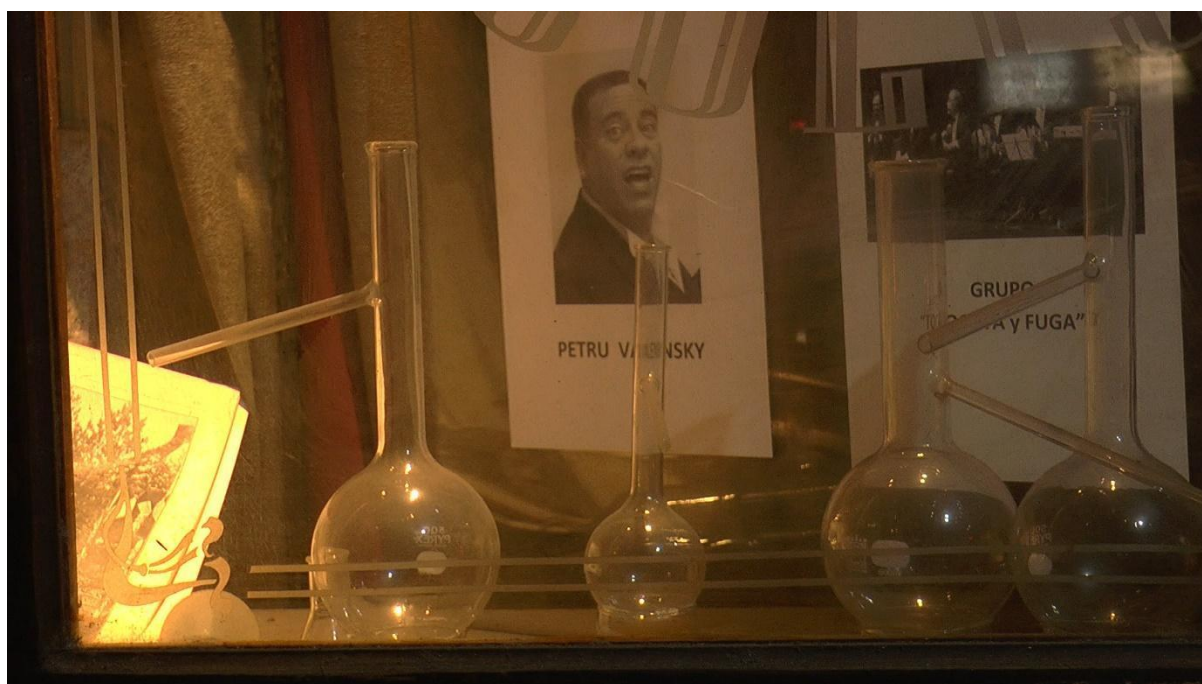


Figura 23: Fotografía de una vitrina de la entrada. Foto de autor, julio de 2019.

Más allá del vidrio de la vitrina, encontramos un microcosmos de historia y cultura. Fotografías en blanco y negro, testimonios de un tiempo pasado, comparten el espacio con frascos y tubos de ensayo, símbolos de la alquimia de la Vieja Farmacia Solís.

Centrando la vista, una imagen resalta: el retrato de Petru Valensky, con su expresión apasionada y vivaz. Su mirada, penetrante y llena de intensidad, nos transporta a un escenario lleno de aplausos y ovaciones que supe sentir una vez que fui a ver su show en 2001.

A su lado, una imagen titulada *Grupo de Juego y Fuga* captura un acto teatral en el que los actores están inmersos en sus roles, evocando emociones y transportando al espectador a un mundo paralelo, creado por la magia del teatro.

Los instrumentos de laboratorio, como testigos mudos, parecen haber guardado la memoria de las droguerías de otros tiempos. Estos frascos, con su diseño antiguo, nos hablan de la ciencia y la medicina, y también de las mezclas y experimentos que han sido esenciales en la creación de obras maestras teatrales. Son un recordatorio de que la farmacia, más allá de ser un lugar de medicinas, ha sido un espacio de encuentro, de intercambio de ideas y de creatividad.

La luz que se filtra por la ventana ilumina suavemente los objetos, creando sombras y reflejos que añaden un aire misterioso y evocador al conjunto. Todo en este espacio parece contar una historia y cada detalle es una invitación a sumergirse en la rica trama del pasado cultural y artístico de la región.

En un momento, cuando yo vine a descargar cosas, salgo, dejé la camioneta afuera para irme y de repente veo un cartel que decía: ¡hoy remate... de la farmacia! Entonces, ¿qué pasa? En un remate judicial tenés que tener un dinero en el bolsillo. Tenés que tener una parte importante de la cifra final. ¿Y qué hace un uruguayo en esa época? Guarda ahorros y ¿dónde los pone? En el Banco República, ¿y dónde los pone? En una caja de ahorro. No soy un tipo que me guste mover plata porque tampoco entiendo mucho. Si la ponía en plazo fijo estaba frito. Entonces cuando abrió el banco a la una, esto empezaba a las dos, estaba yo en primera fila para sacar todos mis ahorros. No para pagar, y para dejar una seña importante. Había que dejar una seña importante en plata, nada de cheques. (Entrevistado referente, abril de 2019)

Mientras nos narraba esta historia, quienes estábamos escuchando teníamos un gran asombro. Nunca se saben las historias que hay detrás de la compra de un inmueble, y este es un ejemplo de historia fantástica, que sigue de la siguiente manera:

Empezó el remate, empezaron a rematar cosas, y ustedes vieron que en los remates de este tipo de propiedades se llaman a los cuervos. ¿Sabés quiénes son los cuervos? Son los tipos que manejan todo Montevideo. Entonces qué hacen los tipos, saben que, en esta zona, que es, Arroyo Seco, tantos metros cuadrados, se paga una propiedad a, por ejemplo, mil dólares el metro cuadrado, vamos a suponer. Si está a menos lo remato. No me importa lo que está adentro. Los tipos no ven propiedades, no ven nada, se sientan en el remate, saben los metros cuadrados de esa propiedad que se remata; no entran. Si sale mil, a quinientos lo remato yo. No me importa. Lo que vale es el metro cuadrado. Esos son los cuervos que van. No me importa adentro, si tiene baño, si no, nada. Nada. Van a comprar porque es una inversión. Entonces empezó el remate, nadie sabía lo que había adentro y si sabían igual lo iban a tirar abajo porque son gente que no entendía el asunto histórico de todo esto. Vamos a suponer que venía uno de ellos y también, no le interesaba esta mugre... yo creo

que también, no ayudaba eso. Y bueno, se empezó a rematar y los cuervos estaban ahí, yo di una cifra que me parecía importante. Y los cuervos empezaron a comerse entre sí. Quedó el último, y hay un lindo cuento del tipo de enfrente. Viste que al frente hay un tipo que tiene empresa de coches. Vende repuestos de coches, muy importante, compró el banco, es un tipo que tiene mucho poderío económico, el de enfrente. Entonces se estaba rematando, quedaba el último cuervo y empecé yo. A tratar con el último cuervo que quedaba, tra, tra,, y otro atrás quedaba. Y empezamos tanto, tanto, tanto... Quién da más. ¿Ustedes nunca fueron a un remate? Una cosa muy emocionante. Yo soy medio vicioso. Soy el drogadicto del remate. hay cosas que remato, que a veces no me sirven para nada y las remato igual. Y remate y ta y ta y después el cuervo quedó y un tipo atrás, que no sabía quién era empezó, también empezó. “¡Ah, miércoles!”, dije yo. Y de repente siento unos pasos, que era de piso de madera, y siento una voz que me dice: ¿Tú sos la persona que tiene el sótano de este local? Le digo sí, casi sin mirarlo al tipo. Sí, ¿por qué? Ah, bueno, entonces te lo dejo. Y me dejó en la cifra mía, porque él es muy poderoso a nivel económico. Estuvo bárbaro. Porque es un tipo muy poderoso. Él es un tipo que se compró el banco de al lado, se compró casi toda la manzana. Ese es un cuento muy lindo. Yo soy muy del destino, y me encantó. Me gustan ese tipo de cosas. (Entrevistado referente, abril de 2019)

El relato ofrece un profundo vistazo a las complejidades socioeconómicas y culturales que subyacen en el proceso de remate en Uruguay. A través de la experiencia narrada por el entrevistado, se desentrañan múltiples capas de interacción y comprensión sobre la economía y las normas sociales asociadas al remate. La introducción de la figura del “cuervo” revela tensiones entre diferentes actores económicos en el espacio urbano de Montevideo. Los cuervos, descritos como individuos que dominan el mercado inmobiliario y que se guían estrictamente por cálculos económicos, contrastan con aquellos, como el entrevistado, que ven un valor intrínseco y sentimental en las propiedades. La decisión de los cuervos de no entrar y examinar las propiedades antes de un remate, basándose únicamente en el valor por metro cuadrado, resalta una deshumanización y mercantilización del espacio opuestas al enfoque sentimental del entrevistado.

El clímax del relato, donde un poderoso empresario cede el remate al entrevistado por razones aparentemente sentimentales, sugiere que, a pesar de la lógica capitalista dominante, aún existen interacciones humanas que trascienden el mero cálculo económico. El reconocimiento del empresario hacia el entrevistado y su proyecto, junto con la descripción del entrevistado

como “lleno de pintura” y trabajando en una escenografía, apuntan a un respeto subyacente hacia el arte y la cultura, incluso en un entorno dominado por el comercio.

Me resultó interesante la reflexión del entrevistado sobre el destino y su apreciación por el inesperado giro de los eventos que resalta la importancia de las creencias individuales y la percepción del destino en la vida cotidiana. En conjunto, este relato ofrece una rica pieza de interpretaciones y reflexiones sobre la cultura, la economía y las interacciones humanas en el contexto urbano de Montevideo.

La producción narrativa que Osvaldo produce es como una pieza más ensamblada a la escenografía que creó. Un espacio así merece ese tipo de historia fantástica, La forma en la que la relata es para una escena teatral que ojalá la pueda realizar algún día. En este texto aparece como una pieza ensamblada en una narrativa potente sobre un espacio híbrido y productor de multiplicidad de afectaciones que hoy las puedo comprender mejor que aquella vez que solo fui a ver teatro.



Figura 24: Imagen panorámica del interior de la Vieja Farmacia Solís. Foto de autor, julio de 2019.

El interior de la Vieja Farmacia Solís es verdaderamente una obra de arte. A primera vista, parece que uno ingresara en una cápsula del tiempo pero ese ensamblaje espacial funciona en un presente vivo (Deleuze, 2011). Las estanterías de madera oscura repletas de frascos y

botellas evocan una época en la que las farmacias eran un epicentro de conocimientos y descubrimientos, con cada frasco conteniendo un misterio en sí mismo. El uso de mesas y sillas añade una dimensión adicional al espacio, transformando lo que una vez fue una simple farmacia en un lugar de reunión y contemplación. Es fácil imaginar a los visitantes sentados en estas mesas, rodeados de la historia y la cultura, sumergiéndose en conversaciones profundas o simplemente disfrutando del ambiente.

Osvaldo Reyno ha hecho un trabajo magistral al combinar elementos de una farmacia tradicional con toques teatrales. Las lámparas colgantes con imágenes pintadas, junto con la escalera que conduce a un nivel superior, aportan un aire de drama y misterio al lugar. Es como si quisiera que los visitantes se sintieran parte de una obra de teatro, donde la farmacia es el escenario y ellos son los actores.

Este híbrido entre farmacia y teatro propone una fusión de la ciencia y el arte. Por un lado, las farmacias de época estaban asociadas al descubrimiento y la curación, mientras que el teatro está relacionado con la expresión y la emoción. Juntos, crean un espacio único en el que la historia, la cultura, la ciencia y el arte se entrelazan de manera armoniosa. Es un lugar donde coexisten la farmacia y el teatro, donde los visitantes pueden perderse a la propuesta que creó Osvaldo, sintiéndose envueltos en la historia y la emoción que se ha impregnado en cada rincón del espacio.

La farmacia tenía una estructura buena, que le faltaba todo un toque de atracción, ¿verdad? Le faltaba atracción. Vos ves las entradas y me decís: ¿es esta la entrada? No, esas son puertas antiguas que compré en el remate, y hago como si yo continúe más o menos lo que era el diseño de la vieja farmacia, que a lo mejor lo hizo o un arquitecto o un diseñador de esa época. Yo empecé a elaborar, no colocando cosas de ahora, y colocando cosas de la época, como las entradas que se ven ahora. Son puertas que las compré en el remate, del 1900. Tú ves toda esa estructura. Entonces, eso lo fui acomodando. Como mi visión era que la gente entre a esta farmacia, pero que se divierta algo, es decir, estoy en una época más que a la gente le encanta divertirse viendo un espectáculo, entonces ahí comenzó la historia, y empecé a preparar. Tú ves cosas acá que no son cosas propiamente de la farmacia, como frascos, porque realmente estaba totalmente vacío, entonces armé con libros, con frascos de la época, una estructura de estanterías como una ilusión que la gente entre y realmente vea: ¡ah!... ¿Esto era de esa época, verdad?... Hice como una escenografía, pero real, ¿no? Digo, con elementos existentes de la época puse una estructura dentro de la farmacia. Más las mesas, las sillas son del Teatro Circular, que son de la época, y eran del Ateneo de Montevideo que también tiene más de cien años, y

también mantuve esa estructura. No hice un teatro. En mi época se llamaba el “Café Concert”. Eran con mesitas, la gente se sentaba, tomaba algo y se divertía. Esa es la Vieja Farmacia Solís, y le puse Vieja Farmacia Solís porque realmente la palabra vieja es un poco de mi época, no como ahora que se usa otro tipo de estructura para tener un nombre, ¿no? Y ahí comenzó toda la historia. (Entrevistado referente, junio de 2018)

La transformación de la Farmacia es una danza meticulosa entre lo que fue y lo que ahora es. Una heterocronía al decir de Foucault (1978), donde cada rincón del lugar parece contar historias superpuestas, donde las puertas de remate del 1900 conviven con la estructura actual, como si estuvieran en una constante conversación. Los elementos antiguos no son meros adornos: son testigos silenciosos que, aunque pertenecen a otra época, encuentran su lugar en el presente, aportando al espacio una sensación de continuidad y fluidez.

Esta renovación restaura lo antiguo y añade nuevas capas a la narrativa del espacio. Los frascos y los libros, aunque llegaron desde otras procedencias, se integran a la atmósfera del lugar y producen una sensación de continuidad material. La yuxtaposición de elementos dispares, desde las mesas y sillas del Teatro Circular hasta las puertas de remate, crea una atmósfera que fundamenta su ontología procesual en una heterotopía estética (Rincón Caballero, 2023).

La sensación es de entrar en un espacio que, aunque claramente anclado en el presente, está impregnado de un tiempo eterno. Las distintas épocas no se suceden de manera lineal, y coexisten, permitiendo a los visitantes sentirse como si estuvieran flotando en una corriente temporal que abarca tanto el pasado como el presente.

El propietario, al re-imaginar el espacio, ha creado un lugar donde los visitantes observan, y participan en la experiencia. No es simplemente un lugar para contemplar, y un espacio para vivir y sentir. Al entrar, uno ve una farmacia o un teatro, y se sumerge en un ambiente donde el juego, la curiosidad y la nostalgia se entrelazan de manera inextricable. Es una invitación a dejar de lado las expectativas y a sumergirse en un viaje a través de las capas superpuestas de historia, imaginación y emoción.

Yo soy escenógrafo, un tramposo escenógrafo. ¿Qué hacen los escenógrafos? Hacen trampa. Hacen que vos te ilusiones con la mentira, es decir, tú vas a un escenario y decís: ¡mirá que linda puerta que hay ahí! Y a lo mejor es de papel, y vos crees que es de verdad, y es de mentira. (Entrevistado, agosto de 2018)

El creador de la nueva Farmacia Solís se autodefine como un ilusionista de espacios, cuya habilidad reside en tejer la realidad con hilos de ficción. La “trampa” de la que habla se

convierte en una habilidad para engañar amablemente al ojo y al pensamiento, invitando a los visitantes a creer en una continuidad del pasado que se entrelaza sutilmente con el presente.

La escenografía, tal como se describe en la entrevista, es un arte de engaño y creación de ilusiones. Este enfoque en el engaño y la manipulación de percepciones resuena con las ideas presentadas por Corsín Jiménez y Nahum-Claudel (2019) sobre las trampas. Según los autores, las trampas conectan depredador y presa, y también mente y materialidad, tecnología y paisaje. En la escenografía, la materialidad se manipula para crear una ilusión convincente que transforma la percepción del espectador. Los autores destacan cómo las trampas ensamblan cuerpos, prácticas de conocimiento, materiales y entornos en encuentros transformadores con una fuerza emotiva y moral debido a su agencia letal. De manera similar, la escenografía utiliza materiales y técnicas para ensamblar una realidad ficticia que tiene un impacto emocional en la audiencia. La puerta de papel en el escenario, aunque es una ilusión, afecta la experiencia del espectador de manera tangible. La escenografía, por lo tanto, no es solo un arte de la apariencia, y una práctica compleja que implica un profundo entendimiento de la percepción humana y la capacidad de transformar materialidades ordinarias en experiencias extraordinarias. Este análisis subraya la importancia de la escenografía como una práctica que, al igual que las trampas, implica un dominio sobre la manipulación de la realidad y la creación de significados a través de la interacción de materiales, tecnología y percepción.

Dentro de sus paredes, cada objeto y cada rincón han sido escogidos y dispuestos con la precisión de un relojero de la historia, para sugerir una narrativa que podría haber sido. Las puertas que parecen haber visto el cambio de siglos son, en realidad, adquisiciones más recientes que asumen el papel de veteranas con gracia. Los frascos, lejos de contener remedios de antaño, están llenos de evocaciones y sugerencias.

Aquí, el tiempo parece plegarse sobre sí mismo, creando capas donde lo nuevo y lo viejo, lo auténtico y lo reproducido se superponen en un collage tangible. En este teatro de lo cotidiano, la realidad se viste de escenario y lo inanimado cobra vida, narrando historias sin pronunciar palabra. La confesión del escenógrafo sobre su arte de la ilusión no hace y profundizar la apreciación de su obra, una invitación abierta a explorar los límites entre lo que fue, lo que es y lo que podría haber sido. Cada paso dentro de este lugar es un baile entre sombras y luces, entre lo tangible y lo imaginado, un juego donde el cambio y la estabilidad son los eternos compañeros de baile.



Figura 25: Imagen interior de la Vieja Farmacia Solís. Su escalera desgastada de décadas de uso. Foto de autor, julio de 2018.

La Vieja Farmacia Solís se revela como un palimpsesto de temporalidades y azares, una convergencia entre la nostalgia y el presente viviente (Gravano, 2017). Aquí, cada rincón narra una historia silenciosa, un susurro del pasado que aún palpita al ritmo del presente. Las escaleras, gastadas por la constante marcha del tiempo, las botellas que una vez fueron el cenit de celebraciones ya olvidadas y los tapices que han capturado los ecos de innumerables aplausos, son fragmentos de historias personales y colectivas entrelazadas. El piano, teñido de memorias de la actriz a la que perteneció, y los artefactos donados por aquellos cuyas vidas han sido dedicadas a la ciencia y la curación, son las piezas de un rompecabezas que nunca se completa del todo.

En este espacio, los espectáculos son íntimos, reflejo de la simplicidad y la cercanía que se prioriza sobre la grandiosidad técnica. No es un lugar que busca ser más que lo que es: un teatro donde se puede disfrutar de la narrativa artística y la convivencia, un oasis nocturno de cultura. Cada función es un acto de amor por el arte, un *hobby* tomado con la seriedad de una vocación, compartido y gestionado por dos almas comprometidas con mantener viva la chispa creativa.

La Vieja Farmacia Solís, entonces, no es un mero recinto físico, y un escenario perpetuo donde la ilusión forma parte de la realidad tangible, donde la trama de la vida cotidiana se enriquece con la trama de la ficción escenográfica, y donde cada visita es un viaje por los recovecos del

tiempo, a través de los cuales el escenógrafo, nos invita a cuestionar nuestras percepciones y a encontrar, entre las sombras de lo antiguo y la luz de lo contemporáneo, un refugio para el espíritu.

4.4. Barrio Cívicos: memorias de oportunidades y presente de necesidades

Al sumergirnos en la realidad del barrio Cívicos emerge un contraste profundo, un escenario donde la promesa de urbanidad se entrelaza con la persistente presencia de la marginalidad. Aquí, las estructuras que alguna vez simbolizaron el avance de la modernidad industrial se enfrentan al abandono y la promesa del progreso batllista se ve socavada por la resiliente anatomía de la pobreza. Este es un espacio donde la textura de lo urbano se deshilacha en los bordes, revelando una trama más compleja y problemática.

Las casas del barrio, un mosaico de materiales y esperanzas, cuentan historias de creatividad y adaptación, y también de la urgencia que brota de la necesidad. Los habitantes de Cívicos, en su lucha diaria por la subsistencia, desafían la narrativa de una ciudad que avanza, y sus voces, a menudo ahogadas por el rugido del tren cercano, exigen ser escuchadas.

La calle José Nasazzi no es solo un camino que conecta dos puntos geográficos, y una línea divisoria entre mundos contrastantes, un recordatorio de la segregación socioespacial que se extiende como una sombra a través de Montevideo. La proximidad del barrio a la infraestructura de Mercedes-Benz y las vías de AFE se convierte en una ironía espacial, una proximidad a la industria y al desarrollo que, a la vez, parece estar tan lejos para aquellos cuya existencia se despliega en la periferia de la inclusión económica.

Esta parada etnográfica implicó una indagación crítica en las dinámicas de desigualdad y resistencia. Cada ensamblaje material y social en Cívicos muestra la lucha contra las narrativas de olvido, contra las fuerzas que relegan a sus habitantes a un estado de invisibilidad dentro del espejismo urbano.

A través de este prisma crítico, el barrio Cívicos se nos presenta no como un escenario estático de vida urbana, y como un campo de batalla donde se lucha por la dignidad, la visibilidad y el reconocimiento. El desafío que me propuse para este caso fue profundizar en la comprensión de estas dinámicas, para registrar las realidades de la marginalidad, y para contribuir a la articulación de caminos hacia la transformación y la equidad. Para eso, decidimos dialogar con

dos interlocutores/as diferentes: un operador social de una organización no gubernamental en convenio con el Ministerio de Desarrollo Social, y una habitante que decidió, mediante acuerdo colectivo, narrar su punto de vista sobre lo que significa habitar el barrio.

Según me han contado, a este barrio han llegado, desde los años 60 migrantes del interior del país, trabajadores y trabajadoras pobres, que no tienen acceso a una vivienda por las vías formales en Montevideo y originan ese asentamiento [...] llevan viviendo en el mismo lugar bastantes años. La actual problemática es que el asentamiento territorialmente ha dado todo lo que puede de sí, no puede crecer hacia ningún lugar, pero las familias han ido creciendo, han ido la gente cumpliendo años, teniendo sus parejas y están bloqueados. (Entrevista a operador social, 24 de julio de 2018).

Este asentamiento, que emergió como un refugio para los trabajadores y trabajadoras pobres que la metrópolis rechazaba, se ha convertido en un testimonio de la tenacidad humana ante la adversidad. La imposibilidad de acceso a la vivienda formal no detuvo la construcción de hogares en el barrio Cívicos- En su lugar, generó una cartografía de resistencia, una geografía de la persistencia forjada por manos que se negaban a ser invisibilizadas por estructuras económicas excluyentes.

A la vez, la voz del operador social despliega un lienzo más sombrío, destacando un problema crítico: la saturación territorial. El asentamiento, una vez un espacio de posibilidades y crecimiento, ahora parece encerrarse en sí mismo, limitado por barreras invisibles, pero palpables. Las familias han crecido, extendiéndose en ramas y raíces que buscan espacio para florecer, pero encuentran un suelo ya agotado, un terreno que no puede expandirse más allá de sus límites actuales.

En esta problemática, la temporalidad se convierte en un elemento crucial. El paso del tiempo, marcado por el envejecimiento de sus habitantes y la llegada de nuevas generaciones, se ha vuelto un enemigo invisible. Los jóvenes buscan horizontes y oportunidades en un lugar que no puede ofrecer más de lo que ya ha dado, y las parejas que buscan construir sus futuros se encuentran con un espacio físico y socialmente bloqueado.

Como verás, este barrio está arriba de dos calles. Y sobre la vereda y parte de la calle se construyeron las viviendas. En otra época, la gente donaba materiales y las hicimos de ladrillos. En los noventa, Tabaré nos puso saneamiento. Pero las familias siguen creciendo... Quisimos construir para arriba, pero nos dijeron que había peligro de derrumbe. Para los costados no pudimos ir. En la parte de los trenes nos pusieron un muro para que no construyamos ahí. Acá hay casas que viven hasta seis familias juntas. Hay

gente que te digo que vive en una casa que tiene un cuarto y un baño, y ahí viven dos o tres familias. (Entrevista a habitante de Cívicos, septiembre de 2018)

La situación descrita refleja un panorama de estancamiento espacial y expansión demográfica, un escenario donde la geografía y la arquitectura se entrelazan con historias de vida en conflicto con el espacio físico disponible. La introducción de servicios básicos en la década de los noventa es un hito que marca un antes y un después en la historia del barrio, un reconocimiento tácito de su existencia y una mejora en la calidad de vida de sus residentes, pero este avance no resuelve la encrucijada fundamental de la densidad poblacional y la inmovilidad territorial.

La realidad de viviendas sobrepobladas, donde varias familias comparten espacios mínimos, es una manifestación de las condiciones materiales que limitan la capacidad de los residentes para reconfigurar su entorno. La prohibición de construir hacia arriba, por temor a derrumbes, y la imposibilidad de expandirse horizontalmente, delimitada por muros que sirven de fronteras infranqueables, evidencian una situación de encierro, físico, y también social y político.

En el entrelazado urbano de Cívicos, cada ladrillo y cada muro narran historias de segregación, y también de las sutiles formas en que los habitantes se apropian y resignifican su espacio. El muro que los separa de las vías del tren, si bien es una imposición física que delimita su geografía, también se convierte en un lienzo de expresiones, en un testigo silencioso de la cotidianidad y las resistencias. Esta estructura, que podría ser vista simplemente como una medida de seguridad, en el día a día de Cívicos adquiere múltiples significados: desde una frontera que encierra hasta un símbolo de los límites a los que se ven enfrentados.

La vida allí, marcada por la densidad poblacional y las viviendas que desafían la verticalidad, refleja una dialéctica constante entre la adaptación y la aspiración. Las dinámicas del espacio albergan cuerpos, y también configuran relaciones, tejen interdependencias y generan un palpitar colectivo que desborda los fundamentos mismos de la arquitectura. La congestión de las viviendas, más que un simple hecho de hacinamiento es el escenario de interacciones que desafían los confines del cemento y el metal. En este teatro de la vida diaria, cada gesto de convivencia, cada arreglo espacial, es una respuesta ingeniosa a la pregunta de cómo cohabitar en la escasez de espacio.

Las historias de Cívicos, narradas a través de las vivencias de sus habitantes, son relatos de adaptación creativa, de lazos que se estrechan por necesidad y convergencia. Las conversaciones que surgen en la sombra del muro, los juegos de los niños que resuenan sobre

el asfalto, las prendas que se mecen en las cuerdas tendidas son testimonios de un espacio vivido y sentido en medio de la lucha constante por sobrevivir en un mundo desigual.



Figura 26: Foto de la intersección de dos calles en medio del barrio Cívicos. Foto de autor, septiembre de 2018.

En la penumbra proyectada por el follaje del árbol central, un mosaico de prendas de vestir danza suavemente al ritmo de una brisa inadvertida. La ropa tendida forma una paleta cromática que contrasta y a la vez complementa las paredes desgastadas de las construcciones que las circundan. La imagen es un testimonio visual de la vida que late en el asentamiento: un lugar donde la vida pública y privada se entrelazan en el exterior compartido, diluyendo los límites convencionales de lo doméstico.

Los residentes se agrupan bajo la sombra, su presencia marcando el pulso de una comunidad que se extiende más allá de los muros de sus hogares. La interacción entre vecinos parece ser tan natural como la sombra que los acoge, un elemento más de un escenario en constante diálogo con sus habitantes. En esta escena cotidiana, el espacio se convierte en actor y espectador: es tanto el lienzo de sus vivencias como un participante activo que acoge, desafía y nutre la vida de la comunidad.

Un perro atraviesa la escena, su figura despreocupada y su movimiento fluido a través del espacio abierto reflejan una sensación de pertenencia y libertad, elementos que, en contraste

con las condiciones materiales del entorno, hablan de una dinámica social que rebasa la materialidad de su entorno.



Figura 27: Virgen en medio de la plaza del barrio. Foto de autor, septiembre de 2018.

La imagen muestra una estructura que, emergiendo de la tierra, con el desgaste propio de la historia y el clima impreso en su superficie, parece ser un altar. En la cima, una figura religiosa se asienta en una suerte de nicho, asemejando ser la guardiana espiritual del lugar. Este santuario improvisado, rodeado por sillas plásticas que insinúan reuniones o vigiliass, se convierte en un faro de fe y ritual. La presencia de lo sagrado en medio de lo ordinario sugiere un refugio espiritual para la comunidad, un punto donde lo trascendental y lo terrenal se encuentran y coexisten.

El contraste entre la iconografía religiosa y la marca comercial de la silla roja adyacente habla de las convergencias culturales, de cómo lo espiritual se entreteje con lo cotidiano y lo comercial. Aquí, en la humilde majestuosidad de un altar a cielo abierto, las historias personales y colectivas se cruzan. La devoción se manifiesta en la disposición y cuidado del lugar y en cómo, incluso en un entorno de recursos limitados, el espacio para lo sacro es preservado y honrado, narrando una faceta de la identidad y las prioridades de la comunidad.

Yo hace 15 años que vivo acá, pero hay gente que vive hace 30 años. Me han hablado y hasta prometido un realojo, sacarnos de acá. El tema es que dicen que si nos sacan de acá nos pueden llevar al Cerro, a Punta de Rieles, y no sé a dónde más. Eso genera varias

discusiones entre la gente. Hay alguna que quiere irse y otra quedarse en el barrio. A mí me pasa que mis hijos van a la escuela y al liceo cerca de acá. Irse sería empezar de nuevo, romper con todo lo que he construido.... Prefiero una vivienda acá. Hay pila de fábricas abandonadas.... Yo he tenido la idea de hacer una cooperativa de viviendas, que nosotros trabajemos, y en uno de esos edificios de la vuelta, incluso vi uno, vivir ahí. (Entrevista a habitante de Cívicos, septiembre de 2018)

Estas palabras reverberan con el peso de una realidad compartida por muchos, en un cruce de caminos entre la esperanza y la incertidumbre. La promesa de un realojo, lejos de ser una solución unánime, se fractura en un espectro de opiniones que reflejan la diversidad de situaciones y vínculos con el barrio. Algunos ven en el cambio una oportunidad, mientras que otros lo consideran una pérdida de raíces, de comunidad, de identidad.

El apego al lugar trasciende el significado físico de los espacios que habitamos. Es una conexión afectiva y emocional, un enlace intrincado de memorias y significados (Berroeta et al., 2017). En las palabras del habitante se percibe la profundidad de esta vinculación: las calles y las estructuras no son simplemente elementos inanimados, y parte integral de una red de experiencias vitales que confieren identidad y sentido de pertenencia. Para los residentes, estos lugares son páginas vivas de una historia personal y colectiva, tejidas a través de interacciones diarias, momentos de alegría, desafíos superados y la solidaridad encontrada en las relaciones de proximidad.

Este vínculo afectivo con el espacio es una poderosa fuerza que informa decisiones y perspectivas. Las propuestas de realojo que no consideran esta dimensión afectiva pueden percibirse como una descontextualización de la vida de las personas, un desarraigo que va más allá del mero cambio físico. El barrio es un mapa de relaciones interpersonales, de rutas trazadas por la rutina, de lugares imbuidos de significado personal: la esquina donde se juega al fútbol, el almacén que conserva las historias del día a día, la escuela y el liceo donde se construyen las trayectorias educativas de los jóvenes. Romper con esto no es simplemente mudarse; es alterar una geografía emocional que define mucho de quiénes son como individuos y como comunidad.

En la propuesta de transformar espacios abandonados en cooperativas de vivienda hay un reconocimiento implícito de este apego al lugar. Es un acto de reivindicación, un intento de reconfigurar el espacio urbano desde las necesidades y deseos de la comunidad, manteniendo viva la memoria colectiva. Esta idea refleja una lucha por la autodeterminación del espacio, por el derecho a construir y reconstruir el entorno en consonancia con la historia y las

aspiraciones de la comunidad. La preservación de estos lazos espaciales y emocionales es crucial, para el bienestar individual, y también para la cohesión social y la identidad colectiva de la comunidad.

Suerte que ahora se vienen los días lindos porque lo que es acá en invierno... Cuando llueve tenemos que tener canoas porque es horrible, esto acá. Filtra agua por atrás de AFE, porque después que pusieron todas estas porquerías se llena de agua ahí atrás. Por culpa de los paredones, se llena de agua porque quedó más bajo el piso, entonces filtra, esto acá es impresionante, parece una cascada, esto acá. Adentro de mi casa entra agua. Tengo que estar sacando con baldes y barriendo y mis hijos los tengo que dejar arriba de la cama. Casi todas las casas que están contra AFE, a todas las casas les entra agua. Empoza el agua, ahí atrás queda hasta acá, sí... El agua porque ya hemos visto queda por acá el agua, eso va todo para las casas de nosotros y el otro problema que hay. Es el tema de los trenes que cuando vienen muy contra, agrietan todas las paredes. Se siente la vibración. A todo el mundo le entra, igual cuando no estaba tampoco el tema de este, tampoco le entraba agua impresionante a la gente. Yo en mi casa tengo la parte del cuarto, tengo una grieta, pero larguísima así, que me llega hasta el piso, casi hasta el techo.... Como yo te decía, en invierno tienen que estar los tres meses arriba de las camas porque no pueden andar en el piso, es todo humedad, es horrible. A veces nos quedamos sin luz por el tema que del viento que mueve los cables. Nos quedamos todos los cables, todos sin luz. La otra vuelta estuvimos todo un día entero hasta el otro día sin luz con los gurises... Acá los tres problemas principales son esos: el agua, el tren y el espacio. (Entrevista a habitante de Cívicos, septiembre de 2018)

La habitante pinta una imagen vívida y sombría de la realidad climática en su asentamiento, una estampa que destila la crudeza de la existencia en la precariedad urbana en la que viven. Los días lluviosos se convierten en una alerta constante, en una batalla que va más allá de la simple incomodidad y que se adentra en el terreno de la supervivencia diaria. Las lluvias traen agua, y también una invasión que altera la vida hogareña, obligando a los residentes a adaptarse a un entorno que no concede tregua.

La construcción de paredones y otras infraestructuras sin un adecuado planeamiento topográfico se vuelve una ironía amarga para quienes residen en sus sombras. En lugar de proteger, estas estructuras exacerban las dificultades, creando un paisaje donde el agua se convierte en un huésped indeseado e intrusivo. Este dilema hídrico, lejos de ser una simple molestia, representa un grave riesgo para la salud y la seguridad, transformando hogares en espacios inseguros y exacerbando la vulnerabilidad de una población ya marginada.

La cercanía a las vías del tren añade otra capa de desafío a su cotidianidad. La vibración constante, que llega a agrietar las paredes, es una metáfora resonante de las tensiones que experimentan: una comunidad constantemente sacudida por las fuerzas externas, luchando por mantener la integridad frente a un mundo en movimiento que parece olvidar la fragilidad de sus construcciones, tanto físicas como emocionales.

En este contexto, el agua que se acumula y la humedad que todo lo penetra no son solo problemas de infraestructura: son agresiones a la dignidad, ataques a la contingencia de lo que significa tener un hogar en ese lugar. La preocupación por la seguridad de sus hijos, relegados a vivir sobre las camas para escapar de la humedad que se adueña del suelo, es un testimonio desgarrador de las condiciones adversas que enfrentan.

La falta de electricidad, otro de los problemas mencionados, se convierte en un símbolo de la precariedad y el aislamiento. La oscuridad impuesta por los cortes de luz es un recordatorio de su posición en el margen de la sociedad, donde la infraestructura y los servicios esenciales son precarios o inexistentes, y donde la incertidumbre sobre cuándo volverá la luz es una metáfora de una incertidumbre mayor en esos días complejos.

Pero lo peor fue una vez en la que estaba en casa y sentí algo como una explosión. Empiezo a escuchar gritos y cuando salgo de casa veo que el muro que da a los ferrocarriles se derrumbó parcialmente en los techos de las casas. La casa de mi hermana era una de ellas. Menos mal que no había nadie en esas casas en ese momento, porque mi hermana trabajaba y yo le cuidaba a los gurises, y la otra vecina lo mismo. Fue porque un vagón se movió y golpeo el muro. Después de eso la empresa levantó el muro y nos ayudó con materiales. Pero igual casi me da un ataque. (Entrevista a habitante de Cívicos, septiembre de 2018)

La vida en la sombra del muro, siempre presente, siempre imponente, se desarrolla con una intensidad que no concede lugar al desánimo. Aquí, las vivencias diarias son moldeadas por la dureza del concreto y el metal, pero también por la vitalidad de sus residentes. El incidente con el vagón y el muro no es solo un suceso aislado: es una ruptura en la cotidianidad que revela la constante presión de un ambiente construido que se impone sobre la dinámica humana del barrio.

Tras el colapso parcial, el actuar colectivo se orientó hacia la reparación y el reforzamiento, de las estructuras físicas afectadas, y también de la red de seguridad que entretejen los vecinos. Esta red se manifiesta en la forma de asistencia inmediata, de la preocupación compartida y la

acción colectiva. En este entorno, la solidaridad es tan esencial para la supervivencia como los mismos muros que delimitan sus hogares.

El muro, aunque reparado, se alza ahora como una barrera, y también como un lienzo en blanco que documenta la fragmentación y los límites. Cada grieta que se sella, cada bloque que se añade, narra una historia de tensión y controversia, de propiedad privada y ocupación. La coexistencia con los elementos de infraestructura se torna en un juego de equilibrios en el que el espacio personal se entrelaza con el comunal y el asentamiento sigue latiendo al ritmo de quienes lo habitan y lo reinventan día a día.

Nosotros preferimos llamarle barrios Cívicos, aunque sé que estamos en Bella Vista. Pero nos confunden con un asentamiento. Y si bien le dicen así la gente de la intendencia, para nosotros, por cómo somos.... Solidarios, acá nadie se droga ni roba, somos todos trabajadores, y los que no tenemos cuidamos a los niños. No es que este todo bien con todo el mundo entre nosotros, pero igual cuando hay que estar nos olvidamos de las diferencias. Eso es lo que creo que nos hace barrio. (Entrevista a habitante de Cívicos, septiembre de 2018)

La expresión “barrio Cívicos” propone un esfuerzo consciente por parte de los habitantes de esta comunidad para redefinir su identidad y distanciarse de la etiqueta de “asentamiento”, que a menudo conlleva connotaciones negativas y hasta estigmatizantes. Esta elección de palabras no es trivial: implica una narrativa propia, una reivindicación de dignidad y cohesión social que va más allá de la infraestructura y la geografía. Aquí, la definición de “barrio” se desprende de las estructuras físicas y se ancla en las cualidades humanas y en la praxis comunitaria.

Esta autoidentificación también es una declaración de valores y prácticas cotidianas que los distinguen. El énfasis en la solidaridad, el trabajo y el cuidado mutuo pinta un cuadro de interdependencia y colaboración. La mención explícita a la ausencia de drogas y delitos y la afirmación de ser trabajadores o cuidadores de niños resalta una ética comunitaria y una responsabilidad colectiva. A la vez, cuando leía la entrevista me preguntaba si esa estigmatización también está presente en los habitantes de Cívicos.

A pesar de las diferencias que puedan surgir, la narrativa indica que hay una disposición a dejar de lado los conflictos internos en favor del bienestar común cuando la situación lo requiere. Esto es especialmente significativo en un contexto donde las adversidades externas podrían fragmentar fácilmente el tejido social. En cambio, en esta comunidad, tales desafíos parecen fortalecer la solidaridad interna y la resiliencia colectiva.

El uso de la frase “eso es lo que creo que nos hace barrio” destaca una reflexión individual que se alinea con un sentimiento colectivo, sugiriendo que el “ser barrio” trasciende las definiciones institucionales o estereotipadas, encontrando su verdadero significado en la vida compartida y en los actos diarios de cooperación y apoyo mutuo.

El operador social también opinó sobre si es un barrio o es otra cosa:

Capurro podría ser un barrio, a esto llamamos micro territorio, donde hay una red asentada donde está todo en un contexto de cercanía de acuerdo, puede tener un radio de 2 km, pongamos, le dé... Circunferencia incluso menos.... Cuando hablamos de macro territorio hablamos de un territorio que comprende más de un barrio, más de una red. Por ejemplo, en ese territorio hay habiendo nodos educativos, múltiples redes para abordar cuestiones de familia, múltiples redes para abordar cuestiones sanitarias, no, es un macro territorio tiene, implica sus particularidades a la hora de desarrollar un servicio que está pensado para la cercanía. (Entrevista a operador social, 24 de julio de 2018)

El operador ofrece una perspectiva técnica sobre la conceptualización de “barrio” que se diferencia de la visión emocional y experiencial de los habitantes. Su enfoque se centra en las estructuras y servicios disponibles dentro de un área determinada, y se vale de la terminología de la planificación urbana y el trabajo social.

Según esta perspectiva, un “micro territorio” es un área geográficamente pequeña que posee una red de servicios y relaciones dentro de una cercanía física que facilita la interacción y el acceso a recursos. Este micro territorio podría ser lo que comúnmente se entiende por barrio: un espacio con límites físicos, y también sociales y funcionales. La referencia a una circunferencia de dos kilómetros o menos sugiere una escala humana de organización espacial, donde las conexiones y el acceso a servicios son relativamente inmediatos y directos.

Por otro lado, el “macro territorio” se describe como una entidad más grande, que abarca múltiples barrios o redes, integrando una variedad de servicios que atienden a necesidades más amplias, como la educación y la salud. La mención de “nodos educativos” y “redes” indica un enfoque más sistémico que contempla diversos puntos de acceso y soporte para la población.

El comentario final sobre la importancia de la cercanía en el desarrollo de servicios revela una prioridad dentro de su trabajo: la accesibilidad y la eficiencia de los servicios en la vida cotidiana de las personas. La cercanía no es solo una medida de distancia física, y también un principio organizativo que busca minimizar las barreras al acceso y maximizar el apoyo comunitario.

Desde esta perspectiva profesional, entonces, la determinación de si un espacio es considerado un barrio no depende únicamente de la autopercepción de sus habitantes, y también de la presencia de una infraestructura y una red de servicios funcionales que permiten a los residentes satisfacer sus necesidades cotidianas y sociales. El análisis sugiere una tensión entre la comprensión vivencial de barrio por parte de los residentes y la interpretación más técnica y operativa del término por parte de los profesionales en el campo del trabajo social y la planificación urbana.

Sin querer generar una verdad sobre este tema, apporto una frase que me inspiró en el momento:

Ciertamente, es importante considerar las críticas realizadas a un amplio espectro de teorías provenientes de las ciencias humanas y sociales que se refugian en un nuevo esencialismo en nombre del arraigo (Choay, 2009). Pues es tan cierto que el barrio es necesario para el desarrollo positivo de la vida en las ciudades como que pueden significar una trampa, un horizonte imposible de superar para las fuerzas que buscan transformar las condiciones imperantes en contextos de precariedad. Por ello, los estudios focalizados en el arraigo encuentran necesario relativizar las prácticas y sentidos que a un mismo tiempo se identifican con un lugar en concreto, para reencontrar el valor en aquello mismo que es naturalizado, paradójicamente: las dinámicas que hacen particularmente sinergia cuando esto sucede, los efectos de la alta movilidad en la identidad de lugar y las diversas escalas en juego, las formas de la memoria en la tendencia cultural a la inmaterialidad, las prácticas discursivas y otras formas narrativas según medios y soportes diferenciales (Manzo y Devine-Wright, 2014). Reconociendo lo contingente en lo barrial es que podemos valorar la creatividad de sus habitantes, las maneras de participar y ejercer la ciudadanía, las prácticas expresivas de subjetividades y variadas entidades ensambladas en frágiles y delicadas composiciones territoriales, las cuales hacen posible dotar de formas inteligibles al habitar urbano en nuestras ciudades y en otras configuraciones híbridas de espacio-temporalidades en devenir. (Álvarez Pedrosian et al., 2019, p. 177)

La cita presenta una visión crítica y reflexiva sobre la conceptualización del barrio en la esfera de las ciencias sociales y humanas. Se alerta sobre un “nuevo esencialismo” que podría surgir al enfatizar en exceso el concepto de arraigo y las identidades fijas asociadas a un lugar determinado. Esta postura se opone a una visión estática del espacio y promueve un entendimiento más dinámico y flexible de la territorialidad barrial. La cita reconoce el valor y la importancia de los barrios en la construcción de la vida urbana, pero, al mismo tiempo, señala que una adherencia estricta a la territorialidad puede convertirse en una limitación para las comunidades que buscan superar las condiciones de precariedad. Se argumenta que es vital

mantener una perspectiva crítica y abierta que permita observar tanto las prácticas y significados asociados con un lugar concreto como las fuerzas dinámicas que permiten y promueven el cambio y la evolución en los barrios. El texto menciona varios elementos que contribuyen a una comprensión más rica de lo que significa vivir en un barrio: la sinergia particular que emerge de ciertas dinámicas, el impacto de la movilidad en la identidad de un lugar, las escalas múltiples en juego, las formas en que la memoria y la cultura se manifiestan en la era de lo inmaterial, y las prácticas discursivas y narrativas que se expresan de formas diversas en distintos medios y contextos. Esto sugiere que, más allá de los límites físicos y las infraestructuras de los barrios, existen capas complejas de relaciones, historias e identidades que configuran la experiencia de vivir en ellos. Reconocer y valorar estas dimensiones contingentes del espacio barrial permite apreciar la creatividad de sus habitantes, sus formas de participación y ciudadanía, y la expresión de subjetividades variadas y entidades que coexisten y forman composiciones territoriales frágiles y delicadas.

La forma de nominarse como un barrio es un acto pragmático que propone un modo de hacer comunidad. Esto lo puedo ver en la siguiente expresión de una de las habitantes:

Yo no trabajo... Los compañeros de nosotros trabajan y a veces uno no hay trabajo, son trabajos que son medios... Teníamos que ir a la panadería a buscar los bizcochos, cuando querés acordar tres y pico agarrábamos hacíamos la leche, los gurises llegaban a las cuatro y algo y ya tenían la leche... Un día hacíamos yo y la X la leche, torta frita y después... Al otro día iban dos madres, otras dos madres, nos turnábamos. (Entrevista a habitante de Cívicos, septiembre de 2018)

La dinámica descrita por la habitante dibuja una comunidad que teje su cohesión social a través de las interacciones cotidianas, y también por medio de la solidaridad y la reciprocidad. La ausencia de empleo formal no se convierte en un obstáculo insuperable, y en un estímulo para la innovación social y la autogestión. Estas prácticas cotidianas de colaboración, como el reparto de tareas para alimentar a los niños del barrio, son manifestaciones de una economía de cuidados que desafía las nociones convencionales de productividad y trabajo.

En este contexto, la solidaridad se materializa en acciones concretas: la recolección de alimentos, la preparación de meriendas y la organización rotativa entre los padres. La cooperación se convierte en una herramienta de resistencia contra la precariedad económica y un medio para afirmar la identidad colectiva. Estas interacciones cotidianas, aunque pequeñas en escala, contribuyen a la construcción de un sentido de pertenencia y un espacio de dignidad

y reconocimiento mutuo que trasciende las definiciones geográficas o administrativas de un barrio.

La narración nos invita a pensar que la vida comunitaria que llevan adelante está atravesada por apoyo mutuo, el bienestar colectivo y el cuidado. La alimentación de los niños, más allá de ser una necesidad básica, se convierte en un acto simbólico de cuidado intergeneracional que cimenta las bases para una continuidad cultural y la transmisión de valores comunitarios. Estas actividades cotidianas de cuidado son, en sí mismas, un acto de afirmación de la vida en un entorno a menudo marcado por la inestabilidad y la incertidumbre, y muestran un microcosmos de lo que podría ser una sociedad más empática y solidaria.



Figura 28: Foto panorámica de la entrada al barrio Cívicos en su calle principal. Del lado derecho el muro que separa la calle de la fábrica de autos. Foto de autor, junio de 2018.

El muro que se erige en esta fotografía, junto con las viviendas precarias y la ropa tendida que le acompaña, es un símbolo tangible de los límites y las divisiones, pero también de las interconexiones y las superposiciones que caracterizan la vida en la bahía de Montevideo. La historia de este lugar y de su gente no se puede dividir en capítulos cerrados o resumir en una única narrativa: es más bien una serie de relatos entrelazados que revelan la complejidad de la experiencia urbana.

Las prácticas cotidianas de sus habitantes hablan de la supervivencia y de la resistencia ante la inestabilidad laboral y económica; también cuentan historias de adaptación creativa y de comunidad forjada en la necesidad y en la espontaneidad. La economía de trueque, el apoyo mutuo en el cuidado de los niños y el intercambio de servicios y bienes no son meros actos de subsistencia, y manifestaciones de una estructura social que opera con sus propias reglas y que, a menudo, desafía las normativas y expectativas externas.

Este paisaje urbano, con sus calles que sirven como pasillos de la vida comunitaria, nos desafía a considerar cómo las condiciones materiales y las realidades socioeconómicas dan forma a las prácticas cotidianas y a la percepción del espacio. No es suficiente con contemplar este muro como una barrera física: se impone la necesidad de entenderlo como parte de un entorno vital que los habitantes del barrio han hecho suyo a través de actos de apropiación y significación.

Este capítulo podría cerrarse, pero el diálogo sobre la vida entre la vía de tren y la bahía se mantiene abierto, persistente como el paso de las personas a lo largo de este muro: ¿Cómo se tejen y se viven las identidades en un lugar donde la improvisación se encuentra con la necesidad y la memoria colectiva se construye en capas, al igual que las ropas que se secan al sol? Pudimos captar algún trazo o textura de las prácticas. A la vez, el día a día ofrece desafíos que solo conocen sus habitantes.

4.5. Etnografía en la territorialidad barrial de Capurro.

4.5.1: Historizando la barrialidad.

No siempre el amor es más fuerte, menos aún si la acción humano-capitalista se centra más en sus intereses económicos y de explotación que en el cuidado de la ecología de la ciudad de Montevideo. Esta relación fue tóxica, sádica y hasta abusiva, diría. Es por eso que considero relevante mostrar otro de los pliegues que componen la ecología urbana al este de la bahía de Montevideo desde una perspectiva histórica crítica.

Este lugar pasó por diversos usos militares durante las batallas por la independencia, en 1830, que finalmente dieran lugar al Estado Uruguayo.

Entre los años 1840 y 1870, la propiedad de esta zona pasa a manos de Juan Bautista Capurro. Según varios documentos históricos, Capurro era un marinero mercante. Tras decidir retirarse de la navegación, se estableció en Montevideo y adquirió un terreno que coincidía con el lugar donde estuvo el caserío de la empresa Filipinas. Existen discrepancias sobre su lugar de

nacimiento: algunos afirman que nació en Génova, mientras que otros sugieren que fue en Montevideo, alrededor de 1790. A la vez, se sabe que vivía en la Ciudad Vieja, y que hacia mediados del siglo XIX adquirió ese terreno para construir lo que se conoció como La Meca. Esta propiedad consistía en una finca junto a un parque verde lleno de árboles que se extendía hasta la bahía. No está claro si este espacio era su finca principal o una estancia, pero tras la muerte de Juan Bautista Capurro en 1872, su familia heredó la propiedad, y sus hijos varones continuaron la explotación y comercialización de sus recursos naturales.

El primer mapa que muestra la figura, a escala de la bahía de Montevideo y el estuario del Río de la Plata, representa los lugares donde se llevó a cabo el desembarco de personas esclavizadas. Según los datos históricos, el comercio de esclavos comenzó en 1751, pero en 1767 se produjo una migración hacia las afueras de la ciudad debido a la propagación de enfermedades. A la vez, esto no fue suficiente y, a raíz de discusiones en el Cabildo de Montevideo, se solicitó y decretó en 1785 la construcción de una finca al norte de la bahía como centro de cuarentena para las personas esclavizadas. Esta se ubicó a unos diez kilómetros de los límites de la ciudad y fue escenario de numerosas muertes y actos violentos contra aquellos que habían sido arrancados de las tierras del suroeste de África (Borucki, 2006).

Con el fin de no relegar esta historia a una mera anécdota, la Intendencia de Montevideo (IM) y las comunidades afrouruguayas han erigido actualmente un memorial en este espacio de la ciudad. Este proyecto surgió entre 2008 y 2012, cuando un grupo de arqueólogos de la Universidad de la República logró localizar específicamente el lugar, que hasta entonces no estaba claro. Durante las excavaciones, se descubrieron los muros enterrados, se determinaron sus límites y se encontraron algunos objetos de la época (Bracco Boksar et al., 2012). Este hallazgo revitalizó el interés en el tema, en especial porque actualmente, dentro de los límites del muro que estaba enterrado, se encuentran un jardín de infantes, una escuela primaria y algunas viviendas. Luego de que este asentamiento fuera cerrado por decreto de la ciudad, en un parque verde lleno de árboles que se extendía hasta la bahía. No está claro si este espacio era su finca principal o una estancia, pero tras la muerte de Juan Bautista Capurro en 1872, su familia heredó la propiedad y sus hijos varones continuaron la explotación y comercialización de sus recursos naturales.

Por ejemplo, en la porción del terreno que se encontraba hacia el mar, había extensas dunas de arena que se vendieron para la construcción de la expansión de la ciudad de Montevideo. Además, se aprovechó comercialmente el agua potable, que resultó fundamental en épocas de

sequía. A principios del siglo XX, este espacio comenzó a experimentar transformaciones y, aprovechando su belleza natural, se impulsó su desarrollo turístico.

Aunque no se cuenta con una fecha exacta, entre 1900 y 1910 se construyó lo que ahora conocemos como Parque Capurro, una plaza concebida como un parque-hotel frente a las playas de la bahía de Montevideo. Esta construcción se llevó a cabo debido al atractivo que representaba esta zona para bañistas, deportistas y familias de alto poder adquisitivo que disfrutaban de su tiempo libre y descanso en las hermosas aguas de la bahía. La familia Capurro, que también estaba involucrada en un innovador servicio de tranvías, explotó turísticamente esta área de la ciudad en pleno crecimiento.

Durante el breve verano de la década de 1910 y principios de la década de 1920, esta iniciativa se consolidó y hubo un aumento en el flujo de personas que visitaban tanto este espacio turístico como la playa de Pocitos, en la ribera del Río de la Plata. En las fotografías que se presentan a continuación se puede apreciar la afluencia de personas, la arquitectura del lugar y las actividades que se desarrollaban allí.

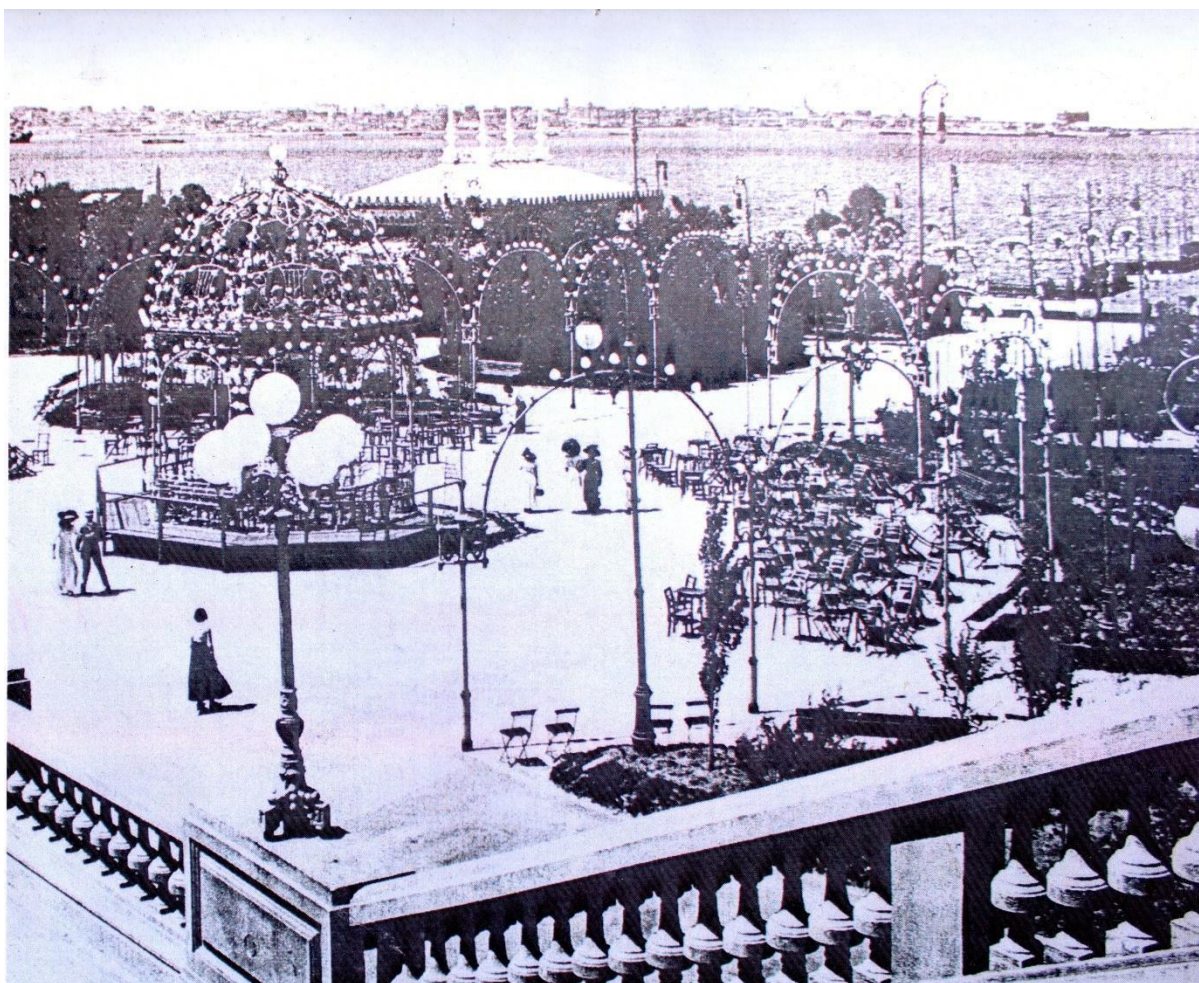


Figura 28 Fotografía del Parque Capurro en la década de 1920. Se puede ver la escalinata que da al parque, su conexión con un muelle para la actividad deportiva naval, y al fondo la playa. Fue digitalizada a partir de una imagen cedida por una habitante del Barrio Capurro.

Lo caracterizo como un "corto verano" debido al rápido desarrollo urbano que provocó la expansión de la industria y del puerto hacia el sur de la bahía de Montevideo. Asimismo, se empezaron a establecer una serie de fábricas a lo largo del arroyo Miguelete, que desembocaba en lo que anteriormente era la playa Capurro. Hacia la década de 1930, esta zona de la ciudad perdió su atractivo turístico debido a la creciente contaminación de los afluentes de agua causada por las fábricas. Además, se construyó la refinería de petróleo estatal, ubicada a menos de un kilómetro de la playa y del arroyo. Esto generó una nueva complejidad para la ecología de la zona, ya que la industrialización se produjo en medio del crecimiento urbano. Este conjunto urbano-industrial, compuesto por diversos elementos técnicos y arquitecturas agresivas para la ecología de la zona, provocó una notoria disminución del valor económico del suelo y la pérdida de su atractivo turístico. Estos diferentes componentes, en su relación híbrida, dieron lugar a nuevos modos de habitar el espacio. Un claro ejemplo de esto es el

cambio en la circulación de las clases altas, que buscaban recreación, a cientos de obreros que descendían del tren para trabajar en las fábricas. También se produjo un cambio en el paisaje sonoro, con las bocinas que marcaban las horas de entrada y salida de los trabajadores. En el paisaje visual, comenzaron a verse grandes chimeneas expulsando humo negro. Los olores del mar se transformaron en vientos fétidos que arrastraban carbón quemado, combustibles y otros desechos.

El proceso de deterioro ecológico en la zona de se aceleró a partir de 1930, un siglo después de la independencia de Uruguay. Durante ese siglo, el urbanismo logró aniquilar procesos de miles de años de composición y relaciones entre la vegetación, los animales y otros componentes no humanos. El urbanismo irrumpió violentamente para gobernar las relaciones preexistentes, generando una nueva naturaleza compuesta por elementos tecnológicos creados por los seres humanos. Fue un modo de gobierno autoritario, despótico e incluso tortuoso para el suelo, el mar, los animales, la vegetación, el aire y la capa de ozono. En las siguientes imágenes se puede observar la playa Capurro en 1920 y cómo se encuentra en la actualidad.



Figura 29: Fotografía de la Playa Capurro de la década del 20 del siglo XX. Foto compartida por habitante del Barrio Capurro. Agosto 2021.

A la vez, la mega construcción del Parque Capurro siguió funcionando. Según algunos relatos de añosos/as habitantes de esas inmediaciones, allí se filmaron películas como una versión latina de Los tres Mosqueteros, cantó “el Mago” Carlos Gardel, y la playa era usada por otros habitantes que empezaron a poblar el oeste de Montevideo. Quienes empezaron a habitar estas zonas de la ciudad fueron familias obreras, por la cercanía a los lugares de trabajo. Eso hizo desplegar en las inmediaciones de esta territorialidad varios sindicatos adeptos a estas fábricas u especificidad técnica, lo que generó a una fuerte presencia de la lucha sindical hacia el oeste de la ciudad. Se empezaban a ver muros empapelados con consignas de derechos de la clase obrera y se configuró, en medio de la relacionalidad fabril, la lucha sindical (Fagundez D’Anello, 2021)

En marzo de 2020, antes de la emergencia sanitaria, se presentaron en las escalinatas del Parque Capurro los resultados de una investigación de Ramiro Rodríguez Barilari, quien logró seguir una pista a través del trabajo de Román Fresnedo Siri, arquitecto y fotógrafo fallecido en 1975. El autor investigó sus fotografías y encontró una singular colección que mostraba cómo en la década de 1930 un grupo de mujeres pioneras en el deporte formaron un club deportivo con sede en el parque. Cabe mencionar que este tiene una infraestructura externa y otra interna. Esta última correspondía a la idea del hotel que nunca llegó a funcionar. Según dicen las crónicas, un grupo de mujeres atletas que se autodenominaban como Club Deportivo Femenino Capurro (CDFC) necesitaban un lugar para su sede. Al estar vacío, el gobierno de la ciudad les prestó las instalaciones internas del parque. Este singular descubrimiento hizo ver otro uso que tuvo el lugar, pero también un modo de organización de mujeres atletas que, para la época de conservadurismo patriarcal, era diferente y rupturista. La organización de mujeres funcionó durante varios años de la década del treinta.

Esta breve historización de la transformación urbana de esta parte de la ciudad me generó una serie de interrogaciones preliminares: ¿cómo se transformó el ecosistema del este de la bahía de Montevideo, ya que se detecta en este sector el deterioro y abandono de varias infraestructuras fabriles? Esta pregunta la trabajé en el colectivo que participó del proyecto del Labtee y me motivó a profundizar sobre la multiplicidad de dimensiones que se conectan en los procesos de avance y transformación urbana, pero mi atención estaba puesta en aquellos casos no previsibles y contrarios a lo que se espera por parte de las iniciativas industriales, inmobiliarias y/o estatales en el uso de esas infraestructuras fabriles. También me interesó comprender y dialogar con la bahía, esa territorialidad marítima que fue la razón de la

fundación de la ciudad y guarda muchas historias heroicas y de sufrimiento por el accionar humano.

4.5.2: Llegada al campo y primeras acciones en 2018

En Capurro, el entramado urbano se despliega como un tapiz de texturas diversas y cambiantes. Las calles narran historias de pasos y miradas. Los edificios, con su variado estado de conservación, se erigen como custodios de memorias colectivas, mientras que las vías del tren marcan el pulso constante de un barrio que se resiste a la quietud.

Al llegar a la intersección de Uruguayana y Capurro, la etnografía comienza con la curiosidad de quien se percibe extranjero en su propia tierra (Álvarez Pedrosian, 2009; Deleuze y Guattari, 2002b), explorando la cotidianidad de sus habitantes. Los comercios se adhieren a las vías con una familiaridad que borra las fronteras entre el tránsito y el reposo, entre la vida privada y el bullicio público.

Siguiendo por la arteria principal de Capurro, me encuentro en una encrucijada entre dos mundos: por un lado, los estrechos pasajes que insinúan una intimidad casi defensiva. Por el otro, las amplias avenidas que invitan al encuentro y al intercambio. La escuela y el Parque Capurro, a pesar de las cicatrices de su renovación, emergen como espacios de congregación, promesas de un futuro deseoso de potenciar los vínculos comunitarios.

Desde la elevación del parque, que susurra historias de tiempos pasados, la vista se extiende hasta la bahía, la refinería, el Cerro, el puerto de Montevideo y el estadio de Fénix, un mosaico urbano que se fusiona en el horizonte. Aquí, en este mirador improvisado, se deja ver la interconexión de los ensamblajes urbanos (Farías, 2011), donde cada vista se transforma en un relato y cada relato en un acto de afirmación territorial en múltiples escalas.

Al continuar la marcha hacia Bulevar Artigas, el barrio se revela como un nudo de tránsito, un punto de enlace vital entre diferentes esferas de actividad. La escuela, la plaza, la cancha: fragmentos de vida pública que, en su cercanía física, parecen desafiar las fronteras de su individualidad.

La vivienda aquí es un mosaico: lo antiguo y lo nuevo, lo cuidado y lo deteriorado, coexisten en un diálogo de contrastes. El avance hacia las vías del tren, con sus construcciones más frágiles, narra un proceso de transformación urbana que no se detiene, reflejo de una comunidad que se adapta y se reconfigura en un diálogo constante con su entorno.

La quietud de las calles internas de Capurro, con sus susurros de tranquilidad, se erige en marcado contraste con el bullicio de las avenidas circundantes, narrando un diálogo constante entre el retiro y la exposición. La Rambla Baltasar Brum se extiende como una barrera inadvertida entre el barrio y la bahía, donde la vieja playa ahora está sometida bajo la sombra de residuos plásticos..

Este enclave de diez por diez manzanas, abrazado por el curso serpenteante del Miguelete y las cáscaras vacías de lo que una vez fueron fábricas palpitantes de actividad, custodia dentro de sus confines una herencia de desplazamientos y promesas. Las personas del conventillo Medio Mundo, arrancadas de su antiguo hogar en el Barrio Sur en la década de 1970, siendo relocalizadas en la fábrica Martínez Reina de forma transitoria con promesas de un techo digno resonaron, pero con un eco de tristeza. La realidad es que tardaron más de diez años en cumplir la promesa estatal.

Hoy, los galpones de la textil Campomar, situados estratégicamente en la encrucijada de Uruguayana y bajo la sombra alargada del puente que cruza el Miguelete, ya no aguardan el futuro con ansias. En su lugar, proclaman con orgullo la materialización de las acciones colectivas de habitantes del barrio. Los espacios, transformados por presupuestos participativos, palpitan con la vida de nuevas actividades y proyectos, cada uno un testimonio tangible de la agencia colectiva, de un barrio que ha tomado las riendas de su propia narrativa.

La plaza y el parque lineal enfrentados, que una vez albergaron asentamientos irregulares, ahora se presentan como escenarios de salud y comunidad, donde el deporte y la recreación escriben versos de cohesión y vitalidad. Queda pendiente saber qué fue de las personas que vivieron allí, que no eran muy queridas por quienes pugnaron por hacer el parque lineal.

Capurro, así, se convierte en un crisol de memorias, algunas consagradas en la piedra y el asfalto, otras flotando como gemas preciosas en la profundidad de sus raíces comunitarias. Para esta etnografía, el laberinto de historias y espacios se ofrece como un reto: adentrarse en el rizoma de su existencia, desentrañar los misterios de sus cajones de recuerdos y producir narrativas urbanas, donde cada rostro, cada voz, cada esquina resuena con los ecos de lo que fue y el presente vivo.



Figura 30: Afiche de actividad del Concejo Vecinal 16 del Municipio C. El tema que aparece es “Limpia tu barrio”. Foto compartida por habitante de Capurro, abril de 2018.

La imagen proyectada en la fotografía nos sitúa en el Parque Capurro, pero el mensaje impreso trae a la mente un encuentro que marcó un hito en la memoria colectiva de un barrio ávido de cambio y participación. La convocatoria inicial, con su lema “limpia tu barrio”, prometía ser un estandarte de mejoras comunitarias, un llamado a la acción cívica enfocado en embellecer y cuidar nuestros espacios compartidos. A la vez, la realidad que nos aguardaba era un tejido de conversaciones mucho más complejas y profundas para las veinte personas que participaron de la actividad, todos extraños para mí, y viceversa.

El día de la reunión me encontré en medio de un cruce de ideas que fluían en dirección inesperada. La presunta agenda de mantenimiento barrial se diluyó rápidamente ante el urgente clamor que abordaba la inseguridad. Me impactó la rapidez con la que la temática se desplazó, como si un velo se corriera para revelar la preocupación latente de todos los presentes. Esa noche de junio, los asistentes nos vimos sumergidos en una discusión que desbordaba el mero concepto de limpieza urbana. Opté por mantener el silencio y mantener una escucha activa luego de haberme presentado.

A medida que la charla se desenvolvía, emergían dos corrientes de pensamiento. Por un lado, estaban quienes, impulsados por una visión más reactiva, veían en la severidad y la vigilancia la solución a nuestros dilemas de convivencia. Se llegó a enunciar lo siguiente: “cuando me bajo del ómnibus a las 2, luego de trabajar, prefiero que un policía me pida la cédula antes que

un chorro la billetera”, entre otros comentarios orientados a una visión punitiva y de seguridad. Por otro lado, colectivos como La Cuadra, la Cooperativa Capurro y el Grupo Rojo articulaban una perspectiva de resistencia a la idea de que la inseguridad se combate únicamente con medidas punitivas. Su discurso se alzaba en pos de la educación y la cultura como pilares para una integración social genuina y duradera, ecos que resonaban con mayor armonía en mis propias convicciones, que pensaba de forma silenciosa.

La incomodidad ante el enfoque punitivo me alcanzaba profundamente, resonando contra el telón de fondo de una ley del miedo que se cernía a nivel nacional. La tensión en la cantina era palpable; las voces se elevaban en volumen y en pasión. El debate evidenciaba una comunidad en la encrucijada, debatiendo entre una respuesta impulsiva y una visión de largo alcance asociada a una mirada holística y respetuosa de los derechos humanos.

La foto, con su mensaje inicial, captura la ironía de esa reunión, donde la limpieza se transformó en un símbolo de algo más profundo: la necesidad de purificar no sólo las calles del barrio, y también nuestras políticas de inclusión y seguridad. Así, esta imagen se convierte en un recordatorio gráfico de ese día, de ese debate, y de la continua lucha que se experimenta a escala gubernamental, entre una política punitivista y una mirada compleja sobre los procesos en cómo se produce un acto delictivo, que demanda propuestas educativas, de salud, trabajo y vivienda.

En la segunda reunión vecinal, en julio de 2018, la dinámica del encuentro se vio alterada por la notable ausencia de los colectivos culturales y educativos que habían aportado una rica diversidad de perspectivas en la reunión anterior. La discusión giró una vez más en torno a la acuciante problemática de la inseguridad, reflejando la constante preocupación de los vecinos que aún resonaba en las calles y en los corazones de los habitantes del barrio.

La tensión era palpable cuando una pareja compartió su inquietud acerca de los cambios urbanísticos inminentes, provocados por el anuncio de la reforma del Ferrocarril Central para el traslado de celulosa de la empresa UPM. “Nosotros vivimos ahí y nadie nos censó”, expresaron, plasmando el miedo y la incertidumbre que se cernía sobre la comunidad. Hablaron de cómo la infraestructura propuesta, percibida como un “muro de contención”, amenazaba con dividir y transformar su entorno de maneras inimaginables. La preocupación era evidente: “la máquina va a excavar y hay cosas que se van a derrumbar. A nosotros ya nos pasa que, con la cruzada del tren actual de pasajeros, se nos empezó a hundir el piso”.

Una concejal que asistió a la reunión tomó la palabra y, con una mezcla de realismo y preocupación, expuso las consecuencias de tales proyectos en la vida cotidiana del barrio: “va a haber gente perjudicada con esto”, señaló, identificando a los inquilinos como los más vulnerables en esta ecuación de progreso y pérdida.

El debate continuó abordando otros asuntos urgentes: los continuos robos, el estado y mantenimiento del Parque Capurro tras su inauguración y la peligrosidad inherente al cruce de las vías del tren que atravesaba la cotidianidad de peatones y vehículos.

Finalmente, se generó un intercambio de opiniones sobre el vandalismo y sus raíces profundas en la pobreza y la marginalización. Un debate intenso y necesario sobre las realidades de la cárcel y la falta de rehabilitación ofrecida, que perpetúa un ciclo de reincidencia y estigmatización social.

Este encuentro reflejaba un punto de inflexión, un momento donde la ausencia de las voces de los colectivos dejó un vacío y donde los temas de desarrollo cultural y educativo parecían haberse desvanecido en el tenso aire de la sala. La comunidad se enfrentaba a la disyuntiva de adaptarse a los cambios o ser arrastrada por ellos, mientras las voces de los vecinos resonaban, demandando ser escuchadas y consideradas en el futuro que se estaba moldeando sin su consentimiento.

En la tercera reunión, realizada el 7 de agosto, nos encontramos con un panorama que se iba aclarando y trayendo nuevas interrogantes. Una referente barrial abrió las puertas a más colectivos, tejiendo una red más extensa que buscó legitimar el espacio. En la mesa del Servicio de Orientación, Consulta y Articulación Territorial (SOCAT) del Ministerio de Desarrollo Social (Mides), realizada en el Club Pontevedrés, se despliega el mapa de la acción vecinal: actividades de articulación en clave del Sistema Nacional de Cuidados, el plan para las reuniones de los lunes en el Club Capurro y un tema de tensiones vecinales por un mural en la plaza Zacarías.

El primer tema está relacionado con los más jóvenes, niños del asentamiento Cívicos, buscando un lugar para hacer actividades extraescolares en Capurro. Las conversaciones zigzaguean entre la urgencia y la posibilidad, un local es el blanco de una casa comunitaria, donde cada contacto es un posible aliado. La unión forja la esperanza de talleres que darán forma a las habilidades sociales y creativas de los niños. Pero no hay un eco palpable que se avizore como horizonte de posibilidad.

En el plan del primer lunes, las voces se elevan: "debemos contar las luces que no alumbran" [...] crear pasajes peatonales [...] organizar patrullajes vecinales cerca de la panadería Estemi". La reunión se impregna de un espíritu de acción, invitando al centro juvenil a borrar las marcas de "Los Mugrientos", una firma de la barra brava de Fénix, que marcó el territorio como propio.

El mural de la plaza Zacarías es un lienzo en disputa, donde una vecina enfrenta la intimación del municipio por reparaciones que escapan a su alcance. El grupo de hinchas de Fénix había dejado su huella aquí también, un acto de apropiación que generó fricciones en la comunidad. Aquí entra en escena un joven, ex habitante de calle, con lazos en la barra brava, quien aporta su perspectiva, teñida de vivencias personales, ofreciendo una conexión genuina con quienes habían desfigurado el muro.

En la Plaza Zacarias, lugar donde hay un memorial dedicado a un joven afrouuguayo que fue asesinado por un hombre en estado de ebriedad que a su vez era policía. El hecho, relatado por los vecinos, fue que Zacarias, estaba llevando unas cajas de una casa a otra, que corresponden a alimentos para una olla popular que se había en el barrio. Una noche de 1994, esta persona asesina a Zacarias. Los vecinos dicen que fue porque pensó que estaba robando. La situación del muro, es una iniciativa de un grupo de habitantes que plantean borrar lo que hay que es una frase que dice "los borrachos", qué es cómo se identifican algunos hinchas de Fénix, para hacer más asociado a lo que algunos habitantes creen que identifican al barrio.

El diálogo se expande a una dimensión más humana, más igualitaria. La voz del joven se alza con fuerza entre los técnicos, las propuestas brotan y la discusión se transforma en una colaboración. La crítica que realizó la concejal vecinal a los hinchas de Fénix fue absorbida por el joven y transformada en una propuesta para buscar una mediación.

Avanzamos al 15 de agosto, y la mesa del SOCAT revivió el asunto del local para los niños y el mural aún en el aire. Se sopesan alternativas: actividades del Municipio, una merienda comunitaria, pero el mural se resiste a tomar forma. La integración es esquivada, los colectivos se despliegan en sus propios caminos, y el centro juvenil y la cooperativa se alejan del proyecto.

Cada colectivo, con sus metas, forja una dinámica singular, creando una coreografía que no encuentra un hilo común. Paralelamente a estas reuniones se forma otro colectivo que intenta organizar una actividad en conmemoración del *Día de la Niñez*. Decidimos acercarnos a ese colectivo con el fin de colaborar y a la vez comprender los modos de trabajo colectivo, cultural y educativo.

La expectativa se palpaba mientras nos aproximábamos al Día de la Niñez, una ocasión destinada a ser marcada por el trabajo colaborativo y la alegría compartida. Nuestro proyecto de extensión universitaria se basaba en una idea clara: trascender el aula y conectar directamente con la comunidad. Con ese propósito, convoqué a los estudiantes de mi curso para que se unieran a esta aventura comunitaria, una invitación que aceptaron con entusiasmo, ya que para ellos/as era una instancia de aprendizaje.

Las reuniones previas al evento se convirtieron en crisoles de ideas, fusionando las visiones de colectivos como el Club Capurro, Grupo Rojo, la Cooperativa Capurro, y contando con el apoyo del Municipio C, Centro Comunal Zonal (CCZ) 16, La Cuadra, Murga La Mojigata y la Secretaría de Accesibilidad para la Inclusión. Juntos, delineamos un abanico de actividades que serían el corazón de la celebración.

El Club Capurro, con su cancha techada, que pronto vibraría con risas y actividad, se preparaba para recibir a los niños del barrio. En ese momento, propuse a la organización invitar los/as niños/as de Cívicos y sus familias, y coincidimos que era una linda propuesta para fomentar la integración. Su participación en el evento profundizó la experiencia de la jornada, sumando dimensiones adicionales de comunidad y alegría.

Las actividades que planificamos reflejaban el compromiso de cada colectivo participante. Los inflables, cortesía del Municipio C, y los juegos inclusivos diseñados en colaboración con el Grupo Rojo, se ubicaron en la cancha del Club Capurro. El baloncesto en silla de ruedas y el fútbol con los ojos vendados se convirtieron en poderosas herramientas de aprendizaje sobre la inclusión, más allá del entretenimiento. La música de La Mojigata se entretecía con las carcajadas de los asistentes, creando un ambiente de festividad genuina.

La afluencia de unas 150 personas, uniendo a los colectivos, las familias y los niños de diferentes orígenes, fue testimonio de una comunidad unida. La integración de los niños de Cívicos y sus familias aportó al evento un sentido de logro comunitario que superaba cualquier expectativa previa.

Al reflexionar sobre la jornada, era claro que cada participante había sido crucial. Desde la estación de huerta orgánica que enseñaba a hacer plantines, hasta las frutas y el agua distribuidas gratuitamente, pasando por el servicio de cantina, todo contribuyó a un sentimiento de comunidad y bienestar. Mientras los estudiantes y yo nos dividíamos en distintas tareas, desde inflar globos hasta servir bebidas, veíamos cómo nuestras intenciones académicas se convertían en acciones vivas y significativas.

Cuando la jornada tocó su fin, la cancha techada quedó en silencio, pero aún se sentía el eco de la risa y la compañía. Cada niño/a, cada familia, cada estudiante y yo mismo, nos llevamos una pieza de la experiencia compartida. Este Día de la Niñez permanecerá en la memoria, por los juegos y las risas, y por el genuino sentimiento de conexión y unidad que surgió en el Club Capurro y que se extendió a toda la comunidad. Luego se evaluó la actividad con los colectivos, llegando a la conclusión de que se debería repetir años siguientes. Esta fue la última actividad que realicé en el año 2018.

4.6. Segundo año en el barrio Capurro: participación en espacio de convivencia ciudadana y planteamiento de memorias narrativas barriales

4.6.1. La nueva vida del Parque Capurro

En 2019 me propuse profundizar en la comprensión de la trama urbana y los espacios en donde se producían actividades culturales. El 12 de febrero se inauguró la remodelación y reacondicionamiento del Parque Capurro, luego de varios años de obras. Esto significó, para los habitantes del barrio y del oeste de Montevideo, la recuperación de un espacio icónico para la ciudad: una de las terrazas de la bahía.

La ceremonia de apertura se realizó ante la presencia de representantes del gobierno departamental y municipal, en el contexto de la iniciativa “Montevideo Mejora”. Asistió Ana Olivera, la exintendente del período comprendido entre 2010 y 2015, momento en que comenzó la obra de mejoras, y quien ocupara el cargo en ese momento: Daniel Martínez (2015-2019), además de cientos de habitantes.



Figura 31: Anfiteatro del Parque Capurro, su terraza y el momento de comienzo de la inauguración de las obras, el 12 de febrero del 2019. Foto de autor, febrero de 2019.

Según informaron en la presentación, las reformas abarcaron desde la restauración de estructuras clave como el anfiteatro, la fuente y las escaleras, hasta la introducción de nuevas instalaciones como sistemas de iluminación avanzados, áreas para deportes, una exposición fotográfica y zonas de aparcamiento. La responsabilidad de estas mejoras recayó en la División Espacios Públicos y Edificaciones, una sección del Departamento de Desarrollo Urbano de la Intendencia de Montevideo.



Figura 32: Nueva cancha de básquetbol y sillas de hormigón. Foto de autor, febrero de 2019.

Los esfuerzos de renovación incluyeron la finalización de superficies de hormigón, adecuaciones en las áreas destinadas a estacionamiento y la instalación de un vallado de seguridad a lo largo de la carretera adyacente, compuesto por gaviones rellenos de piedra, columnas de eucalipto tratado y cercas de metal que buscan preservar las vistas panorámicas hacia y desde el parque. Además, se diseñaron laderas ajardinadas para mitigar el impacto sonoro del tráfico cercano y embellecer la zona circundante al anfiteatro. Se añadió también iluminación, se renovó la pintura en las fachadas de las escaleras y se finalizaron instalaciones para el ocio activo como pistas de *skate* y campos de juegos polivalentes. El mobiliario urbano, caracterizado por su innovador diseño, incluye bancos, sillas y mesas de hormigón.

Paralelamente, se inauguró un memorial que atestigua la ubicación del caserío de cuarentena de las personas esclavizadas hacia finales del siglo XVII. Esto convocó a varias asociaciones afro-uruguayas, además de autoridades del Ministerio de Desarrollo Social y la Intendencia de Montevideo.



Figura 33: Memorial del Caserío de los Negros. Foto de autor, mayo de 2023.

Aunque la fotografía corresponde a años posteriores, su valor simbólico para las comunidades afro-uruguayas y los residentes de la zona oeste de la ciudad es innegable. El descubrimiento de este sitio como la antigua casa de cuarentena ha impulsado la realización de diversas actividades, enriqueciendo el valor emotivo y la memoria colectiva asociada al lugar.

Este hallazgo arqueológico que determinó la ubicación exacta del *Caserío de los Esclavos*, fue el detonante que me motivó a dedicar varios meses al estudio del entorno a través de la observación participante, a menudo acompañado de estudiantes y colegas. En términos generales, identificamos que el ruido y el viento son dos constantes para quienes frecuentan este espacio. Los sonidos predominantes provienen de la carretera adyacente, donde registramos el paso de hasta ciento cincuenta vehículos por minuto —incluyendo autos, camiones y motocicletas— a gran velocidad, durante los picos de tráfico a las 10 y las 19 horas (no hay cruce ni semáforos). En ocasiones, el bullicio se entremezcla con las conversaciones, afectando incluso la calidad de las grabaciones de audio. Respecto al viento, su presencia es particularmente notoria en invierno, debido principalmente al frío. Recuerdo una observación específica realizada en julio de 2019 junto a tres estudiantes de Facultad de Psicología, con el objetivo de capturar experiencias visuales y sensoriales. Los resultados fueron predecibles: la

inclemencia del frío nos obligó a retirarnos después de apenas media hora y salir a buscar una bebida caliente.

4.6.2. Etnografía en el Parque Capurro: Actividades culturales

Entre abril y noviembre de 2019 llevamos a cabo una serie de observaciones participativas en colaboración con estudiantes de la licenciatura en Psicología, lo que nos permitió apreciar la dinámica de una plaza llena de vida. Esta se destacaba por sus numerosas actividades deportivas, personas de todas las edades disfrutando de mates, conversaciones, besos, risas, momentos de ocio y paseos con perros. En dos ocasiones, tuvimos la oportunidad de conversar con algunos visitantes y nos llevamos la impresión de que el parque atraía principalmente a residentes de los barrios del oeste de Montevideo y áreas aledañas al barrio. Esta percepción fue corroborada por referentes locales, quienes coincidieron en que al visitar el Parque Capurro, raramente se encuentran con conocidos del barrio, evidenciando así la diversidad de su público.

Durante nuestras conversaciones, surgió que durante dos décadas este espacio había sido descuidado y estaba en ruinas, sirviendo de refugio para personas en situación de calle y considerado inseguro debido a la falta de iluminación y vigilancia. A la vez, estas cuestiones fueron abordadas y mejoradas recientemente. Un tema recurrente en las discusiones fue la preocupación por cómo la construcción de accesos a Montevideo, entre finales de los años setenta y principios de los ochenta, interrumpió uno de los principales atractivos del Parque Capurro: su conexión directa con la playa de la bahía.

Una actividad que capturó nuestro interés y decidimos monitorear fue la organización de un taller de fotografía. La iniciativa para llevar a cabo actividades y talleres en el Parque Capurro emergió de la colaboración entre la Cooperativa de Producción de Servicios Urbanos (Coopseur) y la Cooperativa Cultural Capurro. Esta sinergia se produjo en respuesta a una convocatoria de la Intendencia de Montevideo (IM), a la que Coopseur respondió ofreciendo servicios de mantenimiento del parque e invitando a la Cooperativa Cultural Capurro a sumarse mediante la proposición de talleres y actividades. La persona encargada de la organización de los talleres en la Cooperativa Cultural Capurro compartió:

Organizar talleres es algo típico de nosotros en la Cooperativa, ya que nos enfocamos mucho en proyectos que tienen que ver con lo sociocultural y educativo. En realidad, siempre hemos estado metidos en dar talleres. Empezamos a crear una relación más fuerte con Coopseur, y eso se concretó en este proyecto que armamos o escribimos entre finales del 2018 y comienzos del 2019. Ahí comenzamos a trabajar juntos en una propuesta para

la llamada de la Intendencia sobre el servicio de cuidaparques. Esta vez había algo nuevo, un detalle que antes no estaba, que daba más puntos o valoraba más a las propuestas que, además de cuidar el espacio, ofrecieran algo extra para activar el lugar. La idea era proponer actividades que motivaran a la gente a venir, a pasear, a disfrutar del parque. (Entrevista a Integrante 1 de la Cooperativa Cultural Capurro, 6 de noviembre de 2019)

Estos talleres previamente se implementaban en diversos parques y plazas a lo largo de Montevideo. A la vez, las renovaciones efectuadas en el Parque Capurro desempeñaron un papel crucial, facilitando la creación de condiciones óptimas para transformar el espacio en un entorno único. Esto permitió el desarrollo de prácticas y vivencias disidentes dentro del parque. Por ende, mediante la colaboración entre ambas cooperativas, se incorporaron estos talleres y actividades, enriqueciendo significativamente su uso y disfrute. Respecto a esta iniciativa, la persona entrevistada comentó:

Coopseur ya estaba metido en otros parques, como el Parque de los Fogones, Parque Rodó y la plaza Seregni, y ahora le tocó al Parque Capurro, que antes ni siquiera estaba para andar por ahí porque no tenía servicio de cuidaparques y estaba medio abandonado. Pero bueno, con toda la reforma que hicieron, ahora sí se pudo incluir al Parque Capurro en el circuito. Coopseur se encarga de cuidarlo y nosotros entramos a aportar con lo nuevo, que son los talleres. (Entrevista a Integrante 1 de la Cooperativa Cultural Capurro, 6 de noviembre de 2019)

En el año 2019 se realizaron varios talleres y actividades divididos en cuatro bloques temáticos, que según expresa una integrante de la Cooperativa:

Los bloques son: inclusión y movimiento, ahí trabajamos incorporando otra cooperativa de trabajo que se llama La Grieta, que son una cantidad de muchachos que formaban parte de Grupo Rojo o forman parte de Grupo Rojo y que ellos hacen deportes inclusivos. Ellos están dando uno de los bloques de talleres. Después, otro de los bloques de talleres tiene que ver con salud y agroalimentación, entonces ahí van desde, por ejemplo, este mes (noviembre de 2019) hay uno de primeros auxilios en adultos y otro de los talleres es de iniciación en huerta. Después, otro de los bloques es más artístico y, por ejemplo, es el que le toca este mes a Capurro, los talleres de este mes van a ir por el lado del hip-hop. También hemos tenido de fotografía, canto colectivo y demás. Y después tenemos otro bloque que tiene que ver con derechos humanos y comunicación. (Entrevista a Integrante 1 de la Cooperativa Cultural Capurro, 6 de noviembre de 2019)

En este marco, utilizando la técnica de observación participante, asistimos a dos talleres de fotografía y a la actividad del Día del Niño. Ambas actividades fueron desarrolladas por activistas cooperativistas que están trabajando en el barrio hace años.

En los talleres de fotografía, se observó una convocatoria que oscilaba entre las ocho y doce personas. Al consultarles sobre cómo organizaban la actividad, comentaron:

La verdad es que hacer un taller en un espacio público tiene su cosa, porque por más que te esfuerces en hacer un afiche o repartir volantes, a este parque le cae gente de todos lados, de acá. Vienen de La Teja, del Prado, del Cerro, así que hay un montón que ni se entera de los talleres. Aunque pongamos un pizarrón al lado de donde están los cuidaparques, muchas veces la gente pasa de largo y no se entera de las actividades que organizamos en el parque. (Entrevista a Integrante 2 de la Cooperativa Cultural Capurro, 6 de noviembre de 2019)



Figura 34: Pizarra de invitación al taller de fotografía. Foto de autor Julio de 2019.

Otro factor crucial en la ejecución de los talleres fue el clima, ya que al desarrollarse al aire libre, las condiciones meteorológicas podían tanto facilitar su ejecución como provocar su cancelación. Según relata una integrante de la Cooperativa Cultural Capurro, inicialmente estos eventos se organizaban en espacios cerrados. A la vez, con el tiempo se tomó la decisión de acercarse más al público, optando por llevar a cabo las actividades en el exterior. Aunque esta estrategia resultó ser enriquecedora, los elementos climáticos representaron un desafío para la convocatoria de participantes. Los talleres de fotografía se realizaron durante el mes de julio, en invierno, lo que podría explicar la menor afluencia observada.

En la tarde del sábado 20 de julio de 2019 se efectuó el taller inaugural de fotografía en el Parque Capurro, en un contexto previo marcado por una atmósfera singularmente agitada. Al

aproximarnos, notamos un flujo constante de personas vistiendo camisetas de Peñarol y una inusual presencia policial en las calles aledañas al parque, particularmente en la calle Capurro. Esta agitación presagiaba un ambiente distinto al acostumbrado sosiego que define a Capurro, lo que se esclareció al descubrir que ese día se enfrentaban Fénix y Peñarol, en un partido en el Estadio Parque Capurro, ubicado a escasa distancia de nuestro taller.

Cruzando la calle Capurro en su totalidad para acceder al parque, nos encontramos con un escenario que contrastaba notablemente con el exterior: un ambiente familiar y rebosante de vida, con niños disfrutando de las instalaciones del parque. A lo lejos, se oían ininterrumpidamente los cánticos y bombos de la hinchada de Peñarol, agregando una banda sonora vibrante al entorno. Al acercarnos al lugar del taller, fuimos prontamente abordados por una persona que, con curiosidad, nos preguntó: “¿Ustedes son de la Facultad de Psicología?”. Ante nuestra afirmativa, se presentó como miembro de la Cooperativa Cultural Capurro, encargada de organizar el taller, expresando su alegría por nuestra asistencia. Nos dirigió al lugar designado para el taller y se disculpó por el retraso en el inicio, previsto originalmente para las 15:30 h. La baja asistencia inicial motivó una postergación de aproximadamente 10 a 15 minutos, durante los cuales se hizo el esfuerzo por reclutar a participantes del parque, invitándolos a unirse al taller.

Los asistentes al taller, incluyendo a su organizadora, nos ubicamos en un banco de cemento situado junto a la ruta, inmersos en una amalgama de sonidos característicos del entorno: conversaciones entre los presentes, la risa y el júbilo de los niños disfrutando de la tarde; los cánticos y el ritmo del bombo por parte de los aficionados de Peñarol; y el constante tránsito de vehículos. Esta mezcla sonora ocasionalmente dificultaba la audición de las instrucciones impartidas por el tallerista.

Asistimos un total de nueve personas. Tres de ellas mencionaron haberse topado con el taller por casualidad, mientras que otras dos expresaron un interés específico en este, habiendo esperado en el parque varias horas por su inicio. Conversamos con un joven participante, de entre 14 y 16 años, que estaba acompañado por su novia. Nos relató que había llegado al parque a las 12 del mediodía, sin saber el horario de comienzo del taller. Otras dos participantes, de entre 11 y 13 años, expresaron su entusiasmo por la fotografía, motivadas por el deseo de compartir sus capturas en redes sociales.

El taller comenzó y, mientras transcurría, el parque tenía vida propia. Pudimos observar sus dinámicas, generando un fuerte contraste entre la naturalidad que mostraban los niños y las

familias en el habitar de aquel lugar, mientras paralelamente se suscitaba una situación bastante particular: policías de la Guardia Republicana perseguían sigilosamente a algunos adolescentes hinchas de Peñarol que llevaban botellas de vino que intentaban esconder —sin mucho éxito— bajo remeras que tomaban en sus manos. Esta persecución intentaba ser discreta. Parecía que tanto los guardias de la Republicana como los adolescentes no querían distorsionar la dinámica tranquila del Parque y esto por momentos atrapaba nuestra atención e impedía concentrarnos en el taller que nos convocaba.

Durante este interludio, surgió un diálogo particularmente revelador con el miembro de Grupo Rojo, quien, señalando hacia un edificio en construcción, nos inquirió sobre nuestro conocimiento acerca del futuro propósito de este. Ante nuestra ignorancia, procedió a explicarnos que, como parte de las renovaciones en curso en el parque, estaba destinado a convertirse en el Centro Cultural del Barrio Capurro, aunque las obras habían experimentado retrasos por diversas razones. La expectativa y ansiedad del representante de Grupo Rojo, evidente en su comportamiento, reflejaban la importancia de este proyecto para los colectivos barriales, considerándolo casi con el afecto y la expectativa reservados para un hogar propio. En una fotografía capturada de ese momento, se puede ver a este actor social junto a algunos vecinos interesados en el taller de fotografía, contemplando lo que será el núcleo de los colectivos del barrio.

Podríamos decir que el taller de fotografía se dividió en dos, una primera instancia más teórica, en la que el profesor comentó algunos conceptos básicos de “hacer fotografías” y una segunda instancia práctica, donde el tallerista convocó a los participantes a poner en práctica los aspectos teóricos trabajados.



Figura 35: Fotografía de la actividad. Foto de autor: Julio de 2019

Por último, como cierre de la instancia práctica, compartimos entre todos las mejores fotos hechas por cada uno, y comentamos algunas cuestiones técnicas a tener en cuenta. Fue en allí cuando se acercó a nosotros un señor que se encontraba en el Parque, mostrándose interesado en el taller, situación ante la cual la referente de la Cooperativa lo asesoró, informando sobre la organización y redes sociales del grupo que los realiza e invitándolo a participar de los próximos talleres previstos para los siguientes sábados.

En la tarde del 27 de julio de 2019 se desarrolló el segundo taller de fotografía en el Parque Capurro, bajo un clima inusual, aunque soleado, que favoreció la realización de dicha actividad. El encargado de dirigir el taller fue el mismo profesional que la sesión anterior. Arribamos al parque a las 15:30 horas, momento en que la organizadora del taller, un miembro del colectivo Grupo Rojo y una de las talleristas nos recibieron. Nos informaron que el instructor no había llegado aún, motivo por el cual el inicio del taller se pospondría unos minutos. Durante este intervalo, la representante de la cooperativa se dedicó a reclutar participantes, replicando la iniciativa de la semana previa.

Tras el mencionado interludio, el tallerista arribó, ofreciendo disculpas por su retraso. Explicó que su demora se debió a que reside en Las Piedras y, acto seguido, dio inicio al taller. Nos ubicamos de la misma forma que el sábado previo, en uno de los bancos de cemento con vista hacia la ruta, mientras el tallerista impartía la sesión. En esta ocasión, asistimos quince personas, de las cuales únicamente cuatro habíamos participado en la sesión anterior. Por tanto, el instructor optó por realizar un breve repaso de las actividades desarrolladas el sábado previo, antes de comenzar con la nueva propuesta para ese día.

Ese sábado, el ambiente en el Parque Capurro se distinguía notablemente del fin de semana anterior, especialmente por la ausencia de un partido en el estadio homónimo. Esta circunstancia nos brindó la oportunidad de apreciar dos facetas distintas, pero con dinámicas similares del parque, sin la presencia de fuerzas policiales ni aficionados al fútbol, ofreciendo una visión más cotidiana del lugar.

La actividad diseñada por el fotógrafo consistía en seleccionar al azar un papel de una lata, cada uno con una palabra diferente, tales como tiempo, amistad, dureza, suavidad, descanso, movimiento. Nuestra tarea consistía en capturar tres fotografías que reflejaran la esencia de la palabra asignada. Se nos otorgaron veinte minutos para completar la actividad, tras los que cada participante seleccionó tres imágenes para compartir, intentando entre todos adivinar la palabra que cada foto buscaba evocar.

Al concluir el taller, indagamos con mayor confianza sobre los participantes del barrio y sus razones para acercarse al taller. Dos personas mencionaron haber asistido por casualidad, atraídas por un cartel informativo situado en el centro del parque, otra era una joven aficionada a la fotografía que vino con su cámara profesional, y un señor, no residente del barrio, nos contó que pasaba por el parque casualmente. Una niña, que llegó sola, mostró un interés particular por esta segunda sesión del taller, mientras que otra niña, de 11 años, asistió junto a su padre y su hermana menor, residentes a pocas cuadras del parque. Además, un hombre, atraído por la curiosidad junto con su pareja, demostró un marcado interés en la temática, señalando su pertenencia al barrio.

En referencia a ambos talleres, podemos decir que estas actividades en el Parque Capurro habilitaron a pensar y cuestionar una diversidad de aspectos, tales como el nivel de participación y acción colectiva de los habitantes del barrio. Quisiéramos hacer énfasis en las diversas formas de habitar el barrio, partiendo del supuesto de que no es requisito excluyente vivir en él para habitarlo. Pese a que había personas que no vivían en Capurro, en ese momento se apropiaron del lugar y lo habitaron. En esta línea, Eduardo Álvarez Pedrosian (2018b, p. 68) refiere que “el residir, también, no es la única forma de habitar. Tenemos un barrio donde trabajamos, otro donde estudiamos, etcétera”. En este sentido, a través de las observaciones participantes en los talleres de fotografía, tuvimos la oportunidad de ser parte de una dinámica diferente del barrio e interactuar con actores sociales, que dedican su tiempo al desarrollar actividades culturales, lo habitan y no precisamente desde una postura pasiva, y todo lo contrario: viven y sienten el lugar activamente.

En la reflexión sobre las actividades realizadas en el Parque, se destaca cómo permitieron indagar y reconsiderar múltiples facetas relacionadas con el grado de participación y la acción colectiva de los residentes de Capurro. Se subraya la importancia de reconocer las variadas maneras en que se puede experimentar la pertenencia al barrio, partiendo del principio de que la residencia física en él no constituye un prerequisite indispensable para vivirlo.

Observamos y formamos parte de situaciones que excedieron el ámbito del taller. Por ejemplo, la entrega y compromiso de la organizadora de los talleres, quien se esforzó al máximo durante ambos sábados en el Parque Capurro para asegurar el éxito de las actividades, o el miembro del Grupo Rojo, presente en el segundo taller, cuyo entusiasmo y expectativa por compartir el futuro emplazamiento de la Comunidad Cultural del Barrio Capurro evidenciaron cómo los objetos inanimados pueden generar interacciones significativas con las personas. Este último

nos introdujo a la instalación del Centro Cultural en el parque, manifestando su anhelo por concluir la obra, lo que sirve como un claro ejemplo de cómo los elementos inanimados pueden influir en la subjetividad humana.

En el análisis de las distintas maneras de habitar el barrio, resulta pertinente considerar a los asistentes de los talleres en diferentes categorías: por un lado, aquellos que residen en Capurro, por otro, los que sin vivir en el barrio, provienen de áreas circundantes, y finalmente los investigadores, sin importar su lugar de residencia. Respecto al propósito general de los talleres, la coordinadora expresó:

La idea es que la gente que viene a la plaza, ya sea a jugar un rato o a tomar mate, se tope con algo distinto, algo que no esperaban y que les llame la atención. Que se encuentren con una actividad a la que pueden unirse ahí mismo, sin haberse anotado antes y sin que les tome mucho tiempo, pero que igual los invite a acercarse y compartir con otros del barrio. Aunque, pensándolo bien, eso de “del barrio” es un poco relativo, porque después de charlarlo bastante nos dimos cuenta de que hay parques que son más “del barrio” que otros. Por ejemplo, Los Fogones sí que son del barrio de verdad, pero hay otros, como la plaza Seregni y el Parque Rodó, que son re cosmopolitas, o sea, que no toda la gente que va es necesariamente del barrio. Y el Parque Capurro, pues, está en un término medio; por un lado, tenés a los del barrio que están recontentos con la remodelación y lo usan un montón, cualquier hora que vayas hay gente. Pero por otro, está en un punto estratégico que atrae a un montón de gente, sobre todo del oeste, como de La Teja, de Belvedere, que también vienen a disfrutar del parque. (Entrevista a Integrante 1 de la Cooperativa Cultural Capurro, 6 de noviembre de 2019)

Estas palabras ilustran el objetivo primordial de las iniciativas llevadas a cabo por los miembros de la cooperativa cultural. Además de los talleres de fotografía, se organizaron actividades diversas como talleres de construcción de sólidos, clases de baile, sociodrama y eventos dirigidos a niños, cuya extensión y detalle no serán abordados por razones de espacio. De manera general, es importante destacar que la promoción de estas actividades fue eminentemente situacional, resultando en una participación mayoritariamente espontánea de individuos presentes en la plaza en ese momento específico, con muy pocos asistentes que hubieran sido informados por otros medios de comunicación.

Estas actividades cumplieron la función de dinamizar el espacio público a través de propuestas que estimulaban el uso de diferentes sentidos y capacidades físicas. Asimismo, lograron integrar a participantes de diversas generaciones, un aspecto fundamental para el fomento de

iniciativas lúdico-culturales que promueven la interacción y el aprendizaje mutuo entre distintos grupos etarios.

4.6.2. Mesa de convivencia en el barrio Capurro organizada por el Municipio C de la IM

En la gélida mañana del 16 de julio de 2019 se realizó una reunión de convivencia en el Club Capurro, organizada por el Municipio C. El propósito era reflexionar colectivamente sobre distintas problemáticas recientes en el barrio. La convocatoria reunió a cinco participantes y una moderadora encargada de facilitar el diálogo y la discusión. Entre los asistentes se encontraban Federico Barreto, director del Instituto Nacional de la Juventud (INJU), Fernando Rodríguez, vicepresidente del Instituto del Niño y Adolescente del Uruguay (INAU), una activista de una organización de familiares afectados por situaciones de violencia y asesinatos y yo, Daniel Fagundez D’Anello, en representación del Laboratorio Transdisciplinario de Etnografía Experimental de la Universidad de la República (Labtee).



Figura 36: : *Banderas traídas para decorar las mesas del Club Capurro. Foto de Autor. Julio de 2019*

La alcaldesa del Municipio C, Susana Rodríguez, inauguró la sesión con un llamamiento a la aceptación de los cambios en el barrio, aludiendo indirectamente al hogar de INAU y enfatizando la importancia de la inclusión social. La directora de un jardín de infantes expresó su preocupación por los cambios en las rutas de ómnibus y cómo esto complicaba la llegada de los niños al centro educativo, sin recibir respuesta directa de la alcaldesa. Tras su discurso

inicial, esta se excusó por tener que asistir a otra reunión en la Intendencia, lo que provocó cierto descontento entre los asistentes.

Durante la exposición sobre la convivencia se discutieron varios asuntos de importancia para la comunidad. Uno de los temas más controversiales fue la reciente instalación de un hogar de INAU en el corazón del barrio, específicamente en la calle Capurro, a escasa distancia de una escuela local, lo cual suscitó debate entre los residentes presentes. Tanto la activista representante de las familias afectadas por violencia y asesinatos, como yo, aprovechamos la oportunidad para compartir nuestras experiencias y trabajo en el barrio. La activista detalló las iniciativas que ha liderado con los afectados por estos incidentes, mientras que, en mi caso, compartí información sobre la investigación que he realizado en Capurro, destacando las actividades y talleres en los cuales hemos participado junto con estudiantes de la Facultad de Psicología. Es importante señalar que no hubo representantes de la comunidad local entre los ponentes de esta mesa.

Entre el público, se encontraban Eduardo Álvarez Pedrosian, coordinador del Labtee, una concejal vecinal del CCZ 16 (Municipio C), la directora del Jardín N.º 237 de Capurro, aproximadamente diez habitantes del barrio, dos adolescentes vinculados al recién instalado hogar de INAU, y unos veinte trabajadores de varios proyectos sociales relacionados con el barrio y el CCZ 16. La concejala, un residente y la directora del jardín fueron las únicas personas que decidieron participar activamente en la discusión planteada por los miembros de la mesa. El residente expresó su preocupación porque el debate no estaba abordando lo que él consideraba la problemática principal en ese momento: la presencia del hogar de INAU en el barrio.

Durante la realización de esta mesa, se experimentaron momentos de tensión, principalmente debido a la expectativa de los vecinos de fomentar un diálogo inclusivo con todos los actores presentes. A la vez, la dinámica de la reunión se percibió más como una imposición de ideas y proyectos que como un espacio de intercambio y consenso. Se presentaron discursos de diversa índole, incluyendo académicos, institucionales y de representantes de grupos familiares organizados, pero fue evidente la falta de participación directa de los habitantes del barrio, un aspecto crítico, considerando que, como señala Álvarez Pedrosian (2021), las dinámicas territoriales barriales son construidas por los habitantes y producen el potencial intersubjetivo de sus residentes.

Como expositor, sentí la tensión desde el comienzo, observando una postura institucional y técnica por parte de los representantes del INJU e INAU, quienes sugirieron que los residentes del barrio deberían aceptar la institucionalización de adolescentes afectados por violencia intrafamiliar y abandono. Aunque el contenido de sus intervenciones era comprensible, la forma en que se presentaron generó el rechazo de algunos participantes que intervendrán después. Mi propuesta buscó ofrecer nuestro proyecto como un recurso al servicio del barrio para promover la convivencia y el bienestar social, que hemos venido desarrollando desde 2018. Planteé que participamos activamente de diversas dinámicas inclusivas del barrio con el fin de investigar los modos en que los habitantes ejercen el derecho a la ciudad. Entiendo que fue bien recibido por varios/as integrantes, sobre todo por los efectos posteriores que tuvo este proyecto en la comunidad.

La representante de los familiares de víctimas de delitos compartió una perspectiva emotiva, argumentando que la respuesta al dolor causado por la pérdida de seres queridos debido a delitos no debe ser la violencia, y el amor y la comprensión. Cuando se abrió el espacio para la participación de los asistentes, emergieron voces de descontento solicitando la reubicación del hogar de INAU, criticando conductas de los adolescentes que consideraban negativas para el entorno.

Es importante resaltar que este encuentro tuvo lugar en el contexto de un año electoral, 2019, lo que podría haber influido en la carga emocional y política de las discusiones. Al concluir la actividad, me acerqué a dialogar con algunos participantes, especialmente los habitantes residentes, sugiriendo vías de comunicación más discretas para ciertas preocupaciones, especialmente considerando la presencia de adolescentes del hogar durante las discusiones. Un director de una cuerda de tambores del barrio, que había sido de los más críticos y polémicos en la instancia, propuso que estaba dispuesto a invitar a los jóvenes a un taller de aprendizaje de tambores y a la instancia de toque semanal por el barrio. La directora del jardín propuso crear un espacio lúdico-pedagógico allí, fuera del horario escolar regular. En ese momento entendí que la mejor forma de bajar la catarsis violenta y hasta discriminatoria con los adolescentes, no era dando cátedra, y teniendo conversaciones, acuerdos y dando lugar a la participación de los habitantes. De todas formas, la iniciativa del Municipio C fue otra y los efectos estuvieron a la vista.

La imposición del hogar de INAU en el barrio se percibió como abrupta, sin que las instituciones responsables prepararan adecuadamente a la comunidad ni establecieran redes de

apoyo previas para facilitar su integración y funcionamiento. El mal humor de los habitantes se aloja en que jamás los hicieron partícipes del proceso de cambio de sede del hogar de ingreso de INAU.

En el transcurso de los talleres de la tarde, a los cuales opté por asistir, se fomentó un diálogo horizontal que facilitó una interacción enriquecedora entre los participantes. Esta horizontalidad favoreció la producción de otras conversaciones. A la actividad se sumaron otros actores de cooperativas y grupos educativos barriales. Nos dividieron en tres grupos, cada uno con aproximadamente quince integrantes, y a cada uno se le planteó una pregunta distinta para debatir. En el grupo al que me asignaron, la interrogante central fue: “¿qué actividades realizarían para buscar la integración social?”. Aunque la discusión inicialmente giró en torno a las preocupaciones sobre la inseguridad y los retos presentados por la presencia del hogar de INAU en la comunidad, esta fase de catarsis dio paso a un segmento más propositivo, cuidadosamente documentado por una de las organizadoras del taller. Las ideas rondaban en hacer partícipes a los adolescentes de las actividades barriales, pero se hizo hincapié en que los educadores del hogar los acompañaran. Este fue otro de los reclamos de los vecinos: “los adolescentes salen al barrio y los educadores no los vigilan.”

Un punto significativo de esta experiencia fue el intercambio que tuve con una de las participantes, tras plantearle la siguiente cuestión: “Estoy considerando organizar una actividad que atraiga a aquellos vecinos del barrio que suelen abstenerse de participar en este tipo de encuentros. ¿Qué tema sugieres que podría ser de su interés?”. La respuesta de la participante fue fuente de inspiración para mí: “A los vecinos les fascina explorar y discutir la historia del barrio. Si organizas algo alrededor de ese tema, seguro que atraerás a muchos”. Así, concebí la idea de presentar un proyecto a la Comisión Sectorial de Extensión y Actividades en el Medio de la Udelar, con el propósito de desarrollar tres talleres enfocados en el análisis del pasado, la evaluación del presente y la proyección hacia el futuro del barrio, una iniciativa que al final realicé a medias y la detallaré más adelante.

Este diálogo subrayó la importancia de seleccionar temas de relevancia local para fomentar la participación comunitaria, y también sirvió como un catalizador para la formulación de proyectos que buscan profundizar en la identidad y cohesión del tejido social barrial.

4.6.3. La promesa de la transformación y de nuevos habitantes en el barrio

El sábado 10 de agosto a las 14:00 horas se llevó a cabo la inauguración del proyecto Martínez Reina en el barrio Capurro, específicamente en el terreno donde anteriormente se ubicaba la fábrica La Aurora, en la intersección de las calles Uruguayana e Inocencio Raffo. El proyecto habitacional, previsto en el edificio de la antigua fábrica de Capurro, propone la construcción de alrededor de cien unidades de vivienda para familias, además de incorporar un centro CAIF y una usina cultural a cargo del centro MEC.

La inauguración se caracterizó por un ambiente festivo, acogiendo a una mayoría de asistentes que eran vecinos actuales y antiguos del barrio, quienes comparten un profundo vínculo histórico con este lugar. El evento contó con la presencia de autoridades locales y vecinos, y culminó con un espectáculo musical a cargo de la banda La Teja Pride. Los dos miembros del grupo tienen una conexión directa con el sitio, ya que pasaron parte de su infancia en las instalaciones de la fábrica, donde sus padres trabajaban, como relataron durante su actuación.

Al llegar, nos recibió la presidenta del concejo vecinal, quien actuó como enlace para ponernos en contacto con figuras clave del entorno, incluyendo tanto a vecinos del área como a representantes de entidades involucradas en el proyecto. Una de las primeras introducciones que nos facilitó fue a Mariano Arana, exintendente de Montevideo (1995-2005). En el momento de nuestro acercamiento, estaba en conversación con un residente local que, con un tono de resignación, comentó: “aquí estamos, esperando ser sorprendidos por esto, mientras la situación del tren nos preocupa”, en alusión al proyecto del Ferrocarril Central que atravesaría Capurro, un asunto de considerable inquietud para la comunidad. Esta observación capturó de inmediato nuestra atención, evidenciando la coexistencia de dos dinámicas de cambio en el barrio que suscitan emociones encontradas entre los habitantes: la esperanza de renovar y volver a habitar un espacio muy valorado, frente al desánimo por los cambios que implicarían alteraciones significativas en la vida diaria de la comunidad, afectando las viviendas y el modo en que los vecinos experimentan su entorno.

Conversamos luego con varios residentes de avanzada edad, quienes se mostraron entusiastas por compartir la historia del lugar desde su perspectiva personal. Relataron que, en el pasado, se había considerado la posibilidad de convertir la antigua fábrica en un centro para personas mayores, idea que se abandonó tras un derrumbe que llevó al desalojo de varios sitios, que la Intendencia comenzó a percibir como peligrosos.

Durante la presentación del proyecto, tuvimos el privilegio de conversar con dos mujeres que, en distintas etapas de sus vidas —una en su niñez y la otra en su adultez—, residieron junto a sus familias en la antigua fábrica textil Martínez Reina (La Aurora), después de ser desalojadas de Medio Mundo. A través de nuestro diálogo, captamos su profundo vínculo emocional con el lugar y expresaron su anhelo de regresar a vivir allí, mencionando que harían cualquier cosa si tuvieran la oportunidad de volver. Además, relataron cómo La Aurora y El Corralón Municipal estaban bajo vigilancia militar.

Con el paso del tiempo, los residentes se unieron a otros habitantes de Montevideo para desarrollar un proyecto en ese sitio, que, mediante la colaboración de técnicos y la realización de asambleas, dio origen a “Martínez Reina”, el proyecto que actualmente se está implementando.

A la vez, el lugar sufrió negligencia en su mantenimiento hasta que el presidente Vázquez, durante su primera campaña, propuso una solución que involucraba el desalojo de las familias residentes para reubicarlas en viviendas de emergencia en los asentamientos del barrio Casavalle. Una de las vecinas recordó con tristeza cómo fueron trasladados en un camión del Municipio un 24 de diciembre a una vivienda precaria, describiéndola como un espacio cubierto con chapas y paredes internas de rejillas rellenas con espuma plástica, calificándola claramente como una vivienda de emergencia.

La jornada de presentación contó con la participación de representantes de diversas instituciones que han unido esfuerzos para llevar adelante el proyecto. Entre los oradores estuvieron el director nacional de Vivienda, del Ministerio de Vivienda, Ordenamiento Territorial y Medio Ambiente (MVOTMA), Salvador Schelotto; los arquitectos Esteban Dieste y Mariano Arana, este último también exministro del MVOTMA; la presidenta de la Junta Departamental, Adriana Barros; la presidenta del INAU, Marisa Lindner; y Horacio Ramírez, adscripto a la Dirección de Educación del Ministerio de Educación y Cultura (MEC).

Las palabras de Mariano Arana estuvieron cargadas de afectividad, descentrando el discurso meramente institucional, manifestando:

No saben la alegría que me dio cuando supe que se iba a invertir parte del dinero público municipal para que esto se transforme en cien unidades, ¿verdad? Y que, además, en la planta baja vaya a haber un CAIF, que vaya a haber un ámbito de enseñanza para que todos estos chiquilines [...] puedan tener las condiciones de enseñanza y de estímulo para su formación integral como merece cualquier ciudadano y ciudadana oriental. Porque, la

verdad, que miren que hubo momentos en que teníamos que lidiar, cuando parecía que la gente instruida y la gente con cierta capacidad económica merecía tener condiciones. ¡Se terminó eso! ¿No? Nadie es más que nadie, ¡por favor!, La gente posiblemente no tenga la menor idea de lo que puede ser una cuenta bancaria [...] la gente no se puede medir por la cuenta bancaria o por la cantidad de dinero, y por la dignidad de persona que han tenido durante toda su vida, valiéndose de su propio esfuerzo y de su propio trabajo, y que ahora que se pueda beneficiar a muchos de sus parientes, hijos, sobrinos, amigos... para que esto se transforme nuevamente en una oportunidad para aquellos que tienen dificultades para acceder a una vivienda propia o en condiciones de alquiler favorables. [...] Además, me he enterado hoy [...] que esto que está acá enfrente, que no es una propiedad pública, es propiedad privada, pero también se va a dar condiciones para que sea auténticamente vivienda de interés social para los sectores medios y medios-bajo con condiciones particularmente apropiadas que ya las van a conocer, como acabo apenas de conocer alguna medida ahora, en esta misma tarde que no me la voy a olvidar más. Se terminó los discursos. ¡Felicitaciones!, y que vengamos a festejar el día que abramos todo esto para la colectividad (Discurso público de Mariano Arana, agosto de 2019)

Un aspecto destacado durante la presentación fue la predominancia inicial de asistentes adultos y mayores, contrastando con la llegada de jóvenes hacia el final, particularmente con el inicio de la actividad musical. Esta observación nos lleva a reflexionar sobre la dinámica de participación en el proyecto, que promete ser una transformación significativa para el barrio. Parece que los jóvenes se sintieron más atraídos por la perspectiva de disfrutar de un evento recreativo un sábado por la tarde que por el interés en el proyecto en sí. Esta tendencia sugiere la posibilidad de que la conexión histórica con el lugar y la presencia dominante de vecinos más veteranos, quienes perciben el barrio como intrínsecamente suyo, puedan estar influenciando esta dinámica.

A pesar de que la asistencia no fue tan numerosa como se esperaba, el ambiente entre los presentes fue excepcionalmente festivo y se percibió una gran emoción ante un evento tan anticipado en la comunidad. Esta emotividad muestra un profundo sentido de pertenencia a un barrio que ha sido el escenario de importantes procesos sociales a lo largo de la historia, que han forjado la identidad de sus residentes actuales y anteriores.

Al momento de la escritura de este capítulo, el Ferrocarril Central se sigue construyendo, mientras que no se ha hecho ni siquiera una de las obras prometidas. Existen dos posibles explicaciones: la primera es que, hasta que no empiece a funcionar, no se puede hacer una evaluación de riesgos, ya que el tren pasa exactamente por detrás de la fábrica; la segunda, que

en 2020 cambió el gobierno en Uruguay, incluso se pasó de un partido político progresista a una coalición liberal, que encajonó este proyecto, al no ser una prioridad. Esta información nos la dieron representantes del Municipio C.

Compartimos esta relatoría por dos cosas. La primera es mostrar cómo, una vez más, se presenta una propuesta de mejora en el barrio que termina “quedando en un cajón” debido a la falta de coordinación política. La otra, hacer visible que para el gobierno es más importante construir un ferrocarril que solo trasladará pasta de celulosa al puerto de Montevideo, que solucionar uno de los grandes problemas de la ciudadanía: la vivienda. Cabe la mención especial a las palabras de Mariano Arana, quien además de su trayectoria política, fue residente ilustre del barrio Capurro. Falleció en el año 2023.

5.6.4. “Recordá tu barrio”: una iniciativa desde la integralidad para el barrio Capurro

Volviendo a la sugerencia de una habitante que recomendaba organizar una instancia de conversación sobre la memoria barrial, el 19 de octubre de 2019, a las 11:00 h, en la Escuela de Capurro, invitamos abiertamente a habitantes actuales y antiguos a que compartieran sus recuerdos del lugar. Antes de relatar lo que sucedió ese día, es importante describir cómo se originó esta idea.

Como mencioné anteriormente, tras un taller de convivencia, reflexioné junto a estudiantes de grado de psicología, miembros del Labtee y algunas referentes barriales de confianza. Como resultado, presentamos un Proyecto de Actividades en el Medio a la CSEAM de la Udelar. Con financiación obtenida, logramos proveer transporte y comida para los participantes. La propuesta incluía la realización de tres talleres: el primero en octubre, el siguiente en noviembre y el último en marzo de 2020. A la vez, el último taller no pudo llevarse a cabo debido a la emergencia sanitaria por COVID-19. Presenté el proyecto como responsable de un equipo integrado por Rodrigo Vidal y Alejandro Cabrera, miembros del Labtee y especialistas en audiovisual por su formación en ciencias de la comunicación.

Para la realización del primer taller, coordiné con el Municipio C la difusión del evento, que se realizó a través de sus redes sociales. También invité a dos habitantes del barrio para que colaboraran directamente y extendieran invitaciones a sus conocidos. Entre septiembre y octubre, la campaña de difusión resultó en aproximadamente veinte expresiones de interés recibidas a través de mi teléfono celular y WhatsApp. Muchos expresaron su entusiasmo por

la iniciativa, aunque no todos podían asistir en la fecha y hora programadas. A la vez, mantuvimos el contacto abierto para futuras participaciones.

La incertidumbre sobre cuántas personas asistirían era considerable. Llegamos a la escuela a las 10:00 h, donde una habitante del barrio nos recibió y nos condujo al salón principal. Preparamos el espacio, ajustamos el sonido y los equipos de filmación y los participantes comenzaron a llegar. Algunos fueron trasladados desde sus domicilios debido a dificultades para desplazarse o porque vivían actualmente en otros barrios. Para las 11:00 h, ya se habían congregado aproximadamente veintidós participantes, incluyendo estudiantes de psicología del curso que coordinaba relacionado con Capurro.

El taller comenzó con una introducción detallada sobre el proyecto, explicando que el objetivo era filmar para crear un registro audiovisual y solicitando a los presentes que informaran si preferían no ser filmados. Una persona expresó su deseo de participar sin aparecer en la edición final, mientras que el resto acogió con entusiasmo la idea de ser filmados y formar parte activa del documental. Tras completar los protocolos de cesión de imagen y la firma de los consentimientos informados, invitamos a cada participante a compartir, en un máximo de cinco minutos, aspectos relevantes sobre su experiencia de vida en el barrio Capurro, haciendo especial énfasis en sus memorias afectivas. Sorprendentemente, todos respetaron el tiempo asignado de manera rigurosa y mostraron interés en aparecer en cámara, lo que fue una grata sorpresa para nosotros.

A continuación, compartiré algunas de las frases más emotivas que los participantes expresaron mientras compartían sus anécdotas, sin mediar palabras de mi parte para respetar cada frase:

Podemos hablar de varios aspectos del barrio Capurro derivados de las distintas instancias sociales en las que hemos participado. A la vez, me gustaría enfocarme en los cambios recientes, ya que este barrio ha experimentado diversas transformaciones, desde ser un destino de élite para veranear hasta convertirse en un barrio obrero con fábricas importantes como Campomar, Martínez Reina y La Aurora. Era un barrio que enfrentaba problemas; la escuela era considerada carenciada debido a la situación del barrio. Hoy en día, si tuviéramos que definir a Capurro, lo llamaría el barrio Cultural, y voy a explicar por qué con una anécdota. Formamos el Grupo Rojo para trabajar con personas con discapacidad, y uno de los muchachos que colabora con nosotros expresó su deseo de mudarse a Capurro, por el Grupo Rojo, y por la presencia de la Cooperativa Capurro, La Cuadra, el Centro Juvenil, el Picadero y diversas actividades que surgen en Capurro o en Fénix, ya sea desde la escuela o por iniciativas de los vecinos. (Hombre de 52 años, octubre de 2019)

Nací en este barrio en 1951, por lo que estamos por cumplir los 68 años. Podría definirlo, quizá de manera un poco egoísta, como mi lugar en el mundo, aunque sé que también es

el lugar de muchos de los vecinos que están aquí presentes y del resto del barrio. No puedo compararlo con otros porque siempre viví aquí, nunca tuve que irme ni me voy a ir. No hay cementerio, pero sí hay otras cosas por las cuales uno puede querer quedarse. ¿Qué decir de Capurro? Es un lugar maravilloso. Mi papá era un comerciante, un inmigrante gallego que llegó en 1931 a este barrio. Se instaló aquí, se enamoró del barrio y mi vida personal ha estado profundamente conectada con esta historia, ya que mi mamá trabajaba en una fábrica, le decían fabriquera, y vivía en Pueblo Victoria. Se conocieron en un baile de Fénix, y desde entonces, mi mamá vino a vivir al barrio... Lo que quiero decir es que mi forma de honrar al barrio, humildemente, ha sido escribir sobre sus historias, siempre desde una perspectiva personal, porque uno ve la vida desde su propio punto de vista. Esto me parece bastante lógico. Así, con la Secretaría de Adultos Mayores de la Intendencia de Montevideo, que organiza desde hace años un concurso de cuentos, la idea es que las personas mayores narremos nuestra vida en aquellos tiempos cuando éramos jóvenes o adolescentes, para que quede como legado para las generaciones futuras. Estos libros se distribuyen en las escuelas, centros comunales y CAIF. Los vecinos de todos los barrios escribimos y, por suerte, el último año tuvimos un jurado de muy buen nivel. Todos los relatos seleccionados quedaron plasmados. Esto lo organiza la Intendencia, a través de la Secretaría del Adulto Mayor. Y ya que estoy, les comento que uno de los temas fue aquellos carnavales, refiriéndose a los corsos, lo que resulta de una riqueza increíble. Daniel, te lo voy a regalar. “Deportes en el recuerdo” y “Amores de juventud” fueron otros temas abordados. Aunque esa no fue mi profesión, ya que me dediqué a la enfermería, lo cual me abrió muchas puertas en este barrio. Puedo decir que conozco mucho de él porque en algún momento tuve que ayudar, a través de mi profesión, lo que también fue importante. (Mujer de 62 años, octubre de 2019)

He vivido en Capurro durante años. Hubo un tiempo en que me mudé cuando era niña, pero siempre he estado enamorada de la historia de Capurro. Poseo un documento sobre la historia de Capurro elaborado por una escuela hace 50 años, que probablemente sea el único ejemplar restante. Un vecino me lo obsequió, creyendo que yo pertenecía a la escuela porque quería asegurarse de que la historia fuera preservada, y he decidido dejarlo con ustedes. Por esta razón, estoy aquí... Me fascina la historia antigua, la de tiempos pasados. Le pedí a Mario que se quedara porque hace 20 años descubrimos dónde vivía Mario Benedetti. La casa de Benedetti se encuentra en la calle Capurro, aunque no recuerdo el número exacto. Es una casa con ladrillos a la vista, próxima a un comercio. Vivo en una doble manzana que se remató en 1908 y trabajé durante 20 años en la Comisión de Cultura del Centro Comunal. Un historiador llegó a mi casa informando sobre una antigua plaza de toros que existió brevemente y que era exclusiva para mujeres, con la participación de toreras españolas. Este es un tema que merece investigación; hace algunos años aún había restos de esta plaza, aunque no sé si continúan existiendo. Todas estas historias me parecen dignas de ser investigadas. Fui parte de la Comisión de Fomento de esta escuela, donde mis hijos estudiaron durante una época que preferiría olvidar, cuando el ejército decoró el entorno con flores... Quería saber si alguien había mencionado la casa de la Melchora. Parece que no, así que les dejaré esa información. Recuerdo que hace unos 12 años, la Comisión de Cultura realizó un evento en Fénix llamado "La casa de la Melchora", que fue un tremendo éxito. La Comisión de Cultura del Consejo Vecinal organizó una exposición allí, donde la mitad de mi casa fue trasladada para recrear la época de la Melchora con antigüedades. (Mujer de 80 años, octubre de 2019)

Para mí, Capurro siempre ha sido una fuente inagotable de inspiración. Me apasiona escribir y he plasmado en palabras las diversas etapas de mi vida y del barrio. Imagínense esto. Hoy, he traído algo para compartir con ustedes, un texto de la última etapa, en la que estamos aquí como vecinos, titulado “Capurro lleno”. Capurro está lleno de esquinas, de árboles, de perros, de pájaros que cantan en la mañana. Está lleno de calles de adoquines que muerden resistiendo. Capurro está lleno de túnicas y lleno de jóvenes que se hicieron viejos. Lleno de viejos que se hacen eternos, lleno de trenes en Uruguay, que tambalean esquivando el tiempo. Capurro está lleno de parque y de bahía, lleno de esqueletos, de barcos viejos llenos de familias, de pasajes llenos de escobas, de viejas, bellas chusmas. Lleno de humo. Lleno de humo de porro que se meten por las ventanas. Capurro está lleno de domingos llenos de asados en la vereda, llenos de esperar el ómnibus, lleno de tambores y camisetas de fe. Lleno de gritos. De bronca. Lleno de gritos de amor. De todos nosotros. Está lleno Capurro. (Hombre de 55 años, octubre de 2019)

Creo que Capurro sigue siendo un barrio muy solidario, un lugar donde la convivencia y la empatía entre sus habitantes prevalecen. Estoy convencida, y lo sé por experiencia propia, que si se necesita ayuda para la escuela o el jardín de infantes, la comunidad se muestra dispuesta a colaborar. Los tiempos cambian, y es esencial dar espacio a las nuevas generaciones. Es crucial que los recién llegados también puedan asumir roles protagónicos en el barrio, porque, aunque el tiempo avanza y no podemos afirmar que cualquier tiempo pasado fue mejor, ese pasado ya no existe. Debemos enfocarnos en crear nuevas oportunidades y en transformar el barrio en el marco del progreso. (Mujer de 33 años, octubre de 2019)

Originalmente, yo era de La Teja y no quería venir a Capurro para nada. Mi esposo compró una casa aquí, y no tuve otra opción. Pero después de vivir aquí, no quiero volver a La Teja porque, la verdad, aquí lo tenemos todo. Trabajé en Martínez Reina, conocí lo que era. Miles y miles de personas trabajaban ahí, incluyendo Osami. Teníamos un asentamiento en la esquina, y esa gente que se fue todavía mantiene contacto con nosotros porque eran muy buenas personas. Viví la época de Martínez Reina, cuando llegaron de Medio Mundo para acá, y fue impresionante la cantidad de gente que vivía en ese lugar. Gente de todos los niveles sociales con quienes pudimos compartir mientras vivíamos. Mis hijos iban a la escuela aquí y nos íbamos a la olla popular de La Aurora, que era gestionada por trabajadores. Cuando La Aurora empezó a cerrarse, comíamos en la escuela, que hoy no ofrece jornada completa... También trabajé mucho en el club de baby fútbol Cádiz Real, donde iban todos los chiquilines de la zona, los carenciados. Por eso se fundió el Cádiz, porque era un equipo mantenido por los padres, ya que eran todos chicos carenciados, que no tenían otra esquina donde quedarse por no tener la posibilidad de entrar en ningún otro lado. Venían a jugar al Cádiz por eso, y por eso Cádiz se fundió... Hay cosas que todavía tenemos que seguir indagando. Gracias a este barrio también. La historia del Parque Capurro no empezó con lo que está hoy. Es una historia de muchos años que viene de atrás. Fue una continuidad de luchas de las distintas épocas. Y hoy, cuando los últimos decimos “lo conseguimos”, no fue logrado solo por los últimos, y por los años que llevó el proceso del parque y de la escuela, y fue una lucha de todo el barrio. (Mujer de 62 años, octubre de 2019)

Ha sido complicado, realmente difícil, manejar una escuela con casi cuatrocientos niños, al menos durante mi tiempo allí. Aunque la comisión de fomento ha dejado la escuela en excelentes condiciones, éramos apenas cinco personas trabajando en ello. Además, está el

Club Fénix, que es maravilloso, pero ahora nos encontramos divididos por cuestiones políticas. En el Club Capurro estamos en medio de obras, todos esperando la instalación del nuevo piso. Y surgen preguntas sobre este tema, pero recaudar fondos para el piso fue un esfuerzo considerable. Siempre que intentas organizar una actividad que reúna al barrio, surgen diferencias, con opiniones diversas sobre qué hacer. Supongo que esto sucede en todos los barrios, pero Capurro es un lugar que concentra muchas actividades en un espacio reducido y, aunque somos muchos, a veces los que trabajamos somos pocos y resulta difícil alcanzar consensos. Parte de nuestro esfuerzo también se centra en asegurarnos de que todos estén informados sobre el trabajo y las actividades que se realizan en el barrio, porque yo lo diga, y de manera altruista. Muchos de nosotros trabajamos en el barrio, a menudo en silencio, para mejorarlo. Personalmente, pienso en las futuras generaciones, en los niños del barrio y en las necesidades para construir una sociedad mejor: actividades, momentos de ocio, oportunidades sociales para compartir y disfrutar. Esta reunión me parece sumamente enriquecedora. Es fantástico que todos los que vinieron, los que están aquí y los que vendrán —porque sé que hay muchos a quienes les hubiera gustado estar presentes, pero no pudieron por diversas razones— sean parte de esto. Y bueno, Capurro es, sin duda, el mejor barrio. No hay otro que se le compare. (Mujer de 35 años, octubre de 2019)

Estos son algunos fragmentos de los expuestos por quienes participaron de la invitación a recordar el barrio. Conociendo el barrio Capurro a través habitantes, se nota cómo ha cambiado con el tiempo, pasando de ser un lugar de veraneo para la élite a un barrio obrero lleno de vida y actividad, y un proceso de pauperización que devino en una nueva territorialidad cultural. Esta transformación muestra la capacidad de adaptación de los/las habitantes y cómo han participado de los procesos de transformación para responder a sus necesidades y oportunidades actuales.

Capurro es ahora un lugar donde la historia y la modernidad se encuentran, una territorialidad donde conviven recuerdos del pasado industrial y vibrantes iniciativas culturales y sociales. Las historias de quienes viven aquí nos muestran estos cambios, contando desde experiencias personales hasta transformaciones visibles en las calles y edificios.

Este barrio se ha convertido en una territorialidad que abrazó lo cultural gracias a la energía de sus habitantes, que ha sabido aprovechar cada rincón para encuentros y expresiones comunitarias. Los talleres, actividades culturales y proyectos comunitarios no sólo renuevan lugares, y también fortalecen los lazos entre vecinos, creando un sentido de comunidad y participación. Estas iniciativas son importantes para mantener la vida participativa del barrio, asumiendo una actitud activa y consciente en la transformación de la territorialidad barrial.

Luego del espacio de intercambio, la conversación continuó, esta vez de forma informal. Recibimos muchos agradecimientos por generar la instancia, ya que muchos de los habitantes,

aunque se ven todos los días en las calles, en las paradas de ómnibus, en la feria, en el Parque Capurro y en diversas actividades, e incluso comparten charlas por tener relaciones amistosas, jamás habían compartido una experiencia similar. Durante el evento, se descubrieron algunos talentos literarios y personas que, a pesar de tener diferencias de pensamiento e incluso rivalidades en la vida cotidiana, no tuvieron reparos en compartir sus vivencias.

El éxito de la actividad nos motivó a planificar el segundo taller, que se realizó el 22 de noviembre, la semana previa al balotaje presidencial entre un candidato del Frente Amplio y otro de la Coalición Multicolor (integrada por varios partidos de centro-derecha y derecha liberal). Es relevante mencionar que varios de los participantes, que esta vez sumaron treinta y cinco, tenían actividades militantes programadas después de las 14 horas, algo que fue mencionado en el taller.

Este taller se enfocó en el presente del barrio, pero por deseo de los participantes, el tema de la memoria resurgió. Para facilitar la discusión, llevamos un mapa de líneas que colocamos en el centro de la ronda. La consigna era que, a partir de este mapa, quienes pasaran al frente señalaran espacios significativos actuales y otros que ya no existen en el barrio. En un momento, dos participantes preguntaron: “¿Cuáles son los límites de Capurro?”, a lo que respondimos: “Eso es algo que podemos pensar aquí, todos juntos”. Devolví la pregunta al grupo y surgieron varias respuestas: “Según Google, los límites son el contorno al oeste donde está el Parque y los accesos, el arroyo Miguelete, Bulevar Artigas y la Avenida Agraciada”; “Para mí, no todo lo que está entre la Avenida Agraciada y Uruguayana es de Capurro, para mí es de Uruguayana para abajo”; “Según las inmobiliarias somos Prado, para poder vender más caro, ja, ja, ja”; “Según el censo de 2011, somos Capurro-Bella Vista”. El hecho es que durante el taller no se pusieron de acuerdo sobre los límites. quizá porque estos no son rígidos, y flexibles, porque el barrio se define más por las formas en que se habita que por la distribución que hacen el mercado inmobiliario, la comuna o los libros de historia.

A continuación, vuelvo a compartir algunos fragmentos significativos de las narrativas de los/las participantes.

Me enfoco en el tema de los recuerdos y me traslado a la década del cincuenta. Recuerdo cuando la banda municipal llegó al Parque Capurro bajo la dirección de Vicente Ascone, un director de renombre cuyo legado perdura, tanto que hasta hay una sala que lleva su nombre. Se avecinaba una tormenta, y ya se podía sentir el aroma mezclado del mar y la inminente lluvia. Fue entonces cuando interpretaron una pieza de un compositor uruguayo

Fabini, titulada *Campo*. La rambla, flanqueada por aquellos muros, contaba con unas barreras de madera muy similares a las encontradas en Piriápolis y La Pedrera. Aquel es uno de mis recuerdos más vívidos. Otro recuerdo que me viene a la mente es sobre la fábrica de Campomar, situada frente a la cancha de Fénix. Durante mi época de liceo, cerca de las 10 de la noche, solía cruzarme con un grupo de empleados, generalmente obreros, que volvían a casa. Vestidos con sus mamelucos y con las manos escondidas bajo estos, iban silbando y cantando tangos de Gardel. Para mí, era una escena sumamente pintoresca. Y ya que menciono a Gardel, es posible que no todos sepan que él visitó nuestro barrio. Estuvo, para ser precisos, en la esquina de Capurro y Agraciada. Incluso hay una foto que lo prueba. Durante el Día del Patrimonio, se exhibe una imagen junto a una estufa de leña grande, mostrando a Gardel con sus guitarristas. Todo eso cambió cuando se construyó la ruta y el parque se deterioró. (Hombre de 82 años, noviembre de 2020)

En toda esta zona de acá, en Uruguayana, justo al lado de la vía, estaba lo de Martínez Reina, Campomar, todos esos lugares. Después apareció Mother Boy, entre muchas otras empresas. Acá había una gran cantidad de fábricas que hoy se han perdido en el barrio. Era un lugar que la gente disfrutaba mucho. Pero bueno, yo intento recordar cómo era todo cuando yo era niño. Nací en la calle Dragones, así que la conozco bastante bien. Para mí, era una zona con mucha industria, especialmente de textiles, que lamentablemente desaparecieron. Es algo que realmente lamento, creo que fue una pérdida muy importante para el barrio. (Hombre de 59 años, noviembre de 2020)

El primer comité se estableció en la calle Capurro y Coraceros, justo al lado de donde se encuentra el hábitat actualmente. Se llamaba “10 de septiembre de 1815”, y la familia Manfrini era propietaria del local. Funcionó allí desde 1971 hasta la época de la dictadura. Tras la dictadura, se inauguró un nuevo comité en Capurro, pero solo por un breve período. Luego, el nombre se cambió a “19 de julio”, en honor a la fecha de la Revolución Nicaragüense. Luis Alpui, un joven uruguayo que falleció luchando en la Revolución Sandinista en Nicaragua, dio su nombre a otro comité en homenaje a su sacrificio. Posteriormente, el comité se trasladó a diferentes ubicaciones, como la calle Coraceros y Gómez, y cerca de la panadería STEMI en Coraceros, manteniendo el nombre “19 de julio” por la misma razón. Por cuestiones económicas, los dos comités se fusionaron en un mismo local hasta que, alrededor de 1988, nos trasladamos a Capurro y Usares. Más adelante, nos mudamos cerca de Uruguayana, casi Capurro. En ese punto, en Capurro y Coraceros, es donde se decidió cambiar el nombre del comité a Mario Benedetti. Cabe destacar que, cuando estábamos en el primer comité, una tarde nos visitó Mario Benedetti, quien había vivido en el barrio. En aquel momento, él era dirigente político y vino a compartir sus experiencias con nosotros. Lamentablemente, en esa época no contábamos con los medios

actuales para grabar o filmar ese encuentro y sus relatos sobre su vida en el Parque Capurro. Fue una experiencia memorable. Incluso hoy día, algunos de nosotros intentamos recordar exactamente dónde vivió Benedetti en el barrio, aunque tenemos una idea aproximada, no es con total certeza. (Hombre de 76 años, noviembre de 2020)

Tomando la palabra, justo mencionaste el Caserío de los Negros y aquí estoy, al lado de Alma, precisamente. O sea, la iniciativa surgió, o más bien, fue impulsada por Alma y otra señora, Miriam Acuña. En el barrio no se veían tambores como en Barrio Sur o Palermo, donde cada fin de semana era común su presencia. Me fascinaban los tambores y conocía a un chico que los tocaba muy bien, Adrián Arambarri, alias el Gutiérrez. Así empezamos a reunirnos, cada vez más, hasta que decidimos formar un grupo. ¿El nombre? La Cuerda de Capurro. La madre de Adrián sugirió “Senzala”, un término que desconocíamos por completo en aquel entonces. Nos pusimos a investigar sobre Senzala y, además de darnos nombre al grupo, que tristemente se disolvió hace unos cinco o seis años, marcó una época. Salíamos a tocar todos los sábados por Capurro; quizá algunos recuerden nuestras rondas, parábamos en la esquina de la casadera, incluso pintamos una fachada en Cabildantes y Capurro con logos de Senzala, participamos en las llamadas oficiales de la intendencia. Fue un tiempo maravilloso que nos hizo reflexionar sobre la presencia africana en Capurro. En colaboración con Alma, logramos que la Intendencia nos cediera un espacio en Solís Grande para crear la plaza Caserío de los Negros. Recibimos donaciones de diversos tipos, desde un monolito por parte de AFE hasta la colaboración de la Intendencia en la construcción de una cancha de básquet. Mucha gente vino después a pintar los muros, que, afortunadamente, se mantienen en perfecto estado, sin vandalismo. Este proyecto nos ayudó a comprender la profunda conexión de Capurro con los afrodescendientes. Allí se encuentran unos grilletes y pozos donde eran encerrados los esclavos. Martínez, que hace años visitó y dejó su firma, también estuvo presente en este homenaje. (Mujer de 82 años, noviembre de 2020)

Llegué al barrio hace 32 años, procedente del interior, y experimenté un doloroso desarraigo al mudarme a Montevideo. El proceso fue duro y lleno de sufrimiento hasta que encontré mi lugar en el barrio, coincidiendo con la construcción de mi vida familiar al quedarme embarazada. Nos mudamos aquí dos meses antes del nacimiento de mi hija, a una casa que encontramos gracias al gallito Luis. Elegir Capurro no fue por conocimiento previo; simplemente, la casa nos gustó y se ajustaba a nuestro presupuesto. Aquí construimos nuestra familia bajo las circunstancias típicas de esa época, con ambos trabajando y nuestros hijos asistiendo a un colegio privado por conveniencia laboral, por lo que no se integraron en la educación local. A la vez, hay algo especial en este barrio que siento profundamente: me adoptó. A pesar de mis orígenes ajenos y sin una conexión

directa con su historia obrera y sus luchas, el barrio me ha abrazado en mi desarrollo personal y familiar. Es el lugar donde manejo mis alegrías y penas, una sensación difícil de explicar pero muy real para mí. Esta percepción se fortaleció con la invitación que recibí por WhatsApp para esta reunión, lo que me impulsó a compartir mi experiencia. Desde mi llegada en octubre de 1987, si tuviera que elegir un lugar que simboliza el corazón del barrio para mí, sería la Plaza Zacarías. Este espacio ha sido como un termómetro de las diversas etapas vividas aquí, marcadas tanto por dificultades como por momentos felices. Actualmente, estamos experimentando un gran momento de alegría. La plaza se ha convertido en un punto de encuentro para los tambores, emanando buena energía y siendo testigo de cómo los jóvenes han superado significativamente sus problemas de adicciones. Este es un claro ejemplo del resurgimiento del barrio, después de haber atravesado tiempos difíciles, marcados por el dolor. (Mujer de 69 años, noviembre de 2020)

Ambos talleres fueron emotivos y se notó en este segundo el entusiasmo de los/las participantes de poder contribuir con narrativas afectivas a la historia y la identidad del barrio. En este taller participó incluso un profesor de historia que tuvo un gesto muy lindo al no anteponer la disciplina por sobre las narrativas, contribuyendo de forma ensamblada con lo que se estaba tejiendo en la grupalidad. También aparecieron nuevos talentos literarios, lo que otorgó al taller momentos épicos, a mi criterio.

Al finalizar, les dimos las gracias, agradecimientos que fueron restituidos, y les invitamos al último taller en marzo de 2020, para mostrar un adelanto de lo filmado y sobre eso seguir trabajando. Pero los acontecimientos de la emergencia sanitaria por el COVID-19 no permitieron cerrar este ciclo.

4.7. Tercer y cuarto año en el barrio Capurro. La emergencia Sanitaria por el COVID-19: integralidad en la Olla Capurro

Mientras planificábamos el tercer taller de con los/las habitantes, en marzo de 2020 se declaró la emergencia sanitaria por el COVID-19 en Uruguay. Esta situación alteró las relaciones sociales de tal forma que la población estuvo sometida a directivas gubernamentales (políticas y científicas) para evitar el contagio masivo y las muertes. Dichas medidas fueron impactantes, al punto de que la enseñanza universitaria pasó a desarrollarse mediante plataformas virtuales, planteándose restricciones y protocolos severos para el trabajo en las tres funciones

universitarias. Esto se replicó en todas las ramas de la educación. Las ramas de la producción fabril se vieron afectadas por la pausa y desaceleración, o la exposición al contagio colectivo. Bajó rotundamente la movilidad ciudadana y la presencia de personas en los centros comerciales o en las paradas de ómnibus, lo que generó serios problemas a los trabajadores que dependían económicamente de estas actividades y servicios.

La emergencia sanitaria mundial generada por la detección del COVID-19 provocó gran preocupación a diferentes escalas. La capacidad de acción tanto de gobiernos, del sector productivo, servicios, sindicatos, organizaciones sociales, habitantes, e incluso animales y ambientes fue diferencial. Para referirnos a estas dos últimas, los animales expandieron su radio de acción ante calles vacías, y la contaminación ambiental bajó de forma radical debido a la menor emisión de gases contaminantes de chimeneas y autos. Las carreteras y avenidas presentaban tráfico fluido. Ya no se veían las túnicas y moñas en las calles, ni los ómnibus en los horarios de entrada y salida de las escuelas. Incluso, ya no se escuchaba el timbre en la casa de al lado. En muchas viviendas, el hogar se convirtió en la oficina de trabajo, la sala de clase de la escuela, y los sistemas tecnológicos de comunicación surgieron como intermediadores de estas relaciones. Por un momento los animales y seres humanos respiraron un aire más limpio, aunque duró menos de lo esperado.

En medio de la emergencia, y ante respuestas ambiguas o poco efectivas de los gobiernos frente a los problemas de los habitantes que quedaron sin trabajo, en seguro de paro parcial o total, o que dependían del movimiento en la ciudad para generar dinero, varios colectivos sociales de forma espontánea, y luego planificada, abrieron ollas populares-comunes y merenderos. El interés por traer este tema radica en que, durante el proceso etnográfico, un colectivo de habitantes asociados a Capurro abrió una olla, fruto de una coordinación territorial debido a situaciones de saturación de otras ollas en barrios cercanos. A raíz de esto, presentó el panorama regional y local de este tipo de respuestas ciudadanas, muchas de ellas proveniente de colectivos sociales asociados a barrialidades.

Las ollas populares y comunes son acciones colectivas que se reproducen y multiplican ante situaciones de crisis y/o de pobreza crónica a nivel histórico. La pandemia mundial declarada en 2020 generó un nuevo surgimiento de las ollas a gran escala y visibilidad. La resultante de la crisis emergente de la pandemia mundial tiene un punto común que es el aspecto económico por el freno de la producción, distribución y por ende capacidad de consumo. Los diferentes confinamientos que se declararon frenaron el comercio interno y, por ende, afectaron a ciento

de miles de habitantes de los diferentes Estados en todas las latitudes. Los gobiernos optaron por diferentes estrategias para el control sanitario, siendo que, por ejemplo, en Argentina y Chile hubo periodos de confinamiento total controlado, en el caso de Brasil estas fueron inexistentes dada la priorización de mantener la actividad económica, mientras que en Uruguay se optó por medidas progresivas que implicaron apelar a la libertad responsable como política del gobierno uruguayo. Esta última implica a grandes rasgos, que la población tenga la información suficiente para que de forma individual y/o en su núcleo de habitabilidad inmediato se adopten los cuidados recomendados para no propagar el contagio.

Karina Colmán y Omar Yampey (2020) realizaron una tipología de las ollas populares surgidas en el contexto de crisis sanitaria. Destacan el liderazgo de las mujeres y los lazos de solidaridad y organización que se construyen en el interior de estos movimientos, a la vez que el rol ausente del Estado en la protección social. En los resultados de su trabajo, logran determinar que las contingencias en Paraguay relacionadas al confinamiento general, la demora en la creación de programas sociales del Estado, el hambre, el desempleo y los problemas relacionados al cierre de las fronteras, produjeron una crisis que demandó la respuesta ciudadana ante la ausencia de políticas concreta de asistencia. En un camino similar, en Perú, María Cuadra et.al. (2021) realizaron una investigación en torno al impacto de la crisis en la organización de mujeres tras la reactivación de las Ollas Comunes de Lima Metropolitana. Piensan a las Ollas Comunes como una estrategia comunitaria que aparecen en tiempos de crisis, las cuales llevan décadas siendo de utilidad para cubrir la necesidad básica del alimento, y remarcan la dimensión política que contienen estas organizaciones, surgidas desde los sectores populares. Las autoras concluyeron en que la crisis por Covid-19 impulsó la creación de Ollas Comunes y su mantenimiento en el tiempo, pero no modificó la organización de las mujeres que participan de estas.

Es de destacar que el lugar de la mujer en este tipo de acciones colectivas hace valer de forma determinante el trabajo reproductivo y hacen visible, sobre todo en tiempos de pandemia, las desigualdades y explotaciones capitalistas sobre los cuerpos (Expósito, 2020). En este sentido, Fernanda Palacios Sepúlveda (2020) plantea un breve recorrido histórico sobre las ollas comunes y el rol de las mujeres como líderes de estas instancias comunitarias. Plantea que, más allá de tener un rol de cuidado ligado a lo maternal femenino, el lugar que ocupan actualmente las mujeres en estos movimientos puede promover procesos de transformación en la conciencia y la identidad de género de las mujeres que los integran. Además, menciona que la participación de las mujeres en la actual crisis sanitaria, económica y social por la que América Latina

atraviesa, interpela al sistema económico y social en el que vivimos, y que se pueden entender desde los feminismos comunitarios como prácticas de resistencia y transformación social.

Yendo de forma directa a la situación de Uruguay, surgió un relevamiento elaborado por un equipo de docentes para la Comisión Sectorial de Extensión y Actividades (CSEAM) de la Udelar, que realizó una caracterización y análisis de la emergencia de las ollas y merenderos comunitarios que surgen en medio de la emergencia sanitaria en Uruguay (Rieiro et al., 2021b). A grandes rasgos el informe institucional logró identificar aproximadamente 700 iniciativas comunitarias que instalaron ollas o merenderos comunitarios, posterior a marzo del 2000. De las iniciativas relevadas, se constató que el 60% funcionaban como olla, el 33% combinadas y solo el 7% en formato merendero. A su vez, la caracterización llegó a identificar que el 43% del total fueron iniciativas vecinales, el 15% de índole familiar, el 10,9 a iniciativa de clubes sociales y deportivos, el 6,9 de ollas y merenderos que tenían una experiencia previa a la pandemia, el 5,5 de sindicatos-trabajadores. El 19% restante se divide en forma descendente por los siguientes actores: comercios locales, colectivos militantes-sociales, cooperativas de vivienda o trabajo, partidos políticos, organizaciones no gubernamentales, instituciones religiosas, grupos de voluntarios y beneficencia y comisiones de instituciones educativas. Otro elemento que caracteriza a estas acciones colectivas es que participaron aproximadamente 6000 habitantes, siendo que el 57% eran mujeres, el 42% varones y un 1% de otras sexualidades-identidades (bisexuales, transgénero, intersexo, queer y otras). Las autoras realizan un extenso análisis que deja entrever un entramado heterogéneo que caracteriza estas acciones colectivas. Esto involucra a miles de habitantes, organizaciones y privados que tensionan las formas de problematizar el fenómeno. No hay unanimidad de consenso en cuanto a la respuesta, ya que en primer lugar implica dar un plato de comida a quien lo necesita, pero se entrecruzan otras cosas que implican accionares políticos (no necesariamente partidarios) que abren cuestión sobre la contradicción capital-trabajo, sobre el trabajo productivo y reproductivo, y sobre la relación entre la asistencia y la promoción. Por otro lado, se problematiza sobre la existencia de las ollas, en la cual se llega a concluir que no deberían existir, pero en el medio se debaten acciones políticas que fortalecen la trama social en el solo acto de sacar la cocina a la calle y proponer una forma solidaria y colaborativa a nivel de los vínculos sociales. En último lugar el informe hace visible el potencial más o menos creativo de los colectivos que impulsan las ollas y que en debate se pone en juego que más allá de que se enuncia y no se descarta que las ollas no deben existir, las autoras ponen énfasis en que antes de eso lo que no debe existir es el hambre.

Situándonos en nuestra situación, luego de adaptar todos cursos de grado docente a la mediación virtual, comenzamos a replantearnos los modos de ejercicio de las funciones. En lo personal, desistí de realizar el tercer taller y pausar la investigación mientras durara la emergencia sanitaria. A la vez, varios/as habitantes de Capurro, con quienes había generado un lazo de cooperación en los dos años anteriores, me informaron de que estaban impulsando una olla popular. La iniciativa me generó interés y consulté sobre la posibilidad de ir a registrar la acción colectiva, a lo que recibí una respuesta afirmativa.

La llegada al campo en donde se desarrolló la olla popular fue impactante para mí, ya que se trataba de la primera salida de mi domicilio luego de la declaración de la emergencia. Fue extraño subirme a un ómnibus con tapabocas y con los protocolos de lejanía.

La olla popular estaba funcionando en el Sindicato de Trabajadores de la Industria Química, ubicado entre las calles Capurro y Uruguayana. Me citaron a las 15:00 h para entrevistar a la referente del colectivo. Para llegar al lugar de trabajo, caminé por un pasillo y me dirigí a un patio intermedio, a una gran sala. La olla estaba en ese patio, en un lugar techado junto a un parrillero. Las condiciones en donde se cocinaba parecían tener lo indispensable y necesario, mucho mejor de lo que me imaginaba. Igualmente, no era yo quien debía valorar eso, solo fue una impresión personal.

Cuando llegué, había un integrante que, de forma solitaria, estaba acomodando la olla, implementos para cocinar y vegetales como cebolla, morrón, ajo, boniato, zanahoria, zapallo cabutiá y algunos pollos parcialmente congelados. Me presenté, hablamos un minuto y me quedé esperando, mirando durante menos de cinco minutos. En ese momento me pregunté si en lugar de ver podría ayudar, y antes de responderme le ofrecí mi ayuda, la cual fue aceptada, pedí un delantal y comencé a pelar y cortar cebollas. Luego de que llegó la referente (una hora y media después de la hora pactada) y nos viéramos, se rio y me hizo un chiste, pero aceptó que estuviera ayudando. Ese día me quedé tanto en la cocina como en la servida de comida. Fue un día de muchas movilizaciones afectivas, ideológicas e incluso epistemológicas, en lo personal. Las acciones del colectivo me generaron un contagio deseante. Y luego de eso, volví a hablar con la referente e hicimos un preacuerdo de cooperación. Se trató de que podamos colaborar (invitando de forma voluntaria a estudiantes de grado de psicología) y a la vez, generar un registro del tiempo durante el que estemos trabajando juntos/as. Este iba a ser escrito, fotográfico y filmico. Luego de volver el lunes siguiente a colaborar con la olla, conversamos para afinar la idea y quedamos en que se presentaba al colectivo. La propuesta se

aprobó y a partir de eso transformé mi acción en un Espacio de Formación Integral (EFI), en el que se articuló la enseñanza de grado, la investigación y la extensión con la comunidad.

Luego de comenzado el curso de 2020 a mi cargo, llamado Territorialidades Barriales en la Ciudad Contemporánea: Capurro 3, y de comenzar a trabajar de forma virtual con estudiantes de grado de psicología, comenté que estaba trabajando territorialmente en la olla popular. Los/as estudiante solicitaron ir, ya que les pareció un espacio relevante de práctica, además de la motivación por colaborar con el colectivo. De los/as doce estudiantes, ocho querían participar. Primariamente, consulté los protocolos universitarios para el trabajo en territorio. Luego, consulté a referentes del colectivo de la Olla si les parecía prudente combinar la acción colectiva con el espacio de práctica de estudiantes. Las respuestas habilitaron a que los lunes, dos estudiantes participaran de la elaboración del alimento de 15 a 17 horas, y otros dos de la servida. El protocolo universitario permitía eso, tomando todos los recaudos correspondientes (máximo de dos horas de trabajo en territorio, uso de los implementos de seguridad y distanciamiento corporal). En todas las actividades que realizaron los/las estudiantes estuve presente, porque la idea era colaborar a modo de proyecto de extensión, y registrar para poder investigar el acontecimiento que se estaba produciendo.

A partir de ahora, voy a presentar los resultados del proceso de indagación que se tradujo en una investigación-acción participativa. Esta metodología, propuesta por las psicologías sociales y comunitarias, nos permitió acordar esfuerzos con la comunidad para lograr objetivos comunes, proponiendo también investigar mientras participamos (Balcazar, 2003; Zavaro Pérez, 2020)

El colectivo contaba con participantes estables y otros/as eventuales (por ejemplo, nosotros, integrantes de una murga, de un club social del barrio, etc.). Se componía de un grupo de residentes del barrio o alrededores, y algunos de lejanías que se implicaron por amistades cercanas. Sin haber realizado un conteo exacto, podemos afirmar que el colectivo tenía de treinta a sesenta participantes, en su mayoría mujeres, algo que entiendo está asociado al trabajo reproductivo del que habla Silvia Federici (2018).

La olla comenzó a partir de una iniciativa de simpatizantes de los clubes sociales y deportivos del barrio que se empezaron a contactar para desarrollar acciones solidarias por la emergencia sanitaria. Una de las razones por las que el colectivo llegó a la conclusión de que era importante que el barrio Capurro tuviera una olla popular radicaba en que en un barrio cercano existía otra, que estaba saturada debido a la alta demanda.

La iniciativa de la olla surgió a fines de marzo a raíz de que teníamos un conocido que estaba realizando una olla en el barrio de La Teja con una concurrencia de unas trecientas personas por medio día, y al verse el bastante colapsado de lo que estaban teniendo que producir para cubrir la necesidad de esas personas, fue que se nos ocurrió complementar en la noche para cubrir la cena. (Entrevistada 1, junio de 2020)

Eso llevó a diversos contactos y conversaciones entre habitantes, que llegaron a la conclusión de que el barrio necesitaba una olla popular:

Cuando nos vimos con todas las manos y los insumos para arrancar nos faltaba la parte del local. A través de dos compañeras que se habían arrimado para la convocatoria de la olla, ellas me dieron la idea del Sindicato de Trabajadores de la Industria Química. Conseguimos el teléfono del presidente del sindicato, le conté de que se trataba la propuesta y me pidió 24 horas para plantearlo en la directiva. Eso fue el sábado 28 de marzo, y el lunes 30 de marzo estábamos arrancado con el primer día de la olla. Los compañeros del sindicato nos abrieron las puertas con todo el local a disposición, nos dieron todas las comodidades para funcionar bien. Ellos cuentan con prevencionistas que nos ayudaron con el tema de los protocolos de salud y bromatológicos para cuidar en la servida y cuidarnos como colectivo de los contagios del COVID-19. (Entrevistada 1, junio de 2020)

No es casualidad que el Sindicato de Trabajadores de la Industria Química (STIQ) tenga ubicación en el barrio Capurro, sobre todo por la cercanía de sus fábricas. Que un sindicato como este haya prestado su local y ayudado a que la Olla Capurro pudiera mantenerse es algo sumamente relevante, ya que habla del sentido de pertenencia barrial, pero también de su compromiso con las necesidades sociales (Fagundez D'Anello, 2021).

4.7.1. Tramas del trabajo integral y participativo en la Olla Capurro



Figura 37: Olla, alimentos, humo y manos sentipensantes. Foto de autor, mayo de 2020

La olla es de metal y de unos sesenta litros de capacidad. El carbón adherido a sus paredes exteriores muestra el poder del fuego y las huellas de semanas y meses de estar encendida. No había pulidor y esponja que lograra borrar esa memoria. En esa olla se conjugan las donaciones recibidas por cientos de personas anónimas, organizaciones sociales y, en un mínimo porcentaje, de forma eventual, algún apoyo proveniente del gobierno departamental y mucho menor del Estatal. Esas donaciones se traducían en verduras, legumbres, proteínas, agua y condimentos que, mediante el saber de participantes que preparaban los alimentos y luego los cocinaban, producían entre 120 y 200 porciones de comida:

Cocinamos para unas cien personas, a veces para más, a veces para menos. Usamos tres kilos de cebolla, cuatro o cinco kilos de papa y también de calabaza, casi siempre le ponemos proteínas: pollo, carne picada, y lo que haya disponible si lo hay, usamos lentejas también (entre tres y seis kilos)... Y bueno, hacemos un salteado con la cebolla, con zanahoria, luego le ponemos la carne dejando que eso se sofrite un poco, usamos condimentos tales como ajo, laurel, orégano, pimentón... más o menos lo que se usa en una casa... Luego le agregamos agua, caldos, salsa de tomate (unos cinco o seis litros) y le terminamos agregando lentejas, garbanzos, porotos, lo que tengamos disponible... Luego hacemos unos seis kilos de arroz o de fideos o polenta para engrosar las porciones. (Entrevistada 2, septiembre de 2020).

Esta descripción es parte de las acciones implicadas relacionadamente en el objetivo del colectivo, en las que se pueden ver diversas participaciones que operan para que se produzca el plato de comida. La situación transversal, pero situada, del COVID-19, activó también la participación de protocolos de uso de tapabocas, distanciamientos físicos, cuidados en cuanto a la sintomatología de los participantes que marcaban ausencias preventivas, alcohol en gel, jabones, desinfectantes y ambientes aireados que en invierno producían malestar en los cuerpos de los/las participantes por el frío, además del uso de guantes, que implicaban grandes costos económicos.

En cuanto a la servida, el protocolo indicaba: se instalaban dos mesas, una con el recipiente de la comida y otra en donde se servía, en el salón que tiene una puerta hacia el exterior del local sindical, o a veces, si el clima lo permitía, se hacía lo mismo, pero en el patio de entrada. Se disponían cuatro personas: una recibía a la gente y tomaba su recipiente, que se esterilizaba con alcohol en su parte exterior, se colocaba el recipiente en la mesa y la persona que usaba el cucharón de servida introducía el alimento sin que este tocara el recipiente (a veces había dos recipientes de servida y dos personas sirviendo), pero nunca el que tenía el cucharón tocaba el

recipiente que venía del exterior. Luego, la persona que recibía el recipiente del exterior lo retiraba de la segunda mesa y se lo daba a la persona que venía a buscar la comida. En medio de esto, había otra persona que se encargaba de darles fruta y/o pan. El estricto cumplimiento de este protocolo generó que en todos los meses de funcionamiento no hubiera un solo foco de contagio, lo que da cuenta del compromiso del colectivo en materia de prevención. De todas formas, el virus estaba jugando un papel de actante en las prácticas, de forma determinante.



Figura 38: La servida de los alimentos con el protocolo sanitario. En esta imagen se pueden ver dos estudiantes de psicología y dos integrantes del colectivo. Foto de autores/as, mayo de 2020.

La instancia de servida en las que participamos generó encuentros con cientos de personas que por diferentes razones tenían que recurrir a buscar un plato de comida. Muchas son las historias que se podrían relatar, pero uno de los participantes del colectivo nos contó una que considero que vale la pena compartir:

Yo vengo generalmente a la servida por temas de horarios de estudio. Me encanta hablar con la gente que viene y al menos entablar un vínculo humano. Un día nos contaron que había una huerta y decidí ir. Me pareció interesante invitar a las personas que venían a la olla a que vayan. Una de ellas fue un domingo y cuando vino a buscar comida, otro día me contó que le había encantado y que, a partir de su participación en la huerta, logró que en su casa se empezara a comer más verduras, dado que la huerta nos dejaba que cuando hubiera cosecha la gente se pudiera llevar a sus casas. (Entrevistado 3, diciembre de 2020)

Tanto la cocina como la servida era un lugar de encuentros que disparaba una multiplicidad de saberes, aprendizajes y emociones. No todas las historias eran tan lindas como la narrada por

el entrevistado, ya que también había muchas de carencia extrema, violencia de género, personas con patologías diversas en estado de sufrimiento explícito, etcétera. En la puerta exterior también había integrantes del colectivo que, en primer lugar, cuidaban la entrada y disponían a la gente con 1 metro de distancia en las largas filas que se generaban en los primeros treinta minutos de la olla. Como había participantes del colectivo de la Olla que tenían formación en trabajo social, se instauró un registro de personas para que pudieran acceder a un beneficio de canastas, para anotaciones a bolsas de trabajo, o para derivar a servicios específicos a partir del saber de estas compañeras:

Siempre se pensó que haya personas en la puerta para ordenar el tema de los protocolos de distanciamiento físico... Después surgió una idea que cuando yo ingresé al colectivo ya la estaba desarrollando otra compañera, que fue un relevamiento de las personas que vienen a la Olla... De ahí pensamos qué datos se podían preguntar, pero dado que no éramos un servicio estatal, había cosas que no se necesitaban saber, y sobre todo asegurar la confidencialidad de las personas, en una lógica de cuidado que sus datos no estén circulando por ningún lado. Nos interesaba saber si la gente que venía era del barrio, su núcleo familiar, si tenía algún problema en cuanto a la situación alimenticia... Eso produjo que, por ejemplo, pudiéramos coordinar para que algunas de las familias recibieran una canasta del Estado. (Entrevistada 4, septiembre de 2020)

En un momento, desde la Intendencia de Montevideo y el Ministerio de Desarrollo Social nos pidieron datos de las usuarias y usuarios que asisten a la olla para saber si en sus casas tenían heladera, cocina y posibilidades de cocinar y tener dinero para la garrafa... Esos datos, que fueron consentidos por las personas que nos los brindaban, fueron vitales para que las personas pudieran acceder a una canasta, aunque siempre tuvimos cuidado en el tema de la confidencialidad y de que nunca fue obligatorio dar ningún dato a la Olla, ya que esta no requería esto para dar un plato de comida. (Entrevistada 5, septiembre de 2020)

Estos fragmentos de las narrativas de las participantes de la Olla ilustran que, si bien la tenía la dimensión de ser un espacio para servir un plato de comida, a impulso de sus participantes se coordinaron vínculos institucionales, con el objetivo de que pudieran contar con beneficios sociales. Incluso en otras oportunidades, ante llamados a empleos impulsados por la IM, se armaron mesas para la inscripción de asistentes a la Olla que no tuvieran internet o computadora para postularse.

Cabe destacar, también, que el colectivo de la Olla Capurro se preguntó qué tipo de cosas se podían hacer para complementar el trabajo de servir un plato de comida. Este tema fue

dialogado a la interna, a raíz de entender que el vínculo con quienes llegaban podía incluir otros modos de encuentro además de la entrega puntual del alimento. Es así como en los cuatro sábados de agosto de 2020 se produjeron jornadas de integración en el espacio de la Comunidad Cultural Parque Capurro. Estas actividades desplazaron el centro desde la comida hacia mesas de intercambio de libros, juguetes y ropa, en una modalidad denominada gratiferia, bajo la consigna “llevá lo que necesites, dejá lo que no precisés” (ver Fig. 44). También había espacios de experimentación de huerta orgánica, actividades musicales y de circo. En esos días de agosto el Parque Capurro se vistió de esas actividades, en las que participaba la Olla, englobando tanto a quienes cocinaban o servían como a quienes asistían, y también personas que se acercaban a disfrutar de una tarde en la plaza pública.



Figura 39: Otro espacio generado por el colectivo en modo participativo y no asistencial: la Gratiferia. Foto de autores/as.

Paralelo a esta actividad, a partir de una iniciativa de un grupo de participantes de la Olla y la Intendencia, se coordinó armar una biblioteca. La IM prestó libros, que renovaba cada quince días, y dos veces por semana junto con la servida se armaba el espacio de préstamo y devolución. En esa actividad se logró contactar con un habitante del barrio que era escritor y sus libros fueron compartidos en la Olla. Esta fue otra de las actividades pensadas para promover la ampliación de la cobertura de la olla, integrando la promoción de la cultura.

4.7.2. El cierre de la Olla: desgaste, movilización y gestión de las emociones, el arte y las aperturas

Si bien la olla Capurro terminó su trabajo el 8 de diciembre de 2020, en este apartado narraré de forma breve el elemento artístico-político que estuvo implicado en el proceso y en el cierre. El 16 de junio de 2020 se celebró, como todos los años, el Día de los Trabajadores de la Industria Química. Al evento fue invitado el colectivo de la Olla, para compartir con las personas afiliadas al sindicato el trabajo realizado. En dicha conmemoración, muy emocionante tanto para el colectivo como para el resto de los/as asistentes, se le regaló al sindicato un cuadro que fue realizado por el artista plástico Henry Fernández, el cual fue premiado en un concurso de arte en Uruguay, y donado a la Olla Capurro para obtener fondos. Como las donaciones fueron más de las esperadas, el colectivo de la Olla y el artista decidieron regalárselo al STIQ, en un acto de agradecimiento por todo lo que habían aportado para que el proyecto se hiciera realidad.



Figura 40: Foto del cuadro del artista uruguayo Henry Fernández.

El presidente del STIQ nos planteó lo siguiente:

Cuando nos hicieron la propuesta, decidimos llevarla adelante, apoyarla, prestando el local, poner horas de compañeros, aporte económico si hace falta... y para nosotros es parte de lo que somos, plantear sueldos y condiciones de trabajo, y también plantear el bienestar de la sociedad y de pueblo uruguayo en estos momentos que son tan duros... Cuando nos convoca la sociedad, como sindicato, como organización social, tenemos que responder. (Entrevistado 6, junio de 2020)

Este acontecimiento tiene una estrecha relación con la actividad de cierre que la Olla Capurro decidió hacer. En noviembre de 2020, y luego de varias reuniones, se tomó la decisión de cerrar el año de trabajo en la primera semana de diciembre. Pero la forma de hacerlo fue realizando una actividad en la que, a partir de la solicitud de un muro del barrio, se generó un mural, intentando emular la obra del artista Henry Fernández, quien también participó en el diseño del mural. Esta actividad contó con el apoyo económico de la Comisión Sectorial de Extensión y Actividades en el Medio de la Udelar, que compró pintura y diversos instrumentos para llevarlo a cabo. Se pintó en dos días y este fue el resultado:



Figura 41: Actividad final: el mural en gratitud y memoria al barrio Capurro. Foto de autores/as.

A su vez, la jornada que fue filmada y forma parte del documental que dio cuenta de estas memorias de un espacio de reflexión colectiva. Aprovechamos la instancia para realizar las últimas entrevistas. Destacamos de estos dos relatos en particular: el primero es la explicación

del artista sobre el significado de su obra, que es un concepto complejo, híbrido y heterogéneo en sí mismo:

En la pintura traté de plasmar dentro de la olla como centro y alrededor todas las personas que estuvieron dando una mano, desde la gente voluntaria, la gente de barrio, los/as maestros/as que estuvieron al firme en la escuela buscando la manera que los gurises no quedaran tirados con su educación, los/as enfermeros/as y médicos/as estando en la zona de riesgo permanente y el/la trabajador/a más que nada... Es una ronda en donde estas personas se reúnen junto a la olla y cada una de las personas están con sus manos que se convierten en el fuego que daban calor a la olla y cocinaban la comida que es lo que necesitaban todos. (Entrevista a Henry Fernández, diciembre de 2020)

Una de las participantes, con una narrativa que resulta muy significativa como reflexión político-afectiva, expresaba:

Hoy es la jornada de cierre de la actividad de la Olla, que no es un cierre definitivo, y un cierre de año... Ocho meses, quieras o no, se sienten en el cuerpo y preferimos, en vez de recargar a algunas compañeras, hacer un parte de año... La olla fue un espacio en donde siempre se priorizó cuidar a las personas, a las diferentes realidades que traíamos... Este año en particular, donde todas las subjetividades se ven transformadas... nos pasaba de comentar que la olla para muchos era el único espacio social y de contacto que teníamos en un momento más de cuarentena cerrada... Indefectiblemente, traíamos todas nuestras cargas emocionales y en un colectivo tenés dos opciones, o ignorarlas o atender a las diferentes particularidades de las personas que la integran, y creo que esta es una de las fortalezas que tenemos acá y por lo que hemos podido durar tanto tiempo, la voluntad de ver cómo estás, qué te pasa, si precisás algo, si andás complicada, hay cosas más allá de solo la jornada... Simplemente a veces escuchando es ya un gran cambio. (Entrevistada 8, diciembre de 2020)

Durante el primer semestre de 2021, la emergencia sanitaria por el COVID-19 tuvo sus peores estadísticas de internados en CTI y fallecimientos en Uruguay. Eso generó una desaceleración aun más aguda de la vida en sociedad. A la vez, las ollas populares jugaron un papel sumamente importante, ya que se mantuvieron funcionando en un gran número, brindando alimento a miles de ciudadanos. La Olla Capurro no se retomó, aunque sus integrantes participaron de diversas acciones comunitarias relacionadas. Para muchos/as activistas fue una experiencia significativa, que dejó aprendizajes invalorable.

En ese momento, junto con Rodrigo Vidal (integrante del Labtee), comenzamos a editar el audiovisual de la Olla Capurro (Fagundez D’Anello et al., 2021). En el mes de septiembre, realizamos encuentros con algunos actores, para que aprobaran el trabajo final y firmaran los consentimientos correspondientes. Se convocó a una reunión abierta a los/las participantes del colectivo, en la que participaron aproximadamente una decena. Luego se realizaron cuatro instancias, algunas individuales, otras en duplas. Todos/as las personas que visionaron el trabajo, y aquellos/as que aparecen directamente en el audiovisual dieron su aprobación. Decidimos, entre todos/as, presentar el trabajo al 11.º Festival Internacional de Cine y Derechos Humanos: “Tenemos que ver”, en formato medio-documental. Luego de la aprobación, se fijó la fecha de presentación pública el día 1 de noviembre a las 19 horas en la sala de la Casa Mandrágora, en la Ciudad Vieja de Montevideo. La sala exigía el protocolo sanitario, lo que suponía no superar el 40 % del aforo y el uso obligatorio de tapabocas.

Asistieron unas sesenta personas. De ellas, aproximadamente la mitad fueron integrantes del colectivo, sus familiares y otras personas asistentes. Luego de emitido el documental, comenzó un conversatorio. Las palabras de los/las integrantes de la Olla Capurro fueron emotivas y acompañadas de llantos. Expresaron que se sentían orgullosos/as de haber participado de la experiencia y saludaron a todas las ollas que hasta ese momento se mantenían funcionando. Fue particularmente emotiva la intervención de una participante de una Olla del Sur, de Montevideo, que destacó que el trabajo había sido muy cuidado y respetuoso y que se sintió representada en los ciclos, reflexiones, y momentos que se vieron documentados. También hizo una reivindicación de la importancia de las ollas populares en momentos de crisis. Fue un gran acontecimiento para todos/as los/las implicados/as, y muy emotivo para mí porque sentía que habíamos logrado generar un producto colaborativo que quedará para la memoria viva de un proceso.

4.7.3. Resonancias analíticas de la experiencia

Para finalizar el subcapítulo, quiero analizar el proceso de investigación integral desarrollado en la Olla Capurro. Esto se dio en la medida de que articulé en principio la temática de la investigación a los cursos en modalidad seminarios teóricos, pero luego se transformaron en modalidad proyectos, en donde estudiantes me acompañaron a algunas de las actividades de este proyecto. Ahora, el proyecto se volvió integral en el momento en que participamos de la Olla Capurro hasta el final.

La integralidad de funciones universitarias está dada a partir de la articulación de actividades de investigación, extensión y enseñanza, pero con el componente del trabajo coordinado y siendo partícipes de la producción de conocimiento los/as participantes, en este caso de la territorialidad barrial de Capurro. En las actividades de los grupos de memorias afectivas, las producciones narrativas, la Olla Capurro y lo que trabajaré más adelante relacionado a la actividad de Capurro Textil, incursionamos en hacer partícipes a estudiantes de psicología y de los colectivos de la barrialidad de la elaboración de productos compartidos audiovisuales (Fagundez D'Anello, Vidal Faracchio y Colectivo Olla Capurro, 2021; Vidal Faracchio y Fagundez D'Anello, 2024). En estos, la comunidad participó del guion, los contenidos temáticos y del proceso de edición en etapas intermedias.

Mi interés en este último subcapítulo es marcar la relevancia de realizar tesis con el componente de la integralidad. Andrés Gabriel Wursten (2023) en su artículo argumenta que las universidades desempeñan un papel fundamental en la promoción de la inclusión social y el fortalecimiento de la democracia a través de su compromiso con la extensión universitaria. Esta se conceptualiza como un proceso dinámico y crítico donde la academia y los sectores populares colaboran para crear una sociedad más equitativa y libre de opresión. Este enfoque crítico de la extensión desafía las metodologías tradicionales, promoviendo en cambio prácticas horizontales que capacitan a los ciudadanos y fomentan una participación y crítica en los procesos democráticos. En este contexto, la extensión universitaria tiene la capacidad de potenciar habilidades críticas esenciales para la democracia. Este movimiento implica lo que Rodrigo Arocena (2014) llama la democratización del conocimiento científico integral.

En su estudio sobre la curricularización de la extensión universitaria, Sofía Sampaolesi y Ángela León Peláez (2018) exploran la dicotomía entre integralidad y articulación, proponiendo que la extensión se integre de manera esencial en los currículos académicos. Su análisis defiende que la extensión, al ser integrada como un componente central y no como un complemento, enriquece tanto la enseñanza como la investigación. Esta integración transforma la extensión en una herramienta estratégica para cultivar profesionales comprometidos y críticos, que entienden y responden a las complejidades sociales de sus comunidades. Al responder a la pregunta de si priorizar la integralidad o la articulación, las autoras abogan por una fusión de la extensión con los elementos académicos, promoviendo así un modelo educativo donde la enseñanza, la investigación y la extensión se potencian mutuamente. Esta aproximación permite a los estudiantes aplicar de manera práctica los conocimientos teóricos, fomentando un aprendizaje profundo y comprometido que va más allá de las aulas y se extiende

a la comunidad en general. Este artículo me generó la pregunta de qué pasaría si todas las investigaciones de tesis tuvieran que estar articuladas a programas integrales de la UdelaR. Para quienes somos docentes es más fácil articular estas actividades que para quienes no lo son. Los programas de becas doctorales pueden ser un aliciente para que esta situación ocurra, en especial para quienes no son docentes de la UdelaR. También la flexibilización de los programas de enseñanza universitaria que incentiven a docentes a que las investigaciones de posgrado sean parte de la formación de estudiantes y tengan componentes de extensión.

En el proceso de la investigación, y ante los emergentes del proceso, decidí crear Espacios de Formación Integral, que es una de las herramientas de articulación de las funciones que ofrece la universidad. Agustín Castro Menoni y Diego Castro Vilaboa (2011) en su análisis sobre los Espacios de Formación Integral (EFI) en la UdelaR, explican cómo estos espacios facilitan una integración efectiva de la enseñanza, la investigación y la extensión. Los EFI emergen como herramientas pedagógicas que enriquecen la formación académica al conectar a los estudiantes directamente con problemas sociales reales, lo que potencia su desarrollo crítico y su compromiso cívico. Según los autores, esta metodología transforma la experiencia educativa al vincular el aprendizaje teórico con aplicaciones prácticas, beneficiando tanto a la comunidad académica como a la sociedad en general. En este modelo, los estudiantes se involucran en un proceso educativo que trasciende los límites tradicionales del aula, permitiendo un aprendizaje interactivo que es esencial para entender y resolver desafíos complejos. Los EFI también son destacados como ejemplos de una educación universitaria que es más inclusiva y democrática, alentando a los estudiantes a ser agentes de cambio y a participar activamente en el desarrollo de sus comunidades. Sin dudas que casi el centenar de estudiantes que acompañaron aprendiendo este proceso, salieron beneficiados/as con la adquisición de herramientas fundamentales para la formación en Psicología, y la comunidad supo hacerles partícipes de los espacios de trabajo colaborativo.

4.8. Producciones narrativas del habitar la territorialidad barrial Capurro

En paralelo al proceso de la Olla Capurro y del posterior audiovisual, tomando en cuenta la emergencia sanitaria del COVID-19, me propuse profundizar en el tema de las memorias afectivo-históricas de la barrialidad. Para eso, y tomando las bases epistemológicas y ontológicas de las producciones narrativas (Gandarias Goikoetxea, 2014; García Fernández y

Montenegro Martínez, 2014; Troncoso Pérez et al., 2017), diseñé un dispositivo experimental para ahondar en las narrativas de participantes de la Olla y de algunos/as participantes de los grupos de 2019.

Para tomar dimensión del trabajo realizado, es preciso evidenciar que en 2020 propuse dos entrevistas por Zoom con dos habitantes del barrio, participantes de los grupos, y un grupo de doce estudiantes de psicología, ejerciendo yo la coordinación y ejecución de la entrevista. En el segundo semestre de 2021, junto con un grupo de diez estudiantes de psicología que estaban aprendiendo de la metodología, realizamos diez entrevistas. Lo mismo ocurrió en 2022, pero realizando cinco entrevistas con ocho estudiantes. En 2023 realizamos tres entrevistas con nueve estudiantes, pero a la par se realizaron otras actividades. Enmarqué todas estas actividades en Espacios de Formación Integral, en los que se articularon las funciones universitarias (Tommasino & Rodríguez, 2010). A su vez, se tomó a las producciones narrativas como producción de conocimientos específicos de la teoría del habitar el barrio Capurro. Lo nombro teoría porque tomé los modos en que los/las habitantes describen, reflexionan y dan sentido al habitar el barrio. Son conocimientos cualitativos específicos de los procesos de subjetivación política de la territorialidad.

En esta tesis no presentaré la totalidad de las narrativas realizadas, ya que la idea es elaborar un libro en coautoría con los/las narrantes. Lo que sí haré es compartir fragmentos de las producciones narrativas que auspician de trazos y texturas de la historicidad del barrio contada en primera persona. Mantendré el total anonimato de los/las participantes por los compromisos asumidos con el comité de ética para esta tesis doctoral³.

Varios fueron los temas transversales que analicé de las producciones narrativas. Para esta presentación de resultados voy a abordar los que entiendo que aportan a pensar los procesos de subjetivación política del habitar. En estos tramos me remito a organizar los temas transversales y dejar fluir los saberes habitantes.

4.8.1. Narrativas de la dictadura, del terrorismo de Estado y del retorno a la democracia

La primera narrativa está relacionada con una anécdota que vibra en cada palabra que la actora social fue contando:

³ Las producciones narrativas implicaron un esfuerzo por parte de estudiantes de grado de Psicología, que realizaron gran parte de la ejecución de las entrevistas y narrativas, bajo mi coordinación.

Recuerdo un día en que mi hermana fue detenida por la policía en la seccional séptima. Había estado participando en una actividad de volanteada en apoyo a la revolución sandinista. Esa noche, alrededor de las once, mientras volvía a casa, metió las manos en los bolsillos de su camperón y encontró que todavía le quedaban algunos volantes. Decidió deshacerse de ellos justo frente a la panadería “La Estrella”, cerca de nuestro hogar. Por casualidad, un policía de civil que iba detrás de ella la observó, la llamó con un silbido y al darse vuelta, él la iluminó con una linterna y le preguntó:

—¿Qué está haciendo?

—Nada... Voy para mi casa.

—¿Y esos volantes?

—Nada... —mientras pensaba en la revolución sandinista).

El policía, entonces, le pidió su documento y le informó que debían ir a la comisaría. Pero antes, mencionó que debía atender una denuncia por robo de ropa de una cuerda de tender. Increíblemente, ¡el robo había ocurrido en nuestro apartamento! Nosotras, siendo estudiantes que trabajábamos durante la semana, solíamos lavar nuestra ropa los fines de semana. Sin lavadora, lavábamos todo a mano y lo tendíamos en una cuerda en un pasillo abierto. Nos habían robado todas nuestras prendas. Así que mi hermana, sin pensar en las consecuencias, había ido a la comisaría a denunciar el robo, ¡y el mismo policía encargado de investigar el caso la detuvo! Cuando llegaron a nuestra casa para verificar la denuncia, confirmamos el robo, mostramos la cuerda vacía, y a pesar de eso, se llevaron a mi hermana detenida. Preocupada por su situación, pregunté:

—¿Dónde va a quedar mi hermana?

—Por ahora, en la séptima.

—Bueno, yo voy con ustedes.

—No, no puede ir.

—Bueno, pero iré en un rato.

—No la van a dejar entrar.

A pesar de la advertencia, fui de todas formas. La encontré en la seccional, sentada tranquilamente mientras una policía tejía al lado de una estufa. Nos hicieron esperar toda la noche. Decidí entonces avisar a la Federación Ancap, que se estaba reorganizando clandestinamente. Mi hermana sugirió contactar a Raquel, que vivía en la calle Patagones. La calle Patagones estaba del otro lado de una obra de los accesos en construcción y, sin

puente (año 1982), bajar por la barranca llena de barro fue como deslizarse por un tobogán. Llegué a la casa de Raquel embarrada hasta las rodillas. A pesar del miedo general de abrir la puerta de noche, comencé a gritar por Raquel, explicándole la situación. Ella prometió avisar al abogado de la federación. Considerando el desafío de volver a casa, intenté trepar la barranca embarrada, lo que me dejó cubierta de greda. Al llegar, mi otra hermana tuvo que salir a ayudarme porque no podía ni sostener la llave. (Mujer de 69 años, septiembre de 2022)

En las calles Coraceros y Capurro, donde hoy en día se encuentra un local de Abitab y un puesto grande de verduras, solía estar el hospital del pueblo durante la década de los setenta, conocido también como el “hospital de los tupamaros”, ya que era operado por el MLN. Desde el exterior, era imposible advertir la presencia del hospital subterráneo, y en el barrio nadie sabía de su existencia. La excavación para su construcción fue un proyecto extenso y meticuloso, realizado con una camioneta Ford grande, sin que nadie, ni siquiera los militantes de izquierda, se diera cuenta. Aparentando ser una agropecuaria detrás de sus portones verdes, en realidad albergaba una sala de operaciones equipada al nivel de un hospital privado, destinada a atender a los heridos del movimiento. Este refugio subterráneo era accesible únicamente para aquellos del movimiento hasta que fue descubierto, traicionado por uno de los suyos. La investigación de los militares incluyó molestias a vecinos inocentes, médicos que no tenían relación con el lugar. El ingreso al hospital estaba tan ingeniosamente diseñado, con un sistema que permitía el acceso solo desde el interior, que los militares tuvieron que destruir el piso para acceder debido a la imposibilidad de encontrar otro modo de entrada. Durante esa época, yo solía repartir volantes para el Frente Amplio con una amiga, ahora fallecida, sin imaginar que justo en una de nuestras áreas de reparto se encontraba ese hospital clandestino. La revelación del hospital fue un evento significativo en el barrio, documentado en fotografías de diarios de aquel tiempo, marcando un hito en nuestra historia local. Además, durante la dictadura, los militares implementaron en el barrio las llamadas “ratoneras”, invadiendo hogares, robando, vandalizando, y deteniendo a los propietarios, para luego esconderse y capturar a quienes llegaran buscando a sus familiares o amigos. Estas acciones eran coordinadas y ejecutadas con brutal eficiencia. Una vecina, también fallecida, que no estaba vinculada a la izquierda, mostró un heroico sentido de comunidad al advertir a los demás del peligro, barriendo la calle por horas, a riesgo de su propia seguridad. Esta historia refleja la tensa realidad política de aquellos tiempos, y también la fortaleza y el compromiso de la comunidad. A pesar de las diferencias políticas, que pueden llevar a votar de una manera u otra, el barrio se caracteriza por su capacidad para mantener un diálogo respetuoso. Lo

valioso de nuestra comunidad es la libertad de pensamiento y el respeto mutuo, pilares esenciales para cualquier cambio humano y político. (Mujer de 73 años, octubre de 2022)

Esa imagen es de un barrio que estaba unido a la bahía, pero que tenía construcciones de lo que hoy la separa, que son los accesos a Montevideo.



Figura 42: Imagen del Parque Capurro de los años 20. Foto cedida por habitante del barrio Capurro. Noviembre de 2019

En esa imagen se puede apreciar un Parque Capurro que está unido a la playa del mismo nombre, y por ende a lo que antiguamente era su playa. Pero luego en los primeros años de la década del 80 del siglo XIX, en plena dictadura militar, se realiza la obra de la Rambla Baltazar Brum, que corta la conexión entre el parque y la bahía. La comparación la muestro en la siguiente imagen.



Figura 46: Imagen del Parque Capurro del año 2018, en plena obra previa a la inauguración de 2019. Ahí aparecía la Rambla Baltasar Brum construida entre 1981 y 1983. Fotografía de SMA-Dadu-UdelaR.
<https://nomada.uy/guide/view/attractions/4570>

El siguiente extracto de narrativa conecta la compra de una casa a una historia que para la narradora significó conectarse con su militancia:

La historia de cómo Fernando y yo encontramos nuestra casa es una de esas anécdotas llenas de coincidencias que parecen sacadas de una novela. Estábamos viviendo en el Prado, compartiendo piso con unos amigos, cuando dimos con el anuncio de la casa en El Gallito Luis, un periódico de clasificados muy conocido en Uruguay. Nos atrajo la cercanía y el ambiente del lugar, y también una serie de conexiones personales inesperadas. La casa nos fue mostrada por un empleado de una inmobiliaria que, para nuestra sorpresa, había sido compañero de partido comunista con mi suegro, el padre de Fernando. Además, la dueña de la inmobiliaria resultó ser la esposa de un íntimo amigo de su padre. Al llegar a la casa, nos recibió Sara, la esposa del propietario, el ingeniero Wladimir Turiansky, quien ese día sufría de problemas respiratorios debido al calor y se encontraba en su habitación. Al conocer la identidad de Fernando, Sara no dudó en ir a buscar a Wladimir para que pudieran hablar. El reencuentro fue emotivo, ya que Wladimir y el padre de Fernando habían compartido militancia y ambos habían sido detenidos durante la dictadura militar en Uruguay. Wladimir y Sara tenían una historia conmovedora con esa casa, la cual habían comprado después de que Wladimir fue liberado de la cárcel. Originalmente, la idea era reunir allí a toda la familia, incluyendo a sus padres que todavía vivían y a su hija que residía en Cuba con su esposo e hijas. A la vez, el destino quiso otra cosa; sus padres fallecieron y su yerno fue asesinado en Nicaragua antes de que pudieran llevar a cabo su

plan. Después de vendernos la casa, Wladimir y Sara decidieron mudarse a Cuba para estar más cerca de su hija. Durante un tiempo, mantuvimos contacto con ellos, hasta que lamentablemente fallecieron. Esta cadena de coincidencias, encuentros y la historia compartida en la casa, nos unió a ella, y también nos conectó de una manera muy especial con su pasado y sus anteriores propietarios. La historia de cómo esta casa llegó a ser nuestra es un testimonio de cómo las vidas se entrelazan a través de los años, dejando huellas imborrables en los lugares que habitamos. (Mujer de 65 años, octubre de 2022).

Wladimir Turiansky, fallecido en 2015, fue elegido diputado por el Partido Comunista en las elecciones de 1971, y luego del golpe de estado de 1973, mas precisamente en 1975 fue preso y torturado. En el retorno a la democracia fue liberado en 1 de marzo de 1985. Autor de varios libros, entre los que se encuentra el primer trabajo que habla de la historia del movimiento obrero del Uruguay (Turiansky, 1973)

Este otro fragmento tiene tintes de humor, al menos en la forma en que el narrador va riéndose mientras la comparte con nosotros:

Cuando la dictadura estaba terminando, a mediados de los años ochenta, me llevaron preso por primera vez en Capurro, y debo decir que fue bastante anecdótico. Estábamos nosotros, un grupo de amigos, en la esquina de República Francesa y Coraceros, simplemente disfrutando de unas cervezas. Entre nosotros estaban Pesqueira, Campaneti, y Blanco. De repente, apareció la “chanchita”, así le llamábamos al vehículo policial, que se detuvo justo donde estábamos. Las puertas se abrieron de golpe y bajaron los milicos ordenándonos subir. Debido al miedo que sentí en ese momento, actué impulsivamente y fui el primero en subir. Sin pensar, tuve la brillante idea de sentarme al lado del conductor, mientras observaba cómo todos mis amigos pasaban hacia la parte trasera del vehículo. No olvidaré la mirada del milico que, colocándose en la puerta con los brazos cruzados, me miró fijamente y me preguntó con sarcasmo: “¿estás de vivo?”. Acto seguido, me agarró del brazo, me propinó una patada y me mandó hacia atrás, con el resto. Lo más cómico del asunto ocurrió cuando pasábamos frente a la casa del gordo Blanco. Con toda la seriedad del mundo, le preguntó al milico: “¿Será que me puedo bajar a avisarle a mi mamá que me llevan preso?”. La situación era tensa, pero no pudimos evitar sentir un atisbo de humor en medio de la preocupación. Nuestros padres se enteraron de lo sucedido al poco tiempo y vinieron a buscarnos. Esa experiencia, aunque cargada de miedo, terminó siendo una anécdota más que sumamos a nuestras historias de juventud en un Uruguay que buscaba dejar atrás los años de dictadura. (Hombre de 59 años, agosto de 2021)

El modo de narrar participante resultó gracioso, aunque los hechos se encuentran evidentemente enmarcados en un momento sumamente violento de la historia del país.

Con respecto al área educativa, fuertemente afectada e intervenida por el período dictatorial, esta participante expresa:

El terreno donde se erige este jardín de infantes estaba vacío antes de su inauguración en 1977. El diseño provino de la visión del ingeniero civil Abelardo Gentini, quien estaba casado con la maestra Sonia Faciolo, una de las educadoras del centro. Los hijos de la pareja asistían al Jardín, inspirando a Abelardo a crear un espacio donde los niños pudieran sentirse más libres, lejos de la restricción de las típicas aulas, lo que resultó en un lugar excepcionalmente luminoso y soleado, construido íntegramente de hormigón armado. A la vez, este proyecto enfrentó desafíos significativos debido al contexto político de la época. Durante la dictadura, la directora del Jardín, Élica Gonzales, fue reemplazada, práctica común en aquel entonces, por alguien con vínculos militares. Esta situación complicó la participación de Abelardo en la construcción del jardín, que finalmente fue completada por el batallón de ingenieros número uno. El Jardín, que había comenzado a funcionar desde marzo de 1972, cinco años antes de su inauguración oficial, es testimonio del esfuerzo comunitario extraordinario. La comunidad del barrio, liderada por figuras como Élica, se movilizó para acumular recursos, reciclando muebles y materiales de otros centros educativos para equipar el Jardín. Los padres participaron activamente en el proceso, reparando y adaptando todo lo que se donaba. Esta historia relata la creación de un espacio educativo único, y también subraya la resistencia y el compromiso de una comunidad para asegurar un lugar de aprendizaje y libertad para sus hijos, incluso en tiempos de represión política. (Mujer de 66 años, noviembre de 2021)

Sobre estas prácticas, moneda corriente en los tiempos de terrorismo de Estado, otra narradora comparte:

Desde joven, no estaba activamente involucrada en la política. Participaba en comisiones sociales, pero la militancia política no era parte de mi vida, a diferencia de mi esposo, quien era un ferviente socialista y opositor a la dictadura. Mi acercamiento a la militancia comenzó tras su fallecimiento, aunque nunca me apasionó; las reuniones me parecían monótonas, llenas de lecturas de proyectos y discusiones repetitivas, hasta el punto de tejer para distraerme. Vivíamos con mi suegra en un apartamento construido por mis suegros. Una noche de 1971, fuimos despertados por el estruendo de ametralladoras, sin tener idea de lo que ocurría. Al día siguiente, mientras yo trabajaba en la Joyería Biarritz, mi esposo regresó con noticias del trágico evento: la masacre de militantes del Partido Comunista en

su sede de la calle Agraciada, no muy lejos de nuestra casa. Mi experiencia directa con la dictadura fue limitada. En 1973, justo antes del golpe de Estado, caí enferma y pasé dos meses en cama debido a mi embarazo, aislada de los acontecimientos exteriores. Luego, con el nacimiento de mis hijos, mi mundo se concentró en mi taller de joyería en casa y en el cuidado de mi familia. Aunque tuve familiares detenidos y torturados durante la dictadura, esos recuerdos son difusos en mi memoria. Uno de mis recuerdos más vívidos es del final de la dictadura, específicamente en la Escuela Capurro durante la inauguración de los salones de gimnasia y el comedor. El evento, marcado por la presencia del general Queirolo y una fuerte presencia militar, fue el resultado del esfuerzo de las comisiones y de algo de apoyo gubernamental. Otro momento que quedó grabado en mi memoria fue en febrero de 1974, cuando mi esposo compró una edición del semanario *Marcha* que, poco después, fue confiscado por el gobierno debido a un cuento que denunciaba una violación, una clara muestra de la censura y la represión de la época. Antes de que mi prima, militante comunista, se exiliara en España, le dimos una copia de ese diario, un pequeño acto de resistencia y apoyo. (Mujer de 83 años, noviembre de 2021)

Para quienes no vivimos o éramos muy chicos en el periodo de la dictadura militar, este tipo de relatos nos lleva a un conocimiento situado y milimétrico de cómo el terror, la violencia y la persecución afectaba a cada cuerpo narrante singular. “Verdad y Justicia” expresan las Madres y Familiares de Detenidos Desaparecidos del Uruguay cada 20 de mayo, desde 1996.

4.8.2. El Parque Capurro como espacio significativo del barrio

Si hablamos de Capurro, es inevitable que los/las habitantes hagan referencia a su principal plaza, que como vimos, tiene una rica historia. Las narrativas apelan la relación entre la bahía y el Parque, como comparte este participante:

Si tengo que pensar en algo que realmente me conecta con Capurro, directamente pienso en el parque. Y ni hablar de toda esa bajada a la bahía que está entre la cancha de Fénix y el Parque. ¡Es una maravilla! Para mí, el Parque nunca estuvo tan espectacular como ahora. Está todo iluminado, le pusieron luces y nadie las ha roto, lo pintaron y no lo han vandalizado. Ahora se siente un ambiente mucho más tranquilo. Yo, que nací en el 81, vi cómo cambió todo desde los noventa hasta ahora. Antes, la zona era brava, especialmente de noche. La gente estaba más violenta, como si hubiera mucha tensión en el aire. Me recuerda a una canción de Los Traidores, como si no hubiera esperanza. Pero eso era antes. De día siempre fue un buen lugar, yo iba a jugar a la canchita de Fénix, que ahora está toda pavimentada. Pero en cuanto se hacía de noche, la cosa cambiaba. Hoy en día es otro mundo. Salgo de mi clase de tambor a las 21:30 y todavía hay gente por ahí, tomando mate.

Y ni te cuento lo que disfruto ir con mi hijo de tarde, verlo jugar ahí es hermoso. Se ha vuelto un lugar para la familia, y eso me alegra un montón. Y justo frente al Parque, está la vía del tren que va hacia el puerto. No creo que haya alguien del barrio que no haya ido alguna vez a juntar piedras ahí para tirar al agua. Y el paisaje, cómo ha cambiado. Antes había más fábricas, la central eléctrica José Batlle y Ordoñez, que largaba vapor, y ni la torre de Antel se veía. Todo ese entorno se ha transformado: ahora hay una zona de contenedores, torres de departamentos y el puerto, que ha crecido una barbaridad. Están extendiendo el puerto hacia la Teja, lo cual también está cambiando el horizonte. Así que trato de recordar cómo era el paisaje cuando era más joven, pero la verdad es que el Parque, como está ahora, para mí, está mejor que nunca. (Hombre de 42 años, septiembre de 2021)

Se observa aquí cómo la finalización de las obras en 2019 fue un hecho significativo para el narrador, así como también se hacen presentes los recuerdos del abandono y pauperización que sufrió el Parque décadas atrás. Referido a esto, una participante expresa:

He visto cómo han cambiado ciertos lugares del barrio con el tiempo, y el Parque es un claro ejemplo. Siempre tuvo sus problemas: muchas veces intentaron arreglarlo, pero algo siempre lo impedía. Antes, la gente ni se animaba a hacerlo suyo. Era un lugar que daba miedo, imposible pensar en ir después de las siete de la noche, ni hablar en verano. Hasta había serenos y policías, pero hasta a ellos les prendían fuego las garitas. Ahora está mucho mejor, es seguro, de noche, y también pusieron algo que te separa de la ruta, que antes era un peligro. El otro día, con el calor, era impresionante: había como doscientos chicos en patineta, skate, patines, bicicleta. Estábamos todos chocando, no cabíamos. Ahora que pusieron vallas que te separan de la ruta, se siente más seguro, antes no había nada. Con la remodelación se pudieron hacer un montón de cosas. Ahora, por ejemplo, la Comunidad Cultural organiza actividades como circo, algunos fines de semana, o la gente va a hacer deporte. Para mí, el Parque está bárbaro, se mezcla todo muy bien, me encanta. Hay días que bajo y no conozco a nadie, y eso me parece genial, que no seamos siempre las mismas caras. Viene gente de todos lados, y muchos, gracias al Parque, conocen Capurro. Creo que el Parque ha atraído a mucha gente nueva, sobre todo jóvenes. Es por eso que siento que ha habido un cambio grande en el barrio, y mucho tiene que ver el Parque. Si fuera por mí, nunca me iría de Capurro, y sé que nunca me voy a ir del barrio. (Mujer de 40 años, octubre de 2021).

Para ella, el Parque significa mucho para el habitar de la barrialidad. Las nuevas obras, que mostré anteriormente, han incluido a infancias y adolescencias que practican deportes, elemento que destaca y señala como positivo. Tras estas palabras, problematiza otros aspectos que resultan interesantes:

La nueva pista de patines en el Parque es como un viaje en el tiempo, trayendo un pedazo de historia de vuelta al presente. Lo curioso es que el diseño que vemos es una réplica de algo que existe en Europa, lo que me hace pensar en cómo Uruguay solía mirar tanto hacia allá. Antes, esta área del Parque era prácticamente una playa, con arena y todo. Me han mostrado fotos antiguas donde las mujeres se metían al agua con trajes largos, con toda una estructura armada para que pudieran entrar al agua sin ser vistas. Una chica que participó en una de las limpiezas de la playa de Capurro me comentaba cómo, asignándote un metro cuadrado para limpiar, encontraban una especie de polvillo de plástico, un residuo minúsculo pero impactante. Todavía se pueden ver restos de lo que fue la antigua rambla, unas ruinas que persisten a pesar del tiempo. Recuerdo caminar por el Parque con mi tía Nena, que aparecía en una de esas fotos, allá por los ochenta, cuando todavía estaban construyendo los accesos. Recogíamos semillas de eucalipto para quemar en la estufa, por el aroma. En esa época parecía haber más eucaliptos que ahora. Todo esto sucedía durante el gobierno de Sanguinetti, el primero después de la dictadura, así que yo tendría unos cinco o seis años. No tengo recuerdos del parque como continuación de la playa, pero sí de esa época, de ver una obra enorme transformando completamente el paisaje. Las grandes máquinas, las perforaciones en la tierra, y esos enormes tubos de hormigón armado cambiando el entorno. La obra era tan masiva que realmente impresionaba. También me acuerdo de cómo la ruta afectaba al Parque. Ahora le han dado una nueva vida, pero hubo un tiempo en que los accesos casi que lo desfiguraban, con el ruido constante del tráfico invadiéndolo todo. Hace un tiempo, en el Parque medio abandonado, conversé con una arquitecta sobre cómo podrían mejorar el aislamiento acústico del lugar, para que la gente pudiera disfrutarlo de otra manera. Había un escenario con gradas de cemento, algo similar a lo que hay detrás del Parque Posadas. De adolescente, recuerdo haber ido a ver murga joven allí, a finales de los noventa, como a La Minga. En cuanto a la música y el arte en el barrio hoy en día, sigue habiendo expresiones culturales, como la comparsa La Capurrense. No es que atraiga multitudes, pero siempre que los escucho, salgo a verlos. En estos tiempos, oírlos fue como recibir un soplo de vida, un recordatorio de que aun en los momentos más duros, la vida en las calles de Capurro sigue vibrante. (Mujer de 40 años. Septiembre de 2021)

Nos encontramos, además, con esta participante que trae una problematización con respecto a los accesos a Montevideo:

Durante la dictadura, los militares se mandaron la parte de construir los accesos a Montevideo, pero lo hicieron mal, porque no se te ocurre hacer los accesos por el medio de la ciudad, atravesándola como si nada. Pero bueno, en las dictaduras siempre dejan alguna obra para que uno se acuerde de ellos, no sé si para caer bien o para mostrar que

hicieron algo. A Capurro le pegó feo porque nos partieron el barrio al medio con esa obra. Donde hoy está el puente de Capurro y la ruta pasa por abajo, antes era todo barrio, teníamos más parque y hasta una canchita de fútbol. Esa obra nos comió un pedazo grande del Parque. Se llevaron por delante cuatro manzanas del barrio y dos calles: Wenceslao Regules y Patagones. Y así, también se llevaron a los vecinos que vivían allí, que tuvieron que agarrar la plata e irse. (Mujer de 73 años, octubre de 2022)

4.8.3. Pasiones de barrio

Si hay algo que los/las narradores/as han transmitido es la pasión que sienten por la barrialidad. Siento que la idea de ofrecerles un espacio para poder narrar el barrio significó mucho para ellos/ellas. Un detalle no menor a destacar, es que estas narrativas se hicieron durante y en los tiempos posteriores a la emergencia sanitaria por el COVID-19. Si bien las narrativas no estuvieron enfocadas a hablar de eso (sí lo haremos en un futuro próximo), entiendo que las emociones estaban a flor de piel a nivel general, como se puede observar en estos fragmentos seleccionados:

Gracias por darme la oportunidad de compartir un poco sobre mi “ciudad”, Capurro. Podría decir que soy genéticamente de Capurro. Desde que tengo memoria, o mejor dicho, desde que tenía nueve años, Capurro ha sido mi hogar. Mi padre nació aquí en 1932 y, aunque los primeros años de mi vida transcurrieron en otro lugar por cuestiones de vivienda, eventualmente mis padres decidieron regresar. Ya tenía familia aquí; mis tías y mi abuela vivían en Capurro, lo que hizo que, al mudarme definitivamente, ya conociera a varias personas del barrio. Eso me ayudó a sentir que estaba llegando a mi verdadero lugar, justo frente al Club Capurro. Recuerdo vívidamente el día en que mi abuelo me tomó del brazo, me cruzó la calle hacia el club y dijo: “vos vas a jugar al basquetbol”. Afortunadamente, él tomó esa decisión por mí, porque si me hubiera dejado elegir, quizá nunca me habría involucrado con el club de la manera en que lo hice. Aquel lugar me brindó la oportunidad de practicar deporte, y también me permitió generar un círculo social amplio, forjando amistades que mantengo hasta el día de hoy. Asistir a la Escuela Capurro fue otra pieza clave en mi conexión con el barrio. Con el tiempo, mi involucramiento comunitario creció. Me convertí en cofundador de la Comisión Vecinal Los Tilos, ubicada entre Agraciada, Hermanos Gil, Uruguayana y Francisco Gómez. Mi participación vecinal no se detuvo ahí; también formé parte de la Comisión Administradora del Centro Comunitario de Educación Inicial Crece desde el pie, inicialmente conocido como la Guardería Capurro, luego como Guardería la Ancap, y ahora operando bajo el nombre de CAIF. Mi compromiso con el barrio se extendió a la política. Soy militante activo en el comité de base del Frente Amplio

Mario Benedetti y también por el MPP. He servido como concejal vecinal durante dos períodos y, desde los 18 años, he trabajado como entrenador docente, actualmente liderando en el Club Capurro desde el 2006. Otro aspecto de mi vida laboral incluye trabajar en un hogar para personas con discapacidad, situado en Agraciada y Tapes. Todo lo que tiene que ver con Capurro me inspira y motiva profundamente. Este barrio es el lugar donde crecí y formé mi vida; es una parte esencial de quién soy. La historia de mi familia, mi desarrollo personal y profesional, y mi pasión por contribuir a la comunidad se entrelazan todos aquí, en Capurro. (Hombre de 61 años, octubre de 2020)

La frase de la *genética capurrense* es interesante. Presentarse de esa manera habla de su fuerte identificación con la barrialidad, al igual que el siguiente fragmento:

Desde que estaba en el vientre de mi madre, ya estaba destinada a ser parte de Capurro. Mi padre, un emigrante gallego que atravesó el océano hacia estas costas, inicialmente llegó a Argentina con su familia antes de establecerse aquí, en Uruguay. Siguiendo la costumbre de la época, los hombres venían primero a América para luego reclamar a sus familias. Mi padre se distinguió desde joven por su mente abierta, algo que marcó una diferencia con el legado cultural de sus ancestros. Mis padres se conocieron en un baile en Pueblo Victoria, un barrio cercano a Capurro. Desde ese encuentro, nunca se separaron, viviendo fielmente el “hasta que la muerte los separe”. Nací siete años después de su matrimonio, fruto de un parto complicado que mis estudios posteriores me ayudaron a entender como un caso de sufrimiento fetal. Pero aquí estoy, viva y contándolo... Mi interés siempre ha sido compartir las historias de Capurro fuera del barrio, en talleres o encuentros, más que escribir un libro por mi cuenta. Lo que me inspira se refleja en obras colectivas, donde junto a otros autores, buscamos destacar las vivencias barriales. Una de estas colaboraciones fue para un proyecto de Malena Muyala, cuyo libro *Pebeta de mi Barrio* recopilaba anécdotas del tango en diferentes barrios. Contribuí con un relato inspirado en la canción *Un Boliche*, evocando los recuerdos de mi padre cerrando la carnicería y uniéndose a sus amigos en el boliche mientras mi madre preparaba la comida. Los boliches, con su cultura popular y respeto mutuo entre obreros, comerciantes y vecinos, eran el corazón del barrio. Mi niñez estuvo marcada por las estrictas reglas de mi madre, quien me prohibió cruzar la calle solo hasta los 11 años. A la vez, lejos de cumplir con el recado de llamar a mi padre para la comida, me convertí en la mensajera de una escena digna de un tango, diciéndole “papá, vamos, que mamá te llama”. A pesar de mi formación científica, la literatura siempre capturó mi corazón. Mi primer poema lo escribí a los diez años, lo que sorprendentemente llevó a la dirección de la escuela a contactar a mi madre no para reprenderme, y para reconocer mi talento como poetisa. Desde entonces, he participado en talleres literarios, pero sin aspirar a publicar un libro propio. Me basta con

escribir sobre Capurro y su gente. Capurro es mi inspiración y mi hogar. A pesar de tener la oportunidad de viajar, nada me atrae más que este lugar. Me pregunto qué habrá inspirado a Benedetti a escribir *La borra del café* después de vivir aquí... Yo nací y moriré en Capurro, y aunque no haya cementerio, seguiré viviendo aquí, en el corazón de mi barrio querido. De acá nadie me va a sacar. (Mujer de 73 años, octubre de 2022)

Esta narrativa es muy particular. Comenzó en 2020, por plataforma digital, en momentos en que la enseñanza se daba obligatoriamente así. Ese año, la narradora me pidió que vaya a su casa y realizara la entrevista con ella, con conexión a estudiantes. Conocí su casa, armada con el detalle de su biografía en las fotos familiares, pinturas de su autoría, el fondo de su casa que da al Parque Capurro, y terminamos, a invitación de ella, degustando cosas que preparó para mi llegada. Terminó en 2022 porque realizamos varias instancias para llegar al producto final, que será publicado entre 2025 y 2026.

El siguiente extracto de narrativa corresponde a un actor social que conocí en la Olla Capurro, con quien he conversado mucho durante el proceso de la investigación. Hemos intercambiado saberes, al punto de que, por ser el chef de la Olla Capurro, me enseñó a cocinar para doscientas personas. En la construcción de la narrativa, compartió su historia de idas y vueltas con el habitar el barrio:

En esa reunión presencial convocada por Daniel, a la que asistieron principalmente personas mayores, experimenté un profundo reconocimiento de cómo cada uno, de una forma u otra, contribuyó a mi crecimiento personal en este barrio. Escucharlos hablar me conectó de nuevo con momentos cruciales de mi vida, recordándome cómo las experiencias compartidas y las relaciones forjadas aquí han dejado una huella indeleble en mí. Por ejemplo, la historia de los vecinos de enfrente y su conexión con los desaparecidos, o la trágica historia de Raúl, asesinado por un policía borracho, quien era hermano de leche de mi hermano y con quien crecí muy cercanamente. Su muerte fue uno de los primeros duelos personales que enfrenté, dejándome en shock y lleno de preguntas. Esto me hace reflexionar sobre lo significativo que es todo en Capurro, desde las personas que me han marcado positivamente hasta aquellas circunstancias que dejaron huellas dolorosas. Cada esquina del barrio tiene un significado especial para mí: desde la escuela donde solíamos sentarnos con mis amigos, hasta la garita que frecuentamos antes y después de los partidos de Fénix, pasando por el Club Capurro. Incluso mi casa, que representa mucho más que un simple lugar de residencia, ha sido siempre un refugio al que inevitablemente retorno, el punto de anclaje a mis raíces. Capurro es un barrio único que, a pesar de su tamaño, lo tiene todo: transporte público, clubes deportivos, cantinas, y una vibrante vida comunitaria.

La denominación *Olla Capurro: el barrio se mueve*, encapsula perfectamente esta dinámica: aquí, cualquier iniciativa encuentra eco y participación. Estoy convencido de que, si fuera por elección propia, nadie se iría de Capurro. Personalmente, sé que nunca abandonaré este barrio que tanto significa para mí. (Hombre de 40 años, octubre de 2021)

4.9. Proyecto “Capurro Textil” y análisis de la transformación de los galpones de Campomar en espacios educativos y artísticos

La última parte de la presentación de resultados de la etnografía corresponde a la problematización sobre la versión obrero-fabril de la territorialidad barrial de Capurro. Como he desarrollado a lo largo de la tesis, uno de los intereses más grandes de la investigación fue comprender cómo se transformaron las fábricas en espacios culturales, educativos, deportivos y artísticos. Ya he desarrollado el caso de la central eléctrica Santiago Calcagno en un espacio para el ejercicio del deporte, con contenidos educativos. El segundo caso refiere a la transformación de uno de los galpones de la extinta fábrica textil Campomar en un espacio para el desarrollo del arte circense y otro de artes del carnaval brasileiro.

En el año 2023, fuimos invitados a participar de un proyecto impulsado por un grupo de habitantes del barrio, denominado “Capurro Textil”. Este tuvo el objetivo de trabajar la memoria barrial asociada a las fábricas textiles. Fue presentado a fondos de cultura de los municipios de la Intendencia de Montevideo. La metodología era realizar entrevistas a personas que hayan trabajado en alguna de las fábricas textiles del barrio (Campomar, Martínez Reina, Osami, entre otras) y realizar un audiovisual.

En una reunión, a la que nos invitaron para contarnos sobre el proyecto, uno de los autores nos planteó:

Hace tiempo que tenía el interés de generar un libro sobre los grandes momentos del barrio. Capurro tuvo varios momentos: el Caserío de los Negros, el balneario, las fábricas y actualmente el cultural. Luego de los talleres que hiciste en 2019, tratamos de tomar lo que se hizo y hacer este proyecto, en el cual buscamos contactar a personas que hayan trabajado para que nos cuenten sus memorias de aquella época rica para el barrio y de la cual hoy solo quedan algunos edificios en ruinas. (Habitante de Capurro, junio de 2023)

Esta preocupación resonó con varias de las actividades que he propuesto en el barrio, y me generó particular interés porque me pregunté cómo los habitantes se apropiaron, y adaptaron a sus intereses, de las metodologías y técnicas que utilizamos desde el saber académico. La conversación fue larga, pero lo más destacable aquí fue el pedido de ayuda de nuestra parte, con el fin de llevar adelante el proyecto.

La organización del proyecto de los/las habitantes propuso, en junio de 2023, una reunión abierta a colectivos barriales y a la Udelar para comenzar el proyecto de forma conjunta. A la reunión asistimos una delegación del Labtee y el Taller que dirige la Doctora Ana Laura López de la Torre, de la Facultad de Artes, que hacía dos años estaba trabajando en el barrio con el EFI “Arte, Barrio y Acción Social”. Allí, en la cantina del Club Capurro, solo asistimos los colectivos universitarios, no haciéndose presente los colectivos convocados, en su mayoría asociados a la Comunidad Cultural Parque Capurro. De todas formas, se presentó el proyecto, explicitando sus necesidades y planteando sus expectativas, que básicamente consistían en que los apoyemos en todas las actividades previstas en él. Desde nuestra parte nos comprometimos, en primer lugar, a acompañar las actividades con los saberes que tenemos, pero no a asumir su desarrollo. La idea era que ellos/as liderarán todo el proceso y participarán de todas las actividades y nosotros asesorar, transferir conocimiento y acompañar. Específicamente, propusimos realizar un taller de entrevista (que debían realizar ellos), acompañarlos a estas y filmar las actividades, realizando de forma conjunta la producción del audiovisual, tarea que la realizaría Rodrigo Vidal, ya que en mi caso apoyaría en todas las otras actividades. Aclaré que esto lo realizaba en el marco de mi tesis doctoral y que participarían estudiantes de la Facultad de Psicología en proceso de formación. Ese fue el acuerdo, aunque los habitantes insistían en que el proyecto es de todos por igual y de ellos/as.

La última semana de junio de 2023, fue el momento en el que el Taller López, de la Facultad de Artes, propuso abrir su espacio de práctica a los habitantes del barrio, al Labtee, junto con estudiantes de Psicología. Participó también una de las principales referentes de El Picadero (espacio de artes circenses en Campomar), además de otros/as habitantes interesados/as. Las cuatro reuniones previstas se realizaron en el local de la Comunidad Cultural Parque Capurro, que ofreció sus instalaciones posteriormente.

En la primera reunión, nos conocimos todos/as los/las integrantes de los diversos colectivos que participarían de la instalación y coordinación de actividades del proyecto. También se leyeron los objetivos, la metodología, los resultados esperados y las expectativas. Los/las

autores/as del proyecto, habían creado usuarios en redes sociales convocando a personas que tuvieran una historia para contar sobre el Capurro textil. También colocaron un pasacalle frente al portón de las instalaciones de Campomar, publicitando el proyecto. La idea era que las personas se comunicaran por redes sociales y un número de WhatsApp. Nos comentaron que se habían comunicado unas diez personas interesadas en participar, ya fuera por haber trabajado en las fábricas o porque, por algún motivo, estas eran parte importante de sus vidas. Se propuso armar una grilla en una planilla digital y definir quiénes se encargarían de realizar las entrevistas a los participantes. En esa reunión se decidió que un/a estudiante de cada servicio universitario acompañara durante la entrevista, definiendo algunas tareas tales como sacar fotos, grabar y eventualmente hacer una pregunta. Quedamos en armar una pauta de entrevista y seguir recibiendo comunicaciones la semana siguiente.

La segunda reunión comenzó con información de nuevos/as personas interesadas en ser entrevistadas. Los/las responsables de las comunicaciones nos relataron las conversaciones preliminares que tuvieron con los/las interesados/as. Describieron en dónde habían trabajado, si eran personas directas o familiares y, en algunos casos, la emoción por participar. Luego, el equipo de la Facultad de Artes presentó una primera versión de la pauta de entrevista que utilizaban en sus proyectos. Se trabajó en el taller para adecuarla a los objetivos del proyecto, pero aún restaba darle un orden y disminuir la cantidad de preguntas para que no se convirtiera en un cuestionario. Al equipo de la Facultad de Psicología nos encomendaron que, con esa pauta, armáramos una segunda versión y realicemos un taller al estilo *role play* para la siguiente semana.

En la tercera semana, luego de trabajar la nueva versión de la pauta y diseñar el role play entre reuniones, propusimos el taller. La experiencia fue sumamente rica, ya que los habitantes se prepararon para realizar la entrevista y dirigirla, manifestando sus ansiedades porque nunca habían hecho una. A la vez, el taller sirvió para aprobar la pauta y que tuvieran la posibilidad de practicarla, por lo que quedamos en que la estudiarían. Esa semana se decidió comenzar con una entrevista.

La cuarta reunión, que fue la última de este ciclo, sirvió para compartir con el equipo los resultados de la primera entrevista. En primer lugar, quien dirigió la entrevista contó que se sintió cómodo/a con la pauta y con el apoyo de los/las estudiantes. Relató que el discurso fue emotivo, aunque no se realizaron todas las preguntas pautadas. En ese momento trabajamos la flexibilidad que se requiere por momentos, ya que las preguntas son semiabiertas y a veces una

entrevista no da para abordar todos los temas. Luego, se armó la planilla electrónica en la que se agendaron al resto de los participantes, con sus respectivos acompañamientos.

En mi caso, solo participé de una entrevista, acompañando a dos habitantes del barrio, que fueron quienes la realizaron. Transcurrió en una casa de salud privada, ya que la persona tenía problemas de memoria. La entrevista, de la cual no puedo dar datos en esta tesis porque sus resultados tienen otro objetivo, fue difícil, aunque emotiva. Allí volví a ver algo que ya fui notando durante todo el proceso de la investigación en las memorias del barrio Capurro: tiene un efecto terapéutico importante que una persona pueda narrar una historia de su vida asociada a un evento de la ciudad y que esta tenga el objetivo de transformarse en una huella de la historicidad. Las producciones narrativas feministas desarrolladas por Gandarias (2014), son aplicadas con objetivos terapéuticos de reasociación psíquica entre las mujeres y la violencia en sus historias de vida. Es terapéutico en el sentido de tramitar experiencias y poder exteriorizarlas con resignificaciones que impliquen el empoderamiento.

Lo que mencioné en el párrafo anterior está relacionado con mi llegada al barrio y la instancia de la mesa de convivencia. Después de participar en instancias reactivas ante la convivencia y la identificación de un barrio peligroso (efecto del imaginario de inseguridad delictiva), y de rechazo a los adolescentes del centro INAU, pude conectar con sentidos abiertos, inclusivos y problematizadores que generaron directa o indirectamente sentidos inclusivos en los/as habitantes.

Volviendo al tema del proyecto, se acordó que se realizarían las entrevistas y se guardarían en un disco duro que sería entregado al equipo principal del proyecto para que ellos/as dispusieran qué hacer con el material. También se acordó realizar una actividad de integración de los/las entrevistados/as en el Día del Patrimonio, el sábado 7 de octubre, de 13 a 17 horas, en el galpón de Campomar, correspondiente al proyecto El Picadero.

La jornada del Día del Patrimonio transcurrió con la presencia de varios/as de los entrevistados/as y otros visitantes que se acercaban a observar qué ocurría allí. Se armó una reunión entre personas que no se conocían, en la que circularon varias anécdotas de lo que fue la vida en esa territorialidad fabril del barrio. Se hizo una recorrida por la calle Uruguayana, desde Campomar hasta Martínez Reina (tres cuadras, aproximadamente), en la que, mientras se caminaba, se contaban historias. Intentamos entrar en la vieja fábrica La Aurora, pero quien custodiaba el edificio nos dijo que teníamos que pedir un permiso especial al Ministerio de Vivienda. Cuando regresamos al edificio base, se presentaron unos manteles con costuras de

memorias que impulsó Ana Laura López, y la gente comenzó a tejer. Entre las historias que se narraban, hubo una que me interesó particularmente, por lo que solicité permiso para grabarla y utilizarla para mis fines investigativos.

El interés por hablar con la participante se dio a partir de un comentario que hizo en una ronda de conversación con otros asistentes. Planteó que recordaba que la puerta de la fábrica, que está tapada actualmente, estaba ubicada de cara a la vereda. Al respecto, le preguntamos cómo participó en las luchas obreras en Campomar, y nos relató:

Después del 72, volví por estos lados, me mudé a la zona de pura casualidad. En aquel entonces, yo era parte de un grupo estudiantil y político que apoyaba los conflictos obreros, y a mí me asignaron las textiles. Así terminé viniendo a Campomar, porque en el 72 aquí había fábricas activas, no era solo una colonia. Los conflictos eran constantes, por el trabajo zafral en la industria textil, así que las ocupaciones y la lucha estaban a la orden del día. Veníamos a apoyar, y a aprender de los obreros, de sus luchas. Fue una época de mucho aprendizaje. Durante las ocupaciones, hacíamos turnos para quedarnos de noche, apoyando en todo lo que se necesitaba, cuidando la producción. Yo, que estudiaba enfermería, venía con mi gremio a colaborar. Me acuerdo perfectamente de salir con un grupo de obreros a la calle Agraciada, donde la gente apoyaba y contribuía con dinero para la olla. Los obreros hacían su comida colectiva con lo que recaudamos. Era un momento de gran solidaridad. Aunque no teníamos nada que ver directamente con la fábrica, era nuestro compromiso político apoyar estos conflictos, de donde aprendimos muchísimo sobre la lucha, sobre el trabajo. Yo había llegado de Artigas en el 70, así que para mí todo era nuevo, pero estaba lleno de ganas de aprender y aportar, siempre con la mente abierta para absorber lo que significaba la lucha obrera desde dentro. Fue un esfuerzo tremendo. Recuerdo que en las marchas, mucho después, la gente llevaba hasta los animales que criaban, como vacas o terneros, al desfile. Era una lucha alegre, solidaria, seria, pero también con su lado lúdico. Aquí aprendí a jugar al truco. Todo era muy organizado, con roles claros para la limpieza, la cocina, el orden. Se ponían cordones para proteger las áreas de producción y las oficinas, cuidando que nadie invadiera lo que no debía. No hacía falta un escribano para certificar nada: era una responsabilidad obrera mantener intacto todo lo que estaba en el lugar de la ocupación. (Mujer de 69 años, octubre de 2023)

Acto seguido, nos indicó que entrevistáramos a una señora que también estaba en la charla, afirmando que fue la primera mujer que hizo una huelga de hambre en el conflicto textil de esas épocas. La participante expresa:

Participé en una huelga de hambre. La lucha, para mí, fue un despertar a la vida. Siempre decía: “no desaproveches, porque yo no voy a escribirlo”. Es que fui madre soltera. Años después, el padre de mi hijo me reconoció, nos juntamos y todas esas cosas, pero así empezó todo. Mi padre murió cuando yo era pequeña. Éramos muchos hermanos. Después de que mi padre falleció, quedamos solo con mi mamá. Cuando entré a trabajar en la fábrica, vi que otro mundo era posible. Un mundo de lucha, pero había algo que me decía que era el camino correcto, como si viera el camino a seguir. Esos dolores, esas vivencias, me mantuvieron firme en la lucha y me ayudaron a seguir adelante, a despertar a la vida. Trabajé alrededor de 16 años, un poco menos, en una curtiembre donde estuve 15 años y no me reconocieron ninguno de esos años para la jubilación. Era una época en la que se trabajaba fuera de planilla. Incluso le pedí ayuda al padrino de mi hija para completar mis aportes. La curtiembre quedaba por Palma de Mallorca, hacia el lado de Tres Ombúes, pero antes. El edificio aún está allí. Mi familia también trabajaba ahí: mi hermana, mi mamá, pero ninguno figuraba en los registros oficiales. Llegamos a la huelga de hambre después de agotar todos los recursos. Ya no quedaban opciones. La huelga de hambre comenzó el 4 de agosto de 1989. Aún se pueden ver pintadas en los muros de la Aurora, recordatorios de esos días de lucha y de la olla popular. Me pregunto cómo lo hicimos, qué desgaste tan grande. Porque era una lucha constante, aunque tratábamos de abrirnos camino. En la fábrica estábamos en la planilla, pero lo que no era fijo era la duración del trabajo. Era una fábrica prestigiosa en su tiempo, fundada en 1910, por españoles, imagino. Quedó esa huella allí, pero fue un lugar de mucho trabajo, especialmente para los inmigrantes. No viví esa época, pero es lo que he recogido con el tiempo. No sé por qué había tantos extranjeros del Cerro trabajando allí. Tal vez porque el dueño, Martínez Reina, era español. No lo conocí, pero era europeo y confiaba mucho en la gente, en su mayoría descendientes de extranjeros. (Mujer de 91 años, octubre de 2023)

Esta historia me da pie para el último subcapítulo de los resultados, que describe analíticamente la transformación de uno de los galpones de la fábrica Campomar, justo donde se desarrolló este último taller, en el espacio de un colectivo de artes circenses denominado El Picadero. Antes de eso quiero dejar una reflexión analítica. Ahora, lo más interesante que se produjo fue la idea del proyecto de Capurro Textil. Este proyecto fue realizado a partir de un grupo de habitantes del barrio que según ellos/as, tomaron la metodología de los talleres de memorias afectivas, y con eso quisieron realizar su proyecto. Nos invitaron a participar del mismo, y la postura del Taller López de la Facultad de Artes y del equipo del Labtee fue la de colaborar en base a un intercambio de saberes, pero no hacernos cargo de este. La transferencia de conocimientos entre todos/as fue lo que le dio un plus a esta propuesta que actualmente tiene

un producto tangible de valor científico-popular (Vidal Faracchio y Fagundez D'Anello, 2024). Este modo de hacer proyectos integrales, lo entiendo como vital para generar articulaciones investigativas que tengan efectos de multiplicidad y colaboración en la comunidad.

4.10. De las huellas del dolor del recuerdo obrero-fabril al “Capurro cultural”

Resonando con la respuesta que nos dio un actor social a la pregunta sobre qué es lo que más le duele de Capurro: “las fábricas abandonadas”, y de mi interés latente por preguntarme el presente de esas arquitecturas, es que finalizo los resultados de la etnografía con este capítulo.

La territorialidad al este de la bahía de Montevideo, sobre todo el cauce del arroyo Miguelete, tuvo una relación de afectación con las fábricas ubicadas en sus bordes, en especial las textiles en el barrio Capurro. Y al decir esto, lo pienso como composición, conexiones, desconexiones y reconexiones, de producción maquínica, de ambientes para la vida y la muerte (De Landa, 2021; Raunig, 2023). Esta territorialidad que devino fabril emergió como un núcleo de atracción para miles de personas que llegaban en tren, tranvía o a pie, seducidos por la promesa de empleo en las fábricas. La bocina de la fábrica, con su sonido dominante, marcaba el ritmo del barrio, señalando los cambios de turno y llenando el aire con su resonancia. Este sonido se convirtió en un símbolo de trabajo honorable para algunos, mientras que para otros evocaba tiempos de lucha y resistencia. Ser obrero se traducía en una experiencia híbrida de orgullo y conflicto, moldeada por circunstancias de abundancia y escasez.

Con el tiempo, los gigantes de cemento silenciaron su bullicio y dejaron de verter desechos, sumiendo al barrio en un cambio de su habitar. Un paisaje desolado marcado por la corrosión y el deterioro. Esa historia forma parte de las capas de una memoria colectiva que narraba épocas de prosperidad y declive, que hoy es recordada por algunos/as que se animan a compartir sus recuerdos.

Esta historia me interesó luego de realizar una producción narrativa a uno de los habitantes, que me planteó lo siguiente:

Antes de que fuera el barrio que conocemos, se descubrió que acá estaba el Caserío de los Negros. Sin dudas que esta historia nos ha marcado a todos los habitantes del barrio y a la comunidad afro de Uruguay. Luego pasaron otras cosas, como La Meca, que era el jardín de don Capurro, que luego quedó su apellido que da nombre al barrio. Desde mi punto de

vista, la primera etapa de la historia de Capurro es re turística. Empezó todo con la idea de hacer un hotel donde antes estaba la mejor playa de Montevideo. "El Parque Capurro es un ícono, una marca del inicio del barrio... Don Capurro, que era comerciante, muy bueno en los negocios y además marino, se mandó a construir su casa ahí y también pensó en armar un espacio para un hotel turístico. Porque, no nos olvidemos, la playa de Capurro en su momento era la top de Montevideo..." En esa época, Montevideo era básicamente lo que hoy es Ciudad Vieja, nada más. Cuando la gente se iba a Capurro, era como si se fueran al campo, era estar en el interior de Montevideo. Se venían a veranear a esta playa que era una belleza... El parque Capurro tuvo su momento de gloria, un auge bárbaro. Hoy te dicen que "la playa ya no está, quedaron unas piedrotas de la escollera que pusieron para que el mar no se comiera la ruta." La segunda etapa es cuando el barrio se pone más fabril, con fábricas como La Aurora, Campomar, la lanera, la de cerveza y otras. Capurro se convierte en un barrio de laburantes. La gente se venía a vivir acá para estar cerca del trabajo. Nos armamos un barrio pueblo obrero, entonces la gente se mudaba a Capurro para estar a tiro de piedra de las fábricas, y así se armó esta onda obrera. Pero también, después de la dictadura, hubo como una decadencia, con gente viviendo en las mismas fábricas abandonadas y la escuela quedó medio en el horno, fue un tiempo bastante jodido socialmente. Y ahora, estamos en la tercera etapa, que es la onda cultural que está pegando fuerte. Acá está la movida de la Comunidad Cultural de Capurro, El Picadero, el centro juvenil, el Grupo Rojo de "Inclusión en movimiento", el club de bochas, de fútbol, las murgas y el carnaval, entre otras cosas. También está la olla, que se está armando como una organización formal. Se está armando la Intersocial para conectar a todos estos grupos, sean formales o la murga de la esquina. (Hombre de 62 años, junio de 2020)

En este fragmento hay un intento de caracterización histórica de lo que él entiende que fueron las etapas por las que pasó la vida social de Capurro. Más allá de precisiones documentales, el esquema cognitivo-afectivo lo arma en función de comprender su modo de habitar la territorialidad y la importancia que le imprime. En el final de la entrevista le preguntamos que le dolía de la historia de Capurro, y responde:

Esos edificios de las fábricas textiles quedaron tirados, ahí está el bajón más grande del barrio, y todo eso empezó con la dictadura. Durante un montón de años, ni te podías arrimar por esas fábricas. Lo más feo era ver esos edificios grandes sin usar, que en su momento habían sido un problema para los vecinos, y encima sumale los desastres que hicieron los del gobierno de turno. Ahora la cosa está como que reviviendo: está el Picadero, el centro juvenil, arrancó la Scola do Samba Unidos do Norte, la comparsa La Capurrense, y ahora se está armando otra comparsa nueva en el barrio. Pero si hay algo que te pega, son esas

fábricas, que algunas todavía están ahí, cerradas y con las puertas tapiadas. Están tratando de darle una vuelta a algunos de esos lugares. Una parte es la movida económica, donde la Federación Uruguaya de Handball se metió con una propuesta en el presupuesto participativo de 2008 y ganó, pero después no arrancaron con el proyecto. La primera alcaldesa del municipio dijo que esa plata se iba a guardar para tirar adelante propuestas culturales y sociales; y ahí fue cuando empezaron a moverse con El Picadero, El Centro Juvenil y Unidos do Norte, parte de esa reactivación. Además, arreglaron la rambla del Miguelete, que ayudó a levantar esa zona. En otro presupuesto participativo, los vecinos tiraron la idea de una pista de Skate, que se aprobó y se hizo, aunque hubo quien discutió porque ya había una en el Prado, pero era otro barrio y acá lo necesitábamos. Mejorar lo que rodea a los edificios y meterle actividades dentro fue clave, y después le metieron hasta negocios. Hay una cancha de fútbol 5 que está andando de diez. Quisiera que hubiera más centros culturales, pero bueno, todo esto igual armó una movida interesante. Creo que lo que hay del otro lado son depósitos y que funcionan así. Entonces, se ve que se puede mejorar las cosas metiéndole plata y cabeza, como hizo Miriam, la alcaldesa, que se le ocurrió guardar esa plata para esto. Y una vez que empezaron las reformas, se sumaron estos centros sociales. (Hombre de 62 años, junio de 2020)

Este sentimiento resuena profundamente y lo seguimos escuchando a través de diversas conversaciones, talleres y espacios colectivos. A lo largo de la tesis, se evidenciaron fragmentos de la memoria fabril integrada a la cotidianidad barrial. Desde 2018, durante mis primeras observaciones participantes en esta territorialidad, me encontré con la espacialidad de los galpones de la fábrica textil Campomar.

A la vez, considero oportuno hacer una breve reseña de algunos artículos que mencionan características de las industrias textiles en Uruguay, así como de ciertas políticas a ellas asociadas. Santiago Medero (2022) publicó un artículo en el que analiza la historia y características de las villas obreras como solución a la problemática habitacional de las familias obreras. Aunque su estudio no se enfoca específicamente en las fábricas de Capurro, ofrece resultados interesantes sobre el compromiso de las industrias, incluida Campomar, en generar políticas habitacionales para sus trabajadores. Su análisis cubre varios casos entre 1865 y 1940, presentando un precedente valioso que evidencia las iniciativas empresariales orientadas al bienestar laboral, según el autor. A la vez, se puede argumentar que dicho bienestar viene acompañado de estrategias para mantener a los trabajadores cerca, y que estas villas obreras no se concibieron con la calidad de las viviendas de áreas con mayor poder adquisitivo.

Julia Boronat (2012) hace referencia a los efectos de la industria textil en esta territorialidad. En el desarrollo histórico y urbanístico de Capurro y sus alrededores, las industrias textiles han sido cruciales, influenciando tanto el ritmo de vida como el tejido social de la comunidad. La aparición de importantes empresas a finales del siglo XIX y principios del XX, especialmente La Victoria y La Nación, que más tarde se fusionarían en Salvo Campomar y Cía., marcó un punto de inflexión en la industrialización de Montevideo, propiciando un aumento demográfico en la región. Este auge atrajo a trabajadores y sus familias, en busca de cercanía a sus empleos, y también formalizó un proceso de consolidación urbana, entrelazando íntimamente la esfera laboral y residencial. La evolución del barrio, estimulada por esta dinámica industrial, creó un ambiente donde la identidad y vida cotidiana de sus habitantes se entrelazaron con los ciclos productivos de estas compañías. Este lazo entre el sector textil y Capurro resalta cómo las dinámicas productivas configuran tanto el entorno físico como las particularidades comunitarias. Aunque el análisis no aborda en detalle otras factorías como La Aurora o Martínez Reina, ni las instalaciones a orillas del arroyo Miguelete, la trascendencia de la industria textil en la localidad emerge como un elemento clave para su desarrollo e identidad, así como para la transformación de la ecodiversidad local. Este periodo de prosperidad industrial, no obstante, se enfrentaría a desafíos en un contexto urbano más amplio, como sugiere la autora.

Mi indagación sobre la territorialidad me llevó a los antiguos almacenes de Campomar, ubicados en Capurro, en la confluencia de la calle Uruguayana con el Arroyo Miguelete. Campomar, vigente durante gran parte del siglo XX, cerró en los años ochenta, impactando el empleo local de manera significativa. Adyacente a esta se encuentra la Martínez Reina, de actividad similar, cuyo cierre suscitó conflictos más agudos, llegando a ser ocupada por personas sin hogar. Estos hechos se vinculan estrechamente con la identidad obrera e industrial de Capurro.

Antes de mi visita, dialogué con dos residentes de Capurro: una concejala vecinal actual y una anterior. Ambas relataron cómo, desde los noventa hasta inicios del siglo XXI, el sitio quedó desamparado y fue habitado por individuos buscando refugio. Durante la crisis económica de 2002 en Uruguay, se intensificaron los problemas de seguridad y consumo de drogas, dificultando la convivencia en el barrio. Estas líderes comunitarias encabezaron un esfuerzo para pedir a la Intendencia de Montevideo el realojo de quienes vivían irregularmente en la fábrica y sus cercanías. En 2006, lograron el realojo y el inicio de la construcción de un parque lineal a lo largo del arroyo, abriendo un nuevo capítulo para la comunidad.



Figura 43: Parque lineal recuperado al borde del Arroyo Miguelete 2018. Foto de autor.

En 2008, se propuso al Presupuesto Participativo del Municipio C la construcción de una cancha para la Federación Uruguaya de Handball. El proyecto fue aprobado, y se decidió que una sección del terreno junto al arroyo de la fábrica Campomar se usaría para este propósito. A la vez, durante las negociaciones posteriores a la aprobación del presupuesto surgieron discrepancias sobre el acceso de los residentes del barrio a las instalaciones, que estarían bajo la gestión de la Federación. La falta de acuerdo retrasó el proyecto, que no se llevó a cabo en el plazo de dos años inicialmente previsto.

Frente a este contratiempo, y siguiendo el ejemplo de esfuerzos previos, se tomaron medidas para reutilizar los salones del complejo fabril con fines sociales. Concejales vecinales y residentes de la zona comenzaron a identificar colectivos interesados en deportes, educación o arte que pudieran hacer uso de los tres salones restaurados. Esta búsqueda resultó en la conexión con un grupo de artistas circenses, un proyecto cooperativo social dedicado a la atención de adolescentes en colaboración con el INAU, y una Scola do Samba que congrega a más de cincuenta personas de distintas edades. Esta reconversión del antiguo espacio industrial en un centro de actividades revitalizó el lugar, promoviendo la inclusión y la participación de la comunidad local.



Figura 44: Tres imágenes combinadas, que muestran parte de la entrada al predio de Campomar. Fotos de autor 2018.

En septiembre de 2018 visité por primera vez este sitio, accediendo sin restricciones. Desde Uruguayana, un pasillo me guio hacia dos zonas que parecían haber sido renovadas recientemente, llevándome después a un sector que incluye el arroyo Miguelete, con cañas que marcan el límite del terreno junto al curso de agua, una extensión de área verde y estructuras residuales de la antigua fábrica aún en abandono. Así, se revitalizó una parte del lugar para propósitos sociales, similar a lo que ocurrió con la fábrica anteriormente discutida.

La estética del lugar, más allá de lo que puede capturarse de por medio de la escritura, incluye un complejo e híbrido ecosistema. Una dimensión que el texto no alcanza a abarcar es el aroma emanado del Arroyo Miguelete, que en la década del cuarenta era un sitio de esparcimiento y baño para los residentes, pero que se volvió inaccesible por la contaminación de las fábricas aledañas. A la vez, mi visita reveló un impacto positivo: a pesar de la contaminación, que típicamente limitaría la vida, este lugar ha sido transformado por la presencia del circo. La redefinición ecosófica del espacio permite una nueva forma de vida en un área marcada por la polución y el deterioro ambiental, creando un espacio social donde el arte y el deseo de regeneración convergen (Deleuze y Guattari, 2002).



Figura 45: Imagen desde el terreno que se encuentra detrás de las estructuras físicas recuperadas de Campomar, bordeando el arroyo Miguelete. Foto de autor, 2018

El día señalado, tuve la oportunidad de participar en un festival internacional de circo: un acontecimiento que duró una semana, congregó a cerca de cien artistas y atrajo aproximadamente a dos mil espectadores. El aspecto más sobresaliente de este festival fue su carácter inclusivo y accesible, puesto que estuvo abierto a cualquier persona interesada en asistir, sin requerir pago alguno. En vez de establecer un precio de entrada, los organizadores optaron por la tradicional “pasada de gorra”, permitiendo que la contribución de los asistentes fuera completamente voluntaria. Es infrecuente encontrar lugares en la ciudad que brinden acceso libre a eventos de tal magnitud artística, lo que hizo que esta experiencia fuera particularmente destacable.

A lo largo de mi investigación, tuve varias ocasiones para llevar a cabo actividades en este espacio. A la vez, al enfocarme en otros temas de interés, postergué mi inmersión en este sitio hasta la etapa final del trabajo de campo. El proyecto Capurro Textil fue el catalizador para ahondar en uno de los proyectos que ocupan este espacio, conocido como El Picadero. Para ello, realizamos una serie de visitas y dos entrevistas con la persona a cargo del proyecto. Nuestro objetivo fue desarrollar una producción narrativa que permitiera que su perspectiva se transformara en un aporte de conocimiento (Troncoso Pérez et al., 2017).

El Picadero surge en el año 2005, motivado por la necesidad de tener un lugar propio para empezar a investigar, intercambiar, dar clases y transmitir. En aquel momento éramos un grupo de personas vinculadas principalmente a la docencia y al circo. A partir de viajes e intercambios con otros colectivos de la región conocimos otras experiencias. Gracias a esto

nos fuimos enamorando de la acrobacia aérea, lo que nos impulsó a crear el proyecto. El nombre surge en el 2007, con la intención de darle más identidad al colectivo. Picadero se le dice al escenario del circo tradicional, relacionado a la forma circular del ruedo donde entrenan los caballos. Es un nombre que el circo de la región heredó de lo ecuestre. Hasta ese momento nos conocían como “El Galpón de Agraciada”, ya que fue ahí donde empezamos a funcionar. El galpón estaba ubicado en Av. Agraciada, entre San Fructuoso y Entre Ríos. Lo alquilamos a través de un acuerdo de palabra de forma muy precaria. Allí fue donde comenzamos a entrenar e investigar escénicamente, logrando intercambiar y dar clases. También nos permitió ofrecer un lugar para que los y las artistas del circo pudiéramos mostrarnos. En aquel momento no era tan fácil encontrar espacios para poder hacerlo. De este modo dimos inicio a las primeras *varietés*. En el año 2013 nos trasladamos a los viejos galpones de Campomar. Los mismos se encuentran ubicados entre Uruguayana y Pablo Zufriategui, en la zona de Capurro-Paso Molino. Estos espacios nos han permitido crecer y nutrirnos del intercambio con otras personas. Personas que se han ido acercando y vinculando con El Picadero a lo largo de todos estos años. (Referente de El Picadero, octubre de 2023)

Esta breve reseña describe el contexto fundacional de El Picadero y cómo llegaron a tener un local en lo que fueron los galpones de la extinta Campomar. Por lo que comenta la entrevistada, su llegada obedeció a la posibilidad de tener un lugar propio que se adecúe a las necesidades de las prácticas artísticas que desarrollan. Su llegada y proceso de conexión con la espacialidad resulta interesante para pensar:

Nuestra llegada al viejo galpón de Campomar fue mágica. En el 2012 nosotros necesitábamos un lugar, en ese entonces era reciente todo el tema de los alcaldes y el tercer nivel de gobierno. Luis, un compañero, conocía a la alcaldesa del Municipio C. Decidimos ir a hablar y presentar nuestro proyecto. Allí nos comentaron sobre este lugar y nos invitaron a verlo. Al llegar, nos dimos cuenta de que no podía ser más perfecto: era lo que necesitábamos. El espacio en ese momento estaba en otras condiciones, era un lugar casi abandonado y su entorno también. Todo era muy cinematográfico. Estaba lo que parecía ser la casa del 222, con su cama y objetos personales, y alrededor objetos por todos lados. El lugar estaba sin electricidad, todas sus paredes estaban rotas y escritas, parecía un depósito. Había restos de aberturas, lockers, ventanas viejas, materiales y descartes. Debajo de lo que hoy es el piso violeta había un agujero enorme. Nosotros lo tapamos porque era peligroso. Creemos que, en la época en que esto funcionaba como fábrica, por allí se conectaba el primer piso con el sótano. Llegamos a este espacio en el año 2013. Esto significó, en primer lugar, una solución porque no teníamos a donde ir. Pero al mismo

tiempo fue una expresión de reconocimiento por parte del Estado, algo inédito para el circo en Uruguay. Pasamos de estar habitando un galpón en peligro de derrumbe, con un techo agujereado, que se llovía, en donde pagamos alquiler; a estar en un espacio cedido por el Municipio. Si bien el local estaba en malas condiciones y era un espacio vacío con mugre adentro, tenía el techo nuevo y eso era suficiente. Todo lo que se ve hoy lo hicimos nosotros. En ese momento éramos un colectivo grande, con fuerza. Éramos también mucho más jóvenes, no había miedo. Lo que necesitábamos era un espacio grande con techo alto y sano. Nuestra forma de hacer circo no pretende “un teatro a la italiana”, y incluimos el desarrollo de la infraestructura que necesitamos para nuestro hacer. Por ejemplo, todas las paredes las revocamos y pintamos nosotros, no hubo miedo de ponerle cuerpo al trabajo. Esto de transformar espacios para nosotros es parte de hacer circo, y al llegar acá esperábamos que eso sucediera. A su vez nos permitió invertir en infraestructura, mejorando así la calidad del lugar que habitamos. Hoy por hoy, tenemos una instalación eléctrica nueva y un piso que era impensable años atrás. Actualmente, nos encontramos en proceso de lograr la habilitación de bomberos, para que este espacio pueda ser reconocido como sala de espectáculos culturales. Parte de los desafíos de instalarnos acá implicaron que el proyecto comenzará a dialogar con el espacio y el barrio. El barrio en ese momento era diferente. En cuanto a iluminación y seguridad era complicado. De hecho, las primeras semanas nos entraron a robar como siete u ocho días de corrido. Decidimos hacer campamento para evitar que siguieran entrando, por lo que nos quedamos a dormir en el espacio. Años después llegaron otros colectivos como la escola do samba y el centro juvenil, luego se sumaron las canchas de fútbol 5. La remodelación de la plaza del frente enriqueció y dio vida al entorno. Actualmente, Capurro es un barrio lleno de iniciativas, colectivos y de cosas que suceden. Nuestra llegada al barrio también nos llevó a descentralizarnos. Esta nueva ubicación nos alejó del circuito más céntrico, por lo que nuestro público se transformó, junto con nuestra propuesta y objetivos. Empezamos a reconocer la potencia del circo a nivel educativo, desarrollando propuestas pensadas para infancias y adolescencias, quedando la formación profesional en un segundo plano. Comenzamos también a hacer foco en el entorno, lo barrial nos permitió pensar lo comunitario desde nuevos lugares. Ya no éramos solo un colectivo autogestionado, y también comunitario. Comenzamos a trabajar en red y en diálogo junto a otros colectivos de la zona que no necesariamente estaban vinculados al circo, por ejemplo los concejales vecinales. Procesando todo lo que pasó y visualizando el momento en el que estamos hoy, podemos ver cómo el proyecto se fue permeando y ampliando con todos estos componentes. Hoy nos cuestionamos dónde poner el foco, a veces realmente nos cuesta decidir. La verdad es hermoso el entorno. Llegar acá fue y es un privilegio. (Referente de El Picadero, octubre de 2023)

Este fragmento de la producción narrativa es un conocimiento situado singular importante para pensar los ensamblajes colectivos-especiales. Es el momento en el que se produce un proceso de enamoramiento de un colectivo en acción artístico con una infraestructura que anteriormente cumplió otras actividades (habitares y funcionalidades fabriles y obreras) y se convierte ahora en una espacialidad para el despliegue artístico del circo, la educación y la cultura. La pregunta que sigue es: ¿cómo se organizan colectivamente para el desarrollo de la actividad?

Podemos decir que somos un colectivo que tiene límites difusos. Algunas personas estamos asociadas a un núcleo central de organización, que hace posible el sostenimiento diario del espacio y sus actividades. Pero además existen muchas personas que son y se sienten parte de El Picadero, colaborando en la gestión y la construcción del mismo. Esta es una característica que tenemos desde el comienzo. En la actualidad, si intentamos definirnos, diríamos que no somos ni una escuela, ni una compañía, ni es una productora de circo, y somos todo esto inmerso en un proyecto de cultura comunitaria, el cual defendemos desde esta lógica. Podemos decir también que somos un colectivo autogestionado, independiente, horizontal, no tenemos una estructura muy clara y funcionamos a base de proyectos. (Referente de El Picadero, octubre de 2023)

Si tomamos en cuenta la perspectiva del “Rizoma” (Deleuze & Guattari, 2002) y de la Teoría de los Ensamblajes (De Landa, 2021), resulta interesante el modo en que se organiza el colectivo. Muestra planos de consistencia, flexibilidades que habitan la entrada y salida de artistas y otros/as que realizan actividades puntuales. También se autoidentifican como un colectivo que es muchas cosas, al que podemos llamar híbrido y heterogéneo, y se destaca la autogestión, la independencia institucional y la horizontalidad. Cuando hace referencia a que la estructura no es clara, me permito decir que quizá es diferente al ideal de lo que es una estructura organizacional piramidal. Es una organización flexible, con líneas jerárquicas aplanadas y con un sistema de valores específicos relacionados con la autogestión. También desarrollan vínculos específicos en base a proyectos y convenios con instituciones, pero que influyen en sus modos de organización colectiva, más que en el acuerdo concreto. De todos modos, resulta interesante pensar hasta qué punto un convenio con un organismo público, privado o internacional performa los modos de organización colectiva. Lo que se percibe es que, para este colectivo, ese es un tema de suma relevancia y atención.

Llegar a conformarnos como asociación civil se trató de un proceso guiado más por la intuición que por una certeza. En el año 2009 estábamos muy cercanos a un colectivo llamado Árbol, vinculado a lo audiovisual. Al igual que nosotros, eran autogestionados y con una orientación clara a lo comunitario. En ese momento estaban gestionando su

reconocimiento institucional como asociación civil. A partir de estos intercambios se despertó en nosotros la inquietud y la reflexión en torno a cómo y cuánto podría beneficiarnos constituirnos como una asociación civil. Pensábamos “¿esto nos va a servir?”. Nos preocupaba quedarnos reproduciendo una y otra vez lo mismo, sentíamos que para crecer necesitábamos reconfiguración. En ese mismo momento, en Uruguay se comenzaba a dar lugar y reconocimiento a ciertas manifestaciones artísticas y culturales. Esto generó que aumentara la oferta de fondos económicos destinados a este tipo de propuestas, lo que implicó también mayor exigencia por parte de las instituciones, en relación con las formalidades de los colectivos que se postulaban a los mismos. En este contexto, consideramos que contar con un reconocimiento legal nos permitiría abrir nuevas puertas. Fue así que desde el 2010 nos conformamos como una asociación civil sin fines de lucro. Esta intuición, que comenzó a gestarse en el 2009, cobra sentido en el año 2012, cuando nos dan aviso de que teníamos que dejar el galpón de Agraciada. En la búsqueda de un nuevo espacio para funcionar es que llegamos al Municipio C. Tener un proyecto escrito, líneas de trabajo concretas y un reconocimiento legal fue lo que nos abrió las puertas para llegar a donde estamos hoy: el viejo galpón de Campomar. En una primera instancia nos iban a ceder este espacio en comodato. En los hechos, hace diez años que estamos acá y eso aún no ha sucedido. Esta situación implica que cada cierto tiempo tengamos que exponer y explicar el proyecto frente a los concejales del Municipio C, para que nos permitan continuar utilizando el espacio y desarrollando lo que hacemos. Por momentos nos sentimos en la necesidad de convencer a quienes toman las decisiones. Creemos que queda camino aún para llegar a una política cultural en el territorio que entienda a los proyectos comunitarios desde la perspectiva que nosotros proponemos. Este diálogo institucional nos ha implicado un montón de trabajo. Es una construcción permanente. El poder entendernos entre los diferentes actores resulta por momentos demandante, ya que implica mucha dedicación de energía y tiempo. Hay momentos en que parece que hablamos idiomas diferentes, que estamos en galaxias distintas. El tener que explicar lo mismo varias veces, el intentar convencer y volver a repetir lo que ya habíamos dicho, resulta por momentos cansador. Este año tuvimos gran cantidad de reuniones donde mostramos las proyecciones que tenemos para el espacio y el colectivo. Una de ellas es lograr la habilitación como sala de teatro. Esto haría posible que obras de teatro independiente u otros espectáculos relacionados lleguen a El Picadero. Para lograr este objetivo necesitamos gestionar la habilitación de bomberos, lo cual se ve imposibilitado, al no contar aún con la formalización del comodato. Esto es un claro ejemplo de algunas de las complejidades con las que nos enfrentamos en la cotidianidad, en donde las cosas no siempre suceden dentro de los tiempos esperados. Que el colectivo pasara a tomar forma de asociación civil fue una transformación muy grande y significativa. Pasamos de lo under

a dialogar con el Estado. Ya no “hacemos lo que queremos”, y reconocemos la importancia de sostener estos espacios de diálogo institucional. Es allí donde vemos esta imagen de que nosotros no somos un proyecto con lógicas cerradas, y buscamos estar permeables a lo que sucede afuera y construir junto a esto. Y si bien tenemos esta formalidad, nuestras lógicas son otras. El tipo de organización que la asociación civil propone se aleja de las formas en que nosotros venimos entendiendo y desarrollando el colectivo. Continuamos trabajando para que otras instituciones confíen en nosotros, ya que a veces es difícil de entender lo que es El Picadero. Militamos a diario para que nos acepten como somos y no como ellos quieren que seamos. (Referente de El Picadero, octubre de 2023)

Cada palabra describe el complejo proceso legal por el cual un colectivo autogestionado e independiente es performado por la acción pública, pero también la autocrítica del colectivo y sus estrategias para no dejarse moldear por la burocracia organizacional. Esto es parte de la flexibilidad necesaria para relacionar dos modos de gestión diferentes, porque fácil sería no enrolarse con las instituciones estatales. Resulta un desafío constante para el colectivo mantener relaciones parciales y eventuales, a pesar de ser una organización legal sin fines de lucro.

Con relación al circo y a cómo lo asocian con sus valores autónomos e independientes, la entrevistada nos planteó lo siguiente:

Hace 18 años que funcionamos desde una lógica colaborativa, donde la confianza absoluta en el colectivo ha sido un pilar fundamental. El trabajo que hemos venido construyendo se ha basado en un entendido común de hacia dónde vamos. Reivindicamos la capacidad de crear, de aportar otras miradas y de construir nuevas formas de organización basadas en lo colectivo y lo comunitario. El Picadero se sostiene desde la militancia, desde la claridad de que lo cultural lo construimos nosotros. Nuestra misión es favorecer y desarrollar el circo desde una perspectiva democrática, colectiva y descentralizada. Esto se constituye como un saber común que nos guía en la toma de decisiones y permite sostener los vínculos de confianza. En un principio tuvimos una organización más estructurada. También éramos más jóvenes, con más tiempo disponible. Teníamos comisiones y nos juntábamos regularmente. Esto se sostuvo mientras fuimos muchos con tiempo libre. Poco a poco estas comisiones se fueron desdibujando y hoy por hoy funcionamos más por proyectos. Durante estos años nuestras vidas se han ido reorganizando y con ello nuestros roles dentro del colectivo. Algunas personas empezaron siendo alumnas y hoy se encuentran siendo parte del núcleo de gestión. Por un lado, podemos hablar del circo como un lenguaje artístico y creativo, donde cada vez más este se fusiona con la música, la danza y el teatro, buscando así lenguajes y expresiones más contemporáneas. Por otro lado, está el circo como un modo

de organización, que promueve lógicas horizontales, colectivas, con un fuerte sesgo feminista. Hemos logrado una organización cuidada que contempla la diversidad de realidades e intenta acompañarlas. Cuando decimos que “queremos que el circo crezca” nos estamos refiriendo a que estos modos de hacer y ser circo se expandan. Por esta razón, cuando nos juntamos conversamos más y entrenamos menos. Necesitamos entrenar, pero también necesitamos otras cosas. El circo La cuestión se orienta a producir cuerpos hipertecnificados e hiperdesarrollados, y cuerpos disponibles. Desde El Picadero, cuando hablamos de circo, hablamos de todo esto. (Referente de El Picadero, octubre de 2023)

Este último fragmento hace referencia a una suerte de narrativa político-afectiva y militante asociada a la actividad que lleva adelante el colectivo. Expresan la capacidad creativa, desde una organización democrática y abierta al intercambio con la comunidad, asociando la vida de sus integrantes a los valores colectivos que sostienen y actúan como la perspectiva feminista: el cuidado, la cercanía del arte con la ciudadanía, la articulación de conceptos y lenguajes inclusivos como modo performativo de la realidad. Su militancia es esto: el circo, pero situado en premisas políticas, rebeldes y amistosas.

La transformación de los galpones de la fábrica Campomar en el “El Picadero puede ser entendida como parte de una dinámica más amplia de resignificación de espacios post-industriales mediante prácticas artísticas. Mau Monleón Pradas (2010) discute cómo el arte social se ha convertido en una herramienta poderosa para visibilizar problemáticas sociales, como la crisis de los cuidados, que permanecen invisibles en la sociedad. Esta resignificación modifica el uso físico de estos espacios, y también redefine sus significados culturales y comunitarios. En este sentido, los galpones de Campomar son una fuente de transformación espacial ya que actúan como sitios de memoria colectiva y resistencia frente a las huellas del dolor obrero-fabril. La conversión de estos espacios en centros educativos y artísticos refleja una lucha simbólica y tangible contra la desindustrialización y el abandono, promoviendo nuevas formas de habitar y significar la territorialidad barrial.

5. Análisis y Discusión

Tras haber expuesto de forma extensa y con profundidad los resultados derivados de la etnografía, y considerando estos resultados como conocimientos, más que como simples datos, surge una pregunta crucial a llegar a esta última fase de la tesis doctoral: ¿Cómo se puede generar una polifonía de conocimientos que integre todos los aprendizajes obtenidos del proceso etnográfico? La respuesta inicial a esta interrogante consiste en el intento de articular diversas perspectivas de conocimientos que resulten enriquecedoras y productivas para el análisis.

En una entrevista realizada a Gerard Rauning en el podcast Acid Horizon (Acid Horizon, s. f.), plantea que los conceptos están intrínsecamente unidos a sus procesos de producción situada. El autor argumenta que un concepto solo adquiere sentido cuando se conecta en las tramas relacionales, operando como componentes parciales de los ensamblajes. Reconociendo la imposibilidad de que una sola teoría explique por completo estos procesos, este segmento de la tesis propone que los resultados etnográficos deben dialogar con teorías de diversos orígenes para generar un conocimiento singular. La intención es demostrar los aprendizajes derivados del proceso etnográfico, evitando la sobreabundancia de teorías que opaquen la riqueza de la narrativa etnográfica.

Realizar una etnografía fue uno de mis principales desafíos académicos. Mi participación de más de una década en el Labtee facilitó un enfoque colaborativo y creativo para investigar la vida urbana (Álvarez Pedrosian, 2018c). La etnografía, entendida como método, y como un corpus sustancial de conocimientos, permite acceder a la comprensión de la vida de otros a través de la observación, el diálogo, la entrevista y el registro de procesos. Además, implica una metodología específica con sustento político-epistemológico y ontológico que permite documentar procesos al momento de su ocurrencia y reflexionar sobre las tramas involucradas (Álvarez Pedrosian et al., 2023). Esta perspectiva reconoce la finitud de todo proceso etnográfico, que ofrece conocimientos parciales, pero significativos, permitiendo analizar micro-socialmente una realidad que desafía la perspectiva de las ciencias modernas sobre los universales. La “ética de la finitud” es un enfoque crítico que posibilita trabajar dentro de los límites de lo alcanzable, enfrentando la multiplicidad de posiciones en un campo de problemas heterogéneo (Álvarez Pedrosian, 2003).

Los resultados expuestos refieren a una compleja sistematización del material acumulado en diversos dispositivos, pero también es una producción narrativa en colaboración con diversos actores/as sociales con los que logré acuerdos diversos, muchos de ellos amistosos, y que compartieron conocimientos de lo que significa habitar las espacialidades y territorialidades de sus referencias. Si bien las producciones narrativas emergentes de las epistemologías feministas se crearon con el fin de hacer autoras a las mujeres de las experiencias de diversos modos de violencias, en búsqueda de generar instrumentos de conocimiento situado (Gandarias Goikoetxea, 2014; García Fernández y Montenegro Martínez, 2014; Martínez Portugal, 2019; Troncoso Pérez, Galaz y Álvarez, 2017), las he usado para la producción de conocimiento de los/las habitantes de la territorialidad delimitada para este estudio, y con eso he producido mi propia narrativa de las vivencias, extrañamientos y reflexividades del proceso en diálogos con ellas. Es por esto que no he presentado resultados extractivistas, con forma de datos, y he respetado y honrado los diversos intercambios con actores/as sociales, a los que reconozco la capacidad de producir conocimiento situado de sus experiencias.

A continuación, se realizará una presentación en varias capas del análisis y discusión epistemológica, ontológica, política y ética de las diversas reflexividades que he realizado en el proceso investigativo. Insisto en que este diálogo filosófico y científico será con conceptos que me permitan pensar creativamente los resultados que he pensado y elaborado, no agotándose en eso.

5.1. Controversias y estrategias creativas del habitar los ensamblajes ecosóficos y heterotópicos al este de la bahía de Montevideo

Practicamos la vida en la ciudad, naturalizando las diversas relaciones híbridas que componen su transformación constante. Percibimos el humo y la llama de la refinería de ANCAP como elementos que dan vida y productividad, y no como contaminantes fuera de lugar en su ubicación actual. Respiramos el aire y sentimos el aroma de la bahía al caminar por estas áreas, sin ser del todo conscientes de que contiene plomo y de que el agua está contaminada. Recordamos con nostalgia los tiempos en que miles de personas trabajaban en una fábrica que hoy está abandonada y en ruinas, sin reconocer que aquel período histórico dañó los recursos hídricos, la fauna y la flora.

Todos estos elementos, y muchos más, están interconectados en diversas temporalidades, racionalidades, afectaciones, memorias y otros sentires de seres vivos de diversa naturaleza, que cobran sentido al ser considerados conjuntamente. Este enfoque nos proporciona una visión inicial de las controversias al momento de problematizar el habitar. Recuerdo que un habitante del barrio nos comentaba que debajo de las calles y las veredas existen otros capurros, ilustrando cómo los restos de un caserío de personas esclavizadas yacen bajo una escuela y un jardín de infantes. Convivir con este sistema de diferencias es parte de nuestra cotidianidad.

La tensión entre el abandono y el nuevo avance del sector industrial-empresarial e inmobiliario implica para estas territorialidades algunos elementos controversiales. Mientras realizamos la etnografía, comenzó la construcción del ferrocarril central, una inversión millonaria que hizo la administración del Estado uruguayo, que conecta a la planta de UPM ubicada en la ciudad de Durazno y el puerto de Montevideo. Eso generó procesos de expropiación de viviendas en Capurro, aceptados por los/las propietarios/as sin resistencia, pero con varios problemas asociados a la movilidad y el freno de la inversión pública en vivienda social: desde roturas de techos de casas por la vibración de las excavaciones en Capurro (fui testigo en una de ellas), pasando por el cierre de la calle principal del barrio durante todo un año, hasta ruidos molestos en horarios matutinos y vespertinos. Todo este proceso se dio bajo el soporte de los habitantes, que manifestaban su molestia, pero en varias conversaciones lo entendían como una oportunidad de desarrollo para el país. Esta situación interpela el derecho a la ciudad de los habitantes (Harvey, 2013; Lefebvre, 1978), ya que si bien hubo charlas informativas sobre la construcción y convocatorias de colectivos a problematizar su construcción, en ningún taller o entrevista que realizamos a los/las habitantes se pronunciaron sobre si estaba o no de acuerdo. La pregunta es si los propietarios y/o arrendatarios tienen derecho a participar de las transformaciones que hacen la territorialidad. En las transformaciones se toman en cuenta, además, otras subsistencias que también habitan no siendo vistas, incluso por su propia voluntad de alejarse de la humanidad (animales y plantas). La experiencia muestra que hay muy pocos espacios promovidos por los diferentes gobiernos para incidir en las transformaciones urbanas.

Como fui adelantando, la bahía es una suerte de museo vivo que ha visto más que los ojos humanos. Más allá de los procesos históricos por los que pasó el planeta, jamás un ser ha generado tanto daño como el humano a su ecosistema. Ver la bahía con su reflejo del sol, con cementerios de barcos dejados en el olvido, es una imagen romántica, pero también extremadamente violenta. Ahora se generan nuevos capítulos a esa historia. Un edificio de lujo,

que se jacta de venderse a través de la bahía, se está instalando para ser valor de cambio de nuevos habitantes.

No se puede asociar esto a un proceso de gentrificación (Álvarez Pedrosian, 2021; Harvey, 2016), aunque visualizo, tal como sucede actualmente en la ciudad de Rosario, Argentina (Vera, 2017; Vera et al., 2019), que puede ser un futuro posible. La empresa inmobiliaria lo vende de la siguiente manera:

*Descubrí un proyecto colosal sobre la Bahía, con apartamentos y oficinas con todas las comodidades. Mall con todos los servicios. Parque elevado. Canchas y juegos. Gimnasio. Circuito aeróbico. Rooftop con barbacoas temáticas. Salas de reuniones.*⁴

Este edificio será el primero que se instalará desde esta lógica de venta de la bahía. Descrito de esa manera, suena más a un barrio privado que a un edificio. Estos tipos de infraestructuras de lujo ofrecen puestos de trabajo por uno o dos años a obreros de la construcción, capataces, arquitectos, y otros indirectos. También que genera dividendos en impuestos varios, ya que las ventas también tienen gravados, otros que pasan a las arcas de los estados y movilizan a varios profesionales. A la vez, este tipo de iniciativas genera un nuevo elemento en el paisaje de la bahía, incluye a habitantes de altos poder adquisitivo y, aunque sea de forma simbólica, utiliza la bahía como mercancía en la publicidad.

Todo esto convive con la reutilización adaptativa de las infraestructuras abandonadas que se transformaron en otras de usos artísticos, deportivos y educativos, lo que me lleva a plantear que cuando se conecta el deseo colectivo de desarrollar una actividad y se da el encuentro con una infraestructura disponible para eso, hay altas posibilidades de que se produzca esa asociación. Como dije: la misma es deseante, en tanto lo que menos quieren esas infraestructuras abandonadas que han sabido ser de usos diversos es ser esqueletos olvidados. Esa ecología ambiental es a la vez social y psíquica, y es mediada por agenciamientos colectivos que tienen intereses en crear formas de un habitar autogestivo e inclusivo, en donde no media el dinero para su uso (Guattari, 2008)

El último aspecto me lleva a reconsiderar la naturaleza de la autogestión y la resistencia en contextos urbanos, tal como lo explica Judith Butler (2002) en su discusión sobre la performatividad y la precariedad. Al ser reconfigurados por y para el uso social, los espacios urbanos desafían las regulaciones tradicionales, en especial las que regulan el uso y propiedad

⁴ Extraído de la página web: <https://www.montevideoharbour.uy>

del suelo. Esto proporciona una crítica clara a las políticas neoliberales que promueven la privatización y comercialización del espacio urbano (Buitrago, 2014). Asimismo, estos enclaves heterotópicos sirven como laboratorios vivos donde se experimentan diferentes formas de economía social y solidaria, lo que permite un diálogo continuo entre la memoria del pasado industrial y las necesidades actuales de los colectivos (Kuri Pineda, 2017). En este sentido, la transformación de áreas industriales en centros culturales y sociales implica una reinención integral de las relaciones socioeconómicas y culturales que tradicionalmente han caracterizado estos entornos, más allá de una simple reutilización física.

Anderson et al. (2012) nos recuerda que estos espacios funcionan como contra-geografías de la globalización, en las que las prácticas locales se entrelazan con las dinámicas globales, lo que desafía las lógicas uniformizadoras del capitalismo global. Por lo tanto, los espacios heterotópicos de Montevideo preservan y recuperan el patrimonio industrial, y también sirven como puntos de resistencia y articulación de nuevas formas de ciudadanía y pertenencia urbana (Wiesenfeld, 1998). Al tomar y transformar estos espacios, la comunidad reafirma su derecho a la ciudad, y también redefine lo que significa vivir y trabajar juntos en una era de cambio social e incertidumbre económica.

Es importante investigar cómo estos lugares se transforman en puntos de conexión entre lo local y lo global, brindando alternativas rebeldes y autogestivas a la gestión neoliberal de la ciudad. La tensión entre la conservación del patrimonio y su uso como recurso vivo presenta importantes desafíos para la política urbana y la gestión del espacio público (Harvey, 2013). A través de la activación de estos espacios, se fomenta una reflexión crítica sobre la sostenibilidad, la inclusión y la democracia urbana, temas que requieren una revisión urgente en el contexto de las políticas urbanas contemporáneas, que con frecuencia marginaliza a las comunidades menos favorecidas (Garnier, 2012).

El escenario plantea una reflexión crítica sobre las intersecciones entre el espacio, el poder y la cultura en la era postindustrial. Según las ideas de Foucault (2010) sobre heterotopías y de Edward Soja (2008) sobre terceros espacios, la hibridación de funciones y significados en los espacios urbanos puede promover tanto la inclusión como la exclusión. La reestructuración de estos lugares desafía las estructuras de poder actuales, y también crea nuevas oportunidades para la acción colectiva y la resistencia creativa. En Montevideo, estos cambios indican una reconsideración de la ciudad como un ser vivo que se adapta a las presiones internas y externas, lo que desafía las historias convencionales de decadencia y revitalización urbana

Además, estos cambios urbanos en Montevideo se encuentran en el contexto más amplio de las discusiones globales sobre sostenibilidad y justicia espacial. Harvey (2013) planteó la importancia de comprender el espacio como un recurso económico, y también como un medio crucial para llevar a cabo prácticas democráticas y crear un urbanismo más justo. La recuperación de áreas industriales desocupadas sirve como un laboratorio para experimentar con nuevas formas de ciudadanía que integran aspectos económicos, sociales y ambientales, promoviendo un modelo de desarrollo urbano que busca la cohesión social en lugar de la segregación (Ruiz-Tagle, 2016).

Para garantizar que los beneficios de la regeneración urbana se distribuyan equitativamente y no perpetúen las desigualdades existentes, es importante que los/las habitantes organizados/as participen activamente en la redefinición de estos espacios. Esto se destaca en trabajos como los de Matías Zarlenga (2022). Este método de gestión del espacio urbano que implica la participación y la colaboración puede ofrecer alternativas concretas al modelo de desarrollo dirigido por intereses privados. Articula una visión más inclusiva de la ciudad que respeta la diversidad y pluralidad de sus habitantes.

Al incorporar la perspectiva del tiempo y la memoria, este tipo de intervenciones urbanas desafía las prácticas habituales de planeamiento urbano que suelen priorizar la novedad y la eficiencia económica en lugar de la continuidad histórica y la relevancia cultural. Desde la perspectiva de Deleuze y Guattari (2002), se destaca la importancia de considerar el espacio como un territorio en constante transformación, donde se entrelazan la memoria y las capas temporales para formar el *rizoma*, una composición no jerárquica que permite múltiples conexiones y significados. Estos lugares tienen la habilidad de invocar el pasado al mismo tiempo que imaginan futuros alternativos, lo que proporciona un fuerte contrapunto a las visiones uniformes del desarrollo urbano y enfatiza la importancia de mantener una tensión efectiva entre la memoria y la modernización. Este método está en línea con el concepto de “territorio existencial” de Guattari (1996), en el cual la interacción de dimensiones temporales y espaciales fomenta la creación de nuevos significados y la reconfiguración de los territorios urbanos, desafiando las prácticas de planificación jerárquicas y tecnocientíficas.

Esta reimaginación del espacio urbano, que combina memoria y creatividad, está profundamente arraigada en la narrativa ecosófica propuesta por Guattari (2015). Los espacios heterotópicos de Montevideo combinan la historia industrial con iniciativas culturales y sociales, lo que impulsa una nueva forma de entender el urbanismo que valora la justicia social,

la diversidad cultural y la sostenibilidad ecológica (F. Martín & Larsimont, 2016). En este sentido, los espacios transformados mantienen su significado histórico, y también se convierten en lugares de experimentación para prácticas de vida sostenibles que fomenten un equilibrio entre el desarrollo humano y el respeto por el entorno natural.

Estos espacios también permiten explorar nuevas formas de relacionamiento colectivo que superan la tradicional dicotomía entre naturaleza y cultura al adoptar una perspectiva ecosófica. Proponen un modelo de convivencia que es reflexivo y crítico sobre los impactos ambientales y sociales de la urbanización. Esta estrategia es fundamental para construir ciudades que satisfagan las necesidades actuales de sus ciudadanos, y también tengan en cuenta las necesidades de las generaciones venideras y el legado que les dejaremos. La recuperación de áreas industriales abandonadas se convierte en una práctica de resistencia al paradigma de crecimiento insostenible inmobiliario, el extractivismo generalizado, a la violencia productiva que instala un tren de alta complejidad en medio de la ciudad para trasladar pasta de celulosa, y a la especulación que la circunda.

Estos proyectos tienen como objetivo revitalizar edificios abandonados, y también establecerlos como epicentros de una transformación urbana, asociables a las perspectivas ecosóficas, promoviendo un entorno urbano tanto sustentable como inclusivo, que valora la diversidad y fomenta la cohesión social. La reconceptualización de los espacios urbanos de Montevideo ofrece una oportunidad para repensar nuestras relaciones con el espacio y el lugar, desafiando las prácticas extractivas y reconociendo la interdependencia entre los sistemas humanos y el resto de los seres vivos como esencial para la supervivencia y prosperidad de ambos (Haraway, 2014)

La narrativa tiene en su trama varios hilos de conducción que me llevan a la problematización de las heterotopías fabriles (Álvarez-Pedrosian y Fagundez-D'Anello, 2019). Las heterotopías fabriles, esos espacios intersticiales donde la arquitectura industrial y la vida urbana convergen y encarnan las controversias entre el pasado manufacturero y el potencial de futuro de las ciudades. Estos lugares, cargados de resonancia histórica y texturas híbridas, hablan de un tiempo en el que la producción fabril era el corazón de la economía urbana, y su posterior declive, lejos de condenarlos al olvido, les ha conferido nuevos usos creativos. Transformadas en espacios de uso social, aún persisten quienes atestiguan memorias del esfuerzo humano y de la ingeniería del pasado. Pero a su vez, ofrecen condiciones para la reinención cultural y social, como en los casos de la central eléctrica y los galpones textiles trabajados en la tesis.

En estos espacios, las antiguas líneas de montaje y chimeneas industriales contienen ecos de resistencia contra la uniformidad del desarrollo urbano, proponiendo en su lugar una narrativa de renovación que respeta la textura y la historia. La reconversión de estas heterotopías fabriles en centros culturales, educativos y artísticos, utiliza creativamente el patrimonio industrial y mantiene la memoria afectiva de la comunidad, fomentando el pasaje y uso de estos de forma diversificada. Esto contrasta con las puertas tapiadas y los huecos en las paredes para la entrada y salida de habitantes que buscaban refugio en sus interiores por no tener otro lugar. A la vez, este proceso de transformación es intrínsecamente complejo, ya que navega por las tensiones entre conservación y modernización, entre el recuerdo y la reinvención (Alonso, 2014).

En este delicado equilibrio, las heterotopías fabriles emergen como microcosmos relacionales entre colectivos, espacios y tecnologías que reinterpretan y resignifican el espacio, ofreciendo así una visión profundamente híbrida y multifacética del desarrollo urbano (Hetherington, 2006). Son ejemplos en funcionamiento de usos que interpelan a los sectores inmobiliarios y desafían las lógicas capitalistas de que toda propiedad tiene valor de cambio (Harvey, 2013). Lo que se privilegia en ambos espacios es el valor de uso social, la apertura a personas que por diferentes razones económicas no pueden acceder a esas prácticas privadas, y genera modos de subsistencia con base en el trabajo de quienes desarrollan las actividades. Eso se traduce en que nadie se quede sin participar de las actividades, con los límites que ellas tienen en cuanto a cupos, pero que quien pueda aportar y/o pagar pueda hacerlo. En ambos casos, muchas de las actividades se financian con convenios estatales, lo cual es controversial por el modo autogestivo y no burocrático de estos colectivos, pero que mantiene viva la posibilidad de realizar esas actividades y de cuidar los espacios.

Todos estos argumentos, diálogos con autores/as de referencia, me hacen pensar en una ecología espacio-deseante, que se genera a partir del interés colectivo y las condiciones de posibilidad de las infraestructuras abandonadas. A esto se le suma la condición de respeto que se genera en los espacios, que en los casos estudiados, integran la memoria y le escriben arriba el presente, cual palimpsesto espacial (Cabrera y Fagundez D'Anello, 2019; Fagundez D'Anello y Cabrera Canabese, 2022; Gravano, 2017). Las imágenes que pudieron ver en los tres casos (excentral eléctrica Santiago Calcagno, Farmacia Solís y exfábrica Campomar), reúnen esa característica común. Entiendo que este modo de transformar los espacios es un valor agregado que tiene valor afectivo y no de cambio. Un valor de signo que genera nuevos sentidos a partir de prácticas de uso de las espacialidades (Baudrillard, 1995) y la acción colectiva (Fagundez D'Anello & Diviero Vidal, 2018)

En el desarrollo de la tesis doctoral, centrada en las dinámicas de transformación de la bahía de Montevideo, la integración de la perspectiva ecosófica de Guattari (1995, 1996) propone una reconsideración de las intervenciones urbanas desde una perspectiva crítica al antropocentrismo. Este enfoque, desglosado en tres ecologías fundamentales —ambiental, social y mental—, propone un modo que desafía las concepciones tradicionales sobre los espacios urbanos y la interacción con los ciclos socio-naturales y tecnológicos de la vida.

Desde la ecología ambiental, enfatizo la necesidad de reconocer y respetar los ciclos y ritmos del ecosistema no dependiente de los humanos, que implica complejos procesos de habitar y de reproducción, tal como lo plantea Vinciane Despret (2022), dentro de la transformación adaptativa inclusiva de espacios abandonados de la ciudad. El planteo aboga por la incorporación de elementos vivos y materia que espera enrolarse a la vida, tratados como eco-agentes activos dentro de ensamblajes ecosistémicos. Estos componentes son cruciales en la dinámica urbana y deben ser considerados como participantes activos que contribuyen a la integralidad y funcionalidad de los espacios heterotópicos.

La ecología social insta a la eliminación de todas las formas de dominación entre seres, abogando por espacios que fomenten formas de acción colectiva que desafíen y transformen las estructuras de poder establecidas, sobre todo las liberales de gobierno y capitalistas de mercado. En este contexto, la planificación de espacios heterotópicos en Montevideo, sostenidos por las acciones colectivas y contribución equitativa del Estado, promueven una mayor inclusión y equidad. El edificio cedido para el colectivo de escalada deportiva fue realizado por una empresa del Estado en comodato por diecisiete años. El edificio del Picadero fue cedido por la comuna con un tiempo indefinido hasta el momento. La demanda de los/las habitantes de cívicos es la posibilidad de construir viviendas cooperativas en un edificio abandonado cercano a donde hoy está el asentamiento. En estas tres propuestas, nos encontramos con potenciales y existentes propuestas de asociaciones cuidadosas con los entornos y de inclusión social. En estas me resuena el concepto de territorialidades deseantes, que es emergente de este proceso de tesis. Territorialidad y deseo como promotores de espacios cuidados en la ciudad. Esta idea la desarrollaré en el siguiente apartado.

La ecología mental o subjetiva sugiere una ampliación de la concepción de la experiencia humana, integrando interacciones entre el entorno, las relaciones sociales y los procesos psíquicos exteriorizados como parte de un sistema continuo que influye y es influenciado por el ambiente. Este enfoque es relevante al considerar cómo la transformación de espacios

urbanos promovida por el deseo colectivo en las dinámicas sociales de las comunidades involucradas es un modo alternativo y autónomo de producir ciudad. Es fundamental reconocer que los cambios en los espacios físicos transforman el paisaje urbano, y también las prácticas ciudadanas y los procesos de inclusión social con estos nuevos entornos.

Al integrar la visión ecosófica en la tesis, aplico una interpretación holística de la transformación urbana, enfatizando que debe ser un proceso que respete y enriquezca la diversidad ecológica y social. Este marco teórico sostiene que la reconfiguración de los espacios urbanos debe ser un proceso ético que considere a todos los elementos del entorno urbano, tanto eco-agentes o colectivos, como participantes activos en la creación del tejido urbano.

Esta perspectiva expande el alcance de la investigación sobre transformaciones urbanas en Montevideo, y también propone un desafío al antropocentrismo, el liberalismo gubernamental y el capitalismo inmobiliario, promoviendo un reconocimiento más amplio de todas las entidades del entorno como integrantes activos y co-creadores de espacios urbanos sostenibles y justos.

5.2. Memorias afectivas como proceso de subjetivación política en la ciudad

Los resultados de esta tesis son una memoria científico-afectiva de un proceso de entre seis y ocho años de la etnografía de la territorialidad al este y noreste de la bahía de Montevideo. Tomo lo compartido por los y las actores para la tesis como parte del campo de problemas de los saberes habitantes propuesto por Álvarez Pedrosian (2018b). Las vivencias memoriosas que se compartieron las tomo como saberes situados específicos que se enlazan con los conocimientos técnicos para pensar las tramas del habitar el barrio Capurro y más extensivamente en la territorialidad delimitada para esta investigación.

Respondiendo a las preguntas preliminares sobre las subjetivaciones políticas, entiendo que las memorias y las narrativas del habitar las territorialidades barriales son un modo de producción de subjetividad. Este modo se entrelaza con la genealogía de la territorialidad, los sistemas productivos y tecnológicos, la ecología, y las diversas interacciones que he tenido con los habitantes eventuales a lo largo de estos años. Es cierto que las narrativas se empiezan a multiplicar a través de la divulgación de esta tesis, de algunos artículos a publicarse, los

audiovisuales, y otros trabajos que se realizarán a futuro. Esa es la forma de divulgar este tipo de producciones en diferentes campos, tomando la noción de Bourdieu (2003). En el campo intelectual, genera un movimiento instituyente que abre sentido sobre el valor de la producción de conocimiento del saber habitante y su diálogo con el intelectual.

Las psicologías comunitarias de América Latina han propuesto ontologías que ubican al/la actor/a social como agente capaz de tomar decisiones, empoderado/a, creador y reproductor de su realidad. La relación con el equipo investigador-extensionista-integral es de intercambio de saberes y coproducción de conocimiento (Montero, 1984; Rodríguez & Martínez, 2016; Wiesenfeld, 2003).

También las epistemologías feministas relacionadas con las producciones narrativas memoriosas, afectivas y políticas han generado grandes aportes en cuanto a la interacción entre la investigadora y la narradora en la producción de conocimiento, reconociendo que es una tensión que se incluye en cada instancia de producción. Reconocen la autoría de las narrativas ubicada en la actora social. Plantea las relaciones de poder que se ejercen en el campo científico con este tipo de investigaciones, en la que generan críticas a la ciencia neutra, los universales patriarcales y la ciencia, que no incluye resultados que no estén atravesados por el saber de las mujeres y disidencias (Expósito, 2020; Gandarias Goikoetxea, 2014; Troncoso Pérez et al., 2017).

Creo importante situar que las producciones narrativas del habitar la ciudad, tal como muestran los resultados de esta tesis, tomados como producción de conocimiento y no como actividad científica extractivista, resaltan la capacidad de acción social y colectiva, incluso para pensar políticas públicas, sociales y desarrollos situados de la ciencia social y cualitativa. En la tesis realicé el ejercicio de tomar fragmentos de las producciones narrativas para pensar diversos temas. Ese es otro modo de valorar estas producciones para hacer visiones sobre temas de interés en los campos de problema del habitar urbano.

Paul Ricœur (2010) es un filósofo de referencia en el tema de la memoria. Destaca su dinamismo y su papel central en la configuración de la narrativa histórica y las identificaciones singulares y colectivas. La memoria es un proceso activo que involucra una reconstrucción del pasado, impregnada de significados afectivos y vinculada estrechamente con las identificaciones de quienes recuerdan. Este fenómeno es de relevancia para la cohesión social, ofreciendo un sentido de continuidad y pertenencia que sustenta nuestras percepciones de nosotros mismos y las colectivas. Además, la memoria interactúa con la historia, donde busca

una reconstrucción objetiva y distanciada del pasado. Esta interacción es crucial para mantener un balance entre los recuerdos personales y la historicidad, permitiendo que haya espacios intersticiales entre las narrativas singulares y/o colectivas y los eventos que hacen a la historia oficial vivida. El autor también reflexiona sobre el olvido, presentándose como un componente necesario e inevitable en la dinámica de recordar. El olvido permite a las personas y sociedades avanzar más allá de los traumas pasados y, en este espacio, el perdón emerge como un mecanismo ético que facilita la reconciliación con el sufrimiento. Este acto de perdón transforma el recuerdo de las injurias en una oportunidad para la renovación y la coexistencia futura. Finalmente, enfatiza la responsabilidad ética hacia el pasado y hacia los demás, subrayando la importancia de una memoria justa que respete tanto la verdad como la justicia. Este compromiso con la memoria justa es crucial para la formación de una comunidad ética que pueda enfrentar y aprender de su pasado, formando así una base sólida para el entendimiento y la cohesión social.

Me interesa traer a escena el concepto de “memoria afectiva”. En el estudio de María Jost y Tommy Goto (2022), se examina cómo esta es clave en la formación de la experiencia subjetiva y las identificaciones personales. La memoria se presenta como un proceso dinámico que almacena eventos, acompañados de emociones y significados. Este aspecto emocional y significativo de la memoria contribuye profundamente a cómo los sujetos experimentan su mundo y comprenden su interacción con el entorno. La memoria afectiva enriquece los recuerdos con significado y emoción, influyendo en la percepción del presente y guiando las respuestas emocionales y decisiones. Este enriquecimiento de los recuerdos apoya la continuidad en las identificaciones personales de los sujetos, permitiéndoles mantener una narrativa coherente a lo largo de su vida. Así, es fundamental para entender la interacción continua entre el sujeto y su contexto, destacando cómo las experiencias pasadas influyen en la interpretación de experiencias y situaciones nuevas.

Otro trabajo que dialoga muy bien con esta propuesta es el de Valentina Stella (2018). La autora articula los conceptos de memoria, relacionalidad y subjetividad en el contexto de los mapuche-tehuelche en la provincia de Chubut, Argentina. Caracteriza la memoria como un proceso activo y dinámico que los mapuche-tehuelche utilizan para articular y resignificar recuerdos colectivos que sustentan sus identidades y reivindicaciones territoriales. Esta reconstrucción de la memoria es esencial para la afirmación de identidades y para configurar respuestas a los desafíos contemporáneos de discriminación y exclusión. La relacionalidad es definida como la capacidad de este grupo para establecer vínculos y alianzas, extendiendo estas conexiones más

allá de lo humano hacia el entorno, los antepasados y los elementos no humanos. Esta red de conexiones plantea una cosmovisión indígena en la que todos los elementos están interconectados, reforzando los lazos comunitarios y la vinculación con el territorio. En relación con la subjetividad, aborda cómo se forman las subjetividades políticas de los mapuche-tehuelche a través de su experiencia de marginalización y resistencia. Estas subjetividades emergen como interpretaciones y experiencias de lucha que desafían las narrativas dominantes y exigen reconocimiento y derechos. Su tesis revela cómo estas comunidades, frente a la negación histórica y a políticas estatales opresivas, activan sus derechos a la tierra y la identidad cultural mediante prácticas de memoria y relacionalidad. Las prácticas son simultáneamente actos de memoria y afirmaciones creativas de identidad en entornos urbanos y semiurbanos. La autora concluye que estas dinámicas son fundamentales para el desarrollo de subjetividades políticas que también confrontan las políticas de exclusión, y también cultivan una pertenencia y una identidad resiliente en contextos urbanos cambiantes.

El trabajo de Stella (2018) se articula fantásticamente con el tono polifónico y plural que quiero plantear acerca de la relación entre la memoria y los procesos de subjetivación emergentes en las territorialidades urbanas. Ante la gestión estatal, el mercado inmobiliario y productivo, los y las habitantes quedan en relación de desventaja abrumadora en el derecho a la ciudad (Harvey, 2013; Lefebvre, 1983). En el campo científico moderno, la subjetividad queda relegada a la producción de verdad y exactitud del conocimiento científico. El giro contemporáneo de proponer nuevos modos de gestión de la ciudad que impliquen a los habitantes en la toma de decisiones o en agruparse organizadamente para proponer transformaciones de espacios abandonados, y la producción de historicidad en el presente de la ciudad que habitamos, son dos motores para reclamar la soberanía aniquilada y proponer la historia en capas de eventualización y problematización (Restrepo, 2008). Esto define la relación que planteo sobre la memoria y los procesos de subjetivación política emergentes del habitar las territorialidades urbanas.

Las narrativas del habitar abrieron un modo de acceso a microcapas de significación que permanecen dispersas en la vida cotidiana. Un saludo en la calle, una mirada cómplice, una referencia a la escuela, el recuerdo de una fábrica, una incomodidad frente a un edificio vacío, una frase sobre el Parque Capurro o una disputa por el nombre de Cívicos contienen densidades que el registro urbano convencional suele dejar afuera. Esas microcapas condensan valor, singularidad y politicidad porque hacen visible cómo el territorio se produce en gestos mínimos, en formas de memoria familiar, en imágenes de infancia, en relatos obreros, en

silencios de dictadura, en afectos adheridos a lugares y en deseos de transformación. Arfuch (2013) permite sostener que la narración configura experiencia cuando enlaza biografía, memoria, objetos, imágenes, moradas y recorridos. En esta tesis, esa configuración no opera como simple relato individual, y como producción territorial. La fotografía del parque, el recuerdo de Campomar, la vista de la bahía, la anécdota escolar y la memoria del trabajo componen una forma de aparecer en una historia compartida, donde lo biográfico y lo barrial se enlazan en un mismo movimiento.

Jelin (2002) trabaja las memorias como procesos subjetivos anclados en experiencias y marcas simbólicas y materiales, atravesados por disputas, conflictos y relaciones de poder. La memoria adquiere allí un carácter activo, se produce, se historiza, se transmite, se discute y cambia según las condiciones sociales que habilitan ciertos modos de decir. Esta lectura entra en relación directa con los materiales de Capurro porque los relatos del habitar emergen desde un presente que reorganiza el pasado. La reapertura del parque, la experiencia de la Olla Capurro, las narrativas producidas con habitantes, Capurro Textil y las transformaciones de espacios fabriles modifican las formas de recordar. El pasado barrial aparece atravesado por preguntas actuales sobre qué se perdió, qué permanece, qué duele, qué puede volver a usarse, qué espacios cargan una historia compartida y qué imágenes permiten narrar una transformación. La memoria se vuelve histórica porque se activa desde problemas del presente, y en ese movimiento convierte la territorialidad en un archivo vivo.

Pollak (1989) aporta una lectura decisiva sobre memorias subterráneas, silencios y disputas entre memorias oficiales y memorias sostenidas en redes familiares, amistades, grupos pequeños y conversaciones laterales. El silencio aparece como forma histórica de inscripción de la memoria, capaz de guardar dolor, proteger a quienes narran, marcar relaciones de poder o esperar condiciones más propicias de aparición. Las narrativas sobre dictadura, miedo, militancia, persecución, retorno democrático y vida cotidiana en Capurro se despliegan en esa zona de aparición gradual. Algunas escenas llegan con nitidez, otras aparecen rodeadas de cuidado, fragmento o desplazamiento. Las producciones narrativas acompañaron ese modo de aparecer y cuidaron el pasaje de la oralidad a la escritura, sosteniendo la densidad afectiva de relatos que traen consigo historia política, experiencia familiar y marcas barriales. La universidad generó una escena donde ciertas memorias pudieron organizarse como texto, archivo compartido y material de análisis, y esa escena exigió una ética de escucha atenta a lo que se dice y a lo que insiste desde los bordes del relato.

La memoria política del habitar se vuelve visible cuando la dictadura aparece en recorridos concretos, casas, escuelas, clubes, fábricas, comisarías, vínculos familiares y formas de cuidado cotidiano. La violencia estatal produjo modos de circular, hablar, callar, sospechar, reunirse, proteger y transmitir. Jelin (2002) sitúa las memorias de la represión en el cruce entre lo personal, lo social, lo político y lo cultural, y esa trama se expresa cuando los relatos conectan militancia, miedo, vigilancia, reorganización familiar, retorno democrático y formas de sostener vida barrial. La memoria afectiva trabaja allí porque convierte una historia política mayor en experiencia situada y convierte esa experiencia situada en pregunta política sobre transmisión, democracia, reconocimiento y vida común. El terrorismo de Estado deja marcas en miedos heredados, en la forma de mirar una calle, en la cautela frente a ciertas instituciones, en modos de recordar reuniones, desplazamientos y vínculos familiares.

En un libro de Gravano (2003) conceptualiza lo barrial como producción simbólica de la vida urbana, una elaboración social donde prácticas, relatos, memorias, afectos, imágenes y disputas componen modos situados de habitar la ciudad. Capurro aparece desde esa clave como una barrialidad producida en relatos sobre el parque, la escuela, el fútbol, las fábricas, la bahía, los espacios culturales y las formas de pertenencia que se sostienen en la vida cotidiana. La palabra barrio condensa localización, historia, proximidad, reconocimiento, conflicto, afecto y narración compartida. Esa producción simbólica se advierte también en Barrio Cívicos, donde nombrar el lugar como barrio participa en una disputa por dignidad territorial y reconocimiento. Lo barrial se vuelve una forma de lectura de la ciudad y una forma de intervención sobre sus imágenes disponibles. Por otro lado, Lindón (1997) articula vida cotidiana y espacios de vida desde una trama espacio-temporal donde se cruzan ámbitos domésticos, laborales, vecinales y de tiempo libre. Capurro se vuelve legible desde esa trama porque la fábrica y la casa, la escuela y el parque, el club y la bahía, el trabajo y la vecindad, la memoria familiar y el espacio público aparecen enlazados. Las narrativas recogidas durante la investigación producen una cartografía afectiva de esos espacios de vida. La barrialidad se compone con lo que se hacía, dónde se hacía, con quiénes, en qué ritmos, bajo qué condiciones materiales y con qué resonancias afectivas. La memoria adquiere una textura cotidiana hecha de recorridos, horarios, usos, gestos, conversaciones y escenas que dan forma al habitar. Esa textura sostiene una psicología social territorializada porque muestra cómo la subjetividad se produce en los modos de organizar la vida diaria, en sus trayectos, pausas, vínculos y espacios significativos.

Ahmed (2015) desplaza las emociones del interior individual hacia procesos de circulación entre cuerpos, objetos, signos y colectivos. Las emociones se acumulan, se adhieren, se

mueven, producen superficies y orientan relaciones. Esta lectura permite trabajar la afectividad de las memorias del habitar sin convertirla en psicología individual. Los afectos circulan entre el cuerpo narrante, el objeto recordado, el nombre de un lugar, la imagen de una fábrica, el parque reabierto, la bahía observada, la palabra barrio o la marca de una pérdida. El miedo puede adherirse a una época, a una calle o a una práctica de vigilancia; la nostalgia puede circular entre fotografías y paseos; el orgullo puede enlazarse a un club, una escuela o una historia obrera; la dignidad puede concentrarse en la insistencia de nombrar Cívicos como barrio. Las emociones participan en la producción política de la territorialidad porque orientan lo que se cuida, lo que se defiende, lo que se recuerda y lo que se busca transformar.

Los saberes habitantes trabajados por Álvarez Pedrosian (2018b) permiten situar esas memorias como conocimiento territorial. Quienes habitan, transitan, recuerdan o sostienen vínculos con Capurro elaboran saberes sobre su transformación. Saben qué lugares guardan historias, qué espacios perdieron centralidad, qué edificios producen tristeza o curiosidad, qué prácticas reabrieron el barrio a otros usos, qué marcas fabriles siguen actuando, qué memorias familiares sostienen una relación con la bahía. La investigación compone con esos saberes una forma de lectura territorial. Las producciones narrativas del habitar dieron continuidad a “Recordá tu barrio” porque transformaron la memoria en dispositivo de investigación, formación estudiantil, devolución y elaboración textual compartida. El barrio se vuelve texto, práctica, vínculo, escena de transmisión y campo de disputa.

La mediación narrativa adquiere importancia porque las memorias llegan como escenas, tonos, silencios, insistencias, imágenes sueltas, objetos, frases familiares, fotografías y afectos que se adhieren a lugares. García Fernández y Montenegro Martínez (2014) y Troncoso Pérez et al. (2017) trabajan las producciones narrativas como dispositivos de co-construcción de relatos situados, donde la entrevista abre un proceso de textualización, revisión y acuerdo. En esta tesis, esa operación tuvo una función metodológica, formativa y ética. Permitió cuidar el pasaje de la oralidad a la escritura, formar estudiantes en escucha etnográfica, devolver materiales, sostener autorizaciones y producir textos donde las voces habitantes conservaran su espesor narrativo. La memoria afectiva adquirió una forma pública y compartible, vinculada a una práctica universitaria situada en la integralidad. La narrativa permitió acceder a microcapas de significación porque transformó escenas dispersas en formas legibles, conservando la textura sensible que traen desde la vida cotidiana.

El Parque Capurro ocupa un lugar singular dentro de esta trama. Sus memorias reúnen paseo, infancia, escuela, fútbol, vistas de la bahía, terraza, encuentro, deterioro y reapertura. El parque funciona como superficie afectiva donde experiencias familiares, escolares, deportivas y barriales adquieren una forma espacial compartida. Lindón (1997) permite leer ese lugar desde los espacios de vida, especialmente en el cruce entre tiempo libre, vecindad, familia y recorridos cotidianos. Gravano (2003) lo inscribe en la producción simbólica de la barrialidad, porque organiza imágenes desde las cuales el barrio se reconoce y se narra. Su reapertura activa una memoria de usos y produce nuevas formas de presencia pública. La memoria afectiva opera allí como vínculo con lo vivido y como apertura hacia usos actuales del espacio.

El parque introduce además un plano generacional. Las infancias que recuerdan haberlo usado, las familias que lo narran como paseo, las escuelas que lo incorporan como referencia, quienes lo miran desde su deterioro y quienes participan en su reapertura componen una memoria que circula entre edades y experiencias. Jelin (2002) trabaja la transmisión como dimensión constitutiva de los trabajos de memoria; en Capurro, esa transmisión se realiza en relatos familiares, actividades educativas, recorridos universitarios, fotografías, talleres y conversaciones barriales. La terraza, la vista, la cancha, el paseo y el deterioro se convierten en elementos que permiten contar el barrio y transmitir una relación con la bahía. La vista hacia el Cerro, el puerto, la refinería, las vías, las arquitecturas industriales y las aguas articula escalas diversas, porque vincula recuerdos familiares con transformaciones urbanas, paseos con infraestructuras, juegos con industria, contemplación con deterioro ambiental y memoria obrera con expectativas culturales.

Barrio Cívicos introduce otra inflexión. Allí la memoria afectiva se enlaza con desigualdad territorial, dignidad cotidiana y disputa por la nominación. Decir barrio Cívicos participa en una práctica de reconocimiento frente a miradas externas que suelen asociar precariedad, desorden, delito o carencia. Wacquant (2007) trabaja la estigmatización territorial como marca adherida a ciertos lugares, capaz de producir efectos sobre quienes los habitan y sobre las relaciones que otros establecen con esos territorios. En Cívicos, la insistencia en nombrar el lugar como barrio produce una respuesta a esas marcas. Gravano (2003) sitúa esa operación dentro de la producción simbólica de lo barrial, donde la palabra barrio reúne trabajo, cuidados, vínculos de proximidad, maternajes, apoyos cotidianos, trayectorias y deseos de reconocimiento. Isola (2018) articula precariedad, dignidad, afectos y subjetivación política en territorios populares. Esa articulación conversa con Cívicos porque las narrativas sobre

necesidad material aparecen junto con prácticas de cuidado, afirmación barrial y disputa por el sentido del lugar.

Las memorias obreras expanden esta discusión hacia la historia fabril. Campomar, las fábricas textiles, los galpones abandonados, los sindicatos, trabajadores y relatos familiares aparecen como marcas que configuran la relación con el presente. Capurro Textil muestra un desplazamiento metodológico y político, porque habitantes retoman herramientas de memoria e investigación para producir un audiovisual, entrevistar a antiguos trabajadores y elaborar una historia de las fábricas textiles. La memoria circula como iniciativa barrial. Jelin (2002) trabaja las memorias como prácticas activas de producción de sentido y como objetos de disputa; en Capurro Textil esa producción se vuelve visible porque la historia obrera se reactiva desde intereses de habitantes que buscan narrar su propio territorio. El barrio se cuenta desde quienes sostienen su memoria fabril, y esa narración participa en la disputa por el presente cultural de Capurro.

La memoria obrera trae un campo de afectos difíciles. Las fábricas evocan trabajo, estabilidad, explotación, orgullo, cierre, pérdida, dolor, abandono y expectativa. Esa mezcla produce una relación ambivalente con los edificios fabriles. El galpón puede ser recordado como lugar de trabajo y también como ruina; puede traer orgullo por la historia industrial y dolor por el abandono; puede abrir una pregunta por la vida obrera y por las formas actuales de uso cultural. Lindón (1997) sitúa el trabajo dentro de la trama cotidiana. En Capurro, esa relación entre trabajo y vida se expresa en narrativas sobre fábricas, familias, desplazamientos, horarios, sociabilidades y cierres. Las memorias fabriles muestran cómo el trabajo organizó espacios de vida y cómo su declive reorganizó afectos, recorridos y sentidos del barrio.

El pasaje hacia el Capurro cultural concentra una tensión que atraviesa todo el apartado. El Picadero, La Cuadra, Cooperativa Capurro, el Centro Juvenil, Fénix, las escuelas, las actividades culturales y los colectivos artísticos aparecen como signos de transformación. Esa transformación convive con fábricas abandonadas, memorias de explotación, precariedades urbanas, heridas obreras y expectativas de valorización. La memoria afectiva sostiene esa convivencia porque recuerda el trabajo, el dolor, el abandono y las reaperturas, a la vez que enlaza aquello que fue industria con aquello que hoy se vuelve práctica cultural, educativa o artística. Urtubey (2018) trabaja las prácticas culturales como producción social del espacio; en Capurro, esa producción se ensambla con memorias fabriles y usos actuales que reabren infraestructuras heredadas.

La pregunta por las memorias afectivas conduce hacia la acción colectiva y los cuidados. La Olla Capurro se vuelve comprensible desde esta trama previa de barrio obrero, memoria sindical, redes territoriales, experiencia universitaria, cuidado alimentario, afectación pandémica y producción audiovisual. La olla activó memorias de organización y produjo nuevas marcas en el territorio. En ese pasaje, las memorias orientan prácticas de sostén de la vida en una crisis concreta. La memoria barrial opera como condición de acción colectiva y la acción colectiva produce nuevas memorias territoriales.

La relación entre memoria, narración y subjetivación política permite comprender que los relatos de habitantes producen algo más que información sobre el pasado. Producen condiciones para que el territorio sea pensado desde quienes lo viven, lo recuerdan, lo nombran y lo disputan. Esa producción desplaza la posición de la investigación porque el conocimiento deja de quedar concentrado en el archivo académico y comienza a circular entre entrevistas, talleres, audiovisuales, devoluciones, conversaciones barriales y escrituras compartidas. En ese movimiento, las narrativas no aparecen como ilustraciones del análisis, y como dispositivos donde el territorio se piensa a sí mismo con mediación universitaria. La tesis se fue organizando desde esa tensión entre escucha, conceptualización y devolución, cuidando que las voces habitantes no quedaran atrapadas en un lenguaje exterior a las experiencias que las sostienen.

Esta forma de trabajar la memoria tiene relación con una dimensión política de la escucha. Escuchar un relato barrial implica alojar sus tiempos, sus interrupciones, sus desvíos, sus imágenes y sus zonas difíciles. La memoria de la dictadura, la memoria obrera, la memoria escolar, la memoria del parque o la memoria de Cívicos no llegan ordenadas según una periodización historiográfica. Llegan como composiciones sensibles, donde un edificio puede activar una escena familiar, una palabra puede traer una disputa por reconocimiento, una vista puede condensar amor por la bahía y malestar por su contaminación, una fábrica puede reunir trabajo y abandono, una olla puede condensar cuidado y agotamiento. La escucha etnográfica, situada en una psicología social territorializada, acompaña esa forma de aparición y la convierte en problema de conocimiento.

La subjetivación política del habitar aparece cuando las prácticas colectivas producen modos de presencia, acción y reconocimiento en la ciudad. Tassin (2012) trabaja la subjetivación política como aparición en lo común; Bonvillani (2012, 2013) permite pensar los afectos, los vínculos y el nosotros como componentes de esos procesos; Vommaro (2012) articula subjetivación y construcción territorial; Retamozo (2009, 2011) vincula sujeto político, acción

colectiva y producción de sentidos. En los casos estudiados, esa subjetivación se produce cuando distintos colectivos reorientan materialidades urbanas, sostienen memorias, disputan nombres, organizan cuidados, producen alimentos, abren espacios formativos y elaboran saberes habitantes.

La perspectiva de las memorias afectivas también permite cuidar la relación entre singularidad y proceso histórico. Las escenas de Capurro no se agotan en su valor anecdótico, porque cada una se enlaza con procesos más amplios de urbanización, abandono industrial, transformación de usos, crisis económica, memoria obrera, dictadura, pandemia, acción colectiva y extensión universitaria. A la vez, esos procesos mayores adquieren consistencia territorial en escenas pequeñas, porque la historia de una fábrica se entiende mejor cuando aparece en el relato de quien la transitó, la memoria de la dictadura se vuelve más sensible cuando se sitúa en una calle o una casa, el deterioro urbano se hace visible cuando alguien nombra lo que dejó de usarse, la reapertura del parque cobra densidad cuando aparece un recuerdo de infancia. La tesis trabaja justamente en esa oscilación entre procesos históricos y microcapas de significación.

Esta discusión deja planteada una cuestión para la investigación en psicología social. Las memorias afectivas del habitar no funcionan como material secundario frente a los datos duros de la transformación urbana. Constituyen una vía de acceso a las relaciones entre subjetividad, territorio y política. La memoria organiza afectos, produce pertenencias, marca tensiones, habilita preguntas y orienta prácticas. En el caso de esta tesis, las memorias permitieron conectar espacios abandonados, acciones colectivas, saberes habitantes e integralidad universitaria. También permitieron leer cómo una territorialidad transforma sus imágenes de sí misma cuando aparecen nuevas prácticas, cuando la universidad convoca a narrar, cuando habitantes producen audiovisuales, cuando los espacios se reabren y cuando los cuidados dejan marcas. La memoria afectiva se vuelve así una forma de pensamiento territorial, una práctica de conocimiento situada y un modo de subjetivación política.

Las narrativas enlazan biografías, objetos, afectos, silencios, disputas, escenas familiares y marcas territoriales. Arfuch (2013) permite leer la relación entre memoria, biografía y objetos; Ahmed (2015) ayuda a comprender la circulación afectiva entre lugares, nombres y cuerpos; Jelin (2002) sitúa las memorias en disputas históricas y políticas; Pollak (1989) permite trabajar silencios y memorias subterráneas; Gravano (2003) sostiene la producción simbólica de lo barrial; Lindón (1997) articula vida cotidiana, trabajo, casa, escuela, parque y bahía; Álvarez Pedrosian (2018b) ubica los saberes habitantes como producción de conocimiento territorial.

Cada una de estas entradas se activa en relación con una práctica del campo, haciendo que el concepto ingrese allí donde la experiencia lo convoca.

La memoria afectiva, en el recorrido del capítulo, prepara el pasaje hacia la Olla Capurro y hacia las acciones colectivas de cuidado porque muestra que toda práctica de sostén de la vida se apoya en historias, vínculos y saberes previos. Una olla popular no surge en el vacío; se sostiene sobre memoria sindical, relaciones barriales, saberes de organización, confianza territorial, formas de cocinar, modos de recibir y una experiencia histórica de solidaridad. Un audiovisual sobre fábricas textiles no surge en el vacío; se sostiene en memorias obreras, archivos familiares, conversaciones, objetos y deseos de narrar. Una jornada con infancias tampoco surge en el vacío; se apoya en prácticas de reconocimiento, en vínculos de proximidad y en la necesidad de hacer aparecer otros cuerpos en el territorio. Las memorias afectivas son el latido de esas acciones, aquello que hace que una práctica colectiva no sea solamente respuesta a una necesidad, y también continuidad, elaboración y creación política.

La fuerza de este apartado está en comprender que las memorias afectivas trabajan en el presente de la ciudad. Traen hacia la escritura aquello que ocurrió y organizan posibilidades de acción. Quien recuerda una fábrica puede activar una pregunta por el trabajo y por la ruina; quien recuerda el parque puede reclamar una forma de reapertura; quien nombra Cívicos como barrio puede disputar una imagen estigmatizante; quien narra la dictadura desde una casa o una calle puede producir una transmisión política; quien participa de Capurro Textil puede convertir una memoria obrera en intervención pública. La memoria, situada de este modo, se articula al pasado y funciona como fuerza de composición territorial, capaz de orientar cuidados, sostener pertenencias, habilitar relatos y producir nuevas formas de aparecer en lo común.

Por esto, las memorias afectivas permiten comprender la territorialidad como un campo de sedimentaciones activas. Cada sedimento histórico no permanece simplemente acumulado sobre otro; vuelve a actuar cuando una práctica lo convoca. El sedimento fabril se activa en El Picadero y en Capurro Textil. El sedimento barrial se activa en las narrativas y en la disputa por Cívicos. El sedimento político se activa en los relatos de dictadura y retorno democrático. El sedimento paisajístico se activa en el Parque Capurro y en la mirada hacia la bahía. El sedimento universitario se activa en las producciones narrativas, los EFI, la Olla Capurro y los audiovisuales. En esa activación, la memoria produce subjetivación política porque modifica

las relaciones entre cuerpos, lugares, relatos e instituciones, y porque permite imaginar que una territorialidad puede ser habitada de otro modo.

El apartado se orienta, entonces, a dejar planteada una comprensión de la memoria como práctica del habitar. Las memorias afectivas no acompañan el territorio desde un lugar secundario. Producen relaciones, abren escenas, conectan generaciones, sostienen acciones y vuelven discutible aquello que parecía dado. Su densidad aparece en el modo en que habitantes y participantes enlazan experiencia, espacio y deseo, haciendo que una calle, un galpón, una fábrica, una olla, una escuela o un parque se vuelvan superficies de pensamiento. La tesis toma esa producción como parte de su aporte porque permite pensar la subjetivación política del habitar desde el interior de las prácticas narrativas que componen la ciudad. Esta orientación sostiene la continuidad con las acciones colectivas de cuidado trabajadas a continuación.

5.3. Olla Capurro, integralidad universitaria y producción territorial de cuidados

Como vimos en el caso de la Olla Capurro, la pandemia mundial impactó de forma heterogénea en las diferentes latitudes del planeta. También resultaron diferenciales los accionares gubernamentales a escala mundial, regional, en los Estados nación, incluso en las diversas formas de gobierno municipal. En medio del caos, resultó conflictiva la relación entre los gobiernos, la ciencia y la ciudadanía, ya que cada medida tomada estuvo siempre cargada de grandes controversias, contagios y muertes, cierre de sectores de producción que involucran comercio y espectáculos públicos, aumento del desempleo y carga impositiva por los seguros de desempleo, vulneración de los sistemas de salud en cuanto a sus capacidades materiales, humanas y tecnológicas ante una enfermedad que se conoció (y no tanto) en el proceso.

Las medidas decretadas por el gobierno uruguayo el 13 de marzo de 2020, generaron un impacto en diferentes áreas productivas, reproductivas, económicas, sanitarias, artísticas y económicas en general. En resumen, el decreto 93/020 instaló el estado de emergencia sanitaria, llamando al cierre de los espectáculos públicos, los centros turísticos, los centros comerciales no esenciales, el cierre de los establecimientos educativos y el pase a la modalidad virtual. También se generó un protocolo de medidas sanitarias para la prevención y en el contagio.

En el caso de la Universidad (Udelar), desde el primer día de la pandemia se pasó a una modalidad virtual casi total, exceptuando algunas actividades de gestión, cuidado edilicio, y actividades indispensables de atención o producción científica. En ese sentido, la Udelar ha tenido un rol importantísimo en la colaboración con la creación de instrumentos para detección del COVID-19, gran inversión en extensión e investigación en los efectos de la pandemia, instalación de nuevos instrumentos y reforzamiento de algunos ya existentes para el desarrollo de la enseñanza en modalidad virtual.

Parte de esta investigación transcurrió entre los años 2020 y 2021. En Uruguay, los momentos de mayor impacto a nivel de las medidas sanitarias por parte del gobierno, en asociación con el Grupo Asesor Científico Honorario (en adelante GACH), fueron de marzo a agosto de 2020 ante decenas y centenas de casos con baja mortalidad, y de febrero a julio de 2021 por el aumento a miles de casos y muertes por contagios. El GACH estaba compuesto por investigadores de diversas áreas, en principio eran médicos/as de distintas disciplinas (virólogos/as, epidemiólogos/as, inmunólogos/as) y, meses después, profesionales/docentes de las ciencias humanas y sociales. La no inclusión primaria de estos/as últimos/as resultó cuestionable, ya que las medidas de virtualidad y presencialidad esencial afectaron a la población uruguaya. La llegada de las vacunas y las políticas de inmunizar a la población, que trajo consigo varias controversias, comenzó a generar menos contagios y muertes y, por ende, la disminución de las medidas de aislamiento.

Planteo esto porque, en medio de la tesis doctoral, tuve que tomar la decisión de incorporar a la metodología etnográfica y cartográfica los aportes de la investigación acción participativa (Balcazar, 2003; Montero, 1984). La investigación tuvo un giro inesperado y, junto con un grupo de estudiantes de psicología, nos remangamos y comenzamos a cocinar con gente, que en su mayoría no conocíamos, para gente que no tenía un plato de comida y a la que las medidas del gobierno no alcanzaban para solucionar sus problemas.

Uno de los conceptos más controversiales que dejó el gobierno uruguayo de turno fue el de “libertad responsable”. Ese mandato, durante la pandemia de COVID-19, representa un desplazamiento de la responsabilidad del cuidado colectivo hacia el individuo. Esta política, que subraya la autonomía personal en la gestión de la crisis sanitaria, ha sido ampliamente criticada por su tendencia a individualizar respuestas a problemas que son inherentemente colectivos y sistémicos.

La crítica a este enfoque se fundamenta en la realidad observada durante la pandemia, las necesidades colectivas, como la alimentación, requieren respuestas colectivas. En este sentido, la acción del gobierno contrasta marcadamente con iniciativas populares de las ollas y merenderos, donde la solidaridad colectiva, y no la responsabilidad individual, se convirtió en la herramienta principal para abordar la crisis alimentaria. Este contraste pone de manifiesto la insuficiencia del individualismo como marco de respuesta en tiempos de crisis global.

Desde una perspectiva crítica, se puede argumentar que la promoción de la libertad responsable individual en situaciones de crisis como la pandemia también es inadecuada, y también es peligrosa. Al trasladar la responsabilidad del Estado y la sociedad al individuo, se minimizan las responsabilidades colectivas y se debilitan las redes de solidaridad y apoyo mutuo que son cruciales en tiempos de crisis. Además, esta perspectiva ignora las desigualdades estructurales que limitan la capacidad de muchos individuos para responder efectivamente a la crisis por sí mismos.

En contraste, las acciones colectivas como las ollas populares son un modelo alternativo de respuesta a la crisis. Estas iniciativas también abordan las necesidades inmediatas como la alimentación, y también fortalecen los lazos comunitarios y promueven un sentido de responsabilidad colectiva. A través de estas acciones se cuestionan y desafían las políticas gubernamentales que priorizan enfoques individualistas.

Autores como Dussel (2012), con su énfasis en la ética de la liberación, resaltan la importancia de la solidaridad y la responsabilidad colectiva en el contexto latinoamericano. La verdadera autonomía y libertad se alcanzan a través de la solidaridad y la acción colectiva, especialmente en contextos marcados por desigualdades estructurales y crisis sociales. Este enfoque es particularmente relevante en el contexto de la pandemia, donde las respuestas colectivas han sido fundamentales para abordar las necesidades de las comunidades más afectadas.

Además, autores como Boaventura de Sousa Santos (2014) han criticado la tendencia de las políticas neoliberales a priorizar la individualidad sobre el bienestar colectivo. Destaca que, en tiempos de crisis, es imprescindible reconocer y fortalecer las prácticas colectivas que promueven la solidaridad y la justicia social, como se ha visto en las ollas populares en Uruguay.

La experiencia de la Olla Capurro, así como otras iniciativas similares en América Latina, ejemplifica la eficacia y la necesidad de respuestas colectivas en tiempos de crisis. Estas iniciativas desafían la lógica individualista y ponen de manifiesto la importancia de la

cooperación, el cuidado mutuo y la solidaridad. En última instancia, la pandemia ha revelado que las respuestas colectivas también son una necesidad práctica, y también un imperativo ético y político en la construcción de sociedades más justas y solidarias.

El análisis de la libertad responsable individual en contraposición a la solidaridad colectiva en tiempos de crisis, como la pandemia de COVID-19, invita a una reflexión más profunda sobre la naturaleza de la sociedad y el papel del Estado. Las experiencias de las ollas y merenderos también exponen las limitaciones de enfoques individualistas y liberales en la gestión de crisis, y también destacan la importancia de la solidaridad, la cooperación y la interdependencia comunitaria.

Desde una perspectiva crítica, se puede argumentar que la crisis sanitaria global mostró la fragilidad de un modelo social basado en el individualismo. Autores como Raúl Zibechi (2020) han abordado cómo las dinámicas de poder y control social, arraigadas en el neoliberalismo, tienden a fragmentar y debilitar las redes comunitarias y la solidaridad. En este sentido, las políticas de libertad responsable individual pueden ser vistas como una extensión de estas dinámicas, donde la responsabilidad de gestionar la crisis se desplaza del Estado al individuo, sin tener en cuenta las desigualdades estructurales y las limitaciones que enfrentan muchas personas en su capacidad para responder eficazmente.

La pandemia de COVID-19, más que un evento aislado, actúa como un catalizador que expone y agudiza las tensiones preexistentes en las sociedades contemporáneas. En este contexto, la noción de libertad responsable individual, promovida como respuesta gubernamental, se enfrenta a una realidad donde las estructuras sociales y económicas no permiten a todos los individuos ejercer dicha libertad de manera efectiva. Esto resalta una contradicción intrínseca en el corazón del neoliberalismo, tal como lo discute Expósito (2020) en su crítica a las políticas neoliberales, que a menudo enmascaran las desigualdades estructurales bajo la retórica de la libertad y la elección individual.

Por otro lado, la emergencia de iniciativas como la Olla Capurro subraya la potencia de las prácticas comunitarias y solidarias como formas de resistencia y supervivencia. Estas prácticas, lejos de ser meras respuestas a una deficiencia estatal, representan una rearticulación de las relaciones sociales y un rechazo a la lógica de mercado que prioriza el individualismo y la competencia. Como señala Santiago Conti (2016), estas formas de organización comunitaria pueden verse como expresiones de un contra-poder, que desafía las estructuras dominantes y propone alternativas basadas en el cuidado y la cooperación.

En el contexto latinoamericano, la obra de Aníbal Quijano (2019) sobre la “colonialidad del poder” y su crítica al eurocentrismo ofrecen una perspectiva relevante. Destaca cómo las estructuras de poder coloniales han moldeado las sociedades latinoamericanas, promoviendo una lógica de dominación y exclusión. La respuesta colectiva a la pandemia, en contraste, puede ser vista como una rearticulación de estas relaciones de poder, donde las prácticas de solidaridad y mutualismo desafían la lógica colonial y neoliberal.

Esto me llevó a pensar que, en momentos de emergencia, es necesario recurrir a saberes y estrategias que no frenen los procesos, y, por el contrario, los enriquezcan. En las aulas y en el sindicato en donde se desarrollaba la actividad de la olla, les decía a los/as estudiantes de psicología que ese trabajo también era parte de los procesos asociados a las luchas militantes que supieron llevar adelante colegas de las ciencias humanas y sociales de toda Latinoamérica, en momentos en donde la psique queda anulada por el hambre. En un consultorio no se resuelve el problema de que en un contexto de emergencia alguien no tenga un plato de comida para sí y para quienes cuida. Traigo esto a colación por el trabajo de egreso de una de las estudiantes que participó en la experiencia, llamada Magela Gómez (2022), que en su momento se preguntó, “¿Se puede hacer psicología cortando papas?”. Este fue un analizador que puso en jaque muchos de los saberes de los aprendidos en su formación.

Ese sentimiento colectivo nos llevó a participar directamente de cierta toma de decisiones colectivas, ya que por momentos, sobre todo los más difíciles, todos tiramos para el mismo lado, resolver la situación de crisis. Tuve la oportunidad de aprender a cocinar doscientas promociones de comida. Esto no fue un acto de heroicidad, y se me cruzaron por el cuerpo las jornadas intensivas de intercambio entre filósofos/as, psicólogos/as sociales, trabajadores/as sociales, estudiantes de diversas formaciones y de países como Argentina, Brasil, Chile, Paraguay, Venezuela, Cuba, en los Congresos de Salud Mental y Derechos Humanos de Madres Plaza de Mayo en aquellos noviembre entre el 2004 y el 2007. En aquellos meses, dialogábamos de forma simétrica con organizaciones sociales piqueteras que, en una ronda, nos contaban cómo conseguían alimentos para la olla de todas las noches en momentos de grandes crisis que dejó el 2001 en Argentina. En esos encuentros, siendo estudiante, no entendía nada, pero sí salía con muchas preguntas sobre lo que significa el quehacer de la psicología en la sociedad. No olvido los movimientos anti y desmanicomiales de Brasil, Argentina y Uruguay, de los que hace mención Cecilia Baroni en su tesis doctoral (2019), que proponen modos creativos en las prácticas de salud mental.

Esto trasluce la complejidad del proceso de acción colectiva, la multiplicidad de sentidos, los afectos que se produjeron y la movilización subjetiva ética y política del proceso. La pregunta que atravesó todo el proceso fue, ¿dónde está el Estado en momentos de una crisis que generó que, a miles de personas, incluidas infancias y vejezes, no le llegara ese alimento diario? Es así cómo se organizaron diversas fuerzas colectivas ciudadanas para atender lo que el gobierno silenció, la necesidad inmediata de un alimento.

Lo anterior es parte de lo que en el mundo se ha nombrado como “nueva normalidad”, que depende de la autorresponsabilidad y la resiliencia de los individuos (Montero Rodríguez, 2021). Para lograr esto, cada Estado a nivel mundial optó por diversos paquetes de medidas, a la espera de una vacuna que lograra la inmunización, algo que en América Latina y África aún parece lejano. El problema que se planteó en este trabajo tiene que ver con que no es posible generar una política que iguale, cuando en realidad todos/as somos diferentes. Es claro que el caso de las ollas surge porque hay muchas personas que han sufrido frente a la desaceleración económica y las medidas proteccionistas de los Estados.

Entendemos que el accionar colectivo de las ollas populares implica lo que expresa Guattari (1996; 2006) como una micropolítica del deseo colectivo molecular, que enuncia y produce sentidos sobre las dificultades de las políticas de contemplar la heterogeneidad, ya que estas producen homogeneidad en sus acciones. ¿Cómo es posible que todos ejerzamos la libertad responsable si hay gente que no puede participar de las decisiones políticas? En ese sentido, las ollas y merenderos son agenciamientos colectivos que producen subjetivaciones de cuidado, del ejercicio de una responsabilidad ética y política ante el vacío de las políticas públicas. Esto se puede relacionar al aporte desde las epistemologías feministas en torno al concepto de cuidado trabajado por Federici (2015, 2018). No podemos desconocer que la acción colectiva está asociada al trabajo reproductivo, ya que desde mecanismos solidarios se accionan diversas prácticas orientadas a cuidar desde lo alimenticio, la salud integral y el acceso a una cultura inclusiva. La autora plantea que el cuidado es un concepto fuerte para pensar todo lo que se despliega para sostener la producción. Este tipo de trabajo, que genealógicamente fue ejercido por la mujer, hoy en día se traslada a un colectivo que asume el rol de generar el cuidado reproductivo de quienes, por la falta de respuesta de las políticas públicas, no pueden acceder a este. En este sentido, y siguiendo la problematización desde las epistemologías feministas, La Olla Capurro fue un modo de agenciamiento del cuidado, tanto para las personas que necesitaban un plato de comida, como para quienes participaron del sostén de la actividad.

En este momento conviene mencionar que la experiencia nos resuena con los modos desobedientes y rebeldes de acción colectiva. Estas implican modos de pensamiento-acción emergente de las epistemologías contemporáneas como las feministas, que desafían los pensamientos hegemónicos y patriarcales. En varios trabajos podemos ver cómo desde estas epistemologías emerge un sentimiento de cuestionar los modos rígidos de ejercicio de la política en diferentes esferas de la vida ciudadana, en los que se involucra las acciones de mujeres para amplificar su participación y ejercicio de los derechos (Gavrila, 2015; Romero Pérez, 2015). Las acciones colectivas híbridas tales como el trabajo de las ollas, proponen modo de organización social instituyentes, ejerciendo políticas desde abajo. Estos son modos de pliegue de un equipo universitario en el accionar de un colectivo barrial, que van a contramano de las políticas homogéneas y de individuación gubernamental, proponiendo otros modos de respuesta situada que actúan sobre la necesidad, la carencia y el sufrimiento ciudadano. En este sentido, creemos que esta acción colectiva es un aporte desafiante ante los modos rígidos que tienen las políticas gubernamentales y globales que anulan la singularidad y desoyen las reales necesidades que emergen fruto de las crisis, como es el caso de la pandemia. Este es nuestro aporte de conocimiento en modo de reconocimiento y agradecimiento al trabajo de miles de habitantes anónimos/as que pusieron el cuerpo ante una situación muy difícil de tramitar para los y las habitantes más vulnerables.

La experiencia de la Olla Capurro permite situar la integralidad universitaria en una práctica territorial que modificó la investigación doctoral. La pandemia interrumpió formas habituales de encuentro y volvió visible la fragilidad de la reproducción cotidiana de la vida. La respuesta alimentaria sostenida desde el STIQ, con participación de vecinos, vecinas, estudiantes, docentes y redes solidarias, produjo una escena donde enseñar, investigar, extender, registrar y devolver dejaron de operar como funciones separadas. La tesis se encontró con una práctica que exigía presencia, escucha, cuidado y producción de memoria pública. El campo dejó de organizarse solamente alrededor de derivas, entrevistas o espacios abandonados, y comenzó a producirse en la cocina, la fila, el reparto, la limpieza, la gratifieria, la biblioteca, la huerta, el audiovisual y las conversaciones que sostenían la acción colectiva.

Rieiro, Castro, Pena, Veas y Zino (2021a) ubican las ollas y merenderos populares en Uruguay como tramas solidarias orientadas a sostener la vida frente a la crisis alimentaria producida durante la pandemia. Su relevamiento registra alrededor de setecientas iniciativas durante 2020 y aproximadamente ocho millones de porciones distribuidas en cuatro meses y medio. Ese dato permite inscribir la Olla Capurro en un proceso nacional, pero su singularidad se produce en la

composición local que la sostuvo. El local sindical funcionó como infraestructura material y como memoria organizativa. Las redes barriales aportaron conocimiento sobre necesidades y vínculos. La universidad produjo registros, acompañó, formó estudiantes y elaboró un audiovisual. El alimento se convirtió en materialidad desde la cual recomponer vínculos sociales, disputas sobre el sostén de la vida y preguntas sobre la responsabilidad pública ante el hambre.

La Olla Capurro estuvo atravesada por el conflicto capital-vida trabajado por Pérez Orozco (2014). La pandemia mostró que la reproducción cotidiana depende de trabajos que suelen permanecer invisibilizados, feminizados y devaluados. Cocinar, limpiar, repartir, escuchar, ordenar, recibir, donar y acompañar se volvieron tareas públicas y colectivas. Esa colectivización del alimento transformó una actividad doméstica en práctica territorial y política. La olla hizo visible que la vida común se sostiene con tiempos, cuerpos, afectos y trabajos que las formas dominantes de la economía no reconocen como centrales. En la experiencia de Capurro, cada porción servida condensaba una crítica material a una organización social que deja el hambre en manos de tramas voluntarias, y al mismo tiempo expresaba la capacidad territorial de producir cuidado allí donde la crisis hacía más precaria la existencia.

Tommasino y Rodríguez (2010) sitúan la integralidad en la Universidad de la República como parte de un movimiento de reforma que busca articular enseñanza, investigación y extensión con problemas sociales concretos. Sus tres tesis permiten leer la Olla Capurro como una experiencia universitaria compleja. La realidad es indisciplinada y exige una ecología de saberes porque el hambre en pandemia reunió salud, trabajo, alimentación, sindicato, barrio, afectos, comunicación, memoria y desigualdad. La enseñanza y el aprendizaje se volvieron praxis transformadora porque estudiantes y docentes aprendieron en contacto con una práctica territorial viva. La extensión orientó las otras funciones porque la presencia en la olla reordenó preguntas de investigación, dispositivos formativos, productos audiovisuales y formas de devolución. La integralidad no aparece aquí como agregado metodológico, y como forma de composición universitaria. En la misma línea, Kaplún (2014) entiende la integralidad como movimiento instituyente en la universidad, capaz de rearticular funciones, disciplinas y saberes y de desplazar la producción de conocimiento hacia la interacción con la sociedad. Su advertencia sobre el riesgo de ritualización resulta importante para pensar el proceso. Crear un EFI, acreditar una actividad o producir un material audiovisual puede quedar reducido a gesto formal si pierde relación con los problemas que le dieron origen. La Olla Capurro mantuvo la

integralidad ligada a una realidad que no permitía ritualización. El hambre, la incertidumbre sanitaria, el cansancio de quienes cocinaban, la necesidad de cuidar la exposición de quienes recibían comida y la importancia de cerrar una experiencia de manera respetuosa obligaron a sostener una práctica universitaria situada. La fricción con el territorio preservó el carácter instituyente del proceso.

Rodríguez Ferreyra y López (2020) desarrollan la relación entre psicología comunitaria e integralidad como una alianza necesaria para la formación, la producción de conocimientos y la acción transformadora. Su planteo sobre los EFI como dispositivos pedagógicos complejos permite comprender lo que ocurrió en Capurro. La formación en psicología social comunitaria requiere articulación teoría-práctica, interdisciplina, coproducción de conocimientos, investigación en procesos de intervención y coherencia pedagógica. La olla produjo una escena donde esos elementos se hicieron concretos. Los estudiantes aprendieron a escuchar, registrar, preguntar, cuidar autorizaciones, respetar tiempos territoriales, reconocer tensiones entre conversación y entrevista, advertir el peso de la cámara y pensar la psicología social en relación con alimentación, memoria, sindicalismo, afectos y desigualdad. La enseñanza se volvió experiencia situada. La psicología comunitaria latinoamericana, especialmente en Montero (1984, 2004), Wiesenfeld (2003) y Rodríguez y Martínez (2016), sostiene que los actores sociales producen realidad, conocimiento y transformación. Esta tradición dialoga con la integralidad porque desplaza la universidad del lugar de fuente única del saber. En la Olla Capurro, quienes cocinaban, abrían el local, recibían donaciones, organizaban turnos, armaban la gratifieria, cuidaban la huerta, conversaban con quienes llegaban y participaban del audiovisual producían conocimiento sobre su propio proceso. Ese conocimiento aparecía en decisiones prácticas y en modos de leer el territorio. La universidad aportó herramientas de registro, análisis, edición y devolución, y al mismo tiempo aprendió de una inteligencia territorial desplegada en la práctica. La coproducción se hizo en esa mezcla entre saber habitante, saber organizativo, saber universitario y saber audiovisual.

Cabrera y Márquez (2024) analizan la Red de ollas y merenderos del Cerro como producción de lo común, autonomía y vida digna, en articulación con el Programa Apex de la Universidad de la República. Su trabajo permite ubicar la Olla Capurro dentro de experiencias donde la universidad pública participa desde la integralidad en procesos de organización alimentaria y territorial. El Apex aparece como una presencia universitaria anclada territorialmente, con capacidad de articular enseñanza, asistencia, investigación y extensión en relación con tramas socioterritoriales. La Olla Capurro tuvo otra escala institucional, pero produjo una relación

convergente porque acompañó una organización colectiva, colaboró en la memoria pública de la experiencia, articuló estudiantes, generó un producto audiovisual y sostuvo una devolución. Esa diferencia muestra que la integralidad puede tomar forma en programas consolidados y también en tesis que se enlazan con procesos territoriales concretos. La producción de lo común se jugó en acciones pequeñas y decisiones cotidianas. Conseguir alimentos, cocinar, repartir, limpiar, recibir a quienes llegaban, sostener turnos, administrar donaciones, abrir espacios de intercambio, inventar una gratifieria, generar una biblioteca o cuidar una huerta produjeron común porque crearon condiciones compartidas de acceso, cuidado y reconocimiento. Cabrera y Márquez (2024) colocan esta discusión en relación con la autonomía y la vida digna. En Capurro, la olla produjo común desde una territorialidad específica, con un local sindical, habitantes, estudiantes, docentes, voluntariado, redes de apoyo, memoria barrial y una universidad que fue encontrando su modo de estar en el proceso. La integralidad se volvió una forma de composición entre diferentes manos, tiempos, conocimientos y capacidades coordinadas alrededor de la alimentación y el cuidado.

Muniz Medina y Cauci (2023) trabajan procesos comunitarios integrales vinculados al derecho humano a la alimentación adecuada en Canelones durante la pandemia. Su discusión enlaza integralidad de funciones universitarias, derecho a la alimentación, soberanía alimentaria, docencia, prácticas de grado, interdisciplina, interinstitucionalidad, intersectorialidad e intersocialidad. Esa perspectiva amplía la lectura de la Olla Capurro porque ubica la alimentación como derecho y como campo de relación entre Estado, sociedad organizada, universidad, saberes técnicos y procesos colectivos. En la olla, cada porción servida expresó una disputa por el derecho a sostener la vida, por la organización de los recursos y por la capacidad territorial de responder ante una crisis. El problema alimentario arrastró dimensiones subjetivas, vinculares, organizativas, sanitarias, políticas y territoriales, lo cual exigió una lectura capaz de moverse entre esas dimensiones.

La alimentación funcionó como puerta de entrada a una trama más amplia de vulnerabilidades, cuidados y demandas. Muniz Medina y Cauci (2023) muestran que ollas y merenderos pueden transformarse en puntos de referencia para problemáticas que exceden el hambre, vinculadas con vivienda, trabajo, violencia, consumo, cuidados y confianza. En Capurro, quienes llegaban podían traer otras necesidades de escucha y acompañamiento. La respuesta alimentaria se enlazó con objetos de la gratifieria, libros de la biblioteca, prácticas de huerta, vínculos con estudiantes y conversaciones sobre la experiencia. La integralidad adquirió sentido porque permitió leer esa complejidad desde varias funciones y saberes. Investigar para comprender,

extender para acompañar, enseñar para formar, comunicar para devolver y pensar desde la psicología social para analizar la producción subjetiva y política de esa experiencia.

Seixas, Merhy, Baduy y Slomp Junior (2016) trabajan la integralidad desde la perspectiva del cuidado en salud, vinculándola con un proyecto ético-político sustentado en el reconocimiento de que la vida de otros importa y en la producción de encuentros cuidadores. Aunque su discusión se ubica en el Sistema Único de Salud de Brasil, su planteo dialoga con la olla porque el cuidado apareció como micropolítica cotidiana. Cocinar, repartir, preguntar por una situación, cuidar protocolos, llevar comida, organizar la fila, escuchar sin invadir, filmar con consentimiento y cerrar una experiencia de manera respetuosa son prácticas donde la vida de otros orienta decisiones concretas. La integralidad universitaria, en este caso, se anudó a una ética del cuidado territorial.

La micropolítica del cuidado permite leer escenas que podrían parecer menores. Quién abre la puerta del sindicato, quién lava las ollas, quién decide el menú, quién recibe a quien llega, quién pregunta si alguien necesita algo más, quién recuerda un nombre, quién sostiene una conversación, quién detecta una urgencia, quién organiza la ropa de la gratifieria, quién guarda los libros de la biblioteca o quién riega la huerta. En esas prácticas se produjo el espesor de la Olla Capurro. La integralidad se construyó con esas acciones, porque la universidad tuvo que reconocer que el conocimiento del proceso estaba también en las manos que cocinaban, en los cuerpos cansados, en los acuerdos informales, en las formas de cuidar la dignidad de quienes recibían alimentos y en la sensibilidad para registrar sin interrumpir.

El audiovisual sobre la Olla Capurro condensa la relación entre investigación, extensión, memoria y producción pública de conocimiento. La imagen, la voz, el montaje, la edición, las autorizaciones, las revisiones intermedias y la devolución componen un dispositivo integral. El audiovisual produjo memoria territorial, organizó relatos, volvió visible una acción colectiva y generó un material capaz de circular entre participantes, estudiantes, docentes, habitantes e instituciones. En ese trabajo, la investigación se volvió comunicación pública y archivo sensible de una experiencia. La integralidad aparece en la materialidad del producto porque fue investigación al producir conocimiento, fue enseñanza al formar estudiantes, fue extensión al participar de una práctica territorial y fue devolución al retornar al colectivo una memoria elaborada del proceso.

La producción audiovisual también introdujo una cuestión epistemológica. La memoria de la olla quedó en imágenes, voces, secuencias, gestos, sonidos, silencios y acuerdos de montaje.

Esa forma de conocimiento se relaciona con la etnografía de la subjetividad y con las producciones narrativas trabajadas en la tesis, porque permite que las experiencias se expresen en más de un registro. La integralidad universitaria se volvió multimodal. Produjo tesis, audiovisual, formación estudiantil, devolución y archivo territorial. El conocimiento se desplazó entre formatos, y cada formato habilitó relaciones distintas con el territorio. El texto permite análisis; el audiovisual permite presencia sensible; la devolución permite reconocimiento; el taller permite discusión; la participación estudiantil permite formación. Esa circulación compone una forma de democratización del conocimiento.

Arocena (2014) trabaja la democratización del conocimiento como horizonte de una universidad comprometida con la sociedad. Esa formulación dialoga con la Olla Capurro porque el conocimiento producido allí circuló hacia la tesis, hacia publicaciones académicas posibles y hacia el territorio mediante el audiovisual, conversaciones, actividades compartidas y memoria pública. Democratizar el conocimiento implicó producir con otros, cuidar los modos de representación, abrir materiales para la circulación social y reconocer que los saberes de la olla pertenecen a las tramas que los produjeron. La universidad participó en la elaboración de una memoria, pero esa memoria nació de una acción colectiva territorial. Wursten (2023) ubica la extensión crítica en relación con inclusión social, fortalecimiento democrático, horizontalidad y colaboración entre academia y sectores populares; esa orientación permite comprender que la devolución del audiovisual y la circulación de saberes no fueron gestos complementarios, y parte constitutiva del proceso.

La pregunta por los posgrados emerge desde esa experiencia. Una tesis doctoral suele valorarse por su originalidad, consistencia teórica, metodología, resultados y escritura. Una tesis en integralidad agrega otros planos de exigencia, vinculados con la calidad del vínculo territorial, la pertinencia de las devoluciones, la coherencia ética, la participación de actores sociales, la articulación con enseñanza, la producción de materiales públicos, el registro de procesos, el reconocimiento de saberes habitantes y el cuidado de relaciones. Esta ampliación no disminuye la exigencia académica, la reubica en un campo más complejo. La Olla Capurro hizo que la tesis se volviera más difícil, porque el conocimiento se produjo en medio de urgencias, afectos y responsabilidades concretas. Esa dificultad forma parte de su densidad académica.

Estrada Nelson et al. (2021) discuten la extensión universitaria en tiempos de pandemia y ubican la articulación entre extensión, investigación, docencia y posgrado en territorio como parte de las respuestas universitarias ante necesidades sociales emergentes. Esa perspectiva

permite llevar la experiencia de Olla Capurro hacia una pregunta latinoamericana. Las universidades públicas tuvieron que reorganizar su relación con la sociedad durante la pandemia, y las necesidades sociales obligaron a desplegar acciones más allá de formatos habituales. En ese contexto, el posgrado puede pensarse como espacio capaz de producir conocimiento en relación con problemas concretos, actores territoriales y dispositivos de formación. La tesis doctoral, articulada a programas integrales, puede ser una forma de investigación situada y de acción universitaria.

El riesgo de convertir la integralidad en requisito formal exige condiciones institucionales. Kaplún (2014) advierte que los movimientos instituyentes pueden neutralizarse al institucionalizarse. En el posgrado, esa advertencia obliga a pensar tiempo, equipos, tutorías, financiamiento, criterios de evaluación, dispositivos de devolución y reconocimiento de productos no escritos. Una tesis en integralidad requiere construir confianza, coordinar con actores sociales, sostener presencia, cuidar la exposición pública, devolver materiales, formar estudiantes, reconocer saberes y trabajar con ritmos que no coinciden con el calendario académico. La integralidad se empobrece cuando se convierte en palabra obligatoria y cobra espesor cuando articula problemas, sujetos, saberes, prácticas y transformaciones concretas. La Olla Capurro muestra esa diferencia.

La relación entre integralidad y saberes habitantes atraviesa todo el proceso. Álvarez Pedrosian permite sostener que quienes habitan territorios producen saberes situados sobre sus espacios, historias y transformaciones. En la Olla Capurro, esos saberes aparecieron en quienes conocían la dinámica del barrio, las necesidades alimentarias, las formas de pedir ayuda, los modos de recibir sin humillar, las redes de donación, las memorias del sindicato, las personas que podían colaborar, los tiempos de llegada, las tensiones internas y los recursos disponibles. La universidad aportó herramientas metodológicas y conceptuales, pero aprendió de una inteligencia territorial desplegada en la práctica. La coproducción de conocimientos se sostuvo en ese encuentro entre saber habitante, saber organizativo, saber universitario y saber audiovisual.

La participación adquiere, en este punto, una densidad mayor. Participar no consiste solamente en asistir a una actividad o responder una entrevista. Participar implica incidir en contenidos, formas de narrar, decisiones de montaje, devoluciones, circulación de productos e interpretación de la experiencia. Tommasino y Rodríguez (2010) vinculan integralidad con participación comunitaria, diálogo de saberes y ética de la autonomía. En Capurro, la

autonomía del colectivo exigió que la universidad respetara sus sentidos, decisiones, tiempos y modos de cierre. La investigación pudo acompañar y producir, pero el proceso territorial tuvo conducción propia. Esa relación cuidada forma parte de la integralidad porque reconoce que los actores sociales son protagonistas de las transformaciones que viven y sostienen.

La relación con políticas públicas también forma parte de la discusión. Tommasino y Rodríguez (2010) señalan que los abordajes universitarios integrales en políticas públicas deben problematizar su orientación, diferenciando entre construcción de ciudadanía y contención. Rieiro et al. (2021a) muestran que la relación de las ollas con el Estado fue contradictoria, diferencial y marcada por reconocimientos tardíos. Muniz Medina y Cauci (2023) sitúan el derecho a la alimentación en una trama de Estado y sociedad organizada. La Olla Capurro se ubica en ese cruce. Respondió a una necesidad inmediata y, al mismo tiempo, puso en evidencia la pregunta por políticas alimentarias, distribución de recursos, condiciones de vida y lugar de la organización territorial. La universidad puede acompañar esas experiencias sin sustituir la responsabilidad estatal y sin neutralizar la conflictividad que las origina.

La Olla Capurro dejó ver tensiones que forman parte de toda acción colectiva de cuidado. Las ollas populares sostuvieron alimentación en un momento de crisis, y cargaron sobre cuerpos voluntarios una parte del trabajo necesario para sostener la vida. Rieiro et al. (2021a) muestran la heterogeneidad y fragilidad de estas iniciativas, su capacidad solidaria y sus horizontes en disputa. Pérez Orozco (2014) sitúa allí el conflicto capital-vida, porque cuando caen los ingresos, se interrumpen comedores, se cierran escuelas o los apoyos estatales llegan de modo parcial, la reproducción de la vida se desplaza hacia redes territoriales, mujeres, familias, sindicatos, clubes, iglesias, colectivos y ollas. La integralidad universitaria puede acompañar y producir conocimiento en ese campo, cuidando que la solidaridad territorial aparezca vinculada a derechos sociales, responsabilidades públicas y condiciones materiales de existencia.

La consigna “Estado ausente, ollas presentes”, trabajada por Rieiro et al. (2021a), concentra esa tensión. En Capurro, la olla aparece como presencia territorial ante una crisis que afectó ingresos, alimentación y cuidados. La respuesta colectiva expresa capacidad organizativa y evidencia una fractura en las garantías sociales. La pregunta por el derecho a la alimentación, trabajada por Muniz Medina y Cauci (2023), permite sostener esa conflictividad. La alimentación adecuada implica acceso material, reconocimiento de necesidades nutricionales y responsabilidad pública. Las ollas populares muestran que la sociedad organizada puede

responder, y esa respuesta también desgasta cuerpos y expone desigualdades. La universidad pública, desde la integralidad, puede acompañar, sistematizar, producir memoria y contribuir a que esas experiencias ingresen en la discusión pública como derechos, responsabilidades y saberes, antes que como caridad o voluntarismo.

La gratifieria, la biblioteca y la huerta ampliaron el sentido de la olla. El alimento siguió siendo centro material de la experiencia, pero el vínculo con quienes llegaban se expandió hacia otras formas de intercambio, reconocimiento y encuentro. La gratifieria produjo circulación de objetos y ropa; la biblioteca abrió otra relación con libros y lecturas; la huerta conectó alimentación con tierra, tiempo y cuidado; la música y las actividades artísticas introdujeron una dimensión sensible de la acción colectiva. Cabrera y Márquez (2024) trabajan esta dimensión como producción de lo común. En Capurro, lo común se compuso entre comida, objetos, palabra, cultura, sindicalismo, universidad y memoria barrial. Esa expansión muestra que una olla popular puede convertirse en espacio de producción territorial cuando el alimento se enlaza con otras formas de cuidado.

La experiencia también produjo una memoria afectiva del cuidado. Quienes participaron relatan cansancio, emoción, responsabilidad, tensiones, aprendizajes, alegrías, frustraciones y necesidad de cierre. El final de la olla, el audiovisual y las instancias de devolución fueron parte de una elaboración colectiva. Jelin (2002) permite leer esa elaboración como trabajo de memoria, en tanto una experiencia intensa comienza a ordenarse, narrarse y transmitirse. La olla produjo una marca en Capurro, una memoria de pandemia asociada a alimento, sindicato, solidaridad, estudiantes, vecinos, audiovisual y cuidado. Esa memoria se integra a las capas trabajadas en 5.2 e introduce un movimiento nuevo, porque nace de una acción colectiva realizada en tiempo de crisis.

La subjetivación política de la Olla Capurro aparece en la capacidad de organizar vida común bajo condiciones de incertidumbre. Tassin (2012) piensa la subjetivación política como proceso de aparición en lo común, y esa perspectiva permite leer cómo participantes, estudiantes, sindicato, habitantes y universidad aparecieron en una escena donde la alimentación pasó a ser cuestión pública, territorial y colectiva. Cocinar, repartir, filmar, escuchar, devolver y cerrar una experiencia fueron prácticas que produjeron modos de estar en lo común. La olla produjo sujetos en relación, no sujetos aislados, porque cada acción dependía de otras manos, otras memorias, otros saberes y otros cuidados. Allí se expresa una politicidad situada del habitar.

El proceso articuló saberes habitantes, participación y coproducción de conocimientos porque la experiencia misma exigió esa articulación. Ninguna disciplina podía agotar el problema; ninguna función universitaria podía sostenerlo por separado; ningún producto académico podía contenerlo por completo. La olla necesitó cocina, memoria, escucha, registro, análisis, devolución, formación, organización y cuidado. La tesis encontró allí un modo de hacer psicología social desde la territorialidad, haciendo que la producción doctoral se volviera parte de una trama de integralidad universitaria. Ese movimiento no se limita a narrar una experiencia. Permite pensar qué puede una universidad pública cuando se deja afectar por un problema social y produce conocimiento con quienes lo viven.

La Olla Capurro fue una experiencia de acción colectiva y una escena de integralidad universitaria. La emergencia alimentaria activó una respuesta territorial; el STIQ ofreció infraestructura y memoria organizativa; habitantes y voluntariado sostuvieron la cocina; estudiantes y docentes participaron en registros, entrevistas, narrativas y producción audiovisual; la tesis elaboró una lectura psicosocial del proceso. Allí se articulan memoria, cuidado, enseñanza, investigación, extensión y subjetivación política. La integralidad aparece como práctica universitaria capaz de acompañar procesos territoriales, producir conocimiento en relación con sus actores, formar estudiantes en experiencias situadas y devolver materiales que puedan seguir circulando en la vida barrial.

Pensar las tesis de posgrado desde la integralidad permite llevar este proceso a una pregunta institucional. En la UdelAR, muchos docentes ya sostienen prácticas que cruzan cursos, investigación, extensión y programas territoriales, pero las trayectorias de posgrado suelen organizarse en torno a una producción más individualizada. La experiencia de esta tesis muestra que una investigación doctoral puede ganar espesor cuando se articula a un proceso integral, siempre que existan condiciones materiales, equipos, tutorías, tiempos y criterios de evaluación acordes. La tesis en integralidad puede formar estudiantes, producir saber con actores sociales, generar materiales de devolución, aportar a memorias territoriales y sostener escritura académica rigurosa. Esa posibilidad exige reconocer que el conocimiento doctoral también puede producirse en cocinas, sindicatos, recorridos barriales, archivos audiovisuales, talleres, narrativas y espacios de devolución.

Este punto tiene importancia para las ciencias sociales y para la psicología. Una tesis que participa en procesos territoriales no abandona el rigor, transforma sus exigencias. Debe cuidar el vínculo, fundamentar sus decisiones, sostener una metodología clara, elaborar

conceptualmente lo vivido, evitar la captura extractiva de voces y producir retornos reconocibles para quienes participaron. Esa exigencia dialoga con la psicología comunitaria y con la etnografía de la subjetividad, porque ambas perspectivas ubican la producción de conocimiento en relaciones situadas y en prácticas que modifican a quienes investigan. La Olla Capurro muestra que la investigación doctoral puede ser una práctica universitaria que aprende del territorio y que, al mismo tiempo, devuelve algo más que un texto evaluable por un tribunal.

La integralidad, en este apartado, aparece como una forma de hacer trabajar conjuntamente universidad y territorio sin confundir sus lugares. La universidad no sustituye la organización barrial, el sindicato no se convierte en objeto pasivo de investigación, los estudiantes no llegan a aplicar un saber previamente cerrado y el audiovisual no funciona como simple registro. Cada elemento participa en una composición donde se negocian sentidos, tiempos, responsabilidades y formas de aparición pública. Esa composición constituye uno de los aportes de la tesis, porque permite mostrar que la integralidad no es solamente un principio institucional de la UdelaR, y una práctica de producción de subjetividad política. Quienes participan en la olla se reconocen, se organizan, narran, cuidan, aprenden y producen memoria común. La universidad, al formar parte de esa trama, también se transforma.

Esta lectura prepara el pasaje hacia las acciones colectivas de cuidado que se trabajan en 5.4. La Olla Capurro mostró que los cuidados se producen en la relación entre alimento, territorio, memoria, cuerpos y saberes. También mostró que cuidar implica disputar el modo en que la ciudad distribuye responsabilidades, recursos y posibilidades de vida. La integralidad universitaria fue parte de esa disputa porque convirtió una experiencia de emergencia en una escena de conocimiento, formación y devolución. El siguiente apartado retoma esa línea para pensar los cuidados como subjetivación política del habitar, en relación con espacios transformados, memorias, infancias, prácticas culturales, mundo herido y cuerpos que buscan desplegar su potencia en medio de infraestructuras heredadas.

La densidad de esta experiencia también se encuentra en su carácter situado dentro de una trayectoria previa de trabajo universitario en el territorio. La Olla Capurro no apareció ante una universidad recién llegada al barrio. Se articuló con un proceso anterior de recorridos, entrevistas, producciones narrativas, EFI, vínculos con habitantes, actividades de memoria y observaciones sobre espacios abandonados. Esa continuidad permitió que la investigación reconociera rápidamente el valor territorial de la olla y que el colectivo pudiera vincularse con una presencia universitaria ya inscripta en el barrio. La integralidad requiere esas

temporalidades largas, porque la confianza se produce en el tiempo y porque los saberes habitantes se vuelven compartibles cuando existen relaciones capaces de sostener escucha, devolución y cuidado.

El trabajo con la olla produjo además una pedagogía del límite. Los estudiantes y docentes tuvieron que aprender que intervenir en territorio implica reconocer lo que se puede hacer, lo que conviene esperar, lo que se debe consultar y lo que debe quedar bajo decisión del colectivo. Esa pedagogía del límite forma parte de la ética de la autonomía que Tommasino y Rodríguez (2010) ubican en las prácticas integrales. También forma parte de la psicología comunitaria cuando advierte sobre las tensiones entre universidad y actores sociales. En Capurro, cuidar el límite significó no convertir la urgencia alimentaria en espectáculo, no acelerar la producción audiovisual por necesidades académicas, no imponer categorías antes de escuchar los sentidos de quienes sostenían la olla y no confundir participación con dirección del proceso.

La integralidad se volvió, así, una práctica de atención a los modos en que se producen los problemas. El hambre en pandemia no fue un dato suelto. Se produjo en la relación entre cierre de actividades, pérdida de ingresos, debilitamiento de redes familiares, interrupción de comedores, precariedad de trabajos informales, respuestas estatales insuficientes y tramas territoriales que asumieron tareas de sostén. La Olla Capurro permitió estudiar esa producción desde una escena concreta, donde cada olla cocinada era también una lectura material de la crisis. La tesis pudo comprender esa escena porque ya venía trabajando con una concepción relacional de la ciudad, atenta a ensamblajes, actantes, memorias y prácticas. La integralidad permitió que esa concepción se transformara en acción universitaria situada.

Por eso, el apartado insiste en que el trabajo en la olla no fue un desvío del proyecto doctoral. Fue una intensificación de sus preguntas. La tesis venía interrogando cómo se producen territorialidades, memorias y subjetivaciones políticas al este de la bahía. La olla mostró esas preguntas en una condición límite, donde el cuidado alimentario, la memoria sindical, la acción colectiva y la universidad pública se enlazaron en una práctica de sostén. La investigación ganó otra relación con el campo porque aceptó que una urgencia social podía reorganizar el modo de producir conocimiento. Ese desplazamiento constituye una de las marcas de la integralidad en esta tesis.

5.4. Acciones colectivas de cuidado como subjetivación política del habitar

Para finalizar este capítulo, me referiré a un aspecto transversal del proceso etnográfico, que tomo de interés para continuar investigando. Las experiencias de los espacios abandonados transformados en otros de uso deportivo, educativo y artístico; la vida en el asentamiento Cívicos en enlace con la jornada de la niñez en Capurro; la propuesta de crear grupos para pensar la memoria barrial y su correlato en las producciones narrativas individuales posteriores; la Olla Capurro e incluso el proyecto Capurro Textil promovieron, a nivel socio-comunitario, acciones colectivas tendientes a promover cuidados.

Para adentrarme en el concepto de cuidado es necesario situar a las epistemologías feministas contemporáneas como abanderadas de la resignificación política del término. Federici (2020) concibe el cuidado como una dimensión central y estructuralmente invisibilizada en la reproducción social bajo el capitalismo, enfatizando cómo este sistema explota el trabajo de cuidados no remunerado como un eje de la acumulación originaria. En este proceso, el cuidado, realizado principalmente por mujeres, es devaluado, intensificando las dinámicas de subordinación y opresión. Propone revalorizar y visibilizar esta labor, situándola como un espacio crucial de lucha feminista contra las estructuras patriarcales y capitalistas.

Elsa Dorlin (2020), desde una perspectiva poscolonial, articula el cuidado enmarcándolo dentro de la resistencia y la autonomía corporal frente a estructuras opresivas. Lo concibe como un acto de autodefensa y una estrategia política esencial para comunidades marginalizadas, rechazando las imposiciones normativas sobre los cuerpos y promoviendo prácticas que fomentan la agencia y resistencia. Enfatiza que debe ser entendido como un derecho y un medio para la emancipación, situándose en el centro de la discusión sobre los derechos humanos y la dignidad.

Sobre los aportes de los ecofeminismos, Andrea Díaz Estévez (2019) destaca cómo este movimiento teórico y práctico reivindica la importancia de poner el cuidado en el centro del debate socioecológico. En su análisis, argumenta que el ecofeminismo ilustra una relación íntima entre la subordinación de las mujeres y la destrucción ambiental, sugiriendo que ambas forman parte de una epistemología patriarcal que perpetúa modelos de pensamiento dicotómicos y jerárquicos. Estos modelos, según ella, promueven una visión del mundo donde lo masculino domina lo femenino y, por extensión, el ser humano domina la naturaleza. Esta

perspectiva invita a una reflexión crítica sobre las prácticas contemporáneas y propone nuevas formas de relación entre la humanidad y el medio ambiente, fundamentadas en la reciprocidad y el cuidado mutuo.

Estas tres referencias a trabajos ponen los cuidados en el centro, introduciendo problematizaciones asociadas al patriarcado, el capitalismo, la colonización, la sexualidad y la destrucción medioambiental. La hegemonía de la modernidad disciplinar, neoliberal y antropocéntrica que hasta hoy domina los campos científicos, empresariales y gubernamentales (Bourdieu, 2003), está siendo cuestionada afirmativamente por el redimensionamiento crítico, político y ético de las epistemologías feministas. Lo que antes eran efectos colaterales en pos de la riqueza, que invisibilizaba diversas violencias y mandatos sociales, hoy se coloca en el centro, para problematizar. Es así que los cuidados aparecen en escena como algo que no es contexto, y texto de los debates sobre el trabajo reproductivo, la colonialidad y la economía, así como también del urbanismo, que es lo que quiero se pondrá a discutir a continuación.

El ambiente socio-técnico urbano en el que realicé la etnografía está en tensión. Las acciones colectivas que proponen espacialidades heterotópicas de inclusión social están conviviendo con avances inmobiliarios privados y exclusivos por sus altos costos, la creación de un puerto pesquero frente a Capurro, y la construcción del Ferrocarril Central para el traslado de pasta de celulosa de la mitad del país al puerto de Montevideo, atravesando esta territorialidad.

Actualmente, no sabemos cómo afectará al medioambiente, a la sociedad y a los y las habitantes, pero entiendo que es una controversia que merece seguimiento. A la vez, esta controversia se puede trasladar a la pregunta de qué tipos de urbanismos se producen en tiempos de cambio para la ciudad.

Comprendo a las acciones colectivas que promovieron nuevos usos y transformaciones de los espacios abandonados por décadas como acciones de cuidado ecosóficas. Gabriela González Ortuño (2023) profundiza en su propuesta de un urbanismo feminista y de cuidados, destacando que la reconfiguración de las ciudades debe ir más allá de la mera inclusión social y ambiental, hacia una redefinición radical de cómo concebimos y vivimos en el espacio urbano. Esta redefinición implica un cuestionamiento y una reestructuración de las prácticas de planificación y gestión urbana que tradicionalmente han favorecido a un modelo de ciudad centrado en la eficiencia económica y la exclusión. En su visión, los espacios urbanos deben facilitar la “socialización del cuidado”, entendida como una práctica que trasciende la responsabilidad individual y se convierte en una responsabilidad colectiva y compartida entre todos los

miembros de la comunidad. Propone que las ciudades de cuidados deben incluir espacios que permitan y fomenten prácticas de cuidado mutuo, como jardines comunitarios que también verdean el entorno, y también sirvan como puntos de encuentro para la interacción y el apoyo mutuo entre vecinos. Estos espacios deben ser accesibles y diseñados de tal manera que todos, independientemente de su edad, capacidad o situación económica, puedan participar plenamente en la vida comunitaria.

Por otro lado, pensar en un urbanismo asociado al cuidado a nivel tecno-gubernamental implica introducir nuevos conceptos y sentidos a la planificación. Por ejemplo, Blanca Valdivia (2018) profundiza en el concepto de la “ciudad cuidadora” como un cambio radical en la planificación urbanística, que busca responder a las necesidades de cuidado y apoyo que son fundamentales para sostener la vida diaria, especialmente de quienes tradicionalmente han asumido roles de cuidado. Este modelo de urbanismo reconoce y prioriza las labores de cuidado, a menudo invisibilizadas y desvalorizadas en las políticas de desarrollo urbano, planteando una nueva forma de diseñar y organizar el espacio urbano que va más allá de la eficiencia económica y la funcionalidad. Argumenta que las ciudades han sido diseñadas bajo un paradigma androcéntrico que ignora las realidades y necesidades de las mujeres y otros cuidadores, resultando en un entorno urbano que dificulta la realización de estas labores. La autora critica cómo este modelo ha conducido a una segregación espacial donde las zonas residenciales están a menudo desconectadas de servicios esenciales como hospitales, escuelas y mercados, complicando aun más la logística diaria del cuidado.

La “ciudad cuidadora” propuesta por Blanca Valdivia (2018) incorpora espacios públicos diseñados para ser accesibles y multifuncionales, facilitando la interacción y el apoyo mutuo entre los residentes. Esto incluye la creación de parques, centros comunitarios y otras infraestructuras que permitan el encuentro y la colaboración entre vecinos, fomentando una cultura de cuidado colectivo. Además, sugiere que este modelo debe también contemplar la planificación de viviendas y espacios laborales que integren de manera más efectiva las necesidades de quienes compaginan trabajo remunerado y responsabilidades de cuidado. Esto podría traducirse en diseño de viviendas con espacios flexibles que permitan trabajar desde casa, como sucedió en la emergencia sanitaria, no sin controversias o en la inclusión de guarderías y centros de día en o cerca de los lugares de trabajo, lo que aliviaría la carga diaria de las familias trabajadoras. Finalmente, la “ciudad cuidadora”, según la autora, debe ser un proyecto colaborativo que involucre a todos los sectores de la sociedad, incluidos planificadores urbanos, políticos y, sobre todo, las comunidades locales, quienes deben tener

voz activa en el diseño de sus ciudades. Este enfoque garantiza que la transformación urbana también sea inclusiva, y también esté adaptada a las necesidades específicas de sus habitantes, promoviendo una mayor equidad y calidad de vida para todos.

La propuesta de adaptación de lo que quedó de público de los galpones de Campomar para crear espacios que promueven los cuidados, como un centro juvenil gestionado por una cooperativa de trabajadores/as y en convenio con INAU, junto con el espacio central que ocupa el proyecto de artes circenses El Picadero, que también tiene convenios con el Estado para la integración de adolescentes a sus propuestas, y la escola do samba Unidos do Norte, que promueve la participación ciudadana en esa disciplina artística, ejemplifica un modelo de espacio de cuidados en resonancia con los debates académicos discutidos en los artículos. La gestión realizada por habitantes de Capurro derivó en la creación de los espacios y luego en la invitación a proyectos para que puedan disfrutar. Ahora, esos proyectos cuidan los espacios, y los abren para que sucedan encuentros diversos con la comunidad.

Estas experiencias distan de lo que plantea González Ortuño (2023) como “ciudad global”, por su enfoque en atraer inversión y turismo, a menudo a expensas de las necesidades de los residentes locales. Argumenta que este modelo ha llevado a la gentrificación y a la exclusión de las poblaciones vulnerables y propone en su lugar un modelo de ciudad cuidadora que priorice las necesidades y el bienestar de sus habitantes sobre los beneficios económicos. Esta reconoce la interdependencia entre los seres humanos y el medio ambiente, integrando políticas de sostenibilidad que aseguren la preservación de los recursos naturales y el bienestar de todas las formas de vida.

En la ciudad de Bogotá se implementó una política pública que resuena en algunos puntos con esta discusión. La política de las Manzanas de Cuidado en Bogotá es un enfoque innovador dentro de la gestión urbana, centrado en la provisión de servicios de cuidado integrados que buscan mejorar la calidad de vida de las cuidadoras y de la comunidad en general. Estos dispositivos territoriales buscan un inmueble en una manzana y la adaptan para desarrollar la política. La estrategia se implementa en barrios específicos y está diseñada para centralizar y facilitar el acceso a servicios esenciales como salud, educación, recreación y apoyo psicosocial, en un único espacio físico (Pérez Rivera et al., 2023)

Paula Guevara-Aladino (2023) describe cómo las Manzanas de Cuidado buscan responder a las necesidades de las cuidadoras, ofreciendo un espacio en el que pueden acceder a apoyos para el cuidado de otros y a oportunidades para su propio desarrollo y bienestar. Este programa

también busca aliviar la carga de cuidado, tradicionalmente impuesta sobre las mujeres, y también facilitar su inclusión en la fuerza laboral y la vida pública. Además, se enfatiza que la política es parte de una estrategia más amplia que busca transformar las dinámicas de género en la sociedad, promoviendo una mayor equidad.

En términos de avances, las Manzanas de Cuidado han demostrado ser beneficiosas en varias áreas. Primero, han mejorado el acceso a servicios integrados de cuidado, lo que ha tenido un impacto positivo en la autonomía y el bienestar de las cuidadoras. Segundo, las instalaciones dentro de las Manzanas de Cuidado, como se observa en el estudio de Carolina Ruiz Argel, Luis Martínez Palacios, Rafael Movil Carrillo y Sergio Cabrejo Páez (2023), ofrecen programas de capacitación que permiten a las mujeres expandir sus habilidades y mejorar sus oportunidades de empleo. Estas actividades también contribuyen a su desarrollo personal y profesional, y también fomentan un ambiente de soporte y comunidad entre las cuidadoras.

A la vez, las críticas a esta política también son significativas. Guevara-Aladino (2018) señala que, a pesar de los beneficios, existen limitaciones estructurales significativas en la implementación de las Manzanas de Cuidado. Estos obstáculos incluyen insuficientes recursos financieros, falta de personal capacitado y barreras burocráticas que dificultan el acceso efectivo a los servicios prometidos. Camilo Pérez Rivera, Natalia Quintero Enríquez, y Ana María Ruiz Muñoz (2023) también critican la falta de coordinación entre las diversas entidades gubernamentales y organizaciones involucradas, lo que a menudo resulta en una prestación de servicios fragmentada e inconsistente que no cumple con las necesidades de las cuidadoras de manera efectiva.

Esta política resuena con el Sistema Nacional de Cuidados (SNC) en Uruguay. El mismo fue creado en la administración de gobierno del Dr. Tabaré Vazquez Rosas en 2015. El sistema integraba diversas políticas sociales de atención a población vulnerable desde antes del nacimiento hasta la vejez. También ofrece cuidadores/as para las familias que no pudieran pagar personal privado en temas de acompañamientos a las infancias y cuidado de personas mayores.

María Valeria Quintero García (2020) analiza el Sistema Nacional de Cuidados (SNC) en Uruguay, utilizando la perspectiva de corrientes múltiples para entender cómo se formulan y aplican las políticas públicas en respuesta a problemas sociales estructurales. Su trabajo destaca el SNC como un enfoque innovador que busca redefinir el cuidado, tradicionalmente visto como una responsabilidad privada y feminizada, en una cuestión de interés público y de

responsabilidad colectiva. Señala que el SNC fue impulsado por la convergencia de diversas corrientes políticas y sociales que reconocieron la necesidad de abordar la desigual distribución del trabajo de cuidado, que afecta principalmente a las mujeres. Este sistema representa un cambio tanto político como cultural, al intentar integrar el cuidado dentro de la infraestructura social y económica del país, promoviendo así la igualdad de género. A pesar de sus objetivos innovadores, la autora critica la implementación del SNC debido a obstáculos como la falta de financiamiento adecuado y barreras burocráticas. Estos desafíos han limitado la efectividad del sistema y su capacidad para alcanzar una distribución equitativa del trabajo de cuidado. La autora enfatiza la importancia de mejorar la coordinación entre distintos niveles de gobierno y sectores para asegurar que el SNC cumpla con su propósito de transformación social.

Estas políticas, que crean sujetos ideales a los que ofrecer soluciones, tienen la dificultad de encontrarse con casos singulares. Este tema lo he trabajado artículos que examinan políticas sociales focalizadas dirigidas a la adolescencia en situación de calle extrema en Uruguay (Fagundez D'Anello & González-García, 2018; Fagundez, 2015; Fagundez & Silva, 2014; Fagundez D'Anello, 2018). El común denominador que transversaliza el problema es que se destinan pocos recursos para desarrollar políticas de largo alcance. Se serializa el objeto objetivo y se implementan técnicas que en parte son efectivas, pero el choque con la singularidad del encuentro con los y las destinatarias resulta un problema difícil de resolver. Sin dudas que la burocracia estatal es un enemigo directo de la resolución de problemas.

Más allá de todo esto, resulta interesante, a nivel teórico, la forma en que se introduce el concepto de cuidados y el alcance de intentos gubernamentales de convertirlos en política. Más interesante aún es que se ubique a las mujeres como las que sostienen los cuidados por sobre los varones, y que se creen políticas para disminuir las horas de cuidado.

En los casos que trabajé no hay una política pública ni social que esté por encima de estas propuestas. Los colectivos que gestionan los espacios abandonados, e incluso los emergentes de momentos de crisis, han demostrado capacidad para crear iniciativas que pueden ser entendidas como de cuidados en sentido amplio, hasta ecosófico, como lo veníamos trabajando. Sabemos también que tienen sus problemas singulares como cualquier colectivo organizado, pero su autogestión es una herramienta potente para trabajarlos.

Estas iniciativas provenientes de políticas públicas y, en el caso de las trabajadas en la tesis, que surgen a iniciativas de colectivos autogestionados y habitantes organizados, comparten la preocupación por generar espacios que incluyen los cuidados como tema transversal., ya sea

más o menos explícito. Las diferencias radican en la escala en la que surgen, ya que las políticas públicas se plantean desde arriba (gobierno) hacia abajo (población), mientras que las colectivas se generan desde abajo (artistas, habitantes organizados, educadores/as, deportistas), y tienen modos transversales de conexión con recursos públicos a través de convenios, lo que los lleva a ser más puntuales que estructurales. Esta lectura me lleva a pensar que las políticas desde abajo generan modos de subjetivación menos burocráticos y más flexibles a la hora de llevar adelante los proyectos. Queda la observación sobre los modos de conveniar que tiene la burocracia estatal, que tanto afectan a la autogestión de los colectivos, tal como lo planteó en su narrativa la artista de El Picadero. Es un tema para profundizar a futuro, así como también los significados asociados al cuidado que construyen los colectivos desde sus prácticas que, desde mi punto de vista, son muchos y significativos.

Un concepto que puede ayudar a amplificar el tema de los espacios y proyectos de cuidados es el de lo común. En la tesis doctoral de Gabriela Etcheverry (2022), desarrolla ese concepto como un proceso de creación colaborativa que emana directamente de la participación comunitaria y su potencial imaginativo, y lo articula para pensar las grupalidades. Esta interpretación destaca la función vital de la imaginación en la producción de realidades alternativas que se distancian conscientemente de los paradigmas dominantes, como pueden ser en el caso de los temas que he trabajado, el desarrollo urbano, enfocados en la comercialización y la individualización. La autora propone que lo común es fundamental para fomentar proyectos colectivos pueden estar entre otras cosas, intrínsecamente ligados a redes de cuidado. Las espacialidades que he investigado, que se sostienen bajo los preceptos de cooperación, apoyo mutuo e inclusión social, se convierten en ejes de solidaridad indispensables para el bienestar colectivo. Se transforman en infraestructuras esenciales, tanto sociales como físicas, que priorizan la calidad de vida colectiva, propiciando así el surgimiento de redes de cuidado duraderas y empoderadoras.

Desde la perspectiva que ofrece Rodríguez Ferreyra (2020), la reconfiguración de lo 'común' en la psicología comunitaria esboza un escenario donde las diferencias no se ocultan y se convierten en el eje central para repensar las interacciones comunitarias. Este enfoque resalta la potencialidad de los espacios heterotópicos como arenas de encuentro diversificado, donde las dinámicas de inclusión y exclusión se manifiestan y negocian activamente, proporcionando una plataforma para que las prácticas de cuidado reconozcan e integren las multiplicidades y contradicciones inherentes a la comunidad. La comprensión de lo común impregnada de diferencias propicia una crítica al modelo homogeneizador del urbanismo, sugiriendo que la

aceptación y articulación de estas diferencias pueden catalizar prácticas más inclusivas y reflexivas sobre el cuidado en la organización espacial urbana.

Si vemos holísticamente los aportes de saber de quienes gestionan los espacios readaptados, se nota la impronta comprometida con los cuidados colectivos, la inclusión social, y una autonomía que promueve modos de gestión amistosos y respetuosos. Esto es un potencial para pensar nuevos modos de transformar la ciudad y de interrogar el avance urbano capitalista. Quizás les falten entre si mayores lazos de interacción, colaboración e intercambio de experiencias, pero creo que lo que he realizado en esta tesis puede abrir a puerta a futuros enlaces para el fortalecimiento de las territorialidades de cercanía que comparten.

La discusión de los cuidados como subjetivación política del habitar requiere desplazar el cuidado de una acepción doméstica y moralizante hacia una trama urbana, ambiental y política. Federici (2020) coloca la reproducción social y el trabajo de cuidados en el centro de la crítica al capitalismo, mostrando cómo la acumulación se sostiene sobre trabajos invisibilizados, feminizados y devaluados. Dorlin (2020) desplaza el cuidado hacia la autodefensa de cuerpos marcados por relaciones coloniales, raciales, sexuales y patriarcales, donde cuidar también significa sostener agencia frente a dispositivos de vulneración. Díaz Estévez (2019) articula el ecofeminismo con una crítica a la dominación de las mujeres y de la naturaleza, permitiendo leer la destrucción ambiental y la subordinación de cuerpos feminizados como efectos de un mismo régimen de jerarquías. En esta tesis, esas discusiones se vuelven territoriales porque cuidar implica abrir una excentral para infancias y adolescencias, sostener una olla popular, producir memoria obrera, acompañar narrativas, organizar prácticas artísticas y transformar galpones abandonados en lugares de aprendizaje.

Guattari (1996, 2015) permite pensar esos cuidados desde la ecosofía. Las tres ecologías, mental, social y ambiental, vuelven comprensible cómo las prácticas analizadas actúan en planos entrelazados. En la ecología mental producen modos de percibir la ciudad, recordar el barrio, elaborar afectos y habitar espacios cargados de ruina, miedo, deseo o pérdida. En la ecología social abren relaciones entre colectivos, sindicatos, fundaciones, estudiantes, habitantes, instituciones públicas, organizaciones culturales y redes barriales. En la ecología ambiental interrogan la bahía, la contaminación, los espacios abandonados, la reutilización de infraestructuras, las huertas, los parques y las materialidades que sostienen la vida urbana. El cuidado ecosófico se produce cuando esas tres dimensiones se articulan en una práctica concreta. La Olla Capurro sostuvo alimento y vínculos en pandemia; La Muralla transformó

un edificio energético abandonado en una superficie de aprendizaje corporal; El Picadero abrió una infraestructura fabril a prácticas artísticas; Capurro Textil recuperó memoria obrera; las producciones narrativas hicieron aparecer microcapas de sentido territorial.

La entrevista de Cristina Rivera Garza a Donna Haraway publicada en *Anfibia* aporta una imagen que dialoga con este cierre de capítulo. Aprender a vivir en un planeta herido exige ir a los lugares dañados con otros, generar relaciones capaces de sostener formas parciales de sanación y asumir que la teoría también se escribe desde materialidades, territorios y vidas concretas. Haraway (2021) habla de conectar, seguir líneas específicas, trabajar con otros amores y otras prácticas, vivir sin fantasías de exterminio o retorno pleno al estado anterior, y encontrar modos de florecer entre destrucciones climáticas, pérdidas, extractivismos y duelos. Esa lectura conversa con la territorialidad estudiada porque las acciones colectivas de cuidado reparan parcialmente la ciudad, sostienen relaciones situadas y producen alianzas que vuelven habitable una zona afectada por abandono, especulación, infraestructuras extractivas y precariedades cotidianas. El mundo roto aparece en la bahía contaminada, en fábricas abandonadas, en la refinería, en el puerto, en el Ferrocarril Central, en los cierres de calles, en las vibraciones, en Cívicos, en la pandemia y en memorias obreras que siguen actuando.

Jirón, Solar-Ortega, Rubio, Cortés Morales, Cid Aguayo y Carrasco (2022) trabajan la espacialización de los cuidados desde una perspectiva relacional, móvil y multiescalar, atendiendo a sujetos, prácticas, lugares, materialidades, temporalidades y afectos. Esta formulación conversa con la tesis porque los cuidados aparecen encarnados en desplazamientos, objetos y tiempos. La olla necesitó recorridos para conseguir insumos y desplazamientos de quienes iban a buscar comida; las producciones narrativas necesitaron visitas, entrevistas, recorridos y devoluciones; las prácticas circenses y de escalada reorganizaron cuerpos en edificios heredados; el Parque Capurro activó memorias y trayectos familiares; las infancias y adolescencias movilizaron preguntas sobre acceso, seguridad, juego y participación. La espacialización del cuidado muestra que cuidar en la ciudad implica coordinar lugares, ritmos, distancias, materiales y afectos. En esta investigación, el cuidado se produce entre la casa, el sindicato, el parque, el galpón, la excentral, la escuela, la cancha, la bahía y la calle.

Vega, Martínez-Buján y Paredes (2018) colocan el cuidado, la comunidad y lo común en el centro del sostenimiento de la vida. Su propuesta abre una pregunta que atraviesa este apartado, vinculada a lo que ocurre cuando el cuidado se hace en común, qué dilemas enfrenta, cómo se

distribuye y qué relación guarda con Estado, familia, mercado y tramas autogestionadas. La Olla Capurro responde desde una experiencia situada. El cuidado común fue alimento, memoria, gratifieria, huerta, biblioteca, audiovisual y cierre. Se sostuvo desde una trama colectiva y enfrentó cansancio, límites, precariedad y preguntas sobre responsabilidades públicas. Vega et al. (2018) advierten que lo común y la comunidad requieren una lectura atenta a conflictos, desigualdades, feminización, racialización, precarización y formas autónomas de institucionalidad. Esta advertencia evita idealizar las acciones colectivas de cuidado y permite leerlas como ensayos territoriales que sostienen la vida mientras muestran fracturas del orden urbano.

Machado Penso y Castro Marcucci (2023) recuperan el vínculo entre construir, habitar y cuidar desde prácticas latinoamericanas que reformulan la arquitectura a partir de saberes plurales, reconocimiento del lugar y continuidad con ecosistemas terrestres. Su lectura permite pensar la transformación adaptativa de espacios abandonados como una forma de construir cuidando. La Muralla, la Farmacia Solís y El Picadero trabajan con materialidades existentes, edificios cargados de historia, deterioros, posibilidades y límites. Construir con lo existente tiene una dimensión ética y ecológica porque reutiliza, repara parcialmente, conserva, adapta, convierte y aprende de la forma previa del edificio y de las prácticas que pueden alojarse allí. Cuidar implica construir sin borrar completamente la historia material del lugar. La ruina entra en composición con una habitabilidad distinta.

Bareiro Gardenal (2025) refuerza la relación entre cuidado, vivienda, hábitat, casa común y planeta herido. Allí el cuidado aparece como rasgo fundamental del habitar, y la vivienda se comprende en relación con entornos, servicios, conexiones urbanas y condiciones para sostener la vida. Esta lectura conecta Barrio Cívicos con el resto de la tesis. Cuidar en Cívicos implica accesos, seguridad, circulación, reconocimiento, infraestructura, infancia, alimentación, vínculos vecinales y disputa por el nombre del lugar. La noción de vivienda como infraestructura de cuidado sostiene que el habitar barrial se apoya en una trama de servicios, calles, redes, afectos y materialidades. En Cívicos, el cuidado aparece como una forma de resistir la desvalorización territorial, afirmar dignidad y sostener una vida común en medio de desigualdades urbanas. La bahía, a su vez, aparece como una territorialidad herida por procesos industriales, logísticos, ambientales y especulativos, lo que obliga a pensar los cuidados como responsabilidad compartida ante un ambiente dañado.

Pérez Monroy, Martínez Ruiz y Moreno Calles (2025) ofrecen un estado del arte sobre el cuidado en ciudades latinoamericanas, destacando la falta de reconocimiento social, la relación con bienestar, familias y tramas sociales, la dificultad cotidiana que producen servicios distantes e infraestructuras insuficientes, y las dimensiones espaciotemporales del cuidado vinculadas a movilidad, uso del tiempo, espacios públicos y privados, derecho a cuidar y ser cuidado. Esta lectura se articula con los resultados porque las acciones colectivas observadas responden a déficits concretos de la ciudad. Espacios abandonados requerían nuevos usos; las necesidades alimentarias durante la pandemia reclamaban respuesta; las infancias precisaban lugares de encuentro; las memorias barriales necesitaban dispositivos de transmisión; habitantes de Cívicos disputaban reconocimiento; espacios culturales reactivaban territorialidad. La ciudad cuidadora se produce cuando esas necesidades dejan de quedar encapsuladas en lo privado y se vuelven asunto público, barrial y universitario.

Las actas del Primer Congreso Internacional Feminista sobre Arquitectura y Cuidados reúnen reflexiones sobre participación de mujeres en la ciudad, autocuidado, cooperativismo de vivienda, redes comunitarias, urbanismo feminista, movilidad, domesticidades, interacciones pandémicas, espacios públicos y arquitecturas del cuidado. Esa diversidad muestra que la ciudad de los cuidados se compone con equipamientos especializados y con una transformación de relaciones entre espacio, tiempo, cuerpo, movilidad, acceso, seguridad, deseo y participación. En esta tesis, esta perspectiva permite leer las acciones colectivas como ejercicios de urbanismo menor, prácticas que reordenan espacios concretos para alojar vidas, encuentros y cuidados que la planificación dominante suele dejar afuera. La gratifieria, la biblioteca, la huerta, el circo, la escalada, las narrativas, la memoria textil y la jornada de infancias producen pequeñas arquitecturas políticas del cuidado.

Tronto (1993) define el cuidado como aquello que hacemos para mantener, continuar y reparar nuestro mundo, incluyendo cuerpos, entornos y relaciones. Esa formulación dialoga con esta tesis porque desplaza el cuidado hacia una escala material, ecológica y urbana. Mantener, continuar y reparar son verbos centrales en una territorialidad de antiguas fábricas, infraestructuras industriales, espacios abandonados y memorias obreras. Mantener implica sostener vínculos donde la ciudad tiende a fragmentarlos. Continuar implica transmitir saberes habitantes, memorias de trabajo y prácticas de organización. Reparar implica generar condiciones parciales para que un edificio, un parque, una olla, una narración o una práctica cultural vuelvan a alojar vida. En los casos estudiados, las acciones colectivas mantienen

relaciones, continúan historias y reparan de manera situada aquello que la ciudad dejó en suspensión.

La noción de socialización del cuidado, presente en debates sobre urbanismo feminista y ciudades cuidadoras, orienta la pregunta por aquello que hacen estas acciones cuando sacan el cuidado de su confinamiento doméstico. González Ortuño (2023), en el texto base de este apartado, trabaja el urbanismo feminista y de cuidados como reconfiguración de prácticas de planificación y gestión urbana orientadas a socializar el cuidado y a producir espacios de apoyo mutuo. Esa discusión conversa con la Olla Capurro, con la jornada de infancias, con la gratifieria, con la biblioteca, con la huerta, con las prácticas culturales de El Picadero y con los procesos narrativos. En todos esos casos, el cuidado se vuelve público, visible y compartido. La socialización del cuidado se concreta cuando el territorio genera condiciones para que el sostén de la vida salga del aislamiento familiar y se vuelva práctica colectiva.

La perspectiva de cuidado revisa además la relación entre ciudad y tiempo. Las acciones colectivas producen temporalidades distintas a las del desarrollo urbano hegemónico. El capital inmobiliario trabaja con anticipaciones de valor, proyectos de inversión y velocidades de transformación; la infraestructura logística organiza flujos y tiempos de circulación; las acciones de cuidado introducen tiempos de limpieza, espera, ensayo, aprendizaje, memoria, cocina, edición, conversación, cultivo y devolución. La Olla Capurro tuvo sus tiempos de cocción, reparto, limpieza y cierre; las producciones narrativas tuvieron tiempos de escucha, textualización y autorización; El Picadero tuvo tiempos de entrenamiento corporal y montaje; La Muralla tuvo tiempos de adecuación material y aprendizaje técnico; Capurro Textil tuvo tiempos de entrevista, archivo y memoria obrera. Esas temporalidades cuidan porque producen tiempo para elaborar lo vivido.

El cuidado como práctica ecosófica introduce una relación con lo no humano que atraviesa el campo. La bahía, las aguas, los escombros, las plantas de la huerta, los muros de la excentral, las telas del circo, las ollas, los libros, los frascos de la farmacia, los objetos textiles y las vías del tren participan en la producción de la experiencia. Haraway (2019) insiste en generar parentescos y asumir responsabilidades multiespecie; Ingold (2012) aporta una antropología de líneas, materiales y ambientes; Bennett (2022) trabaja la vitalidad de las cosas. En este apartado, esas perspectivas convergen en una lectura de los cuidados como relaciones entre humanos y materialidades activas. La huerta de la Olla Capurro cuida y exige cuidado; los muros de La Muralla habilitan escalada y requieren técnicas de seguridad; los objetos de la

Farmacia sostienen memoria y demandan conservación; las aguas de la bahía organizan paisaje, contaminación y deseo; las telas de El Picadero sostienen cuerpos y requieren confianza.

Las acciones colectivas de cuidado reformulan la escala de lo político. La política aparece en instituciones, normas y políticas públicas, y también en una forma de recibir a quien necesita comida, en la organización de una actividad con infancias, en la decisión de conservar objetos antiguos, en el trabajo de registrar voces obreras, en la práctica de abrir un galpón a cuerpos que aprenden circo, en la creación de un espacio deportivo para adolescentes institucionalizados, en la forma de nombrar Cívicos como barrio. Esa escala menor produce efectos urbanos, afectivos y políticos. Produce modos de reconocimiento, reorganiza relaciones, modifica imágenes territoriales, disputa el sentido de lugares y genera subjetivaciones que afectan la vida cotidiana. La tesis encuentra allí un aporte para la psicología social, porque la subjetivación política del habitar puede estudiarse en prácticas concretas de cuidado, donde la vida común se sostiene, se narra y se transforma.

La relación entre cuidado y heterotopía vuelve con otra densidad. Las heterotopías trabajadas en la tesis adquieren extrañeza porque alojan usos inesperados y producen otros modos de ordenar cuerpos, tiempos y relaciones. La excentral ya no organiza energía eléctrica, y aprendizaje, riesgo cuidado y acceso deportivo; la farmacia organiza memoria material y prácticas artísticas; Campomar aloja cuerpos circenses, talleres y encuentros; el sindicato organiza alimentación, gratifieria, biblioteca y huerta. En cada caso, el cuidado transforma la función del lugar y altera el modo en que se produce subjetividad urbana. La heterotopía se vuelve ecosófica cuando cuida ecologías sociales, mentales y ambientales en una misma operación.

La pregunta por los cuidados abre otra interrogante sobre la ciudad, qué cuerpos diseñan para qué cuerpos, qué cuerpos quedan habilitados a moverse, permanecer, jugar, alimentarse, recordar, trabajar, descansar y encontrarse, y qué cuerpos cargan con los costos materiales y afectivos de las formas urbanas dominantes. Spinoza (1677/1980) permite pensar los cuerpos por su potencia de afectar y ser afectados, por los encuentros que aumentan o disminuyen su capacidad de obrar, por las composiciones que habilitan vida o la empobrecen. Desde esta clave, las acciones colectivas de cuidado producen una política del habitar porque intervienen en esas composiciones y abren espacios donde un cuerpo infantil puede escalar, donde un cuerpo circense puede entrenar, donde un cuerpo que tiene hambre puede recibir alimento sin perder dignidad, donde un cuerpo trabajador puede narrar su memoria, donde un cuerpo barrial

puede sostener pertenencia, donde un cuerpo universitario puede aprender a investigar con otros. La ciudad aparece como campo de afectaciones desiguales, y los cuidados como prácticas que reorganizan las condiciones sensibles, materiales y políticas de los encuentros.

La lectura feminista del cuidado impide separar estas prácticas de las relaciones de género y de la división sexual del trabajo. Las ollas populares, los cuidados barriales, la escucha, la organización de alimentos, la limpieza, la atención a infancias y la producción cotidiana de redes suelen recaer sobre mujeres y cuerpos feminizados. Esta tesis conserva esa tensión incluso cuando analiza experiencias mixtas, colectivas o institucionales. Los cuidados producen mundo común y también pueden reproducir desigualdades en su distribución. Por eso el cuidado como subjetivación política requiere preguntar quién cuida, bajo qué condiciones, con qué reconocimiento, con qué agotamientos y con qué apoyos institucionales. En ese interrogante se juega una parte de la politicidad del habitar. Esta pregunta mantiene abierta la relación entre cuidado, ciudad, cuerpos y justicia territorial.

6. Conclusiones y aperturas

Esta tesis nació de una inquietud situada, comprender cómo ciertas territorialidades urbanas al este y noreste de la bahía de Montevideo producen modos de habitar, memorias, acciones colectivas y subjetivaciones políticas en medio de transformaciones materiales, ambientales, institucionales y afectivas. El recorrido comenzó con espacios abandonados, infraestructuras heredadas, fábricas, galpones, parques, sindicatos, márgenes de bahía y prácticas colectivas que fueron abriendo preguntas cada vez más densas. La investigación buscó comprender qué ocurre cuando un edificio industrial deviene centro de escalada, cuando una vieja farmacia se transforma en espacio artístico, cuando un galpón fabril aloja circo, cuando un local sindical sostiene una olla popular, cuando habitantes producen memorias barriales, cuando infancias y adolescencias encuentran espacios de juego y aprendizaje, cuando una universidad pública se deja afectar por problemas territoriales y produce conocimiento con otros.

El porqué de esta tesis se sostiene en una preocupación por las formas en que la ciudad se produce en la relación entre materialidades heredadas, memorias habitantes, prácticas colectivas, infraestructuras, afectos, cuidados y disputas por los usos del territorio. La bahía de Montevideo, leída desde su borde este y noreste, concentra procesos que atraviesan escalas diversas, abandono industrial, reaperturas culturales, memorias obreras, desigualdades barriales, afectaciones ambientales, transformaciones logísticas, proyectos inmobiliarios y

acciones colectivas que inventan formas situadas de sostener vida común. La investigación se ubicó en esa trama para comprender cómo determinadas prácticas producen subjetivación política al intervenir en las condiciones sensibles y materiales del habitar. Allí la ciudad aparece como campo vivo de ensamblajes, donde los cuerpos, los edificios, los relatos, los objetos, las instituciones y los ambientes participan en la producción de territorialidad.

El para qué de esta investigación se articula con una apuesta por producir conocimiento situado sobre formas urbanas que suelen quedar capturadas por lenguajes técnicos, inmobiliarios, patrimoniales o administrativos. La tesis se propuso pensar la ciudad desde las prácticas que la habitan, la transforman y la cuidan. En ese movimiento, la psicología social encuentra una vía para estudiar la subjetividad como producción territorial, relacional y ecosófica. Las subjetivaciones políticas del habitar emergen cuando habitantes, colectivos, estudiantes, sindicatos, artistas, escaladores y escaladoras, docentes, instituciones y materialidades urbanas componen prácticas que modifican los usos posibles de la ciudad. La política aparece en la forma de abrir una ruina, cuidar una olla, narrar una memoria, disputar el nombre de un barrio, producir un audiovisual, sostener una huerta, organizar una jornada con infancias o transformar un galpón en espacio formativo.

La ecosofía permitió articular los planos que el campo fue mostrando. Guattari (1996, 2015) ofrece una clave para leer conjuntamente ecologías mentales, sociales y ambientales, y esa articulación atraviesa toda la tesis. Las transformaciones estudiadas afectan modos de percibir, recordar, sentir y narrar; producen relaciones entre actores, instituciones, colectivos y habitantes; intervienen en ambientes urbanos dañados por abandono, contaminación, especulación e infraestructuras extractivas. Una excentral eléctrica, una farmacia, un galpón, una olla, un parque o una bahía participan en la producción de subjetividad porque alojan prácticas, afectos, memorias y disputas. La ciudad se vuelve ecosófica cuando sus transformaciones atienden al mismo tiempo a cuerpos, vínculos y condiciones ambientales de existencia.

La integralidad universitaria apareció primero como condición metodológica y luego como afirmación política de la tesis. La investigación se construyó en relación con enseñanza, extensión, producción audiovisual, trabajo con estudiantes, actividades territoriales, devoluciones y procesos de coproducción de conocimiento. La Olla Capurro mostró con mayor nitidez este movimiento, porque la investigación doctoral devino práctica integral cuando el hambre, la pandemia, el sindicato, el audiovisual, la memoria barrial y la formación estudiantil

se ensamblaron en una experiencia de cuidado territorial. Tommasino y Rodríguez (2010), Kaplún (2014) y Rodríguez Ferreyra y López (2020) permiten sostener que la integralidad articula funciones universitarias, saberes, actores, territorios y problemas sociales. Esta tesis afirma que el posgrado puede ganar densidad pública cuando se articula a programas integrales, EFI, equipos docentes, procesos barriales y productos de devolución.

Los cuidados fueron decantando como una de las claves del recorrido. Al inicio aparecían vinculados a escenas específicas, cuidar un edificio, cuidar una memoria, cuidar una actividad, cuidar una olla, cuidar una infancia, cuidar una narrativa. En el desarrollo del trabajo, los cuidados se volvieron una forma de leer la ciudad. Federici (2020), Pérez Orozco (2014), Vega, Martínez-Buján y Paredes (2018), Jirón et al. (2022), Haraway (2019, 2021) y las perspectivas ecofeministas permiten ubicar los cuidados como disputa por el sostenimiento de la vida. En esta tesis, cuidar implica intervenir en las condiciones materiales y sensibles del habitar, producir alimento, abrir espacios, transmitir memorias, reconocer dignidad, sostener vínculos, componer saberes y generar condiciones para que diferentes cuerpos puedan permanecer, aprender, jugar, crear, recordar y encontrarse.

Las memorias afectivas mostraron que el territorio está hecho de sedimentos que se actualizan en relatos, objetos, fotografías, recorridos, miradas, silencios y conflictos. Capurro, Cívicos, Campomar, el Parque Capurro, la bahía, las fábricas, las escuelas, los clubes y el sindicato aparecen como capas vivas de una historia que sigue actuando en el presente. Jelin (2002), Pollak (1989), Gravano (2003), Lindón (1997), Ahmed (2015) y Arfuch (2013) permitieron comprender que la memoria barrial produce conocimiento, afecto y politicidad. Las producciones narrativas abrieron microcapas de significación donde la ciudad se vuelve legible desde saludos, gestos, imágenes de infancia, miedos heredados, orgullos obreros, vergüenzas, deseos de transformación y formas de reconocimiento barrial. La memoria afectiva participa en la producción del territorio porque organiza lo que se recuerda, lo que se cuida, lo que se disputa y lo que se proyecta.

El recorrido metodológico deja también una enseñanza. La etnocartografía, las derivas, las observaciones, las entrevistas, las producciones narrativas, los registros audiovisuales, los talleres, las devoluciones y la integralidad fueron componiendo una forma de investigación situada que se dejó afectar por el campo. Investigar desde esta perspectiva implicó seguir procesos, aceptar desplazamientos, sostener vínculos, trabajar con emergentes y reconocer que los saberes habitantes producen teoría en acto. Esta tesis fue escribiéndose con edificios, voces,

prácticas, estudiantes, fotografías, calles, ollas, objetos, cuerpos y memorias. Su método se fue haciendo en el encuentro entre una orientación conceptual y una territorialidad que exigió nuevas preguntas.

La transformación adaptativa de espacios abandonados aparece, luego de este recorrido, como una práctica urbana que excede la reutilización física. Transformar implica abrir una disputa por los usos de la ciudad, por la memoria de sus infraestructuras, por la accesibilidad de sus espacios, por la dignidad de quienes los habitan y por la ecología de relaciones que allí se produce. Una ruina puede devenir espacio deportivo, artístico, educativo, alimentario, memorial o cultural. Ese devenir depende de acuerdos, cuerpos, técnicas, afectos, instituciones, voluntades y conflictos. Las transformaciones estudiadas producen subjetivación política cuando modifican las posibilidades de acción de quienes participan y cuando reorientan materialidades heredadas hacia formas de cuidado, encuentro y aprendizaje.

La bahía de Montevideo queda como una figura territorial de la controversia. En ella se cruzan industrias, logística, paisajes, contaminación, memorias obreras, especulación, infraestructura ferroviaria, usos portuarios, espacios abandonados y acciones colectivas. La bahía condensa el mundo roto del que habla Haraway, un mundo herido que exige aprender a vivir con otros, cuidar sin fantasías de restauración plena y producir alianzas situadas. Las prácticas estudiadas trabajan sobre esas heridas con medios parciales, concretos y relacionales. Allí reside una de las afirmaciones de la tesis, la ciudad se transforma también en prácticas menores que sostienen vida, memoria y deseo frente a formas dominantes de urbanización.

Esta investigación plantea que una psicología social del habitar puede aportar a la comprensión de las ciudades contemporáneas cuando piensa la subjetividad como producción territorial, relacional y ecosófica. La subjetividad se produce entre cuerpos y edificios, entre memorias y calles, entre cuidados y políticas públicas, entre afectos y materialidades, entre universidad y acciones colectivas. Esta perspectiva permite leer la ciudad desde sus prácticas de sostén, desde sus heridas y desde sus invenciones. También permite discutir con urbanismos que reducen el territorio a valor de suelo, patrimonio estetizado, infraestructura logística u oportunidad de inversión. La ciudad vivida exige otra pregunta, qué relaciones aumentan la potencia de existir de los cuerpos que la habitan.

La pregunta final abre una exigencia ética y política, qué cuerpos diseñan para qué cuerpos, qué cuerpos quedan habilitados a moverse, permanecer, alimentarse, jugar, crear, recordar,

aprender y descansar, y qué cuerpos cargan con los costos materiales y afectivos de las formas urbanas dominantes. Spinoza (1677/1980) permite pensar los cuerpos por su potencia de afectar y ser afectados, por los encuentros que aumentan o disminuyen su capacidad de obrar. Desde esta clave, las acciones colectivas de cuidado producen una política del habitar porque intervienen en las composiciones que hacen posible la vida común. Una tesis sobre espacios abandonados termina hablando de cuerpos, cuidados y ciudad; termina afirmando que el problema urbano fundamental es qué vidas pueden desplegar su potencia en medio de las ruinas del presente.

El aporte de esta tesis se ubica en esa articulación entre territorio, subjetivación y cuidado. Los casos analizados no son ejemplos dispersos de reutilización urbana, y entradas a una misma problemática sobre cómo se produce vida común en espacios atravesados por abandono, controversias ambientales, memorias obreras e infraestructuras de gran escala. La excentral eléctrica, la Vieja Farmacia Solís, El Picadero, Barrio Cívicos, la Olla Capurro y Capurro Textil muestran distintas modulaciones de una pregunta común por los usos posibles de la ciudad. Cada experiencia hace visible una composición entre materialidades, instituciones, cuerpos y deseos, y cada composición muestra que el habitar se produce en relaciones que aumentan o disminuyen la potencia de acción de quienes participan.

La tesis también deja una apertura para la universidad pública. La integralidad no aparece como una metodología agregada al final de la investigación, y como una forma de producir conocimiento cuando los problemas territoriales obligan a articular enseñanza, investigación, extensión, saberes habitantes y devolución. Esa orientación exige una universidad capaz de sostener procesos largos, formar estudiantes en campo, reconocer productos audiovisuales y narrativos, cuidar vínculos con actores sociales y valorar tesis de posgrado que se inscriben en problemas situados. La experiencia desarrollada en Capurro muestra que el doctorado puede volverse una práctica pública de conocimiento, con rigor académico y con responsabilidad territorial.

La apertura que queda hacia adelante se vincula con los modos de seguir investigando las territorialidades heridas de la bahía. Las transformaciones logísticas, ambientales e inmobiliarias seguirán actuando sobre el borde este y noreste de Montevideo, y las acciones colectivas seguirán inventando formas de uso, memoria y cuidado en medio de esos procesos. La pregunta ecosófica permanece abierta porque ninguna de las experiencias estudiadas clausura la controversia. Cada una deja líneas para seguir pensando cómo se articulan ambiente,

economía, memoria, deseo, política pública y vida cotidiana. Seguir esta investigación implicará atender a nuevos ensamblajes, nuevas disputas, nuevos cuidados y nuevas formas de subjetivación que aparezcan en la ciudad.

El cierre conserva una tensión. La tesis produce una lectura situada sobre prácticas que hacen trabajar las ruinas del presente y muestran que la ciudad puede ser pensada desde aquello que sus habitantes, colectivos e instituciones son capaces de cuidar. Esa lectura sostiene una afirmación política y epistemológica. Investigar el habitar implica seguir las relaciones que producen vida común y reconocer que allí, en esas relaciones, se juega la posibilidad de otra ciudad.

Las conclusiones quedan abiertas porque el propio campo permanece abierto. El Ferrocarril Central, el puerto, la refinería, los proyectos inmobiliarios, las reaperturas culturales, las memorias barriales y las acciones de cuidado seguirán modificando la territorialidad. La tesis deja una forma de mirar esos procesos desde la psicología social, atendiendo a cómo cada transformación produce modos de sensibilidad, relación, conflicto y pertenencia. El trabajo doctoral encuentra allí su sentido más fuerte, haber acompañado una territorialidad en movimiento y haber mostrado que las subjetivaciones políticas del habitar se producen cuando cuerpos, espacios, saberes y afectos componen nuevas condiciones para vivir la ciudad.

Ese movimiento sostiene la apertura final del trabajo. La tesis concluye allí, en la afirmación de que las ciudades también se piensan desde las prácticas que cuidan aquello que todavía puede desplegar potencia colectiva.

7. Bibliografía

Acid Horizon. (s. f.). Dissemblage: An Interview with Gerald Raunig. Recuperado 3 de abril de 2024, de <https://www.youtube.com/watch?v=44b14rknSfc>

Ahmed, S. (2015). La política cultural de las emociones. Universidad Nacional Autónoma de México.

Alonso, M. G. (2014). Los territorios de los otros: Memoria y heterotopía. Cuicuilco. Revista de Ciencias Antropológicas, 21(61), 333-352.

Álvarez Pedrosian, E. (2003). La escucha activa en los comprensión crítica. En Sociología Clínica I: Vol. I (UdelaR, pp. 81-86).

Álvarez Pedrosian, E. (2011). Etnografías de la subjetividad: Herramientas para la investigación. Licenciatura en Ciencias de la Comunicación de la Universidad de la República.

Álvarez Pedrosian, E. (2013). Casavalle Bajo el Sol: Investigación etnográfica sobre territorialidad, identidad y memoria en la periferia urbana de principios de milenio (Vol. 1). CSIC - UDELAR.

Álvarez Pedrosian, E. (2016). Las tramas socio-territoriales en las que habitamos: Aportes para pensar la composición urbana en clave comunicacional. Informatio. Revista del Instituto de Información de la Facultad de Información y Comunicación, 21(2). <http://informatio.eubca.edu.uy/ojs/index.php/Infor/article/view/189>

Álvarez Pedrosian, E. (2018a). Las territorialidades barriales y sus espacios de creación. XIV Congreso de La Asociación Latinoamericana de Investigadores de La Comunicación (ALAIC). Las territorialidades barriales y sus espacios de creación. https://www.academia.edu/37788898/Las_territorialidades_barriales_y_sus_espacios_de_creaci%C3%B3n

- Álvarez Pedrosian, E. (2018b). «Saberes habitantes» en la ciudad contemporánea: Narrativas barriales de una etnografía colaborativa. *Mediaciones sociales*, 17, 67-82.
<http://dx.doi.org/10.5209/MESO.60094>
- Álvarez Pedrosian, E. (2018c). Sentidos de lo experimental en la etnografía contemporánea: Un debate epistemológico. *Antropología Experimental*, 0(18).
<https://doi.org/10.17561/rae.v0i18.3531>
- Álvarez Pedrosian, E. (2021). *Filigranas: Para una teoría del habitar* (Vol. 1). Ediciones Universitarias.
https://drive.google.com/file/d/1GkfDJmM5NMGrN4Ke7X_1eT0nlFlbu4iX/view
- Álvarez Pedrosian, E., & Blanco Latierro, M. V. (2013). Componer, habitar, subjetivar: Aportes para la etnografía del habitar. *Bifurcaciones: revista de estudios culturales urbanos*, 15, 4.
- Álvarez Pedrosian, E., Barbieri, G., Blanco Latierro, V., Fagundez D'Anello, D., & Dalmás, A. (2019). Ser en la ciudad.: Las expresiones de lo barrial en los procesos del habitar urbano. En F. Rehmann, A. Rodríguez, M. E. Viñar, A. Da Fonseca, M. Pérez Sánchez, G. Machado, L. Bozzo, G. Pérez Monkas, G. Rivero, R. Yuliani, & D. Fagundez, *Territorialidades barriales en la ciudad contemporánea* (Vol. 1, p. 163 a 184). *Espacio Interdisciplinario, Udelar*. <https://pim.udelar.edu.uy/wp-content/uploads/sites/14/2019/10/17780-ei-tebac-completo-para-web.pdf>
- Álvarez Pedrosian, E., Blanco Latierro, M. V., Fagundez D'Anello, D., & Moreira Selva, S. (2023). Comunicación y subjetividad en las etnografías del habitar: Una perspectiva desde los estudios culturales urbanos y territoriales. *Cuadernos del Claeh*, 42(117), Article 117. <https://doi.org/10.29192/claeh.42.1.6>
- Álvarez-Pedrosian, E., & Fagundez-D'Anello, D. (2019). Heterotopías fabriles: Bahía portuaria, flujos transnacionales y espacios industriales en reconversión. *Revista*

- EURE - Revista de Estudios Urbano Regionales, 45(135).
<https://www.eure.cl/index.php/eure/article/view/2662>
- Anderson, B., Kearnes, M., McFarlane, C., & Swanton, D. (2012). On assemblages and geography. *Dialogues in Human Geography*, 2(2), 171-189.
<https://doi.org/10.1177/2043820612449261>
- Añibarro, M. V., Andrade, M. J., & Jiménez-Morales, E. (2023). A Multicriteria Approach to Adaptive Reuse of Industrial Heritage: Case Studies of Riverside Power Plants. *Land*, 12(2), Article 2. <https://doi.org/10.3390/land12020314>
- Arfuch, L. (2013). Memoria y autobiografía. Exploraciones en los límites. Fondo de Cultura Económica.
- Arocena, R. (2014). La investigación universitaria en la democratización del conocimiento. *Revista Iberoamericana de Ciencia, Tecnología y Sociedad - CTS*, 9(27), 85-102.
- Bajtin, M. M. (2011). Las frontera del discurso. Las Cuarenta Ediciones.
- Balcazar, F. E. (2003). Investigación acción participativa (iap): Aspectos conceptuales y dificultades de implementación. *Fundamentos en Humanidades*, IV(7-8), 59-77.
- Baracchini, H., & Fuentes, C. A. (2010). Historia urbanística de la ciudad de Montevideo: Desde sus orígenes coloniales a nuestros días. Ediciones Trilce.
- Bareiro Gardenal, F. (2025). Una introducción al estado del arte sobre habitar y cuidar. *Scripta Ethnologica Nueva Época*, 47(2), 97-111.
- Baroni, C. (2019). Una historia de locos Aportes de Radio Vilardevoz al proceso de desmanicomialización en Uruguay (1997-2017) [Monografía, Udelar].
<https://www.colibri.udelar.edu.uy/jspui/handle/20.500.12008/27198>
- Baudrillard, J. (1995). Crítica de la economía política del signo. Siglo Veintiuno.
- Bennett, J. (2022). Materia vibrante: Una ecología política de las cosas. Caja Negra Editora.

- Berenguer, C. G. (2023). La participación ciudadana en la defensa del patrimonio. Un caso de estudio: El dique Mauá en Montevideo. *Diseño en Síntesis*, 69, Article 69.
- Beretta Curi, A. (2014). Inmigración europea e industria: Uruguay en la región (1870-1915). Ediciones Universitarias.
<https://www.colibri.udelar.edu.uy/jspui/handle/20.500.12008/4541>
- Berger, P. L., & Luckmann, T. (2003). La construcción social de la realidad (1.Aufl). Amorrortu.
- Berroeta, H., Pinto de Carvalho, L., Di Masso, A., & Ossul Vermehren, M. I. (2017). Apego al lugar: Una aproximación psicoambiental a la vinculación afectiva con el entorno en procesos de reconstrucción del hábitat residencial. *Revista INVI*, 32(91), 113-139.
- Biddau, G. M., Marotta, A., & Sanna, G. (2020). Abandoned landscape project design. *City, Territory and Architecture*, 7(1), 10. <https://doi.org/10.1186/s40410-020-00118-7>
- Blanco Latierro, M. V. (2022). Estéticas del habitar: Formas colectivas urbanas en zonas consolidadas de Montevideo [UdelaR].
<https://www.colibri.udelar.edu.uy/jspui/handle/20.500.12008/39802>
- Bonvillani, A. (2012). Hacia la construcción de la categoría subjetividad política. Una posible caja de herramientas y algunas líneas de significación emergentes. En C. Piedrahíta, A. Díaz, & P. Vommaro (Comps.), *Subjetividades políticas. Desafíos y debates latinoamericanos* (pp. 191-202). Universidad Distrital Francisco José de Caldas.
- Bonvillani, A. (2013). Saberes apasionados. Horizontes de construcción de conocimiento de las subjetividades política(s). En C. Piedrahíta, A. Díaz, & P. Vommaro (Comps.), *Acercamientos metodológicos a la subjetivación política. Debates latinoamericanos* (pp. 83-100). Universidad Distrital Francisco José de Caldas; CLACSO.
- Boronat, J. Y. (2012). Barrio Capurro: Recorrido de aproximación a su historia urbana. Univ. de la República, CSIC.

- Borucki, A. (2006). Entre el aporte a la identidad nacional y la reivindicación de las minorías. Apuntes sobre los afrodescendientes y la esclavitud en la historiografía uruguaya. *História Unisinos*, 10(3), 310-320-320. <https://doi.org/10.4013/6185>
- Bourdieu, P. (2003). Campo de poder, campo intelectual: Itinerario de un concepto. *Quadrata*.
- Bracco Boksar, R., & López Mazz, J. M. (2014). El caserío de Filipinas de Montevideo. *Revista de Arqueología Histórica Argentina y Latinoamericana*, 2(8), 35-62.
- Bracco Boksar, R., López Mazz, J. M., Orrego Rojas, B., Batalla, N., & Bongiovani, R. (2012). Esclavitud y afrodescendientes en Uruguay: Una mirada desde la antropología. *FACULTAD DE HUMANIDADES Y CIENCIAS DE LA EDUCACION*.
- Bringel, B., & Falero, A. (2016). MOVIMIENTOS SOCIALES, GOBIERNOS PROGRESISTAS Y ESTADO EN AMÉRICA LATINA: Transiciones, conflictos y mediaciones. *Caderno CRH*, 29(spe3), 27-45. <https://doi.org/10.1590/S0103-49792016000400003>
- Buitrago, Á. S. (2014). Urbanismo, biopolítica, gubernamentalidad: Vida y espacio en la renovación de los estudios urbanos. *Boletín CF+S*, 0(44), 41-50.
- Butler, J. (2002). *Cuerpos que importan*. Paidós.
- Cabrera Pérez, L., & Barreto Messano, I. (2014). “El ocaso del mundo indígena y las formas de integración a la sociedad urbana montevideana”. *Revista TEFROS*, 4(2), Article 2.
- Cabrera, A., & Fagundez D’Anello, D. (Directores). (2019). *Vieja Farmacia Solís* [Audiovisual]. LabTEE-UdelaR. <https://www.youtube.com/watch?v=ZdnhDzf2iQ8>
- Cabrera, L., & Márquez, K. (2024). Las ollas populares como potencia para la producción de lo común: la experiencia de la Red de ollas y merenderos del Cerro, por autonomía y vida digna. *Revista Trama*, 14, 76-82.

- Cano, A., Migliaro, A., & Giambruno, R. (2011). Apuntes para la acción. Sistematización de experiencias de extensión universitaria (Vol. 1). Extensión Libros.
<https://www.extension.udelar.edu.uy/wp-content/uploads/2017/11/Apuntes-para-la-accio%CC%81n.pdf>
- Canter, D. (1977). The psychology of place. The Architectural Press.
- Canter, D. (1981). Psychology for architects. Applied Science Publ.
- Capillas de Castellanos, A. (1971). Montevideo en el siglo XVIII. Nuestra Tierra.
http://www.periodicas.edu.uy/o/Nuestra_tierra/pdfs/2-Montevideo_en_el_siglo_XVIII.pdf
- Carmona, L., & Gómez, M. J. (2002). Montevideo: Proceso planificador y crecimientos. Udelar. FARQ. IHA.
<https://www.colibri.udelar.edu.uy/jspui/handle/20.500.12008/18034>
- Carvalho Romagnoli, R. (2009). A cartografia e a relação pesquisa e vida. Psicologia & Sociedade, 21, 166-173. <https://doi.org/10.1590/S0102-71822009000200003>
- Casero, J. L., & Urabayen, J. (2017). Heterotopía y Capitalismo En Arquitectura. La Función Ideológica de Las Heterotopías Como Discurso Propio de la Disciplina Arquitectónica En la Era de la Gobernanza Biopolítica. Arbor, 193(784), 386.
<https://doi.org/10.3989/arbor.2017.784n2008>
- Cedeño Valdiviezo, A. (2023). Adaptive Reuse: Its potential role in sustainable architecture and its relationship to restoration and rehabilitation. Revista de Arquitectura (Bogotá), 25(1), Article 1. <https://doi.org/10.14718/RevArq.2023.25.4520>
- Cedeño Valdiviezo, A., & Torres Lima, P. A. (2023). ¿CÓMO ENTENDER LA REUTILIZACIÓN ADAPTATIVA? TOPOFILIA, 26, Article 26.
- Celis Ospina, J. C. (Ed.). (2004). Sindicatos y territorios: Dimensiones territoriales de la acción sindical ; aproximacion teórica y descripción de experiencias colombianas (1.

ed). Ed. Escuela Nacional Sindical.

<http://biblioteca.clacso.edu.ar/Colombia/ens/20121204015035/sindi.pdf>

Certeau, M. de. (2007). *La invención de lo cotidiano* (Nueva ed.). Universidad Iberoamericana.

Colin, C., Benitt Navarrete, A., Rojas Mora, M., & Calderón Peñaloza, N. (2021). El barrio como lugar distópico: Narrativas nostálgicas en tres barrios de Valparaíso. *Revista INVI*, 36(102), Article 102.

Colmán Benítez, K. B., & Yampey Díaz, O. T. (2020). Ollas populares en el Paraguay de la pandemia COVID-19: Apuntes para una tipología | Kera Yvoty: Reflexiones sobre la cuestión social. *KERA YVOTY: reflexiones sobre la cuestión social*, 5(Volúmen Especial), 13-22.

Colmenares, A. M. (2017). Investigación-acción participativa: Una metodología integradora del conocimiento y la acción. *Voces y silencios. Revista Latinoamericana de Educación*. <http://revistas.uniandes.edu.co/doi/abs/10.18175/vys3.1.2012.07>

Conti, S. (2016). Territorio, Psicología Social y Comunitaria: Trayectorias/Implicaciones Políticas y epistemológicas. *Psicología & Sociedade*, 28(3), 484-493. <https://doi.org/10.1590/1807-03102016v28n3p484>

Correa-Moreira, G. M. (2011). El concepto de mediación tecnológica en Bruno Latour. Una aproximación a la Teoría del Actor Red. *Psicología, Conocimiento y Sociedad*, 2(1), 54-79.

Corsín Jiménez, A., & Nahum-Claudel, C. (2019). The anthropology of traps: Concrete technologies and theoretical interfaces. *Journal of Material Culture*, 24(4), 383-400. <https://doi.org/10.1177/1359183518820368>

Cuadra, M. P., Soto, D., Meza, A., Miranda, A., & De Las Casas, y F. (2021, enero 4).

“Nosotras también estamos en primera línea”: Las mujeres de las Ollas Comunes de

- Lima Metropolitana durante la crisis de la Covid-19. *Revista Latinoamericana Liderazgo, Innovación y Sociedad* 2021. <https://papers.ssrn.com/abstract=3832329>
- De Landa, M. (2013). *A new philosophy of society: Assemblage theory and social complexity*. Bloomsbury.
- De Landa, M. (2021). *Teoría de los ensamblajes: Y complejidad social* (C. de Landa Acosta, Trad.). Tinta Limón.
- de Sousa Santos, B., & Meneses, M. P. (Eds.). (2014). *Epistemologías del Sur: Perspectivas*. Akal. <http://www.digitaliapublishing.com/a/37668/>
- Deleuze, G. (2011). *Lógica del sentido*. Paidós.
- Deleuze, G., & Guattari, F. (2002). *Mil mesetas: Capitalismo y esquizofrenia*. Pre-Textos.
- Deleuze, G., & Guattari, F. (2017). *El anti-edipo: Capitalismo y esquizofrenia*. Paidós.
- Deleuze, Gilles. (2006). *Spinoza: Filosofía Práctica* (1era ed.). Fabula Tusquets.
- Dell'Anna, F. (2022). What Advantages Do Adaptive Industrial Heritage Reuse Processes Provide? An Econometric Model for Estimating the Impact on the Surrounding Residential Housing Market. *Heritage*, 5(3), Article 3. <https://doi.org/10.3390/heritage5030082>
- Descola, P. (2012). *Más allá de naturaleza y cultura*. Amorrortu.
- Despret, V. (2022). *Habitar como un pájaro. Modos de hacer y pensar los territorios*. Cactus.
- Díaz Estévez, A. (2019). Ecofeminismo: Poniendo el cuidado en el centro. *Ene*, 13(4). https://scielo.isciii.es/scielo.php?script=sci_abstract&pid=S1988-348X2019000400004&lng=es&nrm=iso&tlng=es
- Doménech, M., Iñiguez, L., & Tirado, F. (2003). George Herbert Mead y la psicología social de los objetos. *Psicología & Sociedad*, 15(1), 18-36. <https://doi.org/10.1590/S0102-71822003000100003>

- Dorlin, E. (2020). La matriz de la raza. Genealogía sexual y colonial. Txalaparta.
<https://traficantes.net/libros/la-matriz-de-la-raza>
- Duffau, N. (2020). Andrés Lamas y la reconfiguración de las tareas policiales: Reforma, administración interior y gobierno de las ciudades. Montevideo, 1843-1844. *Revista Historia y Justicia*, 14, Article 14. <https://doi.org/10.4000/rhj.3771>
- Duque, L. F., Patiño, C. D., Muñoz, D. A., Villa, E. E., & Cardona, J. J. (2016). La subjetividad política en el contexto latinoamericano. Una revisión y una propuesta. *CES Psicología*, 9(2), 128-151. <https://doi.org/10.21615/cesp.9.2.9>
- Dussel, E. (2012). Lecciones de filosofía de la liberación. Editorial Docencia.
<http://public.ebookcentral.proquest.com/choice/publicfullrecord.aspx?p=3222803>
- Edwards, G. A. S., & Bulkeley, H. (2018). Heterotopia and the urban politics of climate change experimentation. *Environment and Planning D: Society and Space*, 36(2), 350-369. <https://doi.org/10.1177/0263775817747885>
- Ema López, J. E. (2004). Del sujeto a la agencia (a través de lo político). *Athenea Digital*.
Revista de pensamiento e investigación social, 1(5), 1-24.
- Ema López, J. E. (2009). Capitalismo y subjetividad ¿Qué sujeto, qué vínculo y qué libertad? *Psicoperspectivas. Individuo y Sociedad*, 8(2), 224-247-247.
<https://doi.org/10.5027/psicoperspectivas-Vol8-Issue2-fulltext-61>
- Estalella, A., & Sánchez Criado, T. (2018). *Experimental Collaborations: Ethnography through Fieldwork Devices*. Berghahn Books.
- Etcheverry Catalogne, G. (2022). Cartografía del problema de la producción de lo común en la grupalidad [UdelaR].
<https://www.colibri.udelar.edu.uy/jspui/handle/20.500.12008/35887>
- Expósito, J. E. (2020). Lecturas feministas de la reproducción social. Un debate situado en tiempos de neoliberalismo pandémico. *Anacronismo e irrupción*, 10(19), Article 19.

- Fabi, V., Vettori, M. P., & Faroldi, E. (2021). Adaptive Reuse Practices and Sustainable Urban Development: Perspectives of Innovation for European Historic Spa Towns. *Sustainability*, 13(10), Article 10. <https://doi.org/10.3390/su13105531>
- Fagundez D'Anello, D., & González-García, D. (2018). Definir para gobernar: Políticas dirigidas a niños, niñas y adolescentes en situación de calle en Uruguay. *RLCSNJ*, 16(2), 995-1008. <https://doi.org/10.11600/1692715x.16223>
- Fagundez D'Anello, D. (2018). Análisis de las territorialidades urbanas en los diseños de intervención para el abordaje de adolescentes en situación de calle. *Psicoperspectivas. Individuo y Sociedad*, 17(2). <https://doi.org/10.5027/psicoperspectivas-Vol17-Issue2-fulltext-1146>
- Fagundez D'Anello, D. (2021). Territorialidades sindicales en acción colectiva al este de la Bahía de Montevideo, Uruguay: Relacionalidad híbrida y cosmopolíticas. *URBS. Revista de Estudios Urbanos y Ciencias Sociales*, 11(1), Article 1.
- Fagundez D'Anello, D., & Diviero Vidal, M. S. (2018). Acciones colectivas en la transformación de espacialidades de centro y margen de la ciudad de Montevideo. *URBS. Revista de Estudios Urbanos y Ciencias Sociales*, 8(2), 85-99-99.
- Fagundez D'Anello, D., Vidal Faracchio, R., & Colectivo Olla Capurro (Directores). (2021, noviembre 8). Olla Capurro: El barrio se mueve. <https://www.youtube.com/watch?v=97ZR7crtO9E>
- Fagundez, D. (2015). Cartografías de la actividad de atención directa a niños, niñas y adolescentes en situación de calle en Montevideo, Uruguay. *Psicología, Conocimiento y Sociedad*, 5(1), 25-53.
- Fagundez, D., & Silva, F. (2014). La metodología de proximidad en políticas sociales en Uruguay: Tensiones entre el control social y la ética de los operadores sociales. <http://ridaa.unicen.edu.ar/xmlui/handle/123456789/423>

- Farías, I. (2011). Ensamblajes urbanos: La TAR y el examen de la ciudad. *Athenea Digital. Revista de Pensamiento e Investigación Social*, 11(1).
<http://www.redalyc.org/resumen.oa?id=53719756002>
- Farías, I. (2014). Cultura: La performación de mundos sociomateriales. *Convergencia*, 21(64), 65-91.
- Farías, I. (2017). Assemblages without systems: From the problem of fit to the problem of composition. *Dialogues in Human Geography*, 7(2), 186-191.
<https://doi.org/10.1177/2043820617720091>
- Farías, I. (2018). Master Plans as Cosmograms: Articulating Oceanic Forces and Urban Forms After the 2010 Earthquake and Tsunami in Chile. En *Relational Planning: Tracing Artefacts, Agency and Practices* (pp. 179-203). https://doi.org/10.1007/978-3-319-60462-6_8
- Federici, S. (2018). *Revolución en punto cero: Trabajo doméstico, reproducción y luchas feministas*. Tinta Limón.
- Federici, S. (2020). *Reencantar el mundo el feminismo y la política de los comunes*. Tinta Limón Ediciones.
- Fernández Guerrero, O. (2017). Heterotopías Urbanas: Una Mirada Foucaultiana a Las Favelas Cariocas. *Daimon: Revista Internacional de Filosofía*, 71, 81-93.
- Fernández Saldaña, J. M. (2010). *Historia del puerto de Montevideo*. Facultad de Ingeniería - UdelaR. <chrome-extension://efaidnbnmnibpcajpcglclefindmkaj/https://www.fing.edu.uy/sites/default/files/Historia%20del%20Puerto%20de%20Montevideo.pdf>
- Fernández, A. M. (1997). *El campo grupal: Notas para una genealogía*. Nueva Visión.
- Fernández, A. M. (2007). *Las lógicas colectivas: Imaginarios, cuerpos y multiplicidades*. Biblos.

- Foucault, M. (1978). *Espacios otros: Utopías y heterotopías*. Ediciones del Cotal, S.A.
<http://hdl.handle.net/2099/425>
- Foucault, M. (2006). *Seguridad, territorio, población curso en el Collège de France (1977-1978)*. Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, M. (2010). *El cuerpo utópico: Las heterotopías*. Nueva Visión.
- Foucault, M. (2014). *Las palabras y las cosas: Una arqueología de las ciencias humanas*.
<https://www.overdrive.com/search?q=A62AEC8D-D5D3-425D-B928-E715EA4F8F73>
- Freire, E., Franco Vázquez, C., & Rajal Alonso, C. (2021). *Contramapas del Camino. Memorias del habitar. Arte y Políticas de Identidad*, 24, 49-72.
<https://doi.org/10.6018/reapi.484741>
- Fry, M., & Arocena, F. (2021). *Entre el desarrollo y el buen vivir: Debates más allá de la celulosa. Estudios Sociales Contemporáneos*, 24, Article 24.
<https://doi.org/10.48162/rev.48.009>
- Gallan, B. (2015). *Night lives: Heterotopia, youth transitions and cultural infrastructure in the urban night. Faculty of Social Sciences - Papers*, 555-570.
<https://doi.org/10.1177/0042098013504007>
- Gandarias Goikoetxea, I. G. (2014). *Tensiones y distensiones en torno a las relaciones de poder en investigaciones feministas con Producciones Narrativas. Quaderns de psicologia. International journal of psychology*, 16(1), Article 1.
- García Canclini, N. (2005). *Diferentes, desiguales y desconectados: Mapas de la interculturalidad*. Gedisa. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/libro?codigo=741118>
- García Fernández, N., & Montenegro Martínez, M. (2014). *Re/pensar las Producciones Narrativas como propuesta metodológica feminista: Experiencias de investigación en*

- torno al amor romántico. *Athenea Digital. Revista de pensamiento e investigación social*, 14(4), Article 4. <https://doi.org/10.5565/rev/athenea.1361>
- García-Araque, J. (2020). Mapeos colaborativos: Oportunidad para la geografía de acrecentar el uso de una valiosa herramienta de análisis territorial. *Cuadernos de Geografía de la Universitat de València*, 104, Article 104. <https://doi.org/10.7203/CGUV.104.16325>
- Garnier, J.-P. (2012). El derecho a la ciudad desde Henri Lefebvre hasta David Harvey. Entre teorizaciones y realización. *Ciudades*, 15, 217-225. <https://doi.org/10.24197/ciudades.15.2012.217-225>
- Gautreau, P. (2006). La bahia de Montevideo, 150 años de modificacion de un paisaje subacuatico y costero.
- Gavrila, C. C. (2015). Mabel Bellucci, Historia de una desobediencia. Aborto y feminismo. *Los Trabajos y los Días*, no. 4-5. <http://sedici.unlp.edu.ar/handle/10915/52844>
- Geertz, C. (1992). *La interpretación de las culturas*. Gedisa Editorial.
- Gergen, K. J. (2007). *Construccionismo social: Aportes para el debate y la práctica* (1a ed). Universidad de los Andes, Facultad de Ciencias Sociales, Departamento de Psicología-CESO Ediciones Uniandes. https://www.taosinstitute.net/images/PublicationsFreeBooks/Gergen_construccionismo_social.pdf
- Giuliani, M. V., & Scopelliti, M. (2009). Empirical research in environmental psychology: Past, present, and future. *Journal of Environmental Psychology*, 29(3), 375-386. <https://doi.org/10.1016/j.jenvp.2008.11.008>
- Gómez, M. (2022). Reflexiones sobre una experiencia en territorio durante la pandemia de Covid-19: La “Olla Capurro” como colectivo social. <https://www.colibri.udelar.edu.uy/jspui/handle/20.500.12008/32895>

- González Ortuño, G. (2023). Hacia un feminismo urbano popular: Desde los feminismos del sur hacia la ciudad de cuidados. Desigualdades, resistencias y derechos en Latinoamérica y el Caribe, 2023, ISBN 978-9942-7120-0-4, págs. 142-164, 142-164. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=9275954>
- González Rey, F. L. (2002). Sujeto y subjetividad: Una aproximación histórico-cultural. International Thomson.
- González-García, D., & Maureira-Velásquez, M. (2022). Los ecos del superhombre: Ciborgs, posthumanos y sujetos contemporáneos. Arbor, 198(805), Article 805. <https://doi.org/10.3989/arbor.2022.805003>
- Grau, M., Íñiguez, L., & Subirats, J. (2012). Una perspectiva híbrida y no-moderna para los estudios urbanos. Athenea Digital. Revista de pensamiento e investigación social, 12(1), 89-108. <https://doi.org/10.5565/rev/athenead/v12n1.910>
- Gravano, A. (2009). Antropología de lo barrial: Estudios sobre la producción simbólica de la vida humana. Espacio Editorial. <https://traficantes.net/libros/antropolog%C3%ADa-de-lo-barrial>
- Gravano, A. (2016). Antropología De Lo Urbano (Vol. 1). LOM EDICIONES. <http://archive.org/details/gravano-ariel.-antropologia-de-lo-urbano-2016>
- Gravano, A. (2017). Heterotopías morales y palimpsesto urbano en ciudades de escala media. En V. Bril, M. S. Sabugo, & V. Bril (Eds.), Arquitectura y ciudad: Imaginarios fronterizos (pp. 193-215). Diseño. https://www.academia.edu/35398988/Heterotopias_morales_y_palimpsesto_urbano_en_ciudades_de_rango_medio
- Grebert, L. (2016). Cartografía de diálogos entre la locura y el ordenamiento psiquiátrico: Configuración de un atlas de imágenes-pensamiento [Udelar. FP]. <https://www.colibri.udelar.edu.uy/jspui/handle/20.500.12008/9219>

- Guattari, F. (1995). *Cartografías del deseo*. La Marca Editora.
- Guattari, F. (1996a). *Caosmosis*. Manantial.
- Guattari, F. (1996b). *Las tres ecologías*. Pre-Textos.
- Guattari, F. (2008). *La ciudad subjetiva y pos-mediática: La polis reinventada*. Fundación Comunidad. <http://medicinayarte.com/img/-Guattari-Felix-La-Ciudad-Subjetiva-Y-Postmediatica-La-Polis-Reinventada.pdf>
- Guattari, F. (2015). *¿Qué es la ecosofía?: Textos presentados y agenciados por Stéphane Nadaud*.
- Guattari, F., & Rolnik, S. (2006). *Micropolítica: Cartografías del deseo*. Traficantes de Sueños.
http://www.traficantes.net/index.php/editorial/catalogo/coleccion_mapas/micropolitica_cartografias_del_deseo
- Guevara Aladino, P. (2023). *Experiencias de cuidado y ciudad: La infraestructura material y social en el acceso a La Manzana del Cuidado de Ciudad Bolívar, Bogotá*.
<http://hdl.handle.net/1992/68233>
- Günther, H. (2005). A Psicología Ambiental no campo interdisciplinar de conhecimento. *Psicologia USP*, 16(1-2), 179-183. <https://doi.org/10.1590/S0103-65642005000100019>
- Habermas, J. (1990). *Conocimiento e interés*. Taurus Aguilar Altea Alfaguara.
- Handlykken, A. K. (2011). Digital Cities in the making: Exploring perceptions of space, agency of actors and heterotopia. *Ciberlegenda*, Vol 0, Iss 25 (2011), 25.
- Haraway, D. J. (2014). *Manifiesto para cyborgs*. Ciencia, tecnología y feminismo socialista a finales del siglo XX. Puente Aéreo.
- Haraway, D. J. (2019). *Seguir con el problema*. Generar parentesco en el Chthuluceno. Consonni.

- Haraway, D. J. (2021, 9 de junio). Aprender a vivir en un planeta herido. Entrevista de Cristina Rivera Garza. *Anfibia*. <https://www.revistaanfibia.com/donna-haraway-aprender-a-vivir-en-un-planeta-herido/>
- Harvey, D. (2007). *Urbanismo y desigualdad social* (7a. ed). Siglo XXI.
<http://www.sigloxxieditores.com/libros/Urbanismo-y-desigualdad-social/9788432302527>
- Harvey, D. (2013). *Ciudades rebeldes: Del derecho de la ciudad a la revolución urbana*. Akal.
http://www.cronicon.net/paginas/Documentos/CIUDADES_REBELDES.pdf
- Heidegger, M. (2007). *La Pregunta por la técnica ; Construir, habitar, pensar*. Folio.
- Hernández Castillo, R. A., & Nigh, R. (1998). Global Processes and Local Identity among Mayan Coffee Growers in Chiapas, Mexico. *American Anthropologist*, 100(1), 136-147. <https://doi.org/10.1525/aa.1998.100.1.136>
- Herrero, Y. (2012). Propuestas ecofeministas para un sistema cargado de deudas. *Revista de Economía Crítica*, 13, Article 13.
- Hetherington, K. (2006). *The badlands of modernity: Heterotopia and social ordering*. Routledge.
- Hidalgo, C. (2005). Reflexividad e implicación: La vida y la obra de Gerard Althabe. En V Reunión de Antropología del MERCOSUR (pp. 59-61). UDELAR.
- Hidalgo, R., & Janoschka, M. (2014). *La ciudad neoliberal: Gentrificación y exclusión en Santiago de Chile, Buenos Aires, Ciudad de México y Madrid*. Pontificia Universidad Católica de Chile.
- Ibáñez Gracia, T. (2011). *Introducción a la psicología social*. Editorial UOC.
- Ibáñez, T. (2003). La construcción social del socioconstruccionismo: Retrospectiva y perspectivas. *Política y Sociedad*, 40(1), Article 1.

- Icaza Garza, R. (2017). Decolonial Feminism and Global Politics: Border Thinking and Vulnerability as a knowing otherwise. <https://repub.eur.nl/pub/103270/>
- Ingold, T. (2000). The perception of the environment: Essays on livelihood, dwelling & skill. Routledge. <http://public.ebib.com/choice/publicfullrecord.aspx?p=166183>
- Ingold, T. (2012). Ambientes para la vida: Conversaciones sobre humanidad, conocimiento y antropología. Ediciones Trilce : Extensión universitaria, Universidad de la República : Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Udelar.
- Íñiguez, L. (2005). Nuevos debates, nuevas ideas y nuevas prácticas en la Psicología social de la era «post-construccionista». *Athenea Digital. Revista de pensamiento e investigación social*. <https://doi.org/10.5565/rev/athenead/v1n8.235>
- Isola, E. (2018). Precariedad, dignidad y afectos: pobladores y procesos de subjetivación política. *Persona y Sociedad*, 32(2), 77-97.
- Jacobs, J. (2011). Muerte y vida de las grandes ciudades (1a. ed. en Capitán Swing Libros). Capitán Swing Libros.
- James, W. (2020). Ensatos sobre empirismo radical. Cactus.
- Jelin, E. (2002). Los trabajos de la memoria. Siglo XXI Editores.
- Jirón Martínez, P. A., Solar-Ortega, M. I., Rubio Rubio, M. D., Cortés Morales, S. R., Cid Aguayo, B. E., & Carrasco Montagna, J. A. (2022). La espacialización de los cuidados. Entretejiendo relaciones de cuidado a través de la movilidad. *Revista INVI*, 37(104), 199-229. <https://doi.org/10.5354/0718-8358.2022.65647>
- Jost, M. C., & Akira Goto, T. (2022). Contribuciones de la fenomenología del inconsciente a la psicología: Subjetividad, tiempo, memoria y afectividad. *Investigaciones fenomenológicas: Anuario de la Sociedad Española de Fenomenología*, 19, 87-117.

- Kamalipour, H., & Peimani, N. (2015). Assemblage Thinking and the City: Implications for Urban Studies. *Current Urban Studies*, 03, 402.
<https://doi.org/10.4236/cus.2015.34031>
- Kaplún, G. (2014). La integralidad como movimiento instituyente en la universidad. *InterCambios*, 1(1), 44-51.
- Kastrup, V., & Passos, E. (2013). Cartografar é traçar um plano comum. *Fractal: Revista de Psicologia*, 25, 263-280. <https://doi.org/10.1590/S1984-02922013000200004>
- Kovács, Z., Wiessner, R., & Zischner, R. (2013). Urban Renewal in the Inner City of Budapest: Gentrification from a Post-socialist Perspective. *Urban Studies*, 50(1), 22-38. <https://doi.org/10.1177/0042098012453856>
- Kuri Pineda, E. (2017). La contrucción social de la memoria en el espacio: Una aproximación sociológica. *Península*, 12(1), 9-30. <https://doi.org/10.1016/j.pnsla.2017.01.001>
- Laguna, F., & Palmeiro, C. (2021). Apuntes para una memoria feminista: Hacia una literatura del nosotras. *Cuadernos del CILHA*, 22(1), 104-126.
<https://doi.org/10.48162/rev.34.006>
- Latour, B. (2008). Reensamblar lo social: Una introducción a la teoría del actor-red. Manantial.
- Latour, B. (2016). La esperanza de Pandora: Ensayos sobre la realidad de los estudios de la ciencia. Gedisa.
- Law, J. (1987). Technology and heterogeneous engineering: The case of the Portuguese expansion. En *The Social Construction of Technical Systems: New direction in the sociology and history of technology*. En *The Social Construction of Technical Systems: New direction in the sociology and history of technology*. Cambridge: MIT Press.

- Lefebvre, H. (1978). El Derecho a la ciudad. Península.
- https://monoskop.org/images/3/3c/Lefebvre_Henri_El_derecho_a_la_ciudad.pdf
- Lefebvre, H. (1983). La revolución urbana (4a ed). Alianza.
- Leyden Rotawisky, J. (2013). Parkour, cuerpos que trazan heterotopías urbanas. Revista Colombiana de Antropología, 49(2), 41-61. <https://doi.org/10.22380/2539472X63>
- Lindón, A. (1999). De la trama de la cotidianidad a los modos de vida urbanos. El Colegio de México.
- Lindón, A. (Coord.). (2000). La vida cotidiana y su espacio-temporalidad. Anthropos y El Colegio Mexiquense.
- Llanos-Hernández, L. (2010). El concepto del territorio y la investigación en las ciencias sociales. Agricultura, sociedad y desarrollo, 7(3), 207-220.
- Lorente Fernández, D. (2006). Una relectura del método sociológico: Emile Durkheim y el estudio científico de las formaciones sociales. Iberoforum. Revista de Ciencias Sociales de la Universidad Iberoamericana, I(II), 1-9.
- Lourau, R. (2001). El análisis institucional. Amorrortu.
- Lugones, M. (2011). Hacia un feminismo descolonial.
- <https://repositorio.unal.edu.co/handle/unal/53791>
- Machado Penso, M. V., & Castro Marcucci, A. (2023). Recobrar el sentido: construir para cuidar y habitar. Revista KEPES, 20(27), 353-390.
- <https://doi.org/10.17151/kepes.2023.20.27.13>
- Manero Brito, R. (2020). CUESTIONES EPISTEMICAS DERIVADAS DEL ANALISIS DE LAS IMPLICACIONES EN LA PSICOLOGIA SOCIAL. Enseñanza en investigación en psicología, 1(2), 297-314.

- Marrero-Guillamón, I. (2013). Actor-Network Theory, Gabriel Tarde and the Study of an Urban Social Movement: The Case of Can Ricart, Barcelona. *Qualitative Sociology*, 36(4), 403-421. <https://doi.org/10.1007/s11133-013-9259-3>
- Martín, F., & Larsimont, R. (2016). ¿Es posible una ecología cosmo-política? . Notas hacia la desregionalización de las ecologías políticas. *Polis. Revista Latinoamericana*, 45. <http://journals.openedition.org/polis/12155>
- Martín, M. Á. C. (2013). Estudios Culturales Urbanos: Una aproximación interdisciplinar. *Arte y Ciudad*, 0(3.1), 215-224. <https://doi.org/10.22530/ayc.2013.N3.1.279>
- Martínez Portugal, T. (2019). Narrativas de mujeres sobre violencia sexista en las comunidades activistas del País Vasco. [Universidad del País Vasco]. <https://addi.ehu.es/handle/10810/32607>
- Maya Sierra, T. (2014). El Panóptico Nacional de Colombia, heterotopía de desviación e imperio de la mirada. *Anales del Instituto de Arte Americano e Investigaciones Estéticas*. Mario J. Buschiazzi, 44(2), 133-146.
- McClimens, A., Doel, M., Ibbotson, R., Partridge, N., Muscroft, E., & Lockwood, L. (2012). How Do the 'Peace Gardens' Make You Feel? Public Space and Personal Wellbeing in City Centre Sheffield. *Journal of Urban Design*, 17(1), 117-133. <https://doi.org/10.1080/13574809.2011.593961>
- Medero, S. (2022). Las villas obreras en Uruguay, 1865-1940: Consideraciones urbanas, arquitectónicas y socioespaciales a partir del estudio de seis casos. *Anales de Investigación en Arquitectura*, 12(2), Article 2. <https://doi.org/10.18861/ania.2022.12.2.3309>
- Mies, M., & Shiva, V. (1998). La praxis del ecofeminismo: Biotecnología, consumo y reproducción. *Icaria*.
- Mies, M., & Shiva, V. (2016). Ecofeminismo: Teoría, crítica y perspectivas. *Icaria*.

- Migliaro González, A., & Rodríguez Lezica, L. (2020). Ecofeminismos al Sur: Claves para pensar la vida en el centro desde Uruguay. *BAJO EL VOLCÁN. REVISTA DEL POSGRADO DE SOCIOLOGÍA. BUAP*, 1(2), Article 2.
<http://www.apps.buap.mx/ojs3/index.php/bevol/article/view/1236>
- Miranda Aranda, M. (2005). Pragmatismo, interaccionismo simbólico y trabajo social. De cómo la caridad y la filantropía se hicieron científicas
[[Http://purl.org/dc/dcmitype/Text](http://purl.org/dc/dcmitype/Text), Universitat Rovira i Virgili].
<https://dialnet.unirioja.es/servlet/tesis?codigo=7788>
- Monleón Pradas, M. (2010). Hacia una visibilización de la crisis de los cuidados. *Arte social frente a nueva esclavitud poscolonial. Arte y Políticas de Identidad*, 2, 25-44.
- Montenegro, M., Rodríguez, A., & Pujol, J. (2014). La Psicología Social Comunitaria ante los cambios en la sociedad contemporánea: De la reificación de lo común a la articulación de las diferencias. *Psicoperspectivas. Individuo y Sociedad*, 13(2), Article 2. <https://doi.org/10.5027/psicoperspectivas-Vol13-Issue2-fulltext-433>
- Montero, M. (1984). La psicología comunitaria: Orígenes, principios y fundamentos teóricos. *Revista Latinoamericana de Psicología*, 16(3), 387-400.
- Monteverde, S., Ferreira, R. G., Diz, E., Bértola, H., Bajsa, N., & Salvo, G. (2019). Investigación participativa en manejo agroecológico de ovinos e implementación de PRV en sistemas familiares de la región Metropolitana Uruguaya. *Cadernos de Agroecologia*, 14(2), Article 2. <http://cadernos.abo-agroecologia.org.br/index.php/cadernos/article/view/2520>
- Morales, E. L. (2016). Acerca de una gentrificación “planetaria”, políticamente útil. *Revista INVI*, 31(88), 217-240. <https://doi.org/10.4067/invi.v0i0.1086>

- Moser, G. (2005). Psicología Ambiental e estudos pessoas-ambiente: Que tipo de colaboração multidisciplinar? *Psicologia USP*, 16(1-2), 131-140. <https://doi.org/10.1590/S0103-65642005000100015>
- Movil Carrillo, R. S., Ruiz Argel, C., Martínez Palacios, L. A., & Cabrejo Páez, S. C. (2023). Análisis de la articulación interinstitucional en la formulación del Sistema Distrital De Cuidado de Bogotá: Un estudio de caso. <https://hdl.handle.net/1992/73147>
- Müller, M. (2015). Assemblages and Actor-networks: Rethinking Socio-material Power, Politics and Space. *Geography Compass*, 9(1), 27-41. <https://doi.org/10.1111/gec3.12192>
- Muniz Medina, F. N., & Cauci, A. (2023). Procesos comunitarios integrales para contribuir con el derecho a la alimentación en Canelones, Uruguay, 2020-2022. *Revista Masquedós*, 8(10), 1-14. <https://doi.org/10.58313/masquedos.2023.v8.n10.232>
- Naess, A. (2020). Ecología, comunidad y estilo de vida: Esbosos de una Ecosofía: Vol. a. Prometeo.
- Palacios Sepúlveda, F. (2020). La participación y rol de las mujeres de sectores populares en las ollas comunes (p. 7) [Institucional]. Universidad de las Américas - Facultad de Ciencias Sociales. <https://www.udla.cl/wp-content/uploads/2020/07/6-La-participaci%C3%B3n-y-rol-de-las-mujeres-de-sectores-populares-en-ollas-comunes.pdf>
- Páramo, P. (2017). The City as an Environment for Urban Experiences and the Learning of Cultural Practices. En G. Fleury-Bahi, E. Pol, & O. Navarro (Eds.), *Handbook of Environmental Psychology and Quality of Life Research* (pp. 275-290). Springer International Publishing. https://doi.org/10.1007/978-3-319-31416-7_15
- Park, R. E. (1999). La ciudad y otros ensayos de ecología urbana (1a ed). Ediciones del Serbal.

- Pellicer, I., Vivas-Elias, P., & Rojas, J. (2013). La observación participante y la deriva: Dos técnicas móviles para el análisis de la ciudad contemporánea. El caso de Barcelona. *EURE (Santiago)*, 39(116), 119-139. <https://doi.org/10.4067/S0250-71612013000100005>
- Pérez Monroy, A. R., Martínez Ruíz, D. T., & Moreno Calles, A. I. (2025). El cuidado en la ciudad. *Revista Intersticios*, 19(1), 23-65.
- Pérez Orozco, A. (2014). Subversión feminista de la economía. Aportes para un debate sobre el conflicto capital-vida. *Traficantes de Sueños*.
- Pérez Rivera, C. C., Quintero Enríquez, N. R., & Ruiz Muñoz, A. M. (2023). Evaluación etnográfica de la política pública del “Sistema Distrital de Cuidado” en la Manzana del Cuidado de Usaquén. <https://hdl.handle.net/20.500.12495/10558>
- Pittaluga, P. (2020). Pioneering urban practices in transition spaces. *City, Territory and Architecture*, 7(1), 18. <https://doi.org/10.1186/s40410-020-00127-6>
- Pol, E., Castrechini, A., & Carrus, G. (2017). Quality of Life and Sustainability: The End of Quality at Any Price. En G. Fleury-Bahi, E. Pol, & O. Navarro (Eds.), *Handbook of Environmental Psychology and Quality of Life Research* (pp. 11-39). Springer International Publishing. https://doi.org/10.1007/978-3-319-31416-7_2
- Pollak, M. (1989). Memoria, olvido, silencio. *Revista Estudios Históricos*, 2(3), 3-15.
- Prado Filho, K., & Montalvão Teti, M. (2013). A cartografia como método para as ciências humanas e sociais. *Barbaroi*, 38, 45-49.
- Preciado, P. B. (2020). *Pornotopía: Arquitectura y sexualidad en «Playboy» durante la Guerra Fría* (2a ed). Anagrama.
- Quijano, A. (2019). *Ensayos en torno a la colonialidad del poder* (1a ed). Ediciones del Signo.

- Quintero García, M. V. (2020). El Sistemas de cuidado y políticas públicas en Uruguay: Análisis desde la perspectiva de corrientes múltiples. *Revista de Salud Pública*, 24(3), Article 3.
- Raunig, G. (2023). *Desamblaje: Capitalismo y revolución molecular* (Vol. 2). Editorial Cactus.
- Restrepo, E. (2008). Cuestiones de método: «eventualización» y problematización en Foucault. *Tabula Rasa*, 8, Article 8.
- Retamozo, M. (2009). Orden social, subjetividad y acción colectiva. Notas para el estudio de los movimientos sociales. *Athenea Digital*, 16, 95-123.
- Retamozo, M. (2011). Sujetos políticos. Decisión y subjetividad en perspectiva posfundacional. *Ideas y Valores*, 60(147), 51-64.
- Ricœur, P. (2010). *La memoria, la historia, el olvido* (2a ed). Editorial Trotta.
- Rieiro, A., Castro, D., Pena, D., Veas, R., & Zino, C. (2021a). Tramas solidarias para sostener la vida frente a la COVID-19. Ollas y merenderos populares en Uruguay. *Revista de Estudios Sociales*, 78, 56-74. <https://doi.org/10.7440/res78.2021.04>
- Rieiro, A., Castro, D., Pena, D., Veas, R., & Zino, C. (2021b). Entramados comunitarios y solidarios para sostener la vida frente a la pandemia. Ollas y merenderos populares en Uruguay 2020. Informe final. Departamento de Sociología, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de la República y Servicio Central de Extensión y Actividades en el Medio. https://cienciassociales.edu.uy/wp-content/uploads/2021/04/Entramados-comunitarios-y-solidarios_Ollas-populares_INFORME-FINAL-2.pdf
- Rincón Caballero, D. A. (2023). Del límite disciplinar a las fronteras de campo: Los bordes invisibles y heterotópicos del diseño. *Cuadernos del Centro de Estudios de Diseño y Comunicación*, 191, Article 191. <https://doi.org/10.18682/cdc.vi191.9558>

- Rodríguez Ferreyra, A. R. (2020). Repensar lo común desde las diferencias espacializadas: Nuevas interpelaciones para la psicología comunitaria. *Revista Puertorriqueña de Psicología*, 31(2), 206-220.
- Rodríguez Gámez, M. (2021). Memoria colectiva y representaciones sociales: Entramado teórico y referente ético para complejizar el análisis de la habitabilidad urbana. *UVserva*, 11, Article 11. <https://doi.org/10.25009/uvs.v0i11.2768>
- Rodríguez, A. R., & Martínez, M. M. (2016). Retos contemporáneas para la Psicología Comunitaria: Reflexiones sobre la Noción de Comunidad. *Revista interamericana de psicología = Interamerican journal of psychology*, 50(1), 14-22.
- Romero Pérez, R. (2015). Desobediencia civil, feminismo y cuerpo. *Investigaciones Feministas*, 6, 153-171. https://doi.org/10.5209/rev_INFE.2015.v6.51385
- Ruiz-Tagle, J. (2016). La segregación y la integración en la sociología urbana: Revisión de enfoques y aproximaciones críticas para las políticas públicas. *Revista INVI*, 31(87), 9-57. <https://doi.org/10.4067/invi.v0i0.1070>
- Runge Peña, A. K., & Carrillo David, S. C. (2013). Mega jardines infantiles: Heterotopías para el gobierno de la población infantil en Medellín. *Revista Colombiana de Educación*, 65, 257-278.
- Sampaolesi, S., & León Peláez, A. M. (2018). ¿Integralidad o articulación? Reflexiones acerca de experiencias de curricularización de la extensión en universidades de Argentina y Uruguay. <https://ri.conicet.gov.ar/handle/11336/101647>
- Sánchez Criado, T. S., & Estalella, A. (2016). Antropocefa: Un kit para las colaboraciones experimentales en la práctica etnográfica. *Cadernos de Arte e Antropologia*, Vol. 5, No 1, 155-167. <https://doi.org/10.4000/cadernosaa.1068>

- Segura, R. (2019). Barrio y ciudad, un viaje en dos direcciones. En Territorialidades barriales en la ciudad contemporánea (Vol. 1). Universidad de La República.
<https://ri.conicet.gov.ar/handle/11336/133541>
- Segura, R., & Chaves, M. (2020). Relatos de espacio: Narraciones, movilidades y formas de habitar la metrópoli. *Revista Transporte y Territorio*, 23, Article 23.
<https://doi.org/10.34096/rtt.i23.9654>
- Seixas, C. T., Merhy, E. E., Baduy, R. S., & Slomp Junior, H. (2016). La integralidad desde la perspectiva del cuidado en salud: una experiencia del Sistema Único de Salud en Brasil. *Salud Colectiva*, 12(1), 113-123. <https://doi.org/10.18294/sc.2016.874>
- Shiva, V. (2006). La mirada del ecofeminismo. Red Polis.
<http://public.ebookcentral.proquest.com/choice/publicfullrecord.aspx?p=3163712>
- Soja, E. W. (2008). Postmetrópolis: Estudios críticos sobre las ciudades y las regiones. Traficantes de Sueños.
- Sotelo, L. (2021). Ideas de la historia: La Escuela de Frankfurt: Adorno, Horkheimer y Marcuse. Prometeo.
- Spinoza, B. (2020). Ética demostrada según el orden geométrico. Editorial Trotta, S.A.
<http://public.ebilib.com/choice/PublicFullRecord.aspx?p=6777853>
- Stella, V. (2018). Relacionalidad, memoria y subjetividades políticas: Un análisis sobre los sentidos de pertenencia mapuche-tehuelche en la costa y valle de la provincia de Chubut [Universidad Nacional de Río Negro].
<http://rid.unrn.edu.ar/handle/20.500.12049/2677>
- Stengers, I. (2003). Cosmopolitiques. La Decouverte.
- Surasky, J. (2012). La decolonialidad de América Latina y la heterotopía de una comunidad de destino solidaria. Paulo Henrique Martins. *Relaciones Internacionales*, no. 43.
<http://hdl.handle.net/10915/25693>

- Tapia, V. (2018). ¿De qué hablamos cuando hablamos de barrio? Trayectoria del concepto de barrio y apuntes para su problematización. *Antropologías del Sur*, 2(3).
<https://doi.org/10.25074/ads.v2i3.835>
- Tarde, G. (2011). ¿Qué es una sociedad? *Enramados y Perspectivas*, 1, Article 1.
- Tarde, G. (2014). *Monadología y Sociología*. Cactus.
- Tassin, E. (2012). De la subjetivación política: Althusser, Rancière, Foucault, Arendt, Deleuze. *Revista de Estudios Sociales*, 43, 36-49.
- Tommasino, H., & Rodríguez, N. (2010). Tres tesis básicas sobre extensión y prácticas integrales en la Universidad de la República. En *Cuadernos de Extensión No1. Integralidad: Tensiones y Perspectivas* (pp. 19-42). Cuadernos de Extensión. Comisión Sectorial de Extensión y Actividades en el Medio (CSEAM).
http://beu.extension.unicen.edu.ar/xmlui/bitstream/handle/123456789/168/Cuaderno_integralidad.pdf?sequence=1&isAllowed=y
- Torres, A. (2009). Acción colectiva y subjetividad. Un balance desde los estudios sociales. *Folios*, 30, 51-74.
- Troncoso Pérez, L. E., Galaz, C., & Álvarez, C. (2017). Las Producciones Narrativas como metodología de investigación feminista en Psicología Social Crítica: Tensiones y desafíos. *Psicoperspectivas*, 16(2), 20-32.
- Tronto, J. C. (1993). *Moral boundaries: A political argument for an ethic of care*. Routledge.
- Turiansky, W. (1973). *El movimiento obrero uruguayo*. Ediciones Pueblos Unidos.
- Urtubey, F. E. (2018). Territorio, prácticas culturales y producción social del espacio. *Análisis de un estudio de caso*. *Bitácora Urbano Territorial*, 28(3), 55-62.
- Valdivia, B. (2018). Del urbanismo androcéntrico a la ciudad cuidadora. *Hábitat y Sociedad*, 11, Article 11. <https://doi.org/10.12795/HabitatySociedad.2018.i11.05>

- Valera, S. (2002). Gestión ambiental e intervención psicosocial. *Intervención Psicosocial*, 11(3), 289-301.
- Valera, S., & Vidal, T. (2017). Some Cues for a Positive Environmental Psychology Agenda. En G. Fleury-Bahi, E. Pol, & O. Navarro (Eds.), *Handbook of Environmental Psychology and Quality of Life Research* (pp. 41-63). Springer International Publishing. https://doi.org/10.1007/978-3-319-31416-7_3
- Vargas Ulate, G. (2012). ESPACIO Y TERRITORIO EN EL ANÁLISIS GEOGRÁFICO. *Revista Reflexiones*, 91(1), Article 1. <https://doi.org/10.15517/rr.v91i1.1505>
- Vega, C., Martínez-Buján, R., & Paredes, M. (Eds.). (2018). Cuidado, comunidad y común. Experiencias cooperativas en el sostenimiento de la vida. *Traficantes de Sueños*.
- Vera, P. (2017). Procesos de recualificación urbana e imaginarios de la innovación. El caso de Rosario, Argentina. *Revista EURE - Revista de Estudios Urbano Regionales*, 43(129). <http://www.eure.cl/index.php/eure/article/view/1582>
- Vera, P., Gravano, A., & Vera, P. (Eds.). (2019). Ciudades (in)descifrables: Imaginarios y representaciones sociales de lo urbano (Primera edición). Editorial UNICEN.
- Vidal Faracchio, R., & Fagundez D'Anello, D. (Directores). (2024, abril 9). Capurro Textil. Una historia obrera. <https://www.youtube.com/watch?v=OdgxbM5PgIo>
- Vommaro, P. (2012). Los procesos de subjetivación y la construcción territorial. Un acercamiento desde experiencias de organizaciones sociales en Buenos Aires. En C. Piedrahíta, A. Díaz, & P. Vommaro (Comps.), *Subjetividades políticas. Desafíos y debates latinoamericanos* (pp. 63-76). Universidad Distrital Francisco José de Caldas.
- Vygotskii, L. S. (2012). *El desarrollo de los procesos psicológicos superiores* (1a. ed). Crítica : Planeta.
- Wacquant, L. (2007). *Los condenados de la ciudad. Gueto, periferias y Estado*. Siglo XXI Editores.

- Wiesenfeld, E. (1998). Entre la invasión y la consolidación de barrios: Análisis psicosocial de la resistencia al desalojo. *Estudios de Psicología (Natal)*, 3(1), 33-51.
<https://doi.org/10.1590/S1413-294X1998000100003>
- Wiesenfeld, E. (2003). La Psicología Ambiental y el desarrollo sostenible. Cual psicología ambiental? Cual desarrollo sostenible? *Estudios de Psicología (Natal)*, 8(2), 253-261.
<https://doi.org/10.1590/S1413-294X2003000200007>
- Wiesenfeld, E., & Zara, H. (2012). La psicología ambiental latinoamericana en la primera década del milenio. Un análisis crítico. *Athenea Digital. Revista de pensamiento e investigación social*, 12(1), 129-155. <https://doi.org/10.5565/rev/athenead/v12n1.985>
- Wursten, A. (2023). Universidad, extensión e integralidad. Claves para la democracia. +E: *Revista de Extensión Universitaria*, 19, 5.
- Zapirain, H., Zubillaga, I., & Salsamendi, G. (2016). Historia del Movimiento Sindical. *Materiales de Estudio*, 1-212.
- Zarlenga, M. (2022). Políticas de regeneración urbana a través de la cultura en ciudades latinoamericanas. *EURE*, 48(144), 1-21.
- Zavaro Pérez, C. A. (2020). Extensión, prácticas integrales y transformación social: La Investigación Acción Participativa (IAP) como fundamento y praxis. *Masquedós*, 5, n.o 5. <http://sedici.unlp.edu.ar/handle/10915/111012>
- Zibechi, Raúl. (2020). *Descolonizar El Pensamiento Crítico y Las Prácticas Emancipatorias*. Alter Ediciones. <http://public.eblib.com/choice/PublicFullRecord.aspx?p=672449>

Índice de Figuras

Figura 1: Fotografía hacia el sur de la bahía de Montevideo. Se ve la Central eléctrica José Batlle y Ordoñez, la Torre de Antel, y la infraestructura del Puerto de Montevideo. Foto de autor, junio de 2018	21
Figura 2: Ilustración que pretende mostrar el desembarco de pobladores extranjeros de la ciudad de Montevideo (Aurora Capillas de Castellanos, 1971, p. 12)	23
Figura 3: “Planta de la Ensenada de Montevideo trazada por Domingo Petrarca en 1724” (Aurora Capillas de Castellanos, 1971, p. 46)	24
Figura 4: Mapa generado virtualmente de la ciudad de Montevideo y editado en base a los ensanches de la ciudad. En verde están los límites de la ciudad fundacional. En celeste los límites de la ciudad nueva. En rojo la ciudad novísima. En azul, el tercer ensanche planificado. Edición de autor.	27
Figura 5: Mapa de loteo de lo que era la ciudad fundacional y la ciudad nueva. (Duffau, 2020, s/p).....	28
Figura 6; Mapa al norte del palacio legislativo ubicando geográficamente los locales sindicales. Mapa de elaboración propia. Noviembre de 2018	34
Figura 7: Mapa al sur del palacio legislativo ubicando geográficamente los locales sindicales. Mapa de elaboración propia. Noviembre de 2018	35
Figura 8: Telarañas. Nidos de nebulosas y clústeres de galaxias, ecos de un micro y macrocosmos de cooperación	50
Figura 9: Vista de la bahía desde el puerto de Montevideo a la fortaleza del Cerro. Foto de autor, marzo de 2023.....	98
Figura 10: Fotos del agua de la bahía. Se pueden ver restos de objetos no marítimos. Foto de autor, marzo de 2023.....	99
Figura 11: Puerto de Montevideo, nuevas obras del puente de la Rambla Baltasar Brum, torre de ANTEL y la ciudad de fondo (foto extraída de página web del Impo: https://www.impo.com.uy/revista/viaducto-rambla-portuaria).	100
Figura 12: Obras del Ferrocarril Central en el barrio Capurro. Cedita por habitante de Capurro. Abril de 2022.	101
Figura 13: Edificio en forma de barco en las cercanías de la bahía de Montevideo. Foto de autor, junio de 2018	102
Figura 14: Arroyo Miguelete de Montevideo mostrando su agua marrón y malos olores en medio de un verde vivo. Foto de autor, octubre de 2023.....	103
Figura 15: Foto realizada desde el Parque Capurro, observando de fondo el avance de la construcción del edificio de lujo que estará frente a la bahía de Montevideo. Foto de autor, agosto de 2023.	104
Figura 16: Foto realizada desde los bordes de la bahía, a la altura de Bella Vista. Mirada hacia el puerto de Montevideo y de frente una zona de cementerio de barcos. Foto de autor, noviembre de 2019.....	105
Figura 17: Imagen de la ex central Ingeniero Santiago Calcagno, de 2013. Cedita por el colectivo de escalada.....	107
Figura 18: Actividad abierta desarrollada por el colectivo de escaladores deportivos. Se muestra el desarrollo del lugar en el año 2018. Foto de Daniel Fagundez D’Anello, octubre de 2018.....	112

Figura 19: Foto de artefacto de metal de la vieja usina, utilizado para hacer música. Foto de autor, 2018	114
Figura 20: Foto de las reformas al 2022 del centro de escalada deportiva. Foto de autor, 2022	115
Figura 21: Fotografía en baja definición del subsuelo de la Vieja Farmacia Solís. En la imagen se ve al propietario y estudiantes de psicología. Foto de estudiante de psicología, septiembre de 2018.	118
Figura 22: Fachada de la Vieja Farmacia Solís en un viernes invernal. Foto de autor, julio de 2019.....	119
Figura 23: Fotografía de una vitrina de la entrada. Foto de autor, julio de 2019.	120
Figura 24: Imagen panorámica del interior de la Vieja Farmacia Solís. Foto de autor, julio de 2019.....	123
Figura 25: <i>Imagen interior de la Vieja Farmacia Solís. Su escalera desgastada de décadas de uso. Foto de autor, julio de 2018.</i>	127
Figura 26: Foto de la intersección de dos calles en medio del barrio Cívicos. Foto de autor, septiembre de 2018.	131
Figura 27: Virgen en medio de la plaza del barrio. Foto de autor, septiembre de 2018.	132
Figura 28 Fotografía del Parque Capurro en la década de 1920. Se puede ver la escalinata que da al parque, su conexión con un muelle para la actividad deportiva naval, y al fondo la playa. Fue digitalizada a partir de una imagen cedida por una habitante del Barrio Capurro.	144
Figura 29: Fotografía de la Playa Capurro de la década del 20 del siglo XX. Foto compartida por habitante del Barrio Capurro. Agosto 2021.	145
Figura 30: <i>Afiche de actividad del Concejo Vecinal 16 del Municipio C. El tema que aparece es “Limpiá tu barrio”. Foto compartida por habitante de Capurro, abril de 2018.</i>	149
Figura 31: Anfiteatro del Parque Capurro, su terraza y el momento de comienzo de la inauguración de las obras, el 12 de febrero del 2019. Foto de autor, febrero de 2019.	155
Figura 32: Nueva cancha de básquetbol y sillas de hormigón. Foto de autor, febrero de 2019.	156
Figura 33: Memorial del Caserío de los Negros. Foto de autor, mayo de 2023.	157
Figura 34: <i>Pizarra de invitación al taller de fotografía. Foto de autor Julio de 2019.</i>	161
Figura 35: Fotografía de la actividad. Foto de autor: Julio de 2019	163
Figura 36: <i>: Banderas traídas para decorar las mesas del Club Capurro. Foto de Autor. Julio de 2019.</i>	167
Figura 37: Olla, alimentos, humo y manos sentipensantes. Foto de autor, mayo de 2020	189
Figura 38: La servida de los alimentos con el protocolo sanitario. En esta imagen se pueden ver dos estudiantes de psicología y dos integrantes del colectivo. Foto de autores/as, mayo de 2020.....	191
Figura 39: Otro espacio generado por el colectivo en modo participativo y no asistencial: la Gratiferia. Foto de autores/as.	193
Figura 40: Foto del cuadro del artista uruguayo Henry Fernández.	195
Figura 41: Actividad final: el mural en gratitud y memoria al barrio Capurro. Foto de autores/as.....	196
Figura 42: Imagen del Parque Capurro de los años 20. Foto cedida por habitante del barrio Capurro. Noviembre de 2019.....	204
Figura 43: Parque lineal recuperado al borde del Arroyo Miguelete 2018. Foto de autor. ...	224

Figura 44: Tres imágenes combinadas, que muestran parte de la entrada al predio de Campomar. Fotos de autor 2018.....	225
Figura 45: Imagen desde el terreno que se encuentra detrás de las estructuras físicas recuperadas de Campomar, bordeando el arroyo Miguelete. Foto de autor, 2018	226